



EDITORIAL
UNIVERSIDAD **DE ATACAMA**

Archivos de la Memoria de la Universidad de Atacama



Colección Investigación



Archivos de la Memoria de la Universidad de Atacama

Programa Interfacultad de Investigación y
Educación en Derechos Humanos

©Editorial Universidad de Atacama. Título de la obra “Archivos de la memoria de la Universidad de Atacama”.

Compilación: Sara Arenas.

Coordinación editorial: Paola Rivera Silva.

Registro de propiedad intelectual: xxxxxxxxxxxx

ISBN: xxxxxxxxxxxx

Diseño de portada: Benjamín Pardo

Primera edición, año 2025.

Prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización de la editorial. Impreso en talleres gráficos xxxxxxxx

ÍNDICE

Presentación	05
<hr/>	
Capítulo 1	
Víctimas de la dictadura militar en la Universidad de Atacama	09
<hr/>	
Capítulo 2	
Títulos póstumos	95
<hr/>	
Capítulo 3	
Mujeres en la dictadura	138
<hr/>	
Capítulo 4	
Ruta de la memoria: los hechos de 1984	171
<hr/>	
Capítulo 5	
Las diversas formas de violencia del Estado, la solidaridad y las resistencias en la educación superior	205
<hr/>	
Capítulo 6	
Los centros de estudiantes como agentes de cambio: la Universidad de Atacama y su contribución a la resiliencia democrática en Copiapó post-1973.	244
<hr/>	
Bibliografía	277

Presentación del libro:

**Archivos de la memoria de la
Universidad de Atacama**

Sara Arenas Marín, Nayen Pavez Pedraza y Douglas Véliz Vergara.

El Programa Interfacultad de Investigación y Educación en Derechos Humanos, conformado por las Facultades de Ciencias Jurídicas y Sociales, y de Humanidades y Educación de la Universidad de Atacama, se conformó como una iniciativa orientada a promover la investigación y la educación en derechos humanos. Su enfoque está centrado en generar espacios para el análisis y la reflexión sobre la relevancia de los derechos fundamentales y la memoria histórica, tanto en el ámbito universitario como en la sociedad en general.

El programa se centra en tres áreas principales: educación, investigación y vinculación con el medio. En el ámbito educativo, busca incorporar contenidos relacionados con los derechos humanos en las actividades curriculares, fortaleciendo así la formación integral de los estudiantes. Este proyecto, en particular, se destaca como una iniciativa que complementa y enriquece la experiencia educativa.

En el área de investigación, se propone desarrollar proyectos con enfoque en derechos humanos y memoria histórica, priorizando orientaciones con relevancia regional y local. Esta mirada se ve reflejada en el trabajo desarrollado, que logra cumplir con estos objetivos de manera significativa.

Finalmente, en la línea de vinculación con el medio, el proyecto se orienta a establecer alianzas con organizaciones de derechos humanos. Asimismo, fomenta la sensibilización y la reflexión en la comunidad, promoviendo un diálogo constructivo en torno a estas temáticas.

El proyecto "Archivos de la Memoria de la Universidad de Atacama" se llevó a cabo durante el primer y segundo semestre de 2024. Desarrollado bajo la metodología de investigación acción participativa y con el respaldo de la Universidad de Atacama a través de sus proyectos de Vinculación con el Medio, el proyecto tuvo como objetivo rescatar, documentar y poner en valor el patrimonio relacionado con las violaciones de derechos humanos ocurridas en la

casa de estudios durante la dictadura en Chile (1973-1990). El equipo multidisciplinario estuvo conformado por 25 personas, compuesta por nueve académicas y académicos, una periodista y escritora, un diseñador y catorce estudiantes, quienes realizaron 45 entrevistas, un mapeo colectivo, cuatro ejercicios de *photovoice* y recopilaron documentos y fotografías de la época.

El libro que aquí se presenta recoge el resultado de este trabajo colaborativo. Más que un registro de las memorias obtenidas busca ofrecer un aporte significativo al acceso público del patrimonio histórico y cultural, incentivando la reflexión sobre el papel de la memoria histórica en la promoción y defensa de los derechos humanos.

Capítulo 1: Presenta la historia de las víctimas de esta casa de estudios, compartida a la comunidad a través de los relatos de sus familiares. Aunque la extensión de cada testimonio varía, todos ponen de relieve quiénes eran y cómo vivieron su infancia y juventud. En algunos casos, no fue posible obtener el testimonio directo de sus seres queridos, por lo que recurrimos a documentos históricos para reconstruir su legado.

Capítulo 2: Aquí se narra la experiencia de la entrega de títulos póstumos, un acto de reivindicación y memoria. Se presentan las historias de los seis títulos otorgados entre 2023 y 2024, destacando el impacto de este reconocimiento en las familias y la comunidad académica.

Capítulo 3: Este apartado visibiliza la historia de mujeres que fueron estudiantes y docentes en esta casa de estudios, con el objetivo de evidenciar la escasez documental sobre su papel durante la dictadura. Cada una de las narraciones está escrita en primera persona, permitiendo un acercamiento íntimo y personal a sus vivencias.

Capítulo 4: Se presenta una narración de los hechos suscitados en la Universidad de Atacama el 5 de septiembre de 1984, cuando los

militares ingresan a la universidad. Se presenta una narración que aborda los hechos ocurridos allí antes, durante y después de aquel día, reconstruyendo los sucesos desde distintas perspectivas y resaltando su impacto en la comunidad universitaria.

Capítulo 5: En este capítulo, distintas voces —funcionarios, académicos y exestudiantes— comparten sus vivencias sobre la represión, la solidaridad y las diversas formas de resistencia en la universidad durante el período dictatorial. A través de sus testimonios, se construye un mosaico de experiencias que enriquecen la memoria colectiva.

Capítulo 6: Mediante un análisis de discursos políticos, se examina el papel de los centros de estudiantes en la dictadura, explorando su importancia en la organización, el activismo y la defensa de los derechos estudiantiles.

Capítulo 1:

**Víctimas de la dictadura militar en la
Universidad de Atacama**

Nayen Pavez Pedraza, Jessica Acuña Neira y Sara Arenas Marín.

Este capítulo, dedicado a las víctimas de violaciones graves a los derechos humanos por parte de la dictadura militar, tanto estudiantes como docentes de la Universidad de Atacama (UDA, ex-UTE y Escuela Normal), es fundamental para mantener viva la memoria histórica y garantizar que las futuras generaciones comprendan la gravedad de los eventos ocurridos durante ese tiempo oscuro de la historia de Chile. La dictadura, que asoló al país, no solo representó un periodo de represión política y social, sino también un momento de violaciones sistemáticas a los derechos humanos.

Como programa Interfacultad de Investigación y Educación en Derechos Humanos, entendemos que es esencial que las instituciones educativas, como la Universidad de Atacama, jueguen un papel activo en la preservación de la historia. Este capítulo servirá como un registro detallado y documentado de las atrocidades cometidas durante la dictadura, asegurando que los nombres y las historias de las víctimas no se olviden. Entendemos que recordarlas es un acto de justicia y reparación tanto para sus familias como para la sociedad en general. Reconocer el sufrimiento de estas personas y honrar su memoria es una forma de brindar consuelo y apoyo a sus seres queridos, y de aceptar la responsabilidad colectiva por los errores del pasado.

Por otra parte, este capítulo tiene un valor educativo inestimable. Proporcionará a las y los estudiantes, docentes y lectores en general una comprensión profunda de los impactos de la dictadura en la comunidad universitaria de Atacama. Al educar sobre los eventos pasados, se fomenta una conciencia crítica y un compromiso con la defensa de los derechos humanos.

Las víctimas de nuestra casa de estudios están presentadas por relatos de informes judiciales, prensa de la época y principalmente por sus familiares, además de amigos y amigas. En las páginas que siguen, encontrará el lado muchas veces invisible a los ojos, pero no al corazón de quienes fueron estas personas.



Fotografía donada por Marcia Ugarte.

Atilio Ernesto Ugarte Gutiérrez, veinticinco años, estudiante de Ingeniería en Minas, ejecución extrajudicial en 1973.

La familia de Atilio Ugarte Gutiérrez vivía en Viña del Mar. Su padre tenía un almacén, él ayudaba con algunas de las tareas en su tiempo libre. Su madre se dedicaba a criar a las cinco hijas y al hijo y a las labores del hogar. Desde muy niño se destacó por su apego a los estudios, siempre les dijo que él iba a ser profesional. Por eso cuando le dieron el título póstumo el año 2023, se transformó en un momento de gran relevancia y reparación para la familia.

Atilio llegó a la universidad luego de terminar una carrera técnica en la Escuela Industrial. Antes estuvo trabajando en el norte unos años, hasta que gracias a una beca para trabajadores de las que promovió el Gobierno de Salvador Allende, ingresó a la entonces sede Copiapó de la Universidad Técnica del Estado, a la Escuela de Minas, con el fin de obtener el título de ingeniero.

Todos lo recuerdan como una persona reposada, muy concentrada en sus estudios, idealista. Fue parte del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Era ligeramente mayor que la mayoría de los jóvenes que ingresaban a la carrera de Ingeniería. Se distinguía también por sus ojos de color claro que solía proteger del omnipresente sol del norte con lentes oscuros, por lo que sus compañeros de carrera lo apodaban “el Gafas”. No era un orador,

pero infundía respeto con su presencia. Alguno de sus compañeros de universidad lo recuerda como de pocas palabras.

—Para nosotros era un orgullo que él se pudiera desarrollar de esa forma y sus buenos resultados en los distintos ámbitos en los que participó. La vida universitaria no era común, por lo que su buen desempeño siempre fue visto con admiración, un camino a seguir para nosotras —detalla su hermana Marcia Ugarte sobre esa condición, la de ser el primero de la familia en llegar a la universidad.

De su actividad política, en el hogar no sabían nada. A las hermanas no les hablaba de partidos, ni de la Unidad Popular, ni del presidente Allende. Pero lo cierto es que Atilio era un estudiante que participaba activamente de las asambleas, los trabajos voluntarios y las actividades de la colectividad en la que militaba.

Vivió inicialmente en el internado de la universidad y luego se trasladó a una pensión. Almorzaba frecuentemente en el casino universitario. Con esas ayudas para estudiantes él podía mantenerse. Mirtha Colman, artista, pero en ese entonces estudiante de la Escuela de Minas, compartió con él, especialmente en las horas libres tras el almuerzo.

Así lo recordó en el libro *Viven en nuestra memoria* su compañera de curso Mirtha Colman: “Tenía tantos ideales, como todo joven tenía sus sueños, pero era un niño muy tranquilo, con muy buenos pensamientos, soñando que el mundo podía cambiar y hablábamos de todas las injusticias, de cómo hacer para cambiar este mundo, la pobreza, la maldad, era como un sabio... me encantaba escucharlo y era calmado”.

Atilio fue muy cercano a Edwin Mancilla, el líder de la juventud del MIR en esa época y del frente de masas, en el que trabajaban estudiantes, trabajadores y trabajadoras particularmente del mundo obrero, en acciones políticas como organizar a quienes no tenían vivienda para construir el Campamento de Pobladores sin Casa

Arnoldo Ríos, en el sector entonces baldío ubicado en Luis Flores cerca de Los Carrera, curiosamente muy próximo al Regimiento de Copiapó. Marcia Ugarte recuerda el momento del golpe de Estado, ella vivía en Viña del Mar, aún era una niña, y su hermano se encontraba en Copiapó, un joven de 24 años.

—Fue una situación horrible que nos llenó de miedo. Desde lo que veíamos en las calles, en los trabajos. Recuerdo que nuestro padre tomó todas las cosas: libros, discos, revistas que pudiesen ser relacionadas con la izquierda y las escondió, se llevó todo. Fue una época muy compleja, con mucho temor.

Atilio fue detenido cuando ubicaron a Edwin Mancilla, a quien buscaban intensamente por su condición de dirigente público. Mancilla había abandonado la casa en la que vivía junto a Sergio Jirón en la populosa población Pedro León Gallo, había errado algunos días por casas de seguridad que antes del golpe planificaron poder usar en caso de que hubiera represión y persecución, pero prontamente tuvo que dejar esas viviendas y Atilio le ofreció refugio en su pensión.

No hay informaciones respecto a cómo llegaron a encontrarlo, lo que se sabe es que también detuvieron a Atilio. Los militares allanaron el lugar. Cuando la familia se enteró de esta situación, viajó a Copiapó. Marcia lo recuerda así:

—Primero fue la sorpresa, nosotros amábamos a nuestro hermano y nunca nos imaginamos que podría estar en una situación como esa. Respaldamos sus actos, pero su vida en la universidad, quizás por la distancia, fue desconocida para nosotros. Cuando fue detenido viajamos a Copiapó para saber de él, no pudimos verlo pues la hora en que llegamos ya no había visitas. Cuando intentamos visitarlo por la mañana, nos mintieron diciendo que había fallecido en un confuso accidente durante un traslado. No lo podíamos creer. Esa explicación no tenía sentido para nosotros. Esta situación nos hundió y nos llenó de terror por lo que podía ser capaz de hacer el Estado en contra de

quienes no pensarán como ellos. En ese momento no pudimos juntar mucha información. No teníamos a quien recurrir y vivíamos lejos de la ciudad en la que había sucedido su asesinato, por lo que por mucho tiempo callamos nuestra pena y nuestro dolor por su pérdida. Sentíamos que no teníamos a quien recurrir y que nuestra única opción era guardar silencio.

Esta familia se mantuvo unida, con mucho dolor. Desde que encontraron su cuerpo en 1990 han continuado viajando cada 17 de octubre a conmemorar el paso de la Caravana de la Muerte por Copiapó, llevando flores al mausoleo ubicado en el Cementerio de Copiapó junto a otras familias. Si bien es uno de los casos más conocidos —probablemente gracias al trabajo hecho por Patricia Verdugo con las investigaciones que comenzaron a masificarse con el libro *Los zarpazos del Puma*—, hubo un proceso judicial donde se estableció una verdad judicial en la que se reconoce la responsabilidad del Estado en su ejecución y posterior desaparición para ocultar el crimen, el que ordenó reparar a las familias y condenar a parte de los responsables. Las acciones que han avanzado en verdad y reparación, como los informes de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación e la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, son valoradas por las hermanas Ugarte. Pero para Marcia, que creció con este dolor, el mismo que aún viven muchas familias que no han encontrado los cuerpos de sus seres queridos, o no han tenido justicia, es una herida que también le duele.

—En el contexto de la vuelta a la democracia, para asegurar la transición, se dejó de lado la justicia para los que perdimos a tantos seres queridos. Al día de hoy no siento que exista una real justicia por los crímenes ocurridos y muchos de los familiares han muerto sin tener paz tras el daño sufrido en esta época.

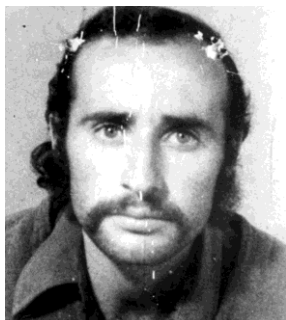
También ha observado que se les enseña a las nuevas generaciones en escuelas y liceos a valorar la democracia, así como también en los

medios de comunicación. Sin embargo, tiene dudas respecto al impacto de las garantías de no repetición:

—Se supone que la democracia se enseña en las escuelas y se promueve en los medios de comunicación, pero tengo mis dudas. En los últimos años, he escuchado comentarios de personas que antes consideraba moderadas, justificando la violación de los derechos humanos y la restricción de las libertades individuales en aras de la estabilidad, especialmente durante las protestas de 2019. Aunque me gustaría creer que la democracia está asegurada en Chile y que nunca más se violarán los derechos humanos, sin embargo, creo que nos falta mucho para eso. Es algo en lo que hay que seguir trabajando.

La familia Ugarte Gutiérrez quiere entregar un mensaje a las generaciones que se están formando:

—Respeto y solidaridad. Creo que ambos valores son lo mejor que podemos enseñar a nuestros hijos y a las futuras generaciones. Respeto por las diferencias, respeto por el que piensa como uno y por el que no. Un respeto que nos permita discutir y buscar soluciones, construir mecanismos para tomar decisiones sin tener que acudir a la violencia. Por otro lado, solidaridad, donde nos preocupemos del otro, lo apoyemos. Dejar atrás el individualismo que no permite mirar más allá de nuestras necesidades para que nos permitamos pensar en todos como comunidad.



Fotografía donada por Silvia Larravide.

Raúl Leopoldo de Jesús Larravide López, veintiún años, estudiante de Ingeniería en Minas, presidente de la Federación de Estudiantes, ejecución extrajudicial en 1973.

Leopoldo Larravide López nació en el seno de una familia de clase media en Chile, en una época en la que el país experimentaba grandes transformaciones políticas y sociales. Era el menor de seis hermanos y creció en un hogar lleno de amor y valores de esfuerzo y dedicación. Su padre, Miguel Larravide Blanco, trabajaba en la Empresa Nacional de Electricidad (Endesa) y su madre, Marina de las Mercedes López Galarce, se dedicaba al hogar, sosteniendo el núcleo familiar con esmero.

Silvia Larravide, su hermana, relata que Leopoldo, desde pequeño, demostró ser un joven excepcional. Era carismático, inteligente y profundamente comprometido con la educación y la justicia social. Durante su adolescencia, estudió en el Liceo Sotomayor de Las Condes, donde dejó una huella imborrable. No solo era un excelente estudiante, sino que también se destacó por su amabilidad y solidaridad con sus compañeros. Los profesores lo apreciaban y sus amigos lo describían como alguien con una personalidad luminosa y de una calidez humana inigualable.

En 1970, egresó de la enseñanza media con excelentes calificaciones y decidió continuar sus estudios en la Universidad Técnica del Estado, actualmente Universidad de Atacama, en Copiapó. Allí comenzó a estudiar Ingeniería de Ejecución en Minas, se convirtió rápidamente en uno de los mejores estudiantes de la institución. Además de su destacado rendimiento académico, Leopoldo se involucró en el movimiento estudiantil, llegando a ser presidente de la Federación de Estudiantes de la universidad. Su liderazgo, su convicción y su capacidad de movilización lo convirtieron en una figura clave dentro de la comunidad universitaria.

Sin embargo, la situación política del país se tornaba cada vez más compleja. Chile vivía un proceso de cambio profundo y la polarización política crecía. Leopoldo, fiel a sus principios, se sumó a la militancia del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), convencido de que la organización y la lucha social eran fundamentales para alcanzar una sociedad más justa. Al mismo tiempo, dedicaba su tiempo a la educación, impartiendo clases en una escuela pública de Copiapó, donde transmitía su pasión por el conocimiento y su compromiso con las nuevas generaciones.

El golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 marcó el inicio de una tragedia para su familia. Mientras sus padres y hermanos vivían la incertidumbre en Santiago, Leopoldo fue detenido el 12 de septiembre en la universidad junto a otros estudiantes y profesores. Fueron trasladados al regimiento militar de la ciudad, donde comenzaron las torturas y los interrogatorios.

Silvia relata que su hermana Eugenia viajó a Copiapó con la esperanza de verlo y ayudarlo. Logró visitarlo bajo la custodia de un soldado y lo encontró en un estado físico deplorable. Había sido golpeado, sometido a descargas eléctricas y a otras torturas inhumanas. Aun en esas condiciones, Leopoldo intentó tranquilizarla y le pidió medicamentos para aliviar el dolor y cigarrillos para calmar la

ansiedad. La familia trató de gestionar su liberación a través del teniente coronel Óscar Haag Blaschke, quien aseguraba que pronto sería liberado, palabras que resultaron ser una mentira más en medio de la brutal represión.

Su hermana Eugenia, relata Silvia, “realizó una denuncia al Juzgado de Letras de Copiapó, autos rol 33687, querella por inhumación ilegal de cadáveres en esa época y que el Tribunal nunca resolvió”.

El 17 de octubre de 1973, Silvia viajó a Copiapó con la esperanza de verlo y entregarle los insumos que tanto necesitaba. Sin embargo, en la madrugada de ese día, la familia recibió un telegrama que anunciaba la ejecución de Leopoldo junto a otros compañeros y profesores. Sus cuerpos fueron desaparecidos y la familia quedó sumida en la incertidumbre y el dolor. No hubo respuestas, solo evasivas y silencio por parte de las autoridades.

Durante años, la familia Larravide buscó incansablemente a Leopoldo. Su madre, consumida por la pena, cayó en una profunda depresión que terminó por arrebatarle la vida en 1982. La desesperación, la impotencia y la ausencia de justicia destruyeron el equilibrio familiar, llevando incluso al exilio a una de sus hermanas. Los intentos de obtener respuestas por la vía legal fueron en vano, los tribunales nunca resolvieron las querellas y las instituciones del Estado ignoraron sus peticiones.

—Con el dolor de la familia pudimos ver el certificado de defunción que decía “EJECUCIÓN MILITAR” y que después fue ilegalmente cambiado por “heridas de bala”, y que los resultados de las denuncias no tuvieron respuestas —detalla Silvia sobre estos dolorosos hechos. En 1990, con el retorno a la democracia, la familia viajó al cementerio de Copiapó, donde comenzaron a encontrarse restos humanos en fosas comunes. Entre los objetos recuperados, Silvia logró reconocer algunas pertenencias de su hermano: una parka, un inhalador para su asma y un par de botines de gamuza que ella misma le había regalado.

Era lo único que quedaba de él. La verdad seguía oculta y la justicia nunca llegó.

Leopoldo Larravide López fue un joven brillante, un hermano querido y un líder comprometido con la educación y la justicia social. Su historia es un testimonio del horror de la dictadura y de la lucha incansable de una familia por encontrar respuestas y dignidad.

Hoy, su memoria sigue viva en quienes lo conocieron y en quienes continúan exigiendo verdad y justicia para él y para todos los desaparecidos de Chile.

El dolor de su ausencia sigue marcando a su familia, pero su legado permanece como un recordatorio de la importancia de la memoria, la justicia y el respeto por los derechos humanos. Porque recordar a Leopoldo es reafirmar el compromiso de que nunca más se repita una historia de represión y desaparición en nuestro país.



Fotografía donada por Marly Mancilla.

Edwin Ricardo Mancilla Hess, veintiún años, estudiante de Pedagogía de la Escuela Normal, presidente del Centro de Estudiantes, ejecución extrajudicial en 1973.

Edwin Mancilla provenía de una familia del interior de la Región de Coquimbo, en la localidad de Punitaqui. Eran ocho hermanos, el padre, minero y la madre dueña de casa, la que debía esforzarse para que el dinero alcanzara para todas las necesidades, sobre todo cuando la mina se volvía esquiva y ocultaba la veta. Eran muy unidos.

La infancia de los niños y niñas fue tranquila: estudios en la escuela del pueblo, juegos, las bolitas, el emboque, el trompo, la escondida. Edwin destacaba por ser muy religioso. Ayudaba como acólito a hacer la misa. Como hijo era obediente, respetuoso, muy cariñoso, también con sus hermanos y hermanas.

Cuando terminó la primaria, Edwin siguió los pasos de su hermano Patricio e ingresó a la Escuela Normal de Copiapó. Allá compartían el internado, que dejaba de entregarles alimentación los fines de semana, así que fueron apadrinados primero por la señora Rosalba Venegas, quien abría su casa cada domingo para el almuerzo, y posteriormente por una beca otorgada por unos amigos de los normalistas. Eso fue a partir de 1963, año en que ingresó Patricio, y 1964, cuando lo hizo Edwin. Los estudios en esta institución que formaba a los profesores y profesoras duraban seis años, pero hubo

una reforma que los aumentó a nueve. Edwin alcanzó a cursar ocho, cuando el 17 de octubre de 1973, tras el paso de la Caravana de la Muerte, fue víctima de ejecución extrajudicial y su cuerpo desaparecido.

Patricio Mancilla, ahora jubilado, lo recuerda así:

—Era muy inteligente, no anotaba, solamente grababa en su cabeza las clases que realizaban los profesores. Amante del deporte. Le gustaba jugar al ajedrez. Discutíamos sobre política, pero sanamente, siendo tolerantes. Además, éramos rivales de clubes deportivos, a él le gustaba el Colo Colo y a mí la Universidad de Chile. Jugábamos fútbol por la Escuela los domingos. Era muy tranquilo, respetuoso, un buen compañero, amigable.

En la Escuela Normal conoció por parte de sus profesores los grandes problemas de su época, incluidas las revoluciones y el socialismo. Constituyó un grupo de compañeros, primero que compartían las mismas inquietudes y miradas respecto a cómo resolver los grandes problemas del país, luego se integró al centro de estudiantes y posteriormente al MIR. Llegó a ser presidente de su organización estudiantil.

—Era muy sacrificado. En los tiempos de la Unión Popular, o sea, de Salvador Allende, él se iba caminando a Paipote a predicar su doctrina. Él se sacrificaba por su corriente política.

Verónica Mancilla recuerda que su hermano era alto, cercano al metro ochenta, de cara larga, blanco, con un ojos pardos y pelo castaño. Un hombre cariñoso, dice, que se preocupó de traerla a Copiapó para cursar la enseñanza media en el Liceo Comercial, ya que en Punitaqui solo había escuela primaria.

—A pesar de que era una niña, hay momentos inolvidables con él. Como cuando llegaba desde Copiapó a Punitaqui, siempre me llevaba una bolsa de dulces, lo esperaba con mucha alegría porque era un hermano cariñoso. Recuerdo también de las procesiones que hacía en

casa, cuando quería ser sacerdote. Un año nuevo yo estaba acostada y me sacó de la cama para darme el abrazo, me dio mucha alegría, tanta que me puse a llorar. Ese episodio quedó marcado para siempre. Después no nos veíamos tan seguido, por sus actividades del partido iba poco a la casa —rememora Marly Mancilla.

Sergio Chávez lo conoció en la cancha de fútbol y jugó muchas veces con él. Luego fueron compañeros en el MIR, donde Edwin le hacía clases de educación política, fundamental para llegar a ser militante: —Él era el secretario regional del MIR, cuando el regional estaba compuesto por Atacama y Coquimbo. Entonces, siendo muy joven, era un destacado militante, político y dirigente. Me acuerdo de que, en septiembre, en la última reunión ampliada del MIR en la Universidad Técnica, en la cuenta política que entregaban los dirigentes, afirmaban que el golpe de Estado se venía, que era inevitable. Y las distintas unidades del MIR estaban en casas de seguridad. Le comenté a Edwin, al Pilo, “no tengo casa de seguridad, así que necesito un espacio en la tuya”. Y su respuesta fue que él no tenía, sino que su casa de seguridad era junto al pueblo, con la gente, en las poblaciones.

Había una cafetería en el internado contiguo a la Escuela Normal, en lo que hoy es Copayapu. Chávez recuerda haberlo visto de estudiante tomando un café con una humilde hallulla en ese lugar, imagen que vuelve a él cada vez que escucha la canción de Fernando Ubierno “Un café para Platón”.

El título póstumo fue, para la familia, un momento reparador.

Sobre su ejecución extrajudicial, Patricio Mancilla se enteró por su hermana, que fue a contarle a la escuela rural de la Hacienda Castilla, donde él hacía clases. La tristeza cayó sobre la familia.

Los primeros días de octubre, preocupado, Patricio le había pedido que se fuera del país, pero él le respondió que no, porque sus

compañeros y compañeras iban a considerar que era un cobarde y que lo necesitaban en la zona para la resistencia.

—Así que nunca quiso salir. Afrontó las consecuencias que posteriormente sucedieron. En términos de impacto, nunca pensé que, por ser un idealista, lo mataran. Yo creí que lo iban a tener en la cárcel, pero nunca me imaginé que le iba a pasar eso.

La verdad fue difícil y tuvieron muchas versiones de lo ocurrido. Más de una vez fueron a la fosa clandestina donde decían que estaban enterrados, a dejarle una flor. Recién con la vuelta a la democracia tuvieron la certeza de encontrarse con su cuerpo.

—Nosotros fuimos con nuestra hermana a reconocer los restos y lo ubicamos, porque tenía un problema de dentadura —recuerda Patricio.

Respecto a la justicia, Patricio habla en nombre de su familia:

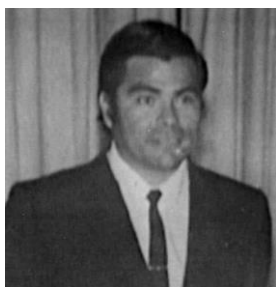
—La justicia deja mucho que desear. Hay todavía mucha gente desaparecida. Todos los crímenes que todavía no se resuelven por la lentitud de la justicia. Y todavía hay gente asesina paseándose por las calles de nuestro país. La justicia todavía no llega a los responsables del golpe militar en su calidad de criminales.

De las políticas de reparación, este familiar valora el informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación e Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, y la ayuda para su madre y para una de sus hermanas mediante una pensión de reparación. Él demandó al Estado y logró una indemnización. Para el resto de sus hermanas, dice que esta reparación económica está pendiente.

Respecto a las garantías de no repetición, indica que lo principal es cuidar la democracia, para que los horrores no vuelvan a ocurrir.

—La democracia es lo más importante en la vida de los pueblos. Porque tenemos la necesidad de poder expresarnos, de poder comunicarnos para dar a conocer nuestras ideas y ser tolerantes.

Entonces, yo creo que si cuidamos la democracia y la gente se asocia a ella, vamos a lograr que nuestro país siga por la senda del progreso y tratando de que todas las ideologías sean respetadas.



Fotografía donada por Adi Gamboa.

Alfonso Ambrosio Gamboa Farías, treinta y cinco años, profesor de la Escuela Normal de Copiapó, ejecución extrajudicial en 1973.

Recordando a un padre: relatos de Adi Gamboa Araya y Alfonso Gamboa Araya

La llegada del gobierno de la Unidad Popular marcó una nueva etapa en nuestras vidas, fue un proceso difícil de apenas mil días. Aunque había esperanza y entusiasmo entre la gente, también enfrentamos una oposición poderosa que buscaba desestabilizar al gobierno. Recordamos las manifestaciones, tanto de apoyo como de rechazo en el centro de la ciudad, pero predominaban las marchas de quienes adherían al proyecto, a pesar de las dificultades económicas que iban en aumento.

En Copiapó, el desabastecimiento se sintió, las colas para comprar pan, carne y otros productos básicos eran interminables en el año 1973. Nosotros solíamos ir a la panadería en la calle Talcahuano al anochecer y esperábamos hasta la mañana siguiente para conseguir un kilo de pan por persona. Hacíamos fogatas y partidos de fútbol en

la espera. El racionamiento de productos mediante tarjetas JAP intentaba garantizar que todos tuviéramos acceso, aunque de manera limitada. Incluso los cigarros se distribuían en cooperativas, una imagen imborrable de aquellos tiempos de esfuerzo colectivo. A pesar de todo, había un espíritu de solidaridad y progreso.

Se expropiaron terrenos, se erradicaron campamentos, y el programa del litro de leche para los niños quedó como símbolo de los esfuerzos del gobierno por mejorar la vida de la gente. Sin embargo, los conflictos externos, como el paro de los camioneros y el financiamiento de la derecha por agentes internacionales, tuvieron un impacto significativo en la estabilidad del país.

Nuestra familia estaba compuesta por cuatro personas, dos hermanos y nuestros padres. Vivíamos en la Alameda, en una plazoleta que se llama Juan Godoy. En un rincón de esa plazoleta arrendamos una casa. Nunca tuvimos la posibilidad de tener una casa propia. Nuestro papá era profesor, pero su sueldo no era suficiente, así que se esforzaba mucho más allá de su trabajo habitual para darnos un poco más de estabilidad. Trabajaba en la radio después de salir de clases, desde las siete de la tarde hasta las once de la noche, de lunes a viernes. Empezó como locutor y llegó a ser director. Además, dedicaba tiempo a la asistencia gratuita en los hospitales.

En 1967, el papá fue a Santiago, donde consiguió una beca para estudiar un curso de salubridad en la Universidad de Chile. Este curso le permitió trabajar como educador sanitario, enseñando a la gente el uso de la píldora anticonceptiva. La meta era aliviar la carga económica de las familias al controlar la natalidad, pues era común que las parejas tuvieran cinco, seis o más hijos. Sin embargo, su trabajo no fue fácil, ya que enfrentó la oposición de la Iglesia católica, quienes la consideraban un pecado y la condenaban públicamente.

La Escuela Normal, donde nuestro papá trabajaba, estaba en el sector que hoy conocemos como Facultad de Humanidades, específicamente

el Palacete. Las salas daban hacia el lado sur, y eran dos grandes pabellones en los que se impartían clases. Él enseñaba en la Normal y también daba clases en el Liceo de Niñas. Su vocación era educar y contribuir al bienestar.

Nuestro papá tenía una rutina muy ocupada: sus clases, la radio por las noches y dedicaba tiempo al hospital como educador sanitario. Su papel como docente no se limitaba a enseñar materias, sino también a formar a quienes formarían a otros, lo que requería una responsabilidad enorme. La imagen de los profesores, siempre impecables, generaba una mezcla de admiración y distancia.

La formación normalista era muy integral; nuestro padre enseñaba diversas asignaturas como dibujo, música, castellano, matemáticas, ciencias sociales y naturales, incluso carpintería. Una vez terminaban su formación en la Escuela Normal, los profesores eran enviados a los lugares que más necesitaban educadores, sin opción de elegir. Él estaba encargado de supervisar las prácticas de sus estudiantes, evaluar su desempeño y ayudarles a mejorar. Todavía conservamos listados de estudiantes que él tuvo a su cargo y documentos históricos, como la última edición del informativo de la Escuela Normal, de 1973.

Como niños solíamos ir a buscarlo los sábados por la noche a la radio, y después compartimos juntos, muchas veces terminando en el Cine Alhambra; esos momentos eran un respiro para él, una pausa después de tanto esfuerzo. A veces íbamos a un café en el Club Ferroviario, en calle O'Higgins, o tomábamos un coche con caballos para regresar a casa. Los domingos eran especialmente memorables, su día familiar, cuando visitábamos a nuestra abuela en calle Yumbel, compartíamos un almuerzo y luego caminábamos de vuelta a casa por la tarde; aunque las condiciones materiales eran sencillas y los medios escasos, esos días están llenos de recuerdos cálidos y de la dedicación incansable de nuestro papá, quien siempre trabajaba para darle lo

mejor a su familia y a la comunidad. Nuestra rutina de niños era bastante sencilla. En 1972, para Navidad, llegó la televisión a la ciudad de Copiapó. Teníamos un televisor Westinghouse que él compró en 1970, cuando fuimos a Arica tras el fallecimiento de nuestro abuelo, pero no lo habíamos podido usar por falta de señal; en nuestro barrio fuimos de los primeros en tener televisión, algo muy especial en esa época, cuando pocos podían permitírselo.

Nuestro padre era un hombre muy cariñoso. Aunque trabajaba mucho, siempre encontraba formas de estar presente. Era muy amigo de sus amigos; organizaba reuniones en casa, especialmente para ver partidos de fútbol. La mamá preparaba sándwiches de jamón y queso en el horno para todos. Los fines de semana desayunábamos juntos en familia, cada uno con su lugar fijo en la mesa, y él en la cabecera. Le encantaba leer el diario, y siempre lo hacía al empezar el día.

En nuestra familia siempre existió un ambiente profundamente unido y familiar. El papá, siendo el único hombre en el núcleo de nuestra abuelita, asumió la responsabilidad de cuidar de ella y de nuestras cuatro tías, ya que la abuela quedó viuda a una edad muy joven. Desde pequeño, él fue la figura paterna de la casa, y ese rol marcó su carácter protector y familiar, transmitiendo valores que nos acompañaron siempre.

Su rutina era marcada: como buen normalista, se levantaba temprano, hacía ejercicios y nos enseñaba valores como la responsabilidad en el aseo y los estudios. Incluso impartió clases de educación sexual en séptimo y octavo año, algo innovador para esa época. Utilizaba métodos respetuosos como preguntas en papelitos, evitando la incomodidad de los estudiantes. Después de sus clases, dedicaba horas de la noche a enseñar alfabetización a los padres de sus estudiantes. Fue una figura admirada tanto por sus colegas como por sus estudiantes, siempre buscando educar con vocación y entrega.

El ambiente familiar giraba en torno a tradiciones muy marcadas. Los domingos, por ejemplo, eran sagrados: todos nos reunimos a desayunar juntos en la mesa, manteniendo un orden y un protocolo muy arraigado en esa época. Esa rutina reflejaba el espíritu del hogar, aunque con una impronta bastante machista, típica de aquellos tiempos.

No obstante, la crisis política de esos días también dejó su huella. Durante la celebración del Día del Profesor, en un contexto en el que la televisión apenas llegaba a nuestros hogares y la radio era el único medio de información, el papá cumplía con sus compromisos en la escuela y en la radio. Para el golpe de Estado su postura crítica frente a la situación generó tensiones y malestar en el nuevo Gobierno, y fue citado por Carabineros. El 17 de septiembre de 1973 se presentó voluntariamente a la comisaría y fue trasladado posteriormente al regimiento. Recordamos la angustia de nuestra mamá al verlo salir esposado en un jeep rojo a la cárcel local, una imagen que marcó profundamente nuestra experiencia familiar en esos tiempos convulsos. Las manifestaciones a favor del nuevo Gobierno se traducían en unos pocos vecinos del sector sacando banderas chilenas. El país se dividió ante el golpe de Estado.

La abuela se resistía a visitarlo, argumentando que su hijo no era un criminal ni un delincuente, pero finalmente fuimos a verlo. Entramos a la cárcel un fin de semana, a nuestro padre lo vimos salir por un pasillo largo desde los galpones, visiblemente más delgado y canoso. Conversamos bajo la vigilancia de los gendarmes y la mamá le llevó comida. Él pidió unos zapatos más resistentes, nos contó que era posible que lo trasladaron a la isla Dawson (lugar destinado como campo de concentración) y también solicitó pastillas para dormir, ya que llevaba días sin descanso.

Durante esa visita, notamos heridas en sus muñecas. Aunque él dijo que eran producto de mover cajones, su gesto hacia la mamá nos hizo

entender que no era la verdad. Ahora sabemos que probablemente eran resultado de interrogatorios nocturnos.

La abuela logró visitarlo días después. Sin embargo, un día nuestra mamá fue a llevarle almuerzo, porque no les daban alimentación en el recinto penitenciario, y los gendarmes le dijeron que no era necesario, lo que le pareció extraño, y volvió a casa con la vianda. Esa noche, el papá fue sacado de la cárcel y ejecutado. Al día siguiente, temprano en la mañana, golpearon muy fuerte en nuestra casa. La mamá, al abrir la puerta, recibió la noticia de su muerte de parte de un vecino, Enrique Figueroa Velásquez —estudiante de la UTE—, quien le comentó lo que escuchó por la radio.

Ese momento quedó grabado en nuestra memoria como un grito desgarrador que marcó nuestra vida para siempre.

El día que recibimos la noticia fue caótico y lleno de incertidumbre, lo que llevó a nuestra madre a acudir al regimiento en busca de respuestas. Allí, en medio de la desesperación, intentó tomar el fusil de un soldado de guardia y dispararles, pero tenía el seguro puesto, un gesto que reflejaba su angustia y frustración. Mientras tanto, en casa, los familiares comenzaron a llegar, pero los más pequeños no entendíamos lo que estaba ocurriendo.

Fue al leer la portada del Diario Atacama que nos enteramos: “Fuga frustrada de reos”. Al ver el listado junto al titular encontramos el nombre de nuestro papá. El comunicado estaba firmado por la Comandancia del Ejército. Solo entonces comprendimos la gravedad de la situación.

En esos días, también sufrimos un allanamiento en casa. Los militares entraron de madrugada, revolvieron todo y se llevaron detenida a la mamá por varios días, dejándonos solos a los hijos. Una vecina nos cuidó durante ese tiempo, pero la incertidumbre era constante por no saber de nuestra madre. Adi, que estaba en la escuela básica con ocho años, quien tenía clases en la mañana, fue sacada de clase por la

directora para explicarle lo sucedido con nuestro padre, pero ella era demasiado pequeña para entenderlo.

Posteriormente, la mamá comenzó a buscar el cuerpo del papá, enfrentándose a negativas y evasivas. Fue gracias a un tío, que tenía un amigo en el cementerio, que supimos dónde buscar. La remoción de tierra en ese lugar marcó el final de una búsqueda dolorosa, pero sin resultados: no pudimos encontrarlo. Así comenzó un duelo que nos acompañaría como familia por mucho tiempo. Estos eventos dejaron una huella imborrable en nuestra vida, reflejando la brutalidad de esos días y la fortaleza de la mamá frente a la adversidad.

La búsqueda del cuerpo del papá fue un proceso largo y lleno de incertidumbre. La mamá insistió durante años, enfrentando la falta de recursos y el miedo generalizado que había entre vecinos y conocidos. La represión y el exilio habían silenciado muchas voces, lo que dificultaba conseguir apoyo o información. Hubo incluso un rumor que indicaba que había sido visto en Brasil, algo que nuestra mamá deseó creer, incluso diciendo que no le importaría si tuviera otra familia mientras estuviera vivo.

Con el tiempo, la mamá y nuestra tía Germana comenzaron a presentar querellas, asesoradas por personas e instituciones vinculadas a la Iglesia, como la Vicaría de la Solidaridad. Recibimos apoyo humanitario en forma de alimentos y ropa, pero nunca consideramos dejar el país, pues la mamá no quería abandonar la búsqueda. Este proceso, lleno de trabas legales y falta de pruebas, se extendió por más de una década.

En 1990, con la llegada de la Comisión Rettig, se reabrieron casos como el de nuestro papá, y comenzó un proceso de exhumación en el cementerio. Fue en ese contexto que se lograron avances, aunque el dolor persistía.

Durante los años de dictadura, la familia se vio obligada a adaptarse. Después de perder nuestro hogar en Juan Godoy por no poder pagar el arriendo, la mamá encontró trabajo en una constructora y más tarde en programas sociales como el PEM y el POJH, lo que le permitió estabilizarse económicamente.

Mientras tanto, los hijos crecimos bajo un clima de temor y silencio, evitando hablar del tema para protegernos. Aunque con el tiempo se logró algo de justicia, el recuerdo de esos años difíciles sigue siendo parte de nuestra historia y de nuestra lucha como familia.

Después de terminar la enseñanza básica y el liceo, Adi decidió estudiar inglés, ya que siempre fue su pasión. La única opción accesible en ese momento era Arica, donde vivían nuestros tíos, así que se trasladó allí para estudiar en la Universidad de Tarapacá. Durante los años universitarios enfrentó muchas dificultades económicas, pero con esfuerzo y apoyo logró salir adelante. Consiguió becas por sus notas, trabajó haciendo ayudantías y se inscribió en el comedor universitario, que era sostenido en parte por colaboraciones. Incluso los fines de semana, los estudiantes iban a los terminales a buscar verduras para complementar las comidas.

En su último año, gracias a la beca FASIC de la Iglesia cristiana, logró completar su tesis y titulaciones, lo que marcó un hito importante para ella. Nuestra mamá incluso la acompañó durante sus prácticas, y juntas enfrentaron esos momentos de transición. Ese mismo año, en 1990, se encontraron los restos del papá tras años de búsqueda, lo que significó un punto de cierre en esa larga lucha.

Mientras tanto, nuestra familia también atravesaba dificultades económicas. La mamá, siempre perseverante, encontró trabajo en programas sociales y en la municipalidad, y finalmente logró tener nuestra propia casa gracias al apoyo de su jefe. Además, con el esfuerzo conjunto de nuestro hermano Poncho, que también trabajaba y estudiaba, nos fuimos estabilizando poco a poco como

familia. Después de titularse, Adi regresó y comenzó a trabajar, principalmente en educación de adultos, dando inicio a su carrera profesional. A pesar de los retos, cada paso estuvo marcado por sacrificio, esfuerzo y el apoyo mutuo de la familia, valores que han sido fundamentales en la vida.

Para Alfonso, el proceso judicial por el caso de nuestro padre fue largo, lleno de obstáculos y frustraciones. Comenzó a mediados de los 70 y finalizó a fines de los años 80 y, después de numerosos rechazos, careos e investigaciones, se logró avanzar tras décadas de esfuerzo. Abogados replicaron estrategias usadas en casos similares, y con el tiempo se enjuició a los culpables directos, incluyendo a militares como Patricio Díaz, Pedro Espinoza y Reyes Nostal. Finalmente, en 2018, se dictaron sentencias que sumaron años de cárcel y otorgaron una compensación civil, pero solo tras casi cuarenta años de lucha.

Sin ingresos tras la pérdida de nuestro padre, la mamá tuvo que reinventarse, aprendiendo a usar una máquina de escribir para trabajar como secretaria. La necesidad económica obligó a la familia a separarse: Alfonso vivió con un tío, mientras Adi se fue con la abuela. Este proceso nos fortaleció mentalmente, aunque enfrentamos grandes dificultades.

En aquellos años, la transición fue extremadamente lenta y complicada. Había personas vinculadas al antiguo régimen que seguían ocupando posiciones de poder en el Estado y en el sistema judicial, lo que dificultaba cualquier intento de justicia o reparación. La verdad, en ese contexto, era un concepto fragmentado. Aunque algunos informes como el informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación e Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, abrieron una ventana hacia lo ocurrido, muchos seguían negando los hechos o los minimizaban. Incluso hoy, creemos que hay más personas involucradas que nunca fueron señaladas ni juzgadas.

Cargar con el apellido de nuestro padre fue un desafío. Durante sus años de universidad, Alfonso se enfrentó a prejuicios y discriminación. Él recuerda especialmente cuando fue reclutado para el servicio militar obligatorio. Fue parte de un curso especial de reclutamiento de estudiantes universitarios, diseñado para generar un lavado ideológico en un contexto de efervescencia social. Dentro del regimiento, fue llamado a un consejo, donde lo interrogaron sobre su familia y, específicamente, sobre nuestro padre. Fue un momento tenso, pero respondió con la verdad: "Ustedes lo mataron". Esa declaración generó incomodidad, pero también dejó claro que ellos sabían quién era él y por qué estaba allí.

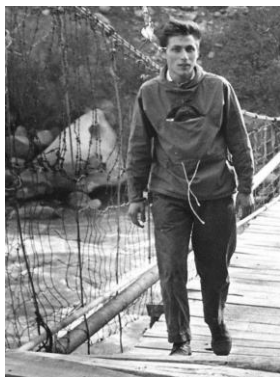
A pesar de todo, Alfonso logró salir del regimiento y continuar con su vida. Sin embargo, esos años dejaron una marca profunda. Hablar del tema era difícil; durante mucho tiempo, evitaba mencionarlo porque lo hacía llorar. Con el tiempo, y gracias a espacios de diálogo y encuentro, ha podido liberar parte de ese peso. Hoy entiende la importancia de contar nuestra historia, porque somos la primera fuente, los testigos directos de lo que ocurrió. Aunque el camino hacia la justicia fue largo y lleno de obstáculos, nuestra lucha y resistencia nos definieron como familia y como individuos.

Con los años, encontramos a personas involucradas que habían mostrado arrepentimiento, y aunque en su momento dudamos de sus palabras, ahora entendemos que había un intento genuino de liberarse del peso de lo vivido. Esas conversaciones nos han ayudado a comprender parte de lo ocurrido y a sanar, aunque el dolor persiste. En cuanto a la reparación y las garantías de no repetición, creemos firmemente que el "nunca más" debe ser una realidad, no solo una frase. Lo que vivimos fue un dolor que no se olvida; marcó nuestras vidas y nos robó años que deberían haber sido disfrutados como jóvenes. Sin embargo, los riesgos de que algo así vuelva a suceder siempre están y estarán latentes. Eventos como el estallido social

demonstraron que las heridas todavía existen y que las garantías para evitar una repetición no son claras.

El legado que queremos dejar es que estas historias deben contarse y transmitirse. Es crucial que las nuevas generaciones comprendan la magnitud de lo vivido y trabajen para que estas terribles situaciones nunca se repitan. Nuestro dolor y nuestras experiencias son reales y deben servir como una enseñanza para construir una sociedad más justa y consciente. Cada relato es una prueba de que esto fue verdad, y esa verdad debe ser conocida y recordada. Es fundamental hablar y compartir estas historias, aunque sea difícil, porque el riesgo de que se repitan siempre está presente.

Agradecemos profundamente a quienes han trabajado en este proyecto, dando espacio para que nuestras voces sean escuchadas. Han sido años de silencio, miedo y dolor que ahora se transforman en memoria y enseñanza. La confianza construida ha sido clave para abrirnos y compartir nuestra historia. Este esfuerzo no solo honra a las víctimas, sino que también busca construir un futuro consciente y resiliente. La memoria es nuestra mayor herramienta para decir, con firmeza, nunca más.



Fotografía donada por Gloria Vincenti.

Néstor Leonello Vincenti Cartagena, treinta y tres años, profesor de Estado de Matemática, Física y Estadística UTE, ejecución extrajudicial en 1973.

Leonello Vincenti fue el mayor de ocho hermanos y hermanas. Estudió en la Escuela Consolidada Dávila en Santiago, un estudiante brillante que destacaba en los estudios con diplomas como mejor estudiante cada año. Inquieto, vivía rodeado de amigos y de actividades dentro y fuera del liceo. En la familia no notaron su creciente compromiso político como militante de la Juventud Socialista hasta que ingresó como estudiante a la universidad. Siempre veían al joven inteligente, culto, maduro, ejemplo para hermanas, hermanos, primos y primas, el que aconsejaba y guiaba, el que explicaba la situación del país, o los fenómenos sencillos del día a día usando la ciencia. Durante los veranos, cuando se juntaba la familia, él lideraba con juegos que adiestraban la inteligencia y la cultura, como también a organizar la fogata, donde los jóvenes cantaban acompañados de la guitarra, el fuego y las estrellas.

María Soledad Vincenti recuerda el día en que le contó que, tras un buen puntaje en la prueba de selección, entraría a la Universidad Técnica del Estado, igual que él. Leonello la tomó por la cintura y la

levantó como a un bebé y le aconsejó estudiar algo más liviano que Física. Ella ingresó a Pedagogía en Alimentación. Estaba en una sala donde se juntaban con los estudiantes de otras carreras, más de cien, en la asignatura de Estadística, cuando el profesor miró la lista y reparó en su apellido.

—¡Vincenti! ¡Oh! Y aquí tenemos algún familiar de Vincenti. ¿Quién es? —Yo estaba sentada en la mitad de la sala. Levanté la mano y me dijo—: ¿Usted es hermana de Leonello?

—Sí, soy hermana de Leonello.

—¡Oh! Entonces aquí vamos a tener otro genio.

Un momento que hasta el día de hoy recuerda María Soledad.

—Y empezó a hablar muchas cosas hermosas de mi hermano, de su nivel académico, su inteligencia, yo me empecé a resbalar en la silla y pensé “¡Uy, mi hermano! ¿Y yo cuándo voy a llegar a esto?”. Me sentí observada, cuestionada y privilegiada. Fue muy bonito, pero me esforcé mucho para nunca dejarlo mal.

Leonello se casó con Gloria Salinas. Ambos jóvenes y enamorados. Ella se enfermó de una patología que en ese entonces no tenía remedio en Chile: pielonefritis. Tuvieron a la pequeña Gloria, mientras la salud de la madre empeoraba. Él hizo todo lo posible por lograr trasladarla fuera del país, pero no lo consiguió. Ella alcanzó a vivir un corto periodo en Copiapó. Viudo, a los veintiséis años y con un trabajo en el norte, como académico en la Universidad Técnica del Estado, su hija de apenas un año de vida quedó al cuidado de su abuela. Él viajaba constantemente a Santiago para verla.

Gloria Vincenti Salinas, su hija, sobre la época de la Unidad Popular, sólo tiene el recuerdo de estar con una de sus tías en la Alameda, en Santiago, rodeada de familias, con niños y niñas como ella, esperando ver pasar al presidente Allende. También tiene en su memoria uno de los numerosos paseos con su padre por Santiago, cuando al pasar por La Moneda, le dijo en palabras simples “esa es la casa del presidente

Allende”, para que una niña pequeña entendiera que se trataba de la casa de Gobierno.

—Yo me sentía súper orgullosa, porque todo el mundo siempre hablaba de que mi papá era muy inteligente y que trabajaba en la Universidad Técnica del Estado, era profesor de matemáticas y física. Lo veía también en mi relación con él, porque era muy didáctico para todo conmigo y nunca me retaba, si yo me portaba mal él me pedía que nos sentáramos a la mesa, él se ubicaba al frente, yo al otro lado y me decía “a ver, hija, reflexiona, ¿qué fue lo que pasó? ¿Qué estuvo mal acá?”. creo que me sentía peor que si me hubiesen retado porque me daba cuenta de que me había equivocado o había hecho la tremenda embarrada —recuerda Gloria—. Era una persona muy amorosa, muy tranquilo, calmado, casi nunca se enojaba, siempre sereno y líder.

Magaly Varas, en Copiapó, cursaba la enseñanza media y al mismo tiempo militaba en la Juventud Socialista cuando lo conoció. Él era el máximo dirigente de ese partido en la zona:

—En ese plano Leonello era un gran formador. Cuando ganó Salvador Allende fue el encargado de los trabajos voluntarios y con su conducción participamos entusiastamente en pintar escuelas, el frontis de la UTE, hicimos trabajos voluntarios después en los fundos que estaban tomados, se trataba de una forma en que los jóvenes, la mayoría estudiantes, nos podíamos relacionar con otros mundos —recuerda Magaly sobre su forma de ejercer el liderazgo partidario.

El día del golpe de Estado, con sus siete años de edad, Gloria recuerda haber visto pasar los aviones rumbo a la moneda por el cielo de su casa, sus tías apuradas llevándola hacia el interior de la casa y luego el traslado de toda la familia al hogar de un tío en Maipú. Sin colegio, no entendía por qué quemaban libros. Su tía, en cambio, lo recuerda como un momento tenso, con apagones de luz, la información que circulaba en el barrio de personas detenidas, desaparecer, el terror se

sentía tanto como los camiones militares por las calles y el sonido de los disparos.

En Copiapó, el día del golpe de Estado Leonello Vincenti estaba en la universidad, junto a los estudiantes que se habían tomado la casa de estudios en un acto de resistencia, ejerciendo su liderazgo calmado que llevó a los estudiantes a desalojar, ante la amenaza de enfrentamiento con los militares. Él partió hacia la Fundición Paipote, donde estuvo un par de días oculto en la casa de un matrimonio junto a los dirigentes de la directiva provincial del Partido Socialista, hasta que los trabajadores depusieron la toma frente a la amenaza de bombardeo.

Leonello se había vuelto a casar con Inés Letter y tenía un hijo muy pequeño también llamado Leonello. Una vez detenido, fue víctima de torturas evidentes que su esposa constataba en cada visita. Le habían dicho que lo relegarían a Chaitén.

El día del cumpleaños de Gloria, la familia estaba reunida en la casa de su tío, la torta estaba en la mesa y abuela, tíos y tías sentadas alrededor, cuando golpearon muy fuerte la puerta. Entraron unas personas, que reconocieron como amigos de Leonello, a avisar que lo habían matado.

—Fue muy fuerte, muy, muy fuerte para la familia, porque nadie creyó que eso fuera verdad —relata su hermana María Soledad— mi mamá estaba totalmente descorazonada, sufrió mucho. Ella no podía creer que dijeran que estaba desaparecido o que había sido ejecutado. Siempre nos contaron diferentes cosas. Nos hicieron creer que se había ido a pedir asilo a otro país.

Gloria recuerda con nitidez ese momento.

—Entran unas personas, me doy cuenta de que traían noticias. Como niña pequeña, uno se da cuenta de que hay algo que no es bueno. Me llevaron a una de las piezas y me dejaron ahí. No entendía nada, trataba de escuchar y alcancé a oír que mi papá estaba preso, pero

nada más. Una de mis tías trataba de que yo dibujara y pintara para distraerme, mi tío más joven, como de quince años, cuando las tías se fueron, se puso a llorar. Yo no sabía por qué, pero lloré con él. Empecé a sentir que había cosas que no me querían contar. En otra oportunidad la abuela se puso a llorar y me abrazó. Empecé a asociar y a pensar, nadie me decía nada, pero además que uno escuchaba cosas por ahí, que mi papá estaba desaparecido. Pero era un tema que no se tocaba, que todo el mundo trataba de mantener en secreto. Con la canción de Illapu “Tres versos para una historia”, ella se dio cuenta de que otros niños y niñas vivieron lo mismo, esa espera de que por fin el padre volviera.

—Recién me contaron lo que estaba ocurriendo cuando yo estaba en la universidad.

Fue el año 1990, cuando aparecieron los cuerpos en la fosa de Pisagua. Poco después les comunicaron el hallazgo de los cuerpos de las víctimas de la Caravana de la Muerte en Copiapó. Parte de la familia fue al funeral.

—Siempre teníamos la esperanza que él estuviera en alguna parte, porque no podíamos creer tanta crueldad, tanto ensañamiento, tanto odio al ser humano —reflexiona María Soledad.

Respecto a la necesidad de conocer la verdad de los hechos, esta familia reconoce el aporte del Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, pero también lamenta los lentos avances en los casos judiciales y la espera de muchas familias.

—Nosotros sentimos que hubo algo de justicia, en nuestro caso, aunque no completa. Quizás la única real justicia sería que nunca hubiera muerto alguien. Sabemos que hay gente involucrada, que está en Estados Unidos, que algunos ya han fallecido, hay gente todavía con ciertos privilegios —resume María Soledad.

Mientras que, para Gloria, un acto de reparación por parte del Estado fue no pagar por sus estudios universitarios. Varios integrantes de su

familia participaron en el juicio por la Caravana de la Muerte episodio Copiapó, con resultados desiguales en términos de reparación e indemnización.

—La justicia ha sido superlenta. En el caso nuestro, no fue tanto porque en el año noventa lo pudimos encontrar y eso nos da algo de paz, aunque el daño siempre será irreparable. No hay que olvidar que muchos compatriotas aún no saben nada de sus seres queridos y eso es una herida abierta que sangra de manera permanente. Se pudo hacer un juicio, relativamente justo, pero el daño y el dolor jamás serán reparados. Habrá gestos, paliativos, pero quién repara una vida arrebatada. ¿Quién devuelve los momentos no vividos con los que amabas? Nadie, la herida siempre estará abierta y solo podremos ir cerrando y dejando cicatrices en la medida que todos busquemos un mundo mejor, más humano y más solidario.

Sin embargo, Gloria Vincenti valora las acciones del Gobierno del presidente Boric, como el Plan Nacional de Búsqueda, Verdad y Justicia, y las iniciativas de reparación y garantías de no repetición emprendidas por las universidades, incluyendo la de Atacama.

—Todo lo que está haciendo, por ejemplo, la universidad y el presidente Boric, refleja una puesta en valor de la memoria, un mayor respeto a los familiares y a las víctimas de violaciones a los derechos humanos. Lo que se hizo en la Universidad Técnica del Estado con la plantación de los Árboles por la Memoria, cuando el presidente estuvo con tres familiares de la UDA, fue un gesto simbólicamente muy bonito. Hay que continuar avanzando porque un pueblo sin justicia, sin memoria, cae en el riesgo de repetir sus errores.

Gloria Vincenti le escribe a su padre: nuestros imprescindibles

Siguiendo a Bertolt Brecht y estando muy de acuerdo con su pluma, al pensar en hombres que sueñan con un mundo mejor me remonto al pasado y a mis añoranzas que imagino compartimos muchos de los que leen este libro. Perdón que sea un poco autorreferente, pero la dura experiencia que vivimos nos hace no dejar de mencionar a los que amamos.

Recordaba a mi padre, debo decir que me es imposible no hacerlo a menudo y sentir cuánto lo extraño. Pensé en él y sus compañeros, justamente era el Día del Maestro, repasé las características positivas de todos mis buenos profesores. Mientras las iba imaginando se reflejaban en mi mente todas las características de mi padre y de sus compañeros. Pensé en cómo se la jugaron con lealtad por sus ideales hasta la muerte, lo solidarios que solían ser, sus vidas alegres, lo entregados y generosos que fueron todos y cómo nos marcaron con su sello a las familias, a sus amigos, amigas, compañeros de partido y por qué no decirlo, a Chile.

Estas personas entrañables para nosotros son los verdaderos maestros de la historia de nuestro país, y mientras veamos a otros que nos han dado tan malos ejemplos y han hecho tanto daño, volteamos nuestras miradas hacia ellos y la esperanza renace.

Gracias, papá y gracias, amigos por mantener viva la llama de la verdad y los ideales en nosotros, sus familiares, amigos, compañeros de partido y en Chile. Gracias por permitirnos creer que vuestro sacrificio no ha sido en vano y nos ayudará a ser un país mejor, hoy y a futuro. Parafraseando a monseñor Ariztía, podemos decir “sus vidas por nuestra libertad”. No olvidemos nunca eso.

Por último, citando al gran Bertolt Brecht: “Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay

quienes luchan muchos años y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida. Esos son los imprescindibles”.

Con amor y esperanza, Gloria Vincenti.



Fotografía donada por Cecilia Pérez.

Pedro Emilio Pérez Flores, veintinueve años, profesor de Ingeniería UTE, ejecución extrajudicial en 1973.

Cecilia Pérez Jara, un poco después de retornar a Chile, recuerda haber asistido al funeral de su padre cuando encontraron los cuerpos de las víctimas de la Caravana de la Muerte, haber pisado la Catedral de Copiapó y haber escuchado la prédica del obispo Fernando Ariztía, a quien conocía desde siempre, sintiéndose rodeada de una muchedumbre de gente, pero sola. Porque la comunidad copiapina inundó esas calles acompañando a los familiares en esa última despedida, quizás como una forma de decir que les importaba, de solidaridad con víctimas y sus hijos, hijas, padres, madres, hermanas y hermanos.

“Para que nunca más” decía un gran cartel instalado en el frontis de la catedral. A Cecilia le impresionó un grupo de mineros, con la piel curtida, numerosos rastros de los años vividos y también soportados en el rostro y en el cuerpo. Ellos se le acercaron para hablarles de su padre, que como ingeniero había trabajado con ellos en la planta Elisa

de Bordo, cuando el Gobierno del presidente Allende la estatizó y entregó a los trabajadores para su administración. Entonces Pérez había sumado a sus tareas como profesor de la Universidad Técnica del Estado las de militante y de padre, las de interventor que los guiaba tanto en los procesos productivos como en la administración. Le dijeron que tenían hermosos recuerdos de él y para Cecilia fue muy bueno escucharlos y recibir las flores que llevaban. Se sintió acompañada en lo que había sido un duelo que comenzó a vivir desde los ocho años. Conocer a quienes estuvieron con su padre era algo diferente, ya que desde muy niña partió al exilio, con la ayuda de su tía María Eugenia Pérez, la que se encargó de pedir el asilo y hacer los trámites, y la de un funcionario sueco que se preocupó hasta de que su madre estuviera sentada en ese avión, luego de que la madrugada anterior la sacaran de la cárcel para firmar un documento sobre la inexistencia de tratos vejatorios.

El obispo Ariztía, así como el obispo Carlos Camus, eran personas conocidas para Cecilia, ya que habían intervenido a favor de su madre, cuando estuvo detenida, hablando con los militares. Luego, en Europa, Ariztía visitaría su casa constantemente, años más tarde, cuando el religioso debía viajar al Vaticano.

Pedro Pérez era un buen padre. Así lo recuerda Cecilia. Bromista con todos y todas, divertido, de esos papás que llevaban a ella y a su hermano, Emilio Pérez Jara, a muchos lugares como las reuniones políticas, numerosas en casa de Leonello Vincente, en la céntrica sede del Partido Socialista o en la Radio Atacama, en la que trabajaba su madre, Nury Jara, pero nunca a los mítines y a las marchas porque nadie les aseguraba que fueran totalmente pacíficas en una época de alta polarización y violencia política. Después de todo habían recibido amenazas y agresiones en la casa en que vivían. De la planta Elisa de Bordo, ubicada en la comuna de Tierra Amarilla, al interior del Valle de Copiapó, recuerda que se llega cruzando el río. La última vez la

visitó en una camioneta de la municipalidad, con toda su familia, para participar de un almuerzo consistente en cazuela de gallina. También están en su memoria los numerosos paseos familiares, en especial a Bahía Inglesa, el lugar favorito de su padre.

Pedro Pérez recibía amigos en su casa, especialmente para jugar ajedrez. A ella y a su hermano les enseñó a mover las piezas en el tablero con infinita paciencia. Pero de los juegos, el favorito de ella era “el lulo”. Consistía en perseguirlos con una frazada en las manos hasta encontrar a uno de ellos, quien a pesar de la resistencia que pusiera, terminaba siendo enrollado por el padre, rodando en el centro de la manta durante el proceso.

Quienes tuvieron clases con él en la universidad lo recuerdan como un profesor joven, activo, muy alegre. Saludaba a todo el mundo diariamente en una época donde la distancia con los profesores era frecuente. Él, además, se daba el tiempo para conversar con sus estudiantes.

En esa época la gente de izquierda escuchaba la nueva canción chilena; en cambio, la música en inglés era tratada con recelo, lo que a él le tenía sin cuidado como admirador de los Beatles, de quienes había tomado casi como filosofía de vida una de sus frases: solía responder a muchas cosas con un simple *let it be*. Como dirigente político, de la dirección regional, lo recuerdan como un hombre más dado a la acción que a los discursos y de posturas más hacia la izquierda en aquellos años en que abundaban las discusiones acerca de cuál era la vía para mantener la revolución.

Cecilia escuchó de su madre que Pedro llegó de doce años a Copiapó para estudiar en la Escuela de Minas, dónde cursó la enseñanza media y obtuvo un título de técnico en minas, siempre internado. Continuó estudiando y se tituló de ingeniero en minas. Ejerció en varios yacimientos, como Carmen, cerca de El Salvador, o Sewell, en la cordillera cercana a Rancagua, lo que implicó varios traslados para la

familia. También viajaban frecuentemente a visitar a los abuelos en Rancagua.

Cecilia recuerda con nitidez el día del golpe de Estado. A ella y a su hermano los dejaron con una tía. Pedro Pérez se fue a la universidad, donde estuvo con estudiantes y profesores que se tomaron el recinto en señal de resistencia. La entregaron rápidamente, en pos de evitar un derramamiento de sangre que los militares amenazan con producir, ubicados en el frontis. De ahí se trasladaron a Paipote, junto con los otros integrantes de la Dirección Regional del Partido Socialista, estuvieron días en las cercanías de la toma que los trabajadores llevaban a cabo en la fundición, hasta que la entregaron tras la amenaza de un bombardeo.

Fueron momentos muy difíciles tras el 11 de septiembre. La última vez que Cecilia vio a su padre fue días después del golpe. Los hermanos estaban viviendo con un tío, profesor de la Escuela Normal, cuando él llegó a almorzar, solo, un día domingo. Se despidieron en calle Rómulo J. Peña al llegar a Las Heras, donde él tomó una micro. Pocos días después lo detuvieron. Con su madre fueron a su casa, donde encontraron los rastros del allanamiento, uno tan brutal que gran parte de sus pertenencias estaban quemadas. A los pocos días Nury también fue detenida, condenada a cinco años de prisión. Los primeros días de octubre, Pedro Pérez logró comunicarse una última vez a través del teléfono. Preguntó por Nury, ya que no sabía que ella estaba detenida, le dijo a Cecilia que cuando saliera libre deberían irse de Copiapó, fuera del país, y que se cuidaran mucho. Finalmente fue así, pero sin él, que tenía solo 29 años.

Cecilia y Emilio continuaron viviendo con su tío y un año y medio más tarde con sus abuelos maternos, hasta que su madre salió libre y unos meses más tarde, la solidaridad internacional le permitió irse al exilio, a Holanda.

—Para nosotros fue un dolor muy grande, nos hizo falta, yo creo que más a mi hermano que a mí, por el hecho de ser hombre. Él es más joven que yo y no tuvo esa figura paterna, creo que ni siquiera se acuerda de la cara de mi papá, con el tiempo se va olvidando. Yo guardo cosas, recuerdo cuando leía revistas, los juegos, las bromas, pero mi hermano no —reflexiona Cecilia sobre la pérdida del padre—. No debería haber pasado lo que pasó, no como pasó, no debería haber ocurrido un golpe de Estado, pero ya lo hubo, lo llevaron preso y lo torturaron. Por último, pudieron haberle disparado, pero no haberse ensañado de la forma en que lo hicieron, eso me complica mucho, no hay día que no piense en eso, porque lo que hicieron con ellos fue muy terrible, mucha crueldad.

Los años en el exilio no fueron fáciles. Recuerda que en Holanda les enseñaban las atrocidades cometidas por los nazis y también las realizadas por la dictadura de Pinochet.

Sobre la búsqueda de verdad, Cecilia piensa que durante los años de la transición faltó voluntad, incluyendo a quienes estaban en el partido político de su padre y que estuvieron en el poder, peor aún con la destinada a obtener justicia.

—Acá nunca hubo voluntad política por ningún lado y lo que más me duele es que el Partido Socialista nunca la buscó. Ya no creo que vaya a existir. ¿Cómo van a encontrar la verdad después de tantos años? ¿A quién vamos a buscar si los tipos que cometieron tantas atrocidades están muertos? Y los que no, están con Alzheimer o dicen tener Alzheimer. La justicia ya no se alcanzó. En mi caso, por mi papá, el verdadero culpable nunca estuvo preso, vivía a una media cuadra de donde yo viví en Santiago. Y él ahí se murió, feliz de la vida. Supuestamente no sabía nada, aparentemente tenía Alzheimer. El otro culpable, el mayor culpable, Pinochet, tampoco. Hay algunos que están presos, uno que otro. En realidad, esa justicia pasa más por el hecho de que a nosotros nos hayan pagado cien millones de pesos de

reparación, pero ningún monto paga el hecho de que a mi papá lo hayan matado, y menos de la forma en que lo hicieron —reflexiona Cecilia.

Una nueva preocupación se suma a sus pensamientos: la juventud y el avance de una derecha cada vez más extrema, con sus corrosivos discursos de odio propagándose en línea. Su análisis es sombrío: la ausencia de verdad, justicia y garantías firmes de no repetición siembran la inquietante posibilidad de que la historia se repita.



Fotografía donada por Anita Quiroga.

Carlos Quiroga Rojas, treinta y un años, profesor de UTE, ejecución extrajudicial en 1973.

Carlos nació un 7 de agosto de 1942 en María Elena, salitrera ubicada en la pampa de la Región de Antofagasta. Sus padres era Hernán Quiroga Secretan y su madre, Virginia Rojas Salinas, viuda que ya tenía una hija, Carmen Corrotea, cuando se casó con él. De este matrimonio nacieron Carlos y Conrado. Carlos fue detenido por Carabineros en Pedro de Valdivia un día después del golpe y enviado a la cárcel de Antofagasta, recinto donde permaneció hasta el día de su ejecución, el 20 de septiembre de 1973, a los 31 años. Su esposa, Jimena Araya Carvajal, y su hija, Anita Quiroga Araya, cuentan su historia.

Su compañera en la vida Jimena Araya lo describe

Copiapó antes del 73 era bien “pueblerino”. Mi familia vivía en el centro, en el pasaje Hualimia, en la calle Vallejos, entre O'Higgins y Atacama, y yo tenía un grupo de doce amigas, más o menos, muy amigas, ya que llegamos a vivir ahí cuando teníamos cerca de tres años. La Escuela de Minas era de mucho prestigio en el norte de Chile, los chicos llegaban a los doce años a lo que era sexto básico. En el sector del pasaje Hualimia vivían varias familias cuyos jefes de hogar trabajaban allí y varias acogían niños como pupilos, con el fin de apoyarlos para que terminaran su educación porque la mayoría de ellos no tenían muchos recursos.

Las escuelas de minas de Antofagasta, Copiapó y La Serena se caracterizaban por ir a buscar a los chicos que tenían mejores notas. Entonces motivaban a niños de Tocopilla, María Elena, Pedro de Valdivia, todos esos lugares, y los traían en tren de tercera a la Escuela de Minas. Don Martín Romero, un vecino del barrio que trabajaba en minería, recibía a niños como pupilos en su casa. Los niños tenían almuerzo de lunes a viernes, mientras que el sábado y el domingo el internado funcionaba para dormir. Los estudiantes compartían con el resto de los vecinos del barrio porque de otra forma a veces no tenían qué comer.

Carlos se vino con solo doce años a estudiar a la Escuela de Minas desde la salitrera María Elena. Venía con todas sus maletas de cartón y todo. Estaba en la fila para matricularse, pero no tenía apoderado. Justo estaba ahí don Ramón Osorio, un minero conocido, que tenía plata. Entonces le dijo “ya, pues, ven para acá, pelado, yo voy a ser tu apoderado”. Entonces así quedó, pero en un principio, ya que habitualmente después se buscaba a otro apoderado, y si no contaban con uno andaban al puro pecheo. Entonces, ahí nos empezamos a conocer.

Formamos un grupo grande, pero cerrado. Nos decían “las chiquillas del pasaje”, porque nosotros hacíamos fiestas, qué sé yo. Empezamos a crecer juntos. Los estudiantes de la Escuela de Minas tenían primero, segundo, tercero y cuarto oficio, ya que en ese tiempo se llamaba oficio, y después se transformó en el ETP, pero en ese tiempo era grado oficio. Entonces, con el cuarto oficio salían de técnicos. Y de allí, se daba bachillerato, pero había bachillerato industrial, que yo creo que deberían hacerlo para entrar a las escuelas técnicas. Te preguntaban más química y física, además de lenguaje y todo eso. Y eso laboralmente te servía, te daban un título de práctico de mina, práctico de metalurgia o práctico de obras. Y ahí te daban el bachillerato y pasabas a primero, segundo, tercero técnico y egresaban como técnico de minas como de veinte o veintiún años, pero habían llegado de doce.

El año 62, cuando salió Carlos, había la posibilidad de ir a estudiar Ingeniería Industrial en la Universidad Técnica de Santiago. Entonces, Carlos se fue, pero estaba solo porque no tenía recursos ni papá que lo apoyara y se devolvió el primer semestre. Carlos se devolvió a buscar trabajo porque en realidad no podía, muchos se devolvieron. Porque todos los que se devolvieron lo hicieron para trabajar, incluso yo dejé mi primer año de Química.

Copiapó a mediados de los 60 era muy tranquilo, a pesar de que se reconocía como una región de izquierda, y había víctimas de persecución y violencia de Estado en el Gobierno de González Videla, ya que se llevaban presos en tren a Pisagua a varios conocidos. Tenía la imagen de un pueblo tranquilo y pobre. Después se empezó a ver más progreso, entonces se hacían fiestas, la de las flores, pero en general, todo era igual, no había tiendas de más ricos, ni más pobres, ni más elegantes, se veía algo de dinero y era más tranquilo, había una cultura más de comunidad. Entre los jóvenes todo giraba entre los niños de la Escuela de Minas y los de la Normal, pero a los de la Normal

no se los pescaba mucho, porque eran más intelectuales, de Teología y esas cosas y, además, entre ambas escuelas había rivalidad. Ellos competían más que nada en deporte.

A Carlos lo conocí en diferentes aspectos, por ejemplo, cuando tenía doce años, pelado, con un mechón, no muy mateo, pero estudiaba, hacía prácticas, se preocupaba de comer, etc. Nos ayudaba a hacer las tareas, estábamos juntos, porque como se supone que ellos sabían más matemáticas que nosotros y más física, porque era el fuerte de ellos, nos juntábamos en grupo para estudiar, y así nació la relación, que terminó en un matrimonio.

En Copiapó, a comienzos de los 60, por el lado político, estaba en auge la Patria Joven y la Falange, que atrajo a jóvenes, profesionales, estudiantes y sectores de las capas medias. Carlos tuvo participación en el movimiento de la Patria Joven, quienes el año 1964 hicieron una gran marcha y caminaron hacia Santiago en apoyo a la candidatura presidencial de Eduardo Frei Montalva.

Después ambos nos fuimos a estudiar a Santiago, pero nos devolvimos, nos casamos, nos fuimos a vivir a la Mina Carmen, que se ubicaba entre Pueblo Hundido (Diego de Almagro ahora) y El Salado. La mina del Carmen era un mineral grande, donde hubo la primera correa transportadora de Sudamérica. En ese tiempo quedé embarazada, pero era un embarazo de cuidado y tuve que irme a Santiago, y tenías que esperar a que naciera porque en el norte no había nada para hacerse exámenes. La CAP tenía un muy buen servicio social y una casa de huéspedes donde me quedé para hacerme exámenes y esperar el parto, con tan mala suerte que, cuando tenía que ir, perdí la guagua. Después de dos años volví a quedar embarazada y nació Anita. En esta oportunidad tenía más redes de apoyo y fui atendida por un muy buen doctor, y me tuve que cuidar mucho hasta que naciera. Para Carlos, Anita era sus ojos, su regalona. Era una niña muy inteligente, superviva, superestimada,

especialmente por sus abuelos y bisabuelos. Después yo no quería ir para la mina, porque era muy feo, muy solo, no había doctor, no había nada.

Inicialmente, Anita se empezó a quedar con mi mamá y luego nos trasladamos a Copiapó. Después yo me embaracé de Nano, pero él venía con problemas. Ahí fue peor todavía, porque yo tenía que dedicarme al Nano. Entonces las cosas empezaron a fragmentarse en la relación, y en el año 70 se produce el quiebre de pareja y nos separamos.

Anteriormente, Carlos había dejado la mina del Carmen para venirse a Copiapó a estar con la familia, y fue invitado a hacer clases en la Universidad Técnica del Estado sede Copiapó. Entre el año 1966 y 1968 estuvo haciendo clases en la UTE como profesor ayudante del profesor Pizarro, hacía unas pocas clases. En este tiempo estrechó relaciones con los máximos dirigentes del Partido Socialista en Copiapó, llegó el doctor Hagel, Leonello y otra gente más. Leonello, que venía de San Miguel, era de más avanzada y socialista. Eran profesores, jóvenes y muy decididos a terminar con tanta desigualdad. Al separarnos, él se fue a vivir con sus camaradas socialistas a una casa que arrendaron en las cercanías de la UTE. Todos los que estaban separados, como cuatro, se fueron a vivir ahí, donde tenían las reuniones del Partido Socialista. Los militares la destruyeron cuando fue el golpe, estaba frente al palacete de la actual UDA.

Posteriormente, cuando salió el presidente Salvador Allende, Carlos fue nombrado interventor en la mina Cerro Imán. Él trabajaba antes en ese lugar y luego lo enviaron a administrar la salitrera Pedro de Valdivia, muy cercana a la salitrera María Elena, donde nació y se crio. O sea, es como que escaló dentro, políticamente hablando, ya que era una persona que generaba confianza para la UP. Dijeron tanta cosa para acusarlos y matarlos... Por eso, cuando me tomaron los militares

y me dijeron que había estado en Cuba, ni idea, él no había estado en Cuba, nunca, esa era la forma de desacreditarlos.

Luego me fui a Santiago nuevamente para sacar una carrera que me permitiera mantener a la familia. En septiembre de 1973 me enteré en la calle por una amiga de la muerte de Carlos. Una amiga mía me dice “escuché en la radio que mataron a Quiroga”. ¿Cómo? “Sí, me dijeron que lo mataron en Antofagasta”. Me devolví a la casa y salí corriendo al obispado, donde en ese tiempo estaba don Carlos Camus. Fui para llamar por teléfono a Antofagasta, donde estaba don Francisco de Borja Valenzuela como arzobispo —don Pancho—, también muy comprometido y progresista. Él me dijo que sí, que también se había enterado hacía poco, y que, si queríamos, podíamos ir a la ciudad.

Nos fuimos con mi tía Inés, que era la secretaria del Obispado de Copiapó, y llegamos al Obispado de Antofagasta y él nos recibió. Un caballero muy amoroso. Me dijo que en realidad era muy difícil, pero que él tampoco tenía idea de nada y que bajara para ver si podíamos hablar con el fiscal militar, que él estaba dispuesto a ayudarnos en todas las cosas, lo que pudiera. Yo bajé al subterráneo donde estaba el fiscal, que nunca me acuerdo cómo se llama, y me dice “¿a qué vienes?”. Yo digo que yo soy la esposa de Carlos Quiroga. Entonces se tomó la cabeza y me dijo, esto nunca se me ha olvidado, “mire, él no era culpable, pero ya está muerto. Y por favor, por favor, váyase porque me voy a volver loco”. Eso fue todo lo que me dijo. Tal cual. Y ahí subimos de nuevo a hablar con este señor, don Joaquín Lagos, y nos puso una camioneta con un chofer y nos fuimos donde lo enterraron.

Cuando supieron que pasó esto, los amigos fueron al tiro y hablaron para poder retirarlo y enterrarlo. Estaba Carmen, su media hermana que vivía en Antofagasta, donde trabajaba como secretaria en la

Compañía de Ferrocarriles, y ya lo habían enterrado cuando nosotros llegamos, o sea, al tiro. Como solían hacer en todas las épocas.

Nosotras pudimos ir al lugar donde lo habían enterrado. Carmen y los amigos compraron un nicho en el cementerio de Antofagasta. Le pusimos una plaquita y de ahí nos fuimos, a ver qué es lo que había en la casa, para poder sacar alguna cosa, ropa... No había nada. Nada, nada, nada.

El relato de una hija que espera conocer a su padre

Para mí, Anita Quiroga, fue muy doloroso que me quitaran a mi papá y sus recuerdos. Nunca nadie quiso hablar conmigo, y yo, hasta el día de hoy, no sé mucho quién era mi padre más allá de lo político. Yo quiero saber quién fue. Para mí ha sido super doloroso no saber nada de él a mis cincuenta y siete años. No sé quién era Carlos Quiroga. He logrado armar lo poco que sé, mendigando recuerdos porque me he encontrado por casualidad con alguien que alguna vez supo y me cuenta. ¿Saben cómo me enteré de la muerte de mi papá? Me levanté, yo vivía con mi abuela materna y fui a verla. Mi abuela estaba acostada, y me dice así, a pito de nada, entrando a la pieza: “Anita, mataron a tu papá”. Yo tenía siete años. Así me enteré. Y de ahí, nunca más nadie habló nada. Es como que no existió, es como que yo caí del universo.

Recién ahora puedo entender, por ejemplo, por qué él no arrancó. Tuve la posibilidad de conocer a una doctora boliviana que trabajaba en el hospital de Pedro de Valdivia con quien pude hablar de esos días. Me contó que mi papá y sus amigos de izquierda nunca pensaron que los iban a matar o que si había un golpe podían ocurrir horrores como en otras dictaduras latinoamericanas. En ese mismo viaje a Pedro de Valdivia, a donde fui con mi hijo Pablo, recorrimos el calabozo donde

lo habían torturado y lo poco que queda de lo que fue un lugar donde vivieron casi doce mil personas.

Por casualidad también, una profesora de Ñuñoa, cuyo papá había sido compañero del mío en la Escuela de Minas, y que estuvo en la cárcel, me llevó hablar con él y conversamos de mi papá. Así, con los años he logrado conocer algo de la identidad de Carlos Quiroga.

Por otra parte, mi tío Conrado y su familia lograron salir al exilio en Italia, sin embargo, nunca volvimos a tener contacto con ellos hasta hace muy pocos años. Nunca he entendido por qué los adultos nos quitaron también eso cuando éramos lo único que quedaba de la familia Quiroga Rojas, o cómo tenían algún lazo con los Quiroga, no tengo idea. De mi padre yo no sé nada. No sé de su niñez, no sé de su mamá, no sé de su papá. Lo que sabemos, sí, es que era un niño que vino con mucho esfuerzo. Pero uno se va armando, así, este rompecabezas, y lo que veo es una persona honrada, soñadora, valiente, comprometida, demasiado confiada también. Una persona que responde también a los patrones de su época, con relación al tipo de vínculo emocional que tiene con su pareja, que yo creo que es propio también de esos tiempos, y que, además, tenía liderazgo, ya que no cualquiera llegaba a los puestos a los que accedió.

Del asesinato de mi padre solo tuve algo de la historia oficial y de que su crimen no se podía investigar porque estaba amnistiado por la fecha en que ocurrió. Pero la vida siempre sorprende y hace algunos años, estando en mi casa de Copiapó, durmiendo la siesta, tocan el timbre, y era un señor de Investigaciones. Yo salgo, se presenta, muestra su placa, me dice: “Perdone que la moleste, pero necesito tomarle una declaración por el asesinato de su padre”. Lo hice pasar y me dijo: “Mire, lo que pasa es que el juez Carroza determinó que los crímenes son imprescriptibles, entonces, hay una causa abierta por el asesinato de su padre y de Jorge Cerda”, Cerda era el médico director del hospital de Pedro de Valdivia, que detuvieron junto a mi padre.

Entonces me pasó una carpeta, con un expediente de muchas declaraciones. Incluía la declaración de Maluje, que es el oficial de Carabineros que lo detuvo, lo torturó y después lo entregó, y que era, supuestamente, su amigo. Y ahí me pregunta qué sé yo del caso. Yo era tan pequeña que no sabía mucho, le dije.

Traté de armar la historia y desde entonces él me empezó a contactar. La causa estaba en Antofagasta y viajó a ubicarme, y de ahí nosotros entramos a esta causa que había levantado, junto con Carroza, la hija de Cerda. Después de eso nosotros nos fuimos a vivir a Santiago. Y estando en Santiago, no sé por qué, llegamos a Carlos Cruz, que es el abogado que lleva la causa, el año 2015. Y han seguido pasando cosas después de tantos años. Un día, estaba en mi casa y suena el teléfono y era una mujer que me dice: “Hola, mira, tú hablas con Vitalia Mutarello. Lo que pasa es que yo soy hija de Vitalio Mutarello, que mataron junto con tu papá”. Logramos contactarnos y empecé a participar en una pequeña agrupación que todos los años va a María Elena a conmemorar. Desde ese grupo he podido saber más de mi padre, ahí conocí gente, mucho viejito que lo conocía.

Al cumplirse los cincuenta años del golpe de Estado, tuve la oportunidad de asistir por primera vez a un homenaje que hacen todos los años en la salitrera Pedro de Valdivia. Ahí conocí a varias personas, entre ellas la doctora boliviana que en los años setenta llegó a la salitrera arrancando de la dictadura de su país y que, producto de una huelga de médicos, vino a apoyar el proceso de la Unidad Popular. Ella llegó a trabajar a María Elena en el hospital y ahí conoció a mi padre.

En la conversación con la doctora, que actualmente vive en Francia, traté de esclarecer qué había pasado, entender por qué él se había entregado, ya que hubo muchas personas que se arrancaron. Es que tú podrías decir: “Saben que mi compromiso es tan grande que estoy dispuesto a sacrificarlo todo”. Pero cuando uno tiene hijos, sobre todo

en mi caso, que era tan querida por él, la situación cambia. Hay cosas que recuerdo de esa época. Yo había estado con él, mi papá me vino a buscar una semana antes de las vacaciones de invierno. Durante esas vacaciones, estuve en la salitrera María Elena. Y me vino a buscar, nos fuimos en un auto y viajamos. Y estuve una semana o dos. Después me trajo de vuelta. Debían ser vacaciones de invierno, porque en esa época estaba en el colegio, en tercero básico.

Entonces ella me contó que hubo varios atentados en Pedro de Valdivia, salitrera que era muy grande, vivían 15.000 personas. Ellos tenían un grupo, entre ellos el doctor Cerda, el director del hospital. Siempre pensaron que en Chile jamás iba a haber un golpe porque tenía una tradición democrática. Cuando ocurrió el golpe, ese día en la tarde, ellos se enteraron de que había muerto el presidente Allende en La Moneda. Y ella me cuenta: “Tu papá subió en el cambio de turno a hablar con la gente, pero no como después lo acusaron, de que había ido a poco menos que azuzar a la gente. Él fue a decir que la gente se cuidara porque habían tenido varios atentados, era un pueblo chico, se robaban los explosivos, había células del Patria y Libertad dentro”. Pero cuando llegó, lo tomó preso el que era su amigo, un carabinero a cargo. Lo toman preso a él, a Cerda, a Mutarello y a todos los torturan en la cárcel. A Mutarello lo torturan tanto que murió, lo sacaron envuelto en una frazada y nunca quisieron decir dónde lo tiraron. Aún es un detenido desaparecido. Eran los tres socialistas. A mi papá y a Cerda se los llevaron a la cárcel de Antofagasta después de dos días. Y ahí les hacen el Consejo de Guerra, los condenan a fusilamiento y los matan.

No solo mi padre fue víctima de la dictadura, sino también su hermano Conrado. Mi abuela paterna quedó viuda joven con una hija y tomó la decisión de irse a vivir a María Elena y ahí puso una pensión. En ese lugar se casó con mi abuelo Hernán Quiroga y de esa relación nacieron mi papá y mi tío Conrado. Después de eso, mi abuelo se murió y luego

se murió ella. Entonces, Carlos y Conrado quedaron a cargo de mi tía Carmen, que era la media hermana. Mi padre tenía 18 años y ya estaba estudiando en Copiapó, pero mi tío no tenía los recursos para hacerlo, así que estudió por correspondencia. Finalmente se casó joven.

Para mi tía Carmen, yo fui siempre su regalona. Ella tenía un departamento en Antofagasta, siempre me invitaba, me escribía, me hacía regalos, porque ella era soltera y sin hijos. De hecho, yo fui a conocer la tumba de mi papá a los dos años después de que lo mataran. Fui a Antofagasta, ella me acompañó. Ella vivió en Antofagasta y murió sola de un infarto, pero dejó una importante herencia que repartimos entre los familiares, logrando encontrar a parte de la familia que se fue al exilio después del golpe.

El tío Conrado Quiroga se fue a Italia, pero nunca se acostumbró, vivían en malas condiciones y nunca se nacionalizaron. Yo lo he conversado con mi prima Marisol, tuvieron una vida muy precaria. De hecho, mi tío murió alcoholizado. Cuando mataron a mi padre, a él lo tomaron detenido porque era militante comunista, pero a diferencia de mi padre nunca pudo estudiar y era muy introvertido. Para el golpe estaba recién casado con dos niños pequeños. Estando preso conoció a un cura italiano, y ese cura empezó a hacer gestiones y la vicaría lo sacó, porque lo iban a matar, entonces lo mandaron camuflado a los cuatro a la Embajada de Italia.

El tío Conrado estaba en la cárcel cuando supo que habían matado a mi papá porque su esposa, mi tía, le fue a decir. Mi prima recuerda que, meses después de ser detenido, viajaron en bus desde Antofagasta a Santiago. Después de que llegaron a Santiago, la despertaron, la subieron a un auto y, cerca del hotel donde estaba la Embajada de Italia, se bajaron y corrieron. A medida que corrían para entrar, ella escuchó unos gritos: “¡Deténgase, deténgase!”. La mamá tiró al hijo para dentro, la tiró a ella y logró quedarse ahí. Estuvieron

dos meses en la Embajada de Italia, justo en el tiempo en que tiraron el cuerpo de Lumi Videla, en 1974.

Estuvieron en la embajada hasta que entregaron a mi tío de la cárcel. Cuando él llegó, cerca de dos meses después, el lugar estaba terrible, lleno de gente, no había para comer. Mi prima tenía ocho años. Ahora mi prima Marisol está sola, murieron sus padres y hermano, vive allá en Italia en muy malas condiciones, no tiene pensión, no tiene nada de nada, nunca ha hecho nada y no quiere nada, salvo estar cerca de su hijo. Esto es un ejemplo claro de la violencia del Estado y cómo afecta a las familias y a las personas.

Después de cincuenta años, nosotros aún seguimos esperando justicia. Recién ahora Cruz logró que se cerrara el juicio en la Suprema. Pero el carabinero Maluje —que se hacía pasar por su amigo y no solo lo entregó, sino que lo torturó— se murió sin haber pasado un día en la cárcel. ¿De qué justicia me hablan? Al final mis hijos no tuvieron un abuelo, yo no tuve papá, para mí no es justicia, ya no la hubo. Una justicia que demora cincuenta años no es justicia.

Que la Universidad de Atacama reconozca a mi padre años después es importante para mí. Es la primera vez que hacen algo que rescata su nombre. Lo que quiero es que mis hijos sepan quién fue su abuelo, qué cosas hacía y qué no hacía. Uno debe tener una historia que le dé sentido, incluso con los errores que los seres humanos podamos cometer.

Yo nunca quise, nunca conté la historia de mi padre, incluso cuando fui candidata. Nunca, jamás. Porque era algo súper personal. Una de las cosas por las que yo más he luchado en mi vida es por ser feliz, porque siento que en la medida que yo tenga una buena vida también lo honro a él. En mis redes sociales siempre escribo cosas de él. Y viniendo de esa pobreza, de esa explotación, de todo lo que fue, ¿cómo no voy a ser de izquierda? Para él fue un honor cuando le ofrecieron llegar de gerente después de su origen tan humilde, eso

veo yo, un hombre de esfuerzo, aventurero, un poco ingenuo y apasionado.

A pesar del tiempo aún continuó en mi lucha, tratando de conocer más de Carlos Quiroga. Para mí fue bonito todo lo que me contaron cuando estuve en Pedro de Valdivia. Mutarello, el presidente del sindicato era de la Juventud Socialista, él quiso hacer una escuela porque no había escuela técnica en María Elena. Entonces mi papá, que era el gerente de Pedro de Valdivia, por decirlo de alguna manera, puso plata para que la hicieran. Y aunque haya sido poco, pasaron cosas buenas a personas que, sin él, no habrían tenido esa oportunidad. Eso le da algo de sentido en medio de la pena que igual se lleva en el corazón.



Fotografía donada por Susan Cabello.

Winston Dwight Cabello Bravo, veintiocho años, profesor de economía de la Facultad de Ingeniería UTE, ejecución extrajudicial en 1973.

Relato de una hija: Susan Cabello

Ingeniero comercial y economista de la Universidad de Chile, fue director de la Oficina Regional de Planificación durante el Gobierno de Salvador Allende hasta que fue apresado por los militares el 11 de septiembre y asesinado por la Caravana de la Muerte en octubre de 1973.

Hijo de profesor, vivió en las escuelas en que su padre ofició de director, lo que lo llevó a compartir con niños de regiones y de la zona periférica del Santiago de los años 50. Estas experiencias lo harían tomar la ruta de la enseñanza, titulándose de profesor en la Escuela Normal y acercándose de manera más profunda a la realidad que vivía la sociedad. Luego, de universitario llegó a interesarse en la planificación regional y en la estructura financiera que podía sostener dicho desarrollo. De hecho, ese fue el tema de su tesis, que lo llevaría con apenas veintiséis años a tomar el cargo de director regional de la Oficina de Planificación Atacama - Coquimbo (Orplan). Este desafío significó el acercamiento a las comunidades de la zona de manera que no quedara ninguna persona fuera de los estudios que darían forma a

la regionalización, cuya planificación debía ser estudiada atentamente, pues el resultado sería el faro que guiaría el desarrollo estratégico en el futuro. Esto quedó plasmado en el plan sexenal de Orplan, que al releerlo me parece sumamente actual y mi padre fue precursor de este trabajo en la región.

Reconstruir la vida de mi padre es hacer memoria día a día, es ir encajando las piezas de un puzzle interminable. Puedo imaginar cuando la familia se trasladó a la zona de Lota y el clima lo afectó al punto de provocarle ataques asmáticos que hicieron que mis abuelos reconsideraran la estadía en el lugar por su salud. Lo mismo cuando sucedía alguna catástrofe de la naturaleza y el colegio en el que vivía se transformaba en albergue de damnificados. Witto —como le decían cariñosamente— era capaz de observar el dolor de perder el hogar. La familia era un equipo, la cancha del colegio era el patio de juegos y también el espacio en el cual podían ayudar a los demás.

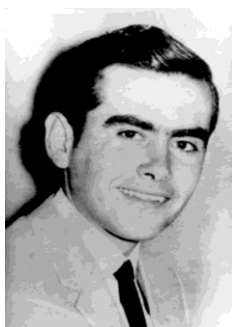
Estudiar, dar clases en la universidad, enamorarse. Vivir intensamente el día a día es el resumen de su corta existencia. Día a día voy descubriéndolo y queriéndolo en su ausencia. Hace un par de meses me enteré de que practicaba la meditación y aún quedan no sé cuántas experiencias más que iré aprendiendo de su humanidad, de su ser académico, de sus militancias políticas, de su amor por la música y el folclor, de su avidez por el conocimiento y más.

Me cuentan que quería ser presidente del país, que si quedaba cesante soñaba dedicarse a la carpintería (todavía tengo el escritorio de madera que fabricó junto a su hermano Aldo).

Le escribía cartas de amor a mi mamá. Nos mandaba postales de sus recorridos por el norte. En Copiapó, cuando terminaba el día laboral, iba a buscar a mi madre al colegio nocturno para regresar a casa juntos.

Podría escribir un libro con su historia, pero, al final, lo más importante fue su integridad moral para con la sociedad. Cuando llegó

el 11 de septiembre de 1973 y le avisaron sobre el golpe, tristemente le dijo a mi madre que eso significaba que los ricos seguirían siendo ricos y los pobres, pobres.



Fotografía donada por Ivonne Villalobos.

Luis Orocimbo Segovia Villalobos, veintiocho años, estudiante egresado de ingeniero en ejecución UTE, ejecución extrajudicial en 1973.

Luis Segovia Villalobos: memoria viva de un país que soñó con la justicia

Antes del golpe de Estado de 1973, Chile era un país luminoso, lleno de esperanza y cambios profundos. La sociedad chilena experimentaba un proceso de transformación, impulsado por la llegada del Gobierno de la Unidad Popular en 1970. Se promovían políticas de nacionalización, educación gratuita y acceso a la salud, generando un fuerte sentido de comunidad y participación política. La juventud se involucraba activamente en la construcción de un país más equitativo, y en cada rincón del país se hablaba con entusiasmo sobre el futuro. Había dificultades, sí, pero también una sensación de posibilidad, de que las cosas podían cambiar para mejor.

Luis Orocimbo Segovia Villalobos nació y creció en Copiapó, en el seno de una familia que lo rodeó de amor y valores sólidos. Era hijo único, lo que lo convirtió en el centro de la vida de su madre, pero también en una figura muy presente en la casa de sus primos, quienes lo veían como un hermano mayor. Desde muy joven, Luis mostró una curiosidad innata y una profunda sensibilidad social que marcarían su vida para siempre.

Durante su adolescencia, se trasladó a Santiago para estudiar en el Liceo Industrial de San Miguel, un lugar donde entró en contacto con ideas políticas revolucionarias y donde comenzó a forjar su pensamiento socialista. Fue en este ambiente donde su compromiso con la justicia social y la equidad tomó fuerza, influenciado por la efervescencia política de la época y por el contacto con compañeros que, al igual que él, soñaban con un país más justo. Desde entonces, su vida estuvo guiada por una inquebrantable convicción de que la educación y la organización social eran herramientas clave para transformar la realidad de los sectores más postergados.

De regreso en Copiapó, ingresó a la Universidad Técnica del Estado (UTE), donde estudió Ingeniería en Minas. Pronto se convirtió en un líder natural dentro de la comunidad estudiantil, ocupando un rol protagónico en el centro de estudiantes y en las luchas estudiantiles que marcaron el país a fines de los años 60. Su capacidad de liderazgo, su carisma y su inquebrantable convicción en la lucha social lo convirtieron en un referente para muchos. Era conocido por su habilidad para articular ideas, para debatir con inteligencia y para movilizar a sus compañeros en torno a causas justas.

En aquellos años, el país vivía tiempos de transformación y polarización política. La juventud soñaba con un Chile distinto, y Luis fue parte de ese sueño. Participó activamente en huelgas estudiantiles y en movimientos que exigían mejoras en las condiciones de los colegios y universidades. Su liderazgo lo llevó a encabezar

movilizaciones y a trabajar incansablemente para generar cambios concretos en la educación. Era un convencido de que la educación pública debía ser fortalecida para garantizar oportunidades a todos los jóvenes, sin importar su origen social.

Con la llegada del Gobierno de Salvador Allende, en 1970, Luis se comprometió aún más con la construcción de un país basado en la justicia social. Su convicción lo llevó a formar parte de la Guardia Presidencial (GAP), un grupo de protección al presidente Allende.

Durante un tiempo, su paradero fue incierto, ya que su formación dentro de esta unidad lo llevó a alejarse temporalmente de su familia. Fue solo tiempo después cuando sus seres queridos supieron que había viajado a Cuba para recibir entrenamiento especializado. En este periodo, adquirió habilidades tácticas y conocimientos en defensa, pero su verdadero propósito siempre fue proteger un proyecto político que él creía era el camino hacia un país más justo.

Al volver a Chile, fue destinado al norte del país, a Tocopilla, donde asumió un cargo como supervisor en una industria minera. Desde ahí, siguió comprometido con los ideales de transformación social, trabajando en la organización de los trabajadores y en la construcción de un país más equitativo. Se integró activamente a la lucha sindical y al fortalecimiento de las agrupaciones obreras, pues comprendía que el bienestar de los trabajadores era clave para la consolidación de un Chile sin desigualdades. Sin embargo, los vientos oscuros del golpe de Estado de 1973 estaban cada vez más cerca.

El 11 de septiembre de 1973, fue detenido en Tocopilla por fuerzas militares. Su familia, al enterarse de su arresto, inició una desesperada búsqueda para conocer su paradero. Su prima Ivonne recuerda con angustia los intentos de su hermana por encontrarlo, visitando regimientos y comisarías, solo para recibir respuestas evasivas y advertencias de que no insistiera en la búsqueda. La incertidumbre y el miedo se instalaron en su familia.

Días después, un bando militar anunció que Luis y otros prisioneros fueron llevados a la mina La Veleidosa para desenterrar supuestas armas. Según el informe oficial, intentaron huir y fueron ejecutados en el acto. Sin embargo, con el tiempo, se confirmó que Luis y sus compañeros fueron brutalmente asesinados y sus cuerpos arrojados a la mina. El relato de los sobrevivientes y de aquellos que, años después, lograron reconstruir los hechos, deja en evidencia la brutalidad con la que fueron ejecutados.

Durante años, señala Ivonne Villalobos, “nuestra familia mantuvo la esperanza de que Luis hubiera logrado huir al extranjero, aferrándonos a la posibilidad de que estuviera vivo en algún lugar”. Sin embargo, a inicios de los años 90, con el retorno de la democracia y el inicio de las investigaciones sobre detenidos desaparecidos, la verdad comenzó a salir a la luz. En Tocopilla, la comunidad inició excavaciones en la mina y los primeros restos humanos fueron encontrados. Fue un proceso doloroso y complejo, lleno de trabas burocráticas y falta de apoyo estatal, pero finalmente se confirmó que entre los restos hallados estaban los de Luis Segovia.

El largo camino por la justicia fue tortuoso. Años de lucha por el reconocimiento de lo ocurrido, por encontrar respuestas y por recuperar su dignidad marcaron a su familia. Su madre, como tantas otras, esperó su regreso durante décadas, aferrada a la esperanza de verlo cruzar la puerta de su casa. Sin embargo, la certeza de su asesinato no llegó sino hasta muchos años después.

En 2022, los restos de Luis fueron finalmente identificados y entregados a su familia para su sepultura definitiva. Su prima Ivonne, quien durante toda su vida llevó la bandera de su memoria, describe el proceso como un acto de justicia tardía, pero necesaria. A pesar del dolor, el legado de Luis sigue vivo en quienes lo conocieron y en aquellos que continúan luchando por la verdad y la justicia.

Luis Segovia Villalobos no fue solo un líder estudiantil, un trabajador comprometido o un hombre de convicciones inquebrantables. Fue un hermano, un hijo, un primo y un amigo leal. Su historia es un recordatorio de los miles de jóvenes que fueron arrebatados por la dictadura, pero cuya memoria sigue viva en las calles, en las luchas sociales y en el anhelo de un país donde nunca más el horror de la violencia estatal vuelva a repetirse.



Fotografía del archivo interactivo “Víctimas” del Museo de la Memoria.

Hugo Alfaro Castro, cuarenta y tres años, técnico en minas UTE y profesor normalista, ejecución extrajudicial en 1975.

De un hermano menor a un hermano mayor

Mi familia está compuesta por once hermanos, fruto de dos matrimonios. Del primer matrimonio nacieron cuatro hermanos mayores; tras enviudar, mi padre contrajo matrimonio con mi madre, del cual nacimos siete hermanos menores. Cuando mi padre falleció, el año 1970, los hermanos del primer matrimonio ya eran profesionales, mientras que los del segundo matrimonio éramos aún muy pequeños.

Mi padre era un hombre humilde y analfabeto que nunca tuvo la oportunidad de estudiar, trabajaba como obrero vendiendo paletas y helados. A pesar de la precariedad económica, nunca nos faltó alimento en la mesa. Tras su muerte, mi hermano Hugo asumió la responsabilidad de la familia, cuidando de nosotros, los más pequeños, y garantizando que contáramos con apoyo para salir adelante. Su gran generosidad y visión social fueron ejemplares: incluso en las épocas de comunicación limitada, se encargaba de enviarnos regalos y estaba siempre pendiente de nuestras necesidades.

Su historia es un ejemplo de fortaleza y dedicación. A los veintiún años, mientras estudiaba en la antigua Universidad Técnica del Estado de Copiapó, y en el marco de su práctica profesional, fue a Lota, donde sufrió un accidente químico por el uso de licores. Hugo y otros jóvenes crearon un compuesto químico que explotó, lo que produjo la pérdida de su visión y la muerte de algunos estudiantes. El licor le quemó el nervio óptico, y al despertar al día siguiente, ya no podía ver. Este fue el inicio de un arduo proceso de adaptación.

Mi papá siempre consideró a mi hermano como su hijo regalón, tenía un cariño especial por él. Nunca aceptó del todo que él quedaría ciego por el resto de su vida, tenía la esperanza de que algún día pudiera recuperar la vista. Recuerdo que constantemente lo llevaba a ver a personas que le daban esperanzas. Mi papá realmente creía que él podría devolverle la vista a mi hermano. Insistía en esas visitas, aunque mi hermano, con su carácter tranquilo, siempre terminaba tratando de convencerlo de que eso no cambiaría su situación. Incluso así, mi papá nunca dejó de intentarlo.

Fue un golpe muy fuerte para la región aquel accidente donde varios estudiantes también se vieron afectados, y marcó nuestras vidas para siempre. Pero lo que más rescato de ese tiempo fue la resiliencia de mi hermano y el amor incondicional de mi papá, que nunca perdió la esperanza. Hugo salió adelante, era una persona con mucho esfuerzo, muy inteligente. Se dice que cuando se anula un sentido, los otros se desarrollan. Él tenía una capacidad para estudiar muy grande. Pese a esta tragedia, mi hermano fue un hombre resiliente, dotado de una inteligencia y un esfuerzo extraordinarios. Se convirtió en profesor normalista y dedicó su tiempo a enseñar braille y apoyar a personas con discapacidades visuales. Su capacidad para estudiar y superar adversidades marcó su vida.

Hugo formó parte del Partido Socialista a muy temprana edad, desde los diecisiete años, y tuvo un papel destacado en la reestructuración

política del partido durante la dictadura en Chile. El año 1975 fue enviado a Tocopilla para reorganizar su partido. Su vida y legado reflejan una entrega absoluta hacia los demás y un compromiso político profundo. La última vez que lo vi, estaba en el muelle, consiguiendo pescado para ayudar a los presos políticos, ya que los iba a visitar y les llevaba alimentos a los campos de concentración. Murió el 31 de enero de 1975, días antes su casa fue rodeada por Carabineros, siendo detenido junto a otras personas. Se les acusó de estar celebrando una reunión clandestina para conspirar contra el Gobierno. En Tocopilla él no era clandestino, y claro, como no era evidente era imposible que se diera cuenta de que había un tipo que lo vigilaba. Cayó preso, de ahí no lo vimos más y falleció bajo tortura, aunque oficialmente se declaró su muerte como suicidio.

Cuando murió, al cabo de unos días nos informaron que nos entregarían su cuerpo, aunque no lo hicieron realmente. En esa época, se hacía algo muy extraño: se acostumbraba a entregar los cuerpos sellados, especialmente de los detenidos, y no se permitía revisarlos. Nos dijeron que se había suicidado, y recuerdo que mi hermana insistió en que fuéramos a la morgue.

Aunque el lugar estaba bajo custodia, ella no sé cómo lo logró, pero le pagó al guardia y entramos tres personas y fue entonces cuando tomé la decisión de revisar el cuerpo de mi hermano. Nunca en mi vida había entrado a una morgue ni había visto algo tan impactante. En ese entonces, debo admitir que no tenía una posición política clara. Era joven, un simple estudiante, sin mayores preocupaciones.

Pero al entrar a la morgue, algo cambió en mí. Revisé a mi hermano y vi con claridad las marcas de lo que había sufrido. Tenía un tajo que iba desde la garganta hasta casi el abdomen, resultado de la autopsia. Sus manos estaban apretadas, y al abrirlas, descubrí que todas sus uñas estaban negras. Lo mismo en sus pies. Las veinte uñas, negras como el carbón. Fue en ese momento que entendí que no había

muerto como decían, sino que había sido víctima de tortura. Esa experiencia marcó un antes y un después en mi vida, ajustando mi visión del mundo y mi posición política para siempre.

En 1961, Hugo contrajo matrimonio con Silvia Campusano Vera, de cuya unión nacieron tres hijos: Silvia, Hugo y Tania. Su hijo Hugo es muy parecido a él y actualmente reside en Santiago. En un momento significativo, don Fernando Ariztía, ya enfermo, organizó una reunión para reunir a los familiares de los detenidos desaparecidos. Fue entonces cuando Hugo hijo, sin conocer la historia de su padre, asistió y experimentó un impacto emocional al descubrirla.

Posteriormente a su muerte, dos de sus hijos se exiliaron en Holanda, mientras que su esposa y una de las hijas se quedaron en Chile. La decisión de no contarles a los hijos sobre la historia de su padre parece haber sido una medida de protección, para evitarles el dolor y los riesgos asociados con el contexto político de la época. Sin embargo, este silencio también tuvo sus consecuencias emocionales cuando la verdad salió a la luz.

La familia Alfaro sufrió múltiples tragedias durante el régimen, incluyendo persecución, exilio y la pérdida de varios miembros. Se destaca la resiliencia y compromiso de varios familiares, como su hermana Hilda, quien escribió libros sobre derechos humanos y trabajó en labores humanitarias.

Tocopilla, era conocida como "la Rusia chica" por su fuerte inclinación hacia la izquierda, fue escenario de múltiples asesinatos de figuras políticas, incluidos alcaldes y gobernadores. Fidel Castro incluso visitó la ciudad durante el Gobierno de Salvador Allende, alojándose en la casa de mi hermana Hilda, lo que intensificó la persecución hacia ella. Su lucha y compromiso la convirtieron en una figura destacada en la resistencia contra el régimen.

Hilda era profesora de la Escuela N°2 de Niñas de Tocopilla al momento del golpe, y su esposo era el alcalde Marco de la Vega,

militante del Partido Comunista, quien fuera asesinado por la Caravana de la Muerte en octubre de 1973. Por lo mismo, el régimen prohibía hablar con la hermana menor de la familia, lo que llevó a que las conversaciones se realizarán de manera clandestina, desde un vehículo con la ventana abierta mientras ella caminaba por la vereda. Posteriormente, el caso de mi hermana fue reconocido a nivel internacional, y el Gobierno holandés la protegió y la llevó al exilio debido a la persecución sufrida tras la muerte de su esposo. Eso llevó a que por años fuéramos vigilados. La casa era allanada con frecuencia y vivíamos hostigados, hasta que mataron a mi hermano. Todo lo vivido con nuestra familia nos volcó a estar muy comprometidos con los derechos humanos. Yo, Jorge Alfaro, por años trabajé con don Fernando Ariztía y actualmente trabajo en la pastoral de migrantes.



Fotografía del archivo interactivo “Víctimas” del Museo de la Memoria.

José Manuel Guggiana Espoz, cuarenta años, profesor titulado de la Escuela Normal, líder político, desaparecido en mayo de 1976.

José Manuel Guggiana formaba parte de la Comisión Política del Partido Comunista en clandestinidad, en plena época de resistencia. Ese era el espacio donde se tomaban las decisiones más delicadas. Tenían programada una reunión, a la que Marta Ugarte y Elisa Escobar no llegaban. Después de tres días de espera y preocupado por esta ausencia, el 7 de mayo de 1976, Guggiana comunicó a su anfitrión su intención de establecer contacto con Marta. Aquel anuncio se erigió, sin saberlo entonces, como el último rastro de su presencia.

En la vorágine represiva que en mayo de 1976 focalizó su crueldad contra el Partido Comunista, José Manuel Guggiana se había abierto espacio en la dirigencia comunista de carácter nacional, formaba parte también de un equipo coordinador adscrito a la Comisión Política de la colectividad. Sus compañeras en esta delicada labor eran Marta Ugarte Román, cuyo destino se sellaría en agosto de ese mismo año con su detención y el posterior hallazgo de su cuerpo mutilado en la playa La Ballena de Los Molles, dejando al descubierto las brutales torturas infligidas; y Elisa Escobar, cuyo paradero se desvaneció también en mayo de 1976, engrosando la dolorosa lista de detenidos desaparecidos.

Guggiana venía huyendo de la represión desde Antofagasta. El primer zarpazo de la represión lo sintió en octubre de 1973. Una patrulla militar, ostentando su poderío bélico, irrumpió inicialmente en su hogar. Al no hallarlo, se dirigieron a la escuela donde ejercía su vocación de profesor. Allí lo sustrajeron, lo detuvieron brevemente y lo liberaron bajo la ominosa advertencia de mantenerlo bajo estricta vigilancia.

En julio de 1974, la represión volvió a buscarlo. Esta vez fueron los agentes de la SICAR, la inteligencia de Carabineros. La alerta temprana de su hijo adolescente, de tan solo catorce años, quien corrió presuroso a interceptarlo a un paradero cercano, logró frustrar su aprehensión. Aquel episodio impulsó a Guggiana a trasladarse a Santiago, desde donde articuló un equipo coordinador junto a Marta Ugarte y Elisa Escobar, extendiendo su labor política hacia el sur del país.

Meses más tarde, los organismos represivos llegaron nuevamente a su casa. Ante la frustración de no encontrarlo, la furia policial se centró en su hijo mayor, arrancándolo vendado de la seguridad del hogar, bajo la mirada impotente de su madre.

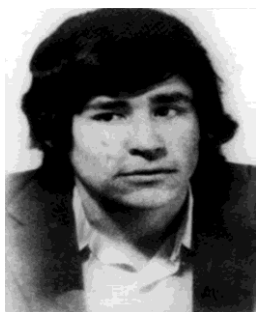
De acuerdo a antecedentes publicados en el Museo de la Memoria¹, se le vio en la vía pública junto a Juan Elías Cortés Alruiz, dirigente del Sindicato de Empleados del Hospital San Juan de Dios, donde fueron detenidos. Ambos fueron víctimas de desaparición forzada.

José Manuel Guggiana Espoz era de Copiapó, ciudad donde creció y estudió, cuna que también lo vio formarse en la Escuela Normal Rómulo J. Peña. Su trayectoria profesional como profesor se había extendido por varios años en Antofagasta, donde su liderazgo político floreció dentro de las filas del Partido Comunista. En 1972, asumió la responsabilidad de la encargaduría de educación, escalando hasta la

¹ Museo de la Memoria

<https://interactivos.museodelamemoria.cl/victims/?p=2138>

secretaría política –la máxima instancia partidaria a nivel territorial–, cargo que desempeñó hasta 1974. Su vida se tejía en torno a su esposa y sus tres hijos. Tenía cuarenta años.



Fotografía donada por Julio Pastenes.

Pedro Gabriel Acevedo Gallardo, diecinueve años, estudiante de Ingeniería en Minas en la UTE, presidente del Centro de Estudiantes, desaparecido en 1975.

Pedro Acevedo Gallardo no se olvida: verdad y memoria desde Tierra Amarilla

Hoy, con los años vividos y las heridas aún abiertas, Julio Pastenes Gallardo, hermano mayor de Pedro, señala la necesidad de contar la historia de su hermano. No solo porque fue un joven brillante, responsable y comprometido, sino porque es una historia que no merece ser olvidada. Pedro no fue solo una víctima de la dictadura. Fue un hijo, un estudiante ejemplar, un hombre honesto. Fue, y sigue siendo, su orgullo.

Antes del golpe del 73, la vida en Chile era muy distinta. Julio recuerda que tenía veinte años cuando ocurrió el golpe militar. Ya se había casado hacía pocos meses, y aunque las cosas no eran fáciles, se vivía con otra tranquilidad. Se podía salir de noche, andar por la ciudad sin

temor, señala. “Se viajaba en micro, se compartía en las calles. La vida tenía su ritmo, su esfuerzo, pero también su esperanza”.

Tierra Amarilla, la ciudad donde vivía Pedro, giraba en torno a la minería. Los cerros estaban llenos de historia y de trabajo. Existían desmontes por todas partes, y muchos, como Pedro, recogían mineral para venderlo a las plantas. Era común ver a jóvenes con sacos al hombro, buscando entre piedras lo que pudiera servir para llevar un poco de dinero a la casa. “Nosotros veníamos de una familia sencilla, sin lujos, pero con dignidad”.

El padre de Pedro fue dirigente sindical, un hombre de izquierda, un comunista honesto como pocos. Desde niños los hijos crecieron con la idea de ser justos, solidarios, trabajadores. Pedro absorbió todo eso. Era el más serio de todos los hermanos. No se reía fácil, pero su mirada hablaba de una convicción profunda.

En el colegio se destacó desde siempre. Fue elegido el mejor estudiante de la provincia de Atacama y llegó incluso a ser recibido por el presidente Salvador Allende en La Moneda.

Volvió de Santiago con una maleta de cuero y un libro que le regaló el propio presidente. “Imagínese el orgullo que sentimos todos en la familia. Ese era mi hermano.” Entró a la Escuela de Minas de la Universidad de Atacama, en Copiapó. Estudiaba por las mañanas y por las tardes trabajaba para costear sus estudios. Recolectaba metales, se iba a la mina Trinidad, negociaba con las plantas. Nunca le gustó deberle nada a nadie. “Yo trabajaba también, lo ayudaba como podía, porque sabíamos que su futuro sería nuestro orgullo.”

Pedro creía en la educación, en el esfuerzo, pero también en la justicia social. Participó activamente en el centro de estudiantes. “En esa época, ser estudiante y tener ideas de izquierda no era cosa menor. Uno se jugaba el pellejo por defender sus convicciones. Pedro no tenía miedo. Él siempre pensó que si uno era honesto, nada malo podía pasarle. Confiaba en la gente, y ese fue su error más grande”.

Después del golpe militar, todo cambió. La ciudad se llenó de miedo. Llegaban los militares por la noche, golpeaban puertas, sacaban a la gente sin explicación. “Yo mismo fui detenido varias veces, me sacaban al patio, me golpeaban buscándome a mí o a mi padre”.

—En una ocasión me quemaron con cigarrillos. Fue brutal. A Pedro se lo llevaron una noche. Vinieron hombres de civil, a algunos los conocía. El Vivian, Retamal y León, tres carabineros. Nunca más volvió. Y hasta hoy, no sabemos dónde está.

La madre de Pedro fue una mujer de inmenso coraje. Apenas se enteró de la detención de su hijo, emprendió viaje a Santiago, movida por la esperanza de encontrar respuestas. Recorrió oficinas, golpeó puertas y llegó a todos los lugares donde pudieran ayudarla. Pero el silencio y la indiferencia fueron las únicas respuestas que recibió.

A la familia le dieron versiones contradictorias. Algunas autoridades decían que Pedro se había escapado, otras aseguraban que estaba herido, que tenía una lesión en la pierna. Eran mentiras, una tras otra, lanzadas para confundir, para quebrar el ánimo y prolongar el sufrimiento. Con el paso del tiempo, la incertidumbre se volvió más pesada que la verdad.

Años después, cuando el tiempo había dejado cicatrices pero no había apagado la búsqueda, una revelación inesperada llegó. En un hospital, un hombre mayor que había trabajado en el regimiento durante esos años oscuros, se acercó a la sobrina de Pedro. Con voz apagada por el peso de la culpa o del miedo, le confesó lo que la familia siempre temió: a Pedro lo asesinaron esa misma noche y su cuerpo fue enterrado allí mismo, relata Julio.

—Desde entonces, hemos vivido con ese dolor. La justicia no ha llegado. Nos dieron una indemnización muchos años después, sí. Pero eso no devuelve una vida. No sana una ausencia.

Hoy, un preuniversitario municipal lleva el nombre de Pedro Acevedo, como un gesto de reconocimiento a su memoria y legado. Ha sido

homenajeados en actos públicos, en la universidad, y permanece vivo en la memoria de quienes aún creen en la verdad y la justicia. Su familia lo recuerda con admiración y orgullo. En su hogar, su nombre no se ha borrado ni se borrará. Está presente en cada acto de dignidad, en cada paso que se da con sentido de justicia. Pedro vive en la conciencia de quienes lo amaron, y en la historia que aún resiste el olvido.

—A veces pienso en lo que habría pasado si se hubiera ido a Alemania con esa beca que se ganó. Pero él decidió quedarse. Porque no creía que lo correcto fuera huir. Porque amaba esta tierra. Porque pensó que lo justo, al final, triunfaría.

Pedro fue un hombre recto, serio y valiente. Nunca se dejó tentar por el poder ni se permitió corromper. Vivió con integridad, fiel a sus principios, y murió con la misma dignidad con la que enfrentó cada día de su vida. Quienes lo conocieron destacan su firmeza moral y su compromiso inquebrantable con la justicia.

Su hermano ha sido una voz persistente en la defensa de su memoria. Mientras tenga aliento, seguirá contando su historia, repitiendo su nombre, enfrentando el olvido con la palabra viva. Porque mientras alguien lo recuerde, mientras su nombre sea pronunciado, Pedro sigue presente. Y así debe ser.

Nadie merece desaparecer. La verdad tiene un valor irrenunciable. Y sin memoria, no puede haber justicia. Por eso, su historia sigue viva en quienes se niegan a olvidar, y en cada gesto de resistencia que honra la dignidad humana.



Fotografía donada por Nora Torres.

Dagoberto Cortés Guajardo, treinta y tres años, estudiante de Ingeniería Ejecución en Minas UTE, muerte extrajudicial en 1982.

Dagoberto: legado de una vida entregada a la justicia

Dagoberto fue un hombre de convicciones firmes, un ser humano generoso y un compañero leal para Nora Torres. Su vida estuvo marcada por su compromiso con la lucha por la justicia y su inmensa capacidad de entrega a su pueblo. Nació un día de primavera en octubre de 1949, en el seno de una familia trabajadora de la minería nortina de Taltal. Junto a sus padres, tías, hermanos, primos y su comunidad, conoció el esfuerzo de los trabajadores de la pampa, lo que influyó en el desarrollo de su conciencia social y política. Desde temprana edad, demostró una sensibilidad especial hacia las desigualdades, lo que lo llevó a incorporarse activamente al movimiento estudiantil y político desde los años 60 en adelante.

Su amor por la tierra mineral lo condujo a ingresar a la Escuela de Minas de la Universidad de Copiapó. Dagoberto no solo se destacó por su inteligencia y liderazgo, sino también por su calidez humana. Era un hombre que escuchaba con atención, cuidaba a los suyos y nunca abandonaba a quienes lo rodeaban. Su sonrisa característica y radiante transmitía confianza. Nora, su compañera de vida, recuerda

cómo su ternura se manifestaba en gestos pequeños: una conversación profunda, un abrazo en momentos de angustia o la manera en que protegía a quienes lo rodeaban.

Desde sus años de estudiante, Dagoberto entendió que la lucha por la justicia social no podía esperar. Su militancia no fue solo un ideal, sino una acción concreta para construir una sociedad más equitativa.

El golpe de Estado y la dictadura civil-militar no sorprendieron a nadie, ni en el norte, ni en el centro, ni en el sur. Sin embargo, la violencia desatada contra las organizaciones populares y el aniquilamiento de muchos hijos del pueblo obligaron a personas como Dagoberto a asumir tareas en la recomposición de sus estructuras, incluso debiendo abandonar su ciudad.

En tiempos de dictadura, cuando la represión intentaba acallar toda resistencia, Dagoberto se mantuvo firme. Sin dudar un solo minuto, enfrentó la adversidad organizando espacios de encuentro, diálogo y lucha. Su fortaleza inspiraba a sus compañeros y servía como refugio emocional en aquellos años oscuros.

La clandestinidad lo obligó a moverse constantemente, cambiando de hogares y enfrentando la incertidumbre diaria. A pesar de ello, nunca dejó de pensar en su familia y compañeros. Su relación con Nora fue de complicidad, respeto mutuo y amor profundo. Se entendían sin palabras, unidos por una misma visión del mundo y la convicción de que la lucha debía continuar. Incluso en peligro, encontraba tiempo para enviar mensajes a sus seres queridos, demostrando que ni la represión apagaría su amor por la vida.

Al ser detenido, torturado salvajemente y encarcelado, su fortaleza no flaqueó. Muchos recuerdan su astucia e inmenso valor para burlar a sus interrogadores. Incluso en los momentos más duros, mantenía su humor agudo y una sonrisa que surgía entre los lamentos. En cartas desde prisión, reflejaba una esperanza inquebrantable, convencido de que la resistencia no era en vano. Al nacer su hijo, expresó su

compromiso de ser un padre digno y enseñarle los valores que guiaban su vida. Esas palabras quedaron como testimonio de su humanidad y responsabilidad.

Expulsado del país, Dagoberto no se mantuvo al margen. La imagen de compañeros asesinados, niños con hambre y familias en la miseria lo impulsaron a retornar clandestinamente a Chile en 1980. Asumió tareas de gran responsabilidad en su partido, destacándose como organizador y formador, ganándose el respeto y admiración de quienes lo conocieron.

El 28 de noviembre de 1982, la represión lo alcanzó. Fue asesinado en plena calle, en un acto brutal que buscaba infundir terror. Su sangre quedó en las calles, pero su memoria perdura. Su legado vive en quienes lo conocieron, en las historias que se cuentan y en cada lucha vigente. Dagoberto no murió en vano; su nombre es símbolo de dignidad y resistencia.

A los 33 años, dejó a sus hijos pequeños, a quienes amaba profundamente. Sus anécdotas, canciones y libros enviados desde la distancia reflejaban su cariño. Su familia y compañeros lo recuerdan con orgullo. Su imagen permanece en los valores transmitidos y en la certeza de que su sacrificio no fue en vano.

Dagoberto representa a quienes entregaron su vida por un país más justo. Su historia, como un faro, ilumina a quienes siguen luchando por la transformación social. Como escribió Mario Benedetti: "Su derrota se liga con la tierra y termina y renace en banderas y sueños que flamean".



Fotografía donada por Jorge Stockle.

Gloria Stockle Poblete, veintiún años, estudiante de Pedagogía de la Universidad de Atacama, asesinada en 1984.

Sus hermanos Susana y Jorge Stockle la recuerdan

Para nosotros como hermanos es relevante rescatar la memoria de Gloria. Fuimos cinco hermanos, dos hombres y tres mujeres. Los tres primeros tenían pocos años de diferencia. Ocho años después nació Gloria y, finalmente, Susana. Nuestra madre se quedó sola con los cinco cuando Susana tenía once años.

Vivíamos una casa grande en el centro de Copiapó, y pasábamos las tardes jugando en el patio. Ahí hacíamos fogatas y campamentos. Teníamos una acequia, la hacíamos más grande y ahí nos bañábamos. No salíamos a la calle. Bueno, teníamos juegos en el patio, resbalines, aunque más bien colocábamos bloques de cemento en un tablón y nos balanceábamos.

También jugábamos en una bodega que había en el patio. Usábamos carbón para escribir en las paredes y hacíamos juegos de palabras: elegíamos una palabra larga, como “tecnología”, y competíamos para ver quién sacaba la mayor cantidad de palabras de ella. Y la Gloria siempre ganaba, ya que tenía muy buena memoria.

Nuestra hermana mayor, Myriam, nos enseñaba, era nuestra profesora. Y decía que le daba gusto enseñarle a la Gloria, mientras que a Susana tenía que ir repitiéndole una y otra vez, porque era más lenta. Gloria era muy habilosa.

También jugábamos al convencedor. Por ejemplo, Gloria decía: “¿Por qué es malo usar mascarilla?”. Había que decir que era bueno usar mascarilla y dar las razones, y ella tenía que dar sus razones en contra. Al final ella nos terminaba convenciendo. Y decía: “No, ¿sabes qué? Tú tenías razón”. Después nos había dado vuelta. Nos decía que fuéramos más seguros. El otro juego que teníamos era leer al revés, hacíamos competencia de quién leía y entendía más rápido.

Gloria siempre hablaba de que quería viajar, conocer el mundo y los distintos países. Por eso siempre pensamos qué estaría haciendo Gloria ahora, en este momento. Nosotros creemos que no estaría acá, en Chile, estaría en otro lado. Nunca pensó en casarse, ni en tener hijos, no era su prioridad. Quería ser libre, conocer. Era muy buena para hacer nuevas amigas. Quería irse al sur, con el título, para ir a colonizar tierra. Decía: “Allá al sur quiero irme, en cualquier parte van a necesitar una profesora”.

Gloria era muy amiga de sus amigas. Demasiado, diría yo, ya que muchas de esas amigas le dieron la espalda, ninguna estuvo. En el proceso de investigación, varias dijeron que ni siquiera nos conocían. Por ejemplo, hace poco vi a una de esas amigas, que también estuvo en el casino cuando murió Gloria. Era menor de edad, de unos doce o trece años. Porque ese tema jamás se abordó, pero en las fiestas de los militares, en esa época, asistían muchas niñas menores de edad. Nunca se investigó alguna red pederasta en ese casino, pero nosotros sabemos de varias niñas que asistían a esas fiestas. Y cuando nosotros les dijimos a los detectives todo eso, dijeron que no, le echaron tierra, lo ocultaron. Era como algo aparte, decían, que no lo mezcláramos, pero nadie investigó eso. Nunca.

Un día Susana vio al Capitán Martínez, que es uno de los asesinos. Iba con Gloria por la plaza y él estaba ahí, en un auto. Susana era menor de edad, y él le dijo que la llevara al casino. Ella se enojó, dijo “no te metas con mi hermana”, la pescó y le dijo “vamos, vamos”. En ese sentido, nuestra hermana tenía un carácter muy fuerte, especialmente cuando se enojaba por alguna injusticia, siempre tenía muchos argumentos.

Pero en general era muy tranquila, le gustaba tejer a crochet. Y como en esos tiempos también era mala la economía, desarmaba cosas para volverlas a tejer, por ejemplo, destejía un chaleco para hacer una cartera y se hacía un cosmetiquero, un bolsito. También tejía frazadas a crochet. La mamá usó una frazada que ella tejió hasta que se deshilachó. Ella se dormía, se enrollaba en esa frazada recordando a nuestra hermana.

Recuerdo que era maniática de la limpieza, su dormitorio siempre estaba muy ordenado, limpio, y cuando era aseo general sacábamos todo a una terraza, echábamos agua adentro con una manguera, limpiábamos todo. Y así era siempre, ella lavaba los platos hasta el último día y Susana se encargaba del piso.

Por su parte, Jorge tenía diez años cuando nació Gloria. Él nació el 27 de agosto y ella el 28, diez años después. Al igual que Jorge, ella era muy meticulosa, ordenada, detallista. A él le tocó acompañar a la mamá a cuidarla. Ya sabía sobre mamaderas, pañales, y la apoyaba después de la escuela. Gloria era una niña normal, muy inquieta, bailarina.

La prebásica la hizo en Santiago. Su mamá contaba que siempre le decían a Gloria que andaba chascona, porque ella tenía el pelo bien largo y le hacían dos trenzas, pero como se iba en micro a la escuela, y siempre iba llena, se bajaba con el pelo todo parado.

Después, se vino la familia a Copiapó y fue matriculada en la Escuela Superior. De ahí se fue al Sagrado Corazón y luego pasó al Liceo Católico de Atacama. Ella tocaba la flauta traversa en la banda de guerra, eso era su orgullo, y aprendió de un día para otro, bien rápido. Jorge cree que era superdotada en muchas cosas. Tenía una habilidad increíble, y el profesor siempre le decía a él, que también estaba en el liceo: “¿Por qué no es como su hermana?”. Porque Gloria había aprendido en una mañana a tocar la flauta, incluso la afinaba. Era de esas que tenían un corcho, que había que meterlo o sacarlo y le daban los tonos.

Ella tenía un buen corazón. Cuando estaba en el Católico, se juntaba un grupo de niñas y reunían cosas y las iban a dejar al hogar de menores, o iban a Rosario —que no era tan grande en esos años— a jugar con los niños, les llevaban jabón, champú, dulces, y se iban los fines de semana para allá.

Además, como estábamos solos con mi madre, todos tratábamos de ayudar. Obtuvimos un certificado para vender tarjetas en el hotel Diego de Almeida y en el terminal de buses. Ese fue el año antes de ser asesinada. También trabajó como secretaria de un contador, trabajó en los parronales, en el POJH. En el POJH trabajaban juntas con Susana, barrían la Alameda. También limpiaban los focos de la plaza, los sacaban —estaban llenos de mariposas— y los volvían a poner. Todos los hijos nos esforzamos, hacíamos cositas para ganar algo. También trabajamos cuidando niños, los tres éramos los niñeros de la cuadra, y nuestra madre lavaba ropa, se iba donde las amigas a lavar y le pagaban con mercadería. Llegaba con paquetes de fideos o unas salsas para el día.

Eran tiempos de mucha pobreza. Jorge ayudaba como podía, estaba estudiando en Santiago y cuando hacía trabajo remunerado mandaba plata para la casa. La mamá siempre decía: “Se supone que uno tiene

un hijo en la universidad y uno le manda cosas —que su cajita, que su plata—, pero Jorge nos mandaba a nosotros”.

Nunca se ha hablado de la pobreza en el centro de Copiapó, que hay gente muy pobre ahí, que tiene la pura fachada nomás, todos piensan: “Ah, viven en el centro, tienen plata”. Nuestra mamá decía: “Sientes que hay olor a pobreza” y era el olor de la gente cocinando leña.

Gloria entró a estudiar Pedagogía Básica. Y después dijo que quería cambiar, que quería estudiar Biología Marina. Hizo la prueba de nuevo y quedó, pero finalmente decidió seguir estudiando Pedagogía. Nuestra madre siempre nos incentivó para que todos sus hijos estudiaran, era muy estricta en eso.

A Susana, que era la más chica, le costaban más los estudios, repitió un año. Cuando falleció la Gloria, la mamá estuvo muy mal, Susana no lo estaba pasando bien en el Liceo de Niñas y decidimos retirarla para acompañarla. Después de la muerte de Gloria, a Susana le hacían *bullying*, los profesores, el inspector general. Hasta le pegaban con los punteros para que no conversara con las demás niñas. No dejaban hacer grupo en los patios, les decían a las niñas que no se juntaran con ella porque era peligrosa. Un día pidió permiso para ir al baño y la profesora, en su ausencia, dijo: “Esta va a terminar igual que su hermana”, una compañera le contó. Así que esperó a que terminara la clase, la encaró en los pasillos y el inspector general la miraba, pero nunca nadie dijo nada. Finalmente, se retiró.

Después de lo sucedido a Gloria, para los grupos de poder nosotros éramos una amenaza, éramos comunistas. Todo el mundo sabía lo que había pasado y qué había ahí, se protegían unos con otros. Según ellos nosotros le podíamos hacer mucho daño a la Junta Militar, y efectivamente así pasó. Esto se notó en el 84, cuando empezaron las protestas. Se notó que Copiapó cambió.

Hicieron mucho daño, dilataron esto por cuarenta años, tratando de ocultar y protegerse. Por ejemplo, si hubieran actuado correctamente, llevando a Gloria al hospital, haciéndose responsables y denunciando ellos mismos a los culpables, el Ejército hubiera salido fortalecido, pero hicieron todo lo contrario, usando a la institución para proteger a los culpables.

Gloria conoció a esa gente

Había una chica, hermana de la dueña de Las Camelias, que solía juntarse con los militares y llevar niñas. Como ellos le decían “quiero conocer a esta niña”, se hacía amiga de ellas y luego las invitaba a las fiestas. Solía hacer cenas en su casa para los militares. Esta chica era mayor, tenía veintisiete y Gloria veinte. Era grande, vivía sola y todo. Y ella se acercó a la Gloria para invitarla, “vamos a El Corvo, a este local”, etc. Antes de conocerla, nunca tuvo algún conocido militar, nada. Cuando se empezó a juntar con Hilda Lopendía, empezó a salir más y llegaba tarde, empezaron los problemas con nuestra mamá, las peleas, porque había una hora de llegada a la casa. Lamentablemente se empezó a juntar a fines de 1983 y fue asesinada en enero de 1984. Nuestra mamá era superrestricta con eso, ella daba permiso hasta las 10, y a las 10:05 estaba en la puerta, a las 10:10 estaba en la esquina, a las 10:15 ya salía a buscarnos. Una vez Gloria estaba en El Corvo y la fue a buscar con el perro, y el perro se paró en la mesa, y mi mamá con pijama abajo y un abrigo, y Gloria salió muy avergonzada, caminando adelante de la mamá.

Ella empezó a juntarse con otras chicas, como Marcela, Consuelo, Carmen Gloria —a ella también la invitaron esa noche al casino y no fue, porque no le dieron permiso—, Isabel Páez, Irene Ponce. Irene estuvo en la fiesta y declaró, pero la amenazaron, le tiraron el auto

encima, y al final se tuvo que ir de Copiapó. El resto de las amigas decían incluso que nunca la habían visto.

La verdad demorada

En nuestra imaginación, pensamos que a lo mejor Gloria vio algo que no debía, se enteró de algo y los encaró, porque Gloria no se quedaba callada. Entonces algo muy grave tiene que haber visto o escuchado. Porque se ensañaron con nuestra hermana, la golpearon hasta matarla, no tenía casi ningún hueso sano, o sea, tenía la pelvis rota, la nariz rota, la cara hinchada. El mismo doctor Alcayaga, que hizo la autopsia, dijo: “Los que la golpearon fueron unas verdaderas bestias”. Al principio quisieron ocultarlo, para no dañar a la Junta Militar, para guardar la imagen. A nosotros como familia nos decían que éramos comunistas, empezaron a ejercer una suerte de hostigamiento a las personas que empezaron a declarar años después.

Al principio todo era silencio, nosotros íbamos a tratar de entender qué había pasado con nuestra hermana, y decían que era un asalto, un atropello, etc. Era un rumor a voces, todos decían que eran los milicos, pero nadie nos decía nada. Una amiga de nuestra mamá, el día después que pasó esto, iba en un colectivo, pasó por fuera del casino, y el chofer le dijo: “Aquí mataron a una niña anoche”. La mamá fue la primera que dijo: “Fueron los militares”.

A mediados de 1984, confrontamos al comisario Fernández de la PDI, le dijimos: “Nos enteramos de que habían sido los militares” y nos respondieron que iban a investigar. Unos meses después la investigación estaba avanzada, y nos dijeron: “Sí, hemos investigado, pero nos hemos encontrado contra un muro y no tenemos la escalera para subirla, no podemos investigar”. Fuimos testigos de eso: con Susana estábamos hablando con el prefecto Julio Salinas, que estaba tomando notas, sonó el teléfono y dijo: “El jefecito”, y se notó que lo

estaban retando. Desde ahí el prefecto cambió del cielo a la tierra con nosotros, porque era muy amable mientras creíamos que la habían atropellado, pero después le dieron la orden de tapar esto. Así empezaron a ocultar todo y el trato cambió, se volvieron hostiles, siempre retándonos.

Justamente por esa situación de impotencia nuestra madre fue a hablar con don Fernando Ariztía y él designó al abogado Eric Villegas, que estaba recién egresado de la universidad, para que nos ayudara. El prefecto y los demás funcionarios de la PDI se enojaron, dijeron que los abogados entorpecen los procesos. Villegas solicitó hacer todas las diligencias de nuevo para empezar a armar el rompecabezas. Años después, el mismo Salinas, en un programa investigativo de televisión llamado *Enigma*, salió diciendo que él tenía que encubrir a los militares, como si ellos hubieran sido unas santas palomas que no habían hecho nada.

Gracias a ese apoyo incondicional de don Fernando Ariztía, todos nos acercamos a la iglesia, porque nosotros igual estábamos solos. Empezamos a participar del grupo juvenil de la catedral. Myriam y Susana estaban estudiando, la primera en la universidad y Susana en la nocturna. Empezamos a tener más redes de apoyo. Los compañeros de nuestra hermana de la UDA estudiaban ahí, en nuestra casa, mientras que antes estábamos siempre solos.

A pesar de los años, aun nos seguimos juntando con el grupo juvenil de los 80 de la catedral, seguimos siendo amigos. Todos éramos carentes de algo, todos llevábamos un peso encima, así que ahí nos acompañamos y seguimos sobreviviendo con nuestro dolor. La iglesia nos ayudó mucho, don Fernando, el padre Juan Pedro Cegarra también, el padre Lucho, de la iglesia San Francisco, pues él iba mucho a nuestra casa y nos motivaba a seguir adelante.

La verdad se supo después de muchos años. Ya sabíamos, pero nosotros no podíamos decir nada, nosotros teníamos que hablar de “presuntos culpables” siempre. Entonces, cuando la corte dio el veredicto, el abogado fue a la casa y nos abrazamos diciendo que lo habían aceptado y que ellos eran los culpables. Pero ellos alegaron de nuevo y nos fuimos a la Corte Suprema, se mantuvo el fallo y por fin pudimos decir que ellos fueron los culpables, que tienen nombre y apellido y que podemos decirlo donde sea. Ya no son presuntos. La pena fue irrisoria, solo les dieron cinco años y un día, y ningún día en la cárcel, sino que en el domicilio, una burla. Al final no tuvimos justicia, claro, y ya no la vamos a tener tampoco. Por eso nosotros conversamos y queremos mantener la memoria viva de nuestra hermana, y decir nuestra experiencia como un acto de justicia a su recuerdo.

¿Qué diría Gloria hoy día a los estudiantes de la UDA?

Que viajen, que estudien, que valoren sus principios y los defiendan, así como ella los defendió hasta el final. Que no los vendan o los arruinen por deberle favores a alguien.

Que luchen por lo que quieren hasta el final, que peleen por sus sueños, que no los abandonen. Ella era así. A veces pensamos que Gloria no era para este tiempo, tenía otra mentalidad, decía: “Yo no voy a estar en una oficina, no es lo mío. Tengo que trabajar en lo que a mí me gusta y voy a trabajar con ganas, contenta y feliz”.

Cuando ella estaba en el Católico y Susana en el Sagrado Corazón, se iban caminando por Yervas Buenas hasta el liceo en las mañanas, y la Gloria decía: “Mira, después van a venir y van a filmar estas calles, van a decir que ‘por aquí pasó Gloria’, van a escribir libros míos, van a hacer películas”. Con los brazos extendidos decía eso, y todo eso ocurrió, pero no de la manera que a ella y a nosotros nos hubiera gustado.

La historia de Gloria es un triste episodio en la historia de Atacama, pero sabemos que igual, su memoria va a estar. Nosotros como hermanos no queremos que la olviden, ella existió, tuvo voz, fue hermana, hija que tuvo su familia y que estuvo en esta tierra, y aquí la mataron cruelmente y sin ningún derecho, cortaron su vida.



Fotografía donada por Fresia Vargas.

Guillermo Cirilo Vargas Gallardo, veintiún años, estudiante de Ingeniería en Ejecución de Minas en la Universidad de Atacama (UDA), ejecución extrajudicial en 1984.

Su vida estuvo marcada por momentos entrañables y un espíritu noble hasta su trágica muerte, en 1984. Así lo recuerda su hermana Fresia Vargas: desde niño, Guillermo mostró una personalidad tierna y apegada a su familia. Se recuerda cómo, en su primer día de clases, no quería separarse de su madre, llorando y aferrándose a sus faldas. Aunque al principio le costó adaptarse, poco a poco comenzó a brillar, no solo como estudiante del Liceo Católico Atacama, sino también como un destacado futbolista. Su pasión por el deporte lo llevó a competir incluso fuera de Chile, en Argentina. Su conexión con su madre fue siempre muy especial; era evidente su apego y cercanía con ella.

Ya en su adolescencia, Guillermo mostró una personalidad tranquila y optimista. Siempre buscaba soluciones y evitaba las complicaciones. Por ejemplo, a los quince años, en su primer viaje a Santiago, se perdió en el metro mientras jugaba con sus primas, pero, lejos de angustiarse, encontró la manera de regresar a casa por su cuenta y se sentó a esperar tranquilo viendo televisión. Esta historia reflejaba su pragmatismo y carácter resolutivo, mientras que las primas lloraban asustadas porque estaban seguras de que no lo volverían a ver.

En su etapa universitaria, Guillermo tuvo la oportunidad de elegir entre estudiar en Antofagasta o en Copiapó. Aunque inicialmente optó por Antofagasta, rápidamente decidió regresar a Copiapó, donde se sentía más cómodo. Durante esta etapa, se destacó por su dinamismo. Trabajaba incansablemente, vendiendo ropa que traía desde La Ligua y participando en programas como el POJH, barriendo calles por las noches para ganar dinero. Además, colaboraba con su padre manejando el colectivo familiar en turnos nocturnos.

Guillermo era un joven alegre, servicial y trabajador, que siempre estaba en movimiento. Su carácter amable, su capacidad para mantenerse sonriente y su dedicación a su familia y sus proyectos han dejado una huella imborrable en quienes lo conocieron. Su memoria vive a través de los hermosos recuerdos que dejó en la vida de sus seres queridos.



Fotografía del archivo interactivo “Víctimas” del Museo de la Memoria.

Julio Orlando Muñoz Otárola, treinta y cuatro años, estudiante egresado de la especialidad de Construcciones Metálicas en la UTE, desaparecido en 1987.

Información obtenida de la Corporación Solidaria UTE-USACH²

Julio Orlando Muñoz Otárola fue un dirigente sindical y militante del Partido Comunista, vinculado al Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). Tras graduarse en la Universidad Técnica del Estado de Copiapó, trabajó en la mina El Teniente, participando activamente en los sindicatos de Caletones y la Mutual de la Coya-Mina. En 1983, tras una huelga general en Rancagua, fue despedido junto con otros trabajadores y se convirtió en líder del Comando Juvenil por la Democracia.

Durante esos años, enfrentó persecuciones y detenciones, incluso en Paihuano y Pichasca, donde declaró haber sido torturado. Su casa en Machalí fue allanada violentamente por la CNI y la Fiscalía Militar en abril de 1987. Fue aprehendido en Santiago el 9 de septiembre de 1987, y desde entonces ha estado retenido como detenido-desaparecido, junto con otros miembros del Partido Comunista, bajo

² Julio Orlando Muñoz Otárola - Coporación Solidaria UTE USACH

procedimientos de seguridad relacionados con el secuestro del coronel Carlos Carreño.

Tras la desaparición de Julio Orlando Muñoz Otárola el 9 de septiembre de 1987, su hermano Gonzalo presentó un recurso de *habeas corpus* ante la Corte de Apelaciones de Santiago. Pero la CNI, Carabineros e Investigaciones negaron haberlo detenido. La Fiscalía Militar *ad hoc* dijo que estaba investigando a Muñoz Otárola en el caso del atentado al séquito presidencial, aunque inicialmente negaron haber emitido una orden de arresto contra él.

Entonces, la Fiscalía reconoció la existencia de una orden de aprehensión, vinculándolo a la muerte de un carabinero en un asalto ocurrido en 1986. A pesar de estas declaraciones contradictorias, la Corte rechazó el recurso el 16 de diciembre de 1987, argumentando que no había pruebas suficientes de su privación de libertad. Hasta hoy, Julio Orlando Muñoz Otárola sigue en calidad de detenido desaparecido. Su caso fue consignado en el Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación de 1991, junto con otros militantes del Partido Comunista detenidos en el mismo operativo.

Capítulo 2:

Títulos póstumos:

Otorgamiento de títulos póstumos simbólicos a víctimas de violaciones a los derechos humanos en la Universidad de Atacama

**Dra. Gabriela Prado Prado, Mg. Paulina Moscoso Jorquera y
Dr. Rodrigo Cardozo Pozo**

I. Fundamentos y proceso de aprobación de la propuesta de otorgamiento de títulos póstumos a víctimas de violaciones a los DD. HH. en la Universidad de Atacama

La obligación de reparación es uno de los principios centrales del sistema internacional de protección de los DD. HH. Entre otras apreciaciones, y desde el punto de vista del Estado y sus organismos, la reparación consiste en “restablecer la situación de la víctima al momento anterior al hecho ilícito, borrando o anulando las consecuencias de dicho acto u omisión ilícitos” (Nash, 2007:35³). Atendiendo a su finalidad última, la reparación comprende dejar sin efecto las consecuencias inmediatas del hecho, así como indemnizar los daños de carácter patrimonial y extra patrimonial causados con la conducta atentatoria contra los DD. HH. Por otra parte, desde el punto de vista de las víctimas el derecho a la reparación, desde una perspectiva jurídica, comprende aquellas medidas destinadas a restituir los derechos a las víctimas y sus familiares (cuando sea posible), colaborar a enfrentar las consecuencias de la violación a los DD. HH. y lograr la reinserción en la sociedad (Beristaín, 2008:11⁴). En el caso de los títulos póstumos estamos frente a una medida de reparación que ha identificado Naciones Unidas con el nombre de *medidas de satisfacción*, y que consisten en “medidas de verificación de hechos, desagravios, conocimiento de la verdad, búsqueda de personas desaparecidas, restablecimiento de la dignidad y la reputación, disculpas públicas que incluyan reconocimiento de los

³ Nash, Claudio. (2007). Las Reparaciones ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos (1988 - 2007), 2ª ed. Santiago: Universidad de Chile, Facultad de Derecho, Centro de Derechos Humanos. P. 35.

⁴ Beristaín, Carlos. (2008). Diálogos sobre la reparación: experiencias en el Sistema Interamericano de Derechos Humanos, Tomo II. San José, Costa Rica: IIDH. P. 11.

hechos y aceptación de las responsabilidades, conmemoraciones y homenajes a las víctimas, entre otras” (Rojas, 2022:4⁵).

En este marco, el Programa Interfacultad de Investigación y Educación en DD. HH. realizó un análisis de información histórica para determinar las personas que fueron víctimas de la dictadura en momentos en que eran estudiantes de las instituciones antecesoras de la Universidad de Atacama (Escuela Normal y Universidad Técnica del Estado). Habiendo precisado el listado de estas personas, se agendaron reuniones con familiares de estas cinco víctimas de violaciones a los DD. HH. para manifestarles la intención de llevar adelante la medida reparatoria de concederles de manera póstuma el título profesional que habrían obtenido si sus vidas no hubieran sido interrumpidas brutalmente por la violencia política que tuvo lugar a partir del golpe de Estado de 1973.

De esta manera, el 6 de junio de 2023 se realizó una reunión online en que se explicó el sentido que esta medida tiene para la institución, la forma en que las normas de la universidad contemplan que tal medida se apruebe y el procedimiento que tendría lugar si los mencionados familiares accedían. Los familiares tuvieron la oportunidad de pronunciarse al respecto y de manera unánime manifestaron su consentimiento para continuar con el proceso.

⁵ Rojas, Jaime (2022). Medidas de reparación por violación de derechos humanos. Derecho internacional y legislación comparada. Asesoría técnica parlamentaria. Biblioteca del Congreso Nacional.p.4.



Fotografía Programa Interfacultad de Investigación y Educación en Derechos Humanos. Primera reunión con familiares.

Con el mérito de esta aprobación, el Programa formuló una presentación a la Honorable Junta Directiva de la Universidad de Atacama, que contempló antecedentes sobre el reconocimiento de la verdad respecto del destino de cinco estudiantes que murieron como víctimas de la violencia política ejercida por agentes del Estado durante la dictadura. A partir de dicho reconocimiento, fundado en documentos públicos, se planteó, como medida de satisfacción y reparación a las familias, la entrega del título simbólico póstumo a los familiares en una ceremonia pública, con las solemnidades que el caso amerita.

En atención a que la Universidad de Atacama es una corporación de derecho público, cuyos actos se encuentran regulados en disposiciones legales y reglamentarias, el procedimiento adoptado se fundó en lo dispuesto en el artículo 4 del DFL 151 de 1981, que establece el Estatuto de la Universidad de Atacama, según el cual la H. Junta Directiva tiene la atribución de aprobar títulos de grados *honoris causa* y otras distinciones. Por ello, el día 2 de agosto de 2023, mediante el Oficio N° 178/2023, se realizó una presentación formal a la H. Junta Directiva solicitando el otorgamiento de títulos póstumos

simbólicos a Atilio Ernesto Ugarte Gutiérrez, Raúl Leopoldo de Jesús Larravide López, Dagoberto Cortés Guajardo, Pedro Gabriel Acevedo Gallardo y Edwin Ricardo Mancilla Hess, cuyo texto íntegro se transcribe aquí:

PROPUESTA A CONSIDERAR POR LA H. JUNTA DIRECTIVA DE LA UNIVERSIDAD DE ATACAMA PARA EL OTORGAMIENTO DE TÍTULOS PÓSTUMOS SIMBÓLICOS A VÍCTIMAS DE VIOLACIONES A LOS DERECHOS HUMANOS

“La dignidad de la persona y sus derechos fundamentales establecen los valores esenciales en que se cimenta el consenso de la sociedad y legitiman al Estado, además de las garantías básicas para el desarrollo de la República Democrática y del Estado de Derecho”.
(Humberto Nogueira Alcalá, 2003)

La política de Estado para la memoria y reparación como garantías de no repetición en Chile

Una vez finalizada la dictadura militar, el Estado de Chile comenzó a desarrollar algunas iniciativas destinadas a la restauración de los DD. HH. en el país, gravemente afectados por diversos crímenes de lesa humanidad que tuvieron lugar entre los años 1973 y 1990. Fue así como, mediante el Decreto Supremo N° 355 del 25 de abril de 1990, se creó la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, conocida como Comisión Rettig, cuyo objetivo fue contribuir al esclarecimiento global de la verdad sobre las más graves violaciones a los derechos humanos cometidas entre el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de marzo de 1990, ya fuera en el país o en el extranjero, si estas últimas

tuvieron relación con el Estado de Chile o con la vida política nacional. Como consecuencia del trabajo de la Comisión Rettig, que entregó el primer informe oficial del Estado de Chile sobre esta materia, denominado *Informe sobre calificación de víctimas de violaciones a los derechos humanos y de la violencia política*⁶, el Gobierno envió al Congreso una ley general de reparaciones, aprobándose la Ley N° 19.123 el 8 de febrero de 1992, que creó la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación y estableció medidas de reparación para las víctimas.

Posteriormente, mediante otra iniciativa presidencial se creó la Comisión Valech, a través del Decreto N° 1.040 en el año 2003, con el objeto de esclarecer la identidad de las personas que sufrieron privación de libertad y torturas por razones políticas, por actos de agentes del Estado o de personas a su servicio, en el periodo comprendido entre el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de marzo de 1990. Esta iniciativa dio lugar al *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*, reconociendo un total de 40.018 víctimas, 3.065 de ellas muertos o desaparecidas. Con esta iniciativa se consolida, junto con los objetivos de verdad y reconciliación previstos en el Informe Rettig, el importante objetivo histórico de reparación a las víctimas y sus familias por el daño causado por agentes del Estado⁷. Finalmente, mediante el Decreto Supremo N° 43 del Ministerio del Interior, publicado el 5 de febrero de 2010, se creó la Comisión Asesora Presidencial para la Calificación de Detenidos Desaparecidos, Ejecutados Políticos y Víctimas de Prisión Política y Tortura⁸, de

⁶ El texto íntegro de este informe puede consultarse en https://pdh.minjusticia.gob.cl/wp-content/uploads/2015/12/Informe_CNRR.pdf

⁷ El listado de víctimas reconocidas por este Informe puede consultarse en <https://bibliotecadigital.indh.cl/handle/123456789/600>

⁸ La nómina de las personas incorporadas a la calidad de víctimas de violaciones a los DD. HH. puede consultarse en <https://pdh.minjusticia.gob.cl/comisiones/>

acuerdo a lo contemplado en la Ley N° 20.405, que crea el Instituto Nacional de Derechos Humanos.

Como puede apreciarse, desde el inicio de la restauración democrática, con avances y retrocesos, el Estado de Chile ha desarrollado una política nacional en el ámbito de los DD. HH. especialmente enfocada en la memoria y reparación de las víctimas de la dictadura militar y la violencia política. Muchas de las víctimas consignadas en los informes arriba señalados eran jóvenes estudiantes universitarios, que vieron interrumpidas sus vidas violenta e injustamente, provocando un dolor imposible de superar para sus familias, además de un trauma en sus comunidades académicas afectadas indeleblemente por el dolor y el miedo.

Como una manera de reparar el daño causado por agentes del Estado a esas personas, familias y comunidades académicas, diversas instituciones educacionales se han sumado a iniciativas de reparación del Estado de Chile. En esta línea, la Pontificia Universidad Católica de Chile realizó un homenaje a 28 miembros de la casa de estudios, estudiantes y profesores, que fueron víctimas de la dictadura de Augusto Pinochet. Fue así como el año 2013, al cumplirse cuarenta años del golpe de Estado de 1973, la Pontificia Universidad Católica de Chile entregó 28 títulos póstumos a sus estudiantes detenidos desaparecidos o ejecutados políticos. Posteriormente, el año 2018, al cumplirse cuarenta y cinco años del golpe de Estado, la Universidad de Chile otorgó 116 títulos póstumos y simbólicos a estudiantes de sus aulas que murieron o desaparecieron en los actos represivos y de violación a los DD. HH. que tuvieron lugar durante la dictadura militar. A este esfuerzo reparatorio, en el que las familiares de las víctimas recibieron sus títulos profesionales simbólicos, se sumaron colegios profesionales e, incluso, el pleno de la Excma. Corte Suprema decidió el 13 de enero de 2022 conceder de forma póstuma el título de abogado o abogada a cinco personas que cursaron sus estudios de

Derecho en la Universidad de Chile, detenidos desaparecidos o ejecutados políticos durante la dictadura, a quienes previamente dicha casa de estudios les concedió el grado de licenciado póstumo, a través de la Resolución Exenta N° 438, de fecha 29 de marzo de 2018.

Iniciativas de la Universidad de Atacama en el ámbito de memoria y reparación para víctimas de violaciones a los DD. HH. y antecedentes históricos acreditados

La comunidad de funcionarios, académicos y estudiantes de la Universidad de Atacama se ha sumado a las iniciativas para la memoria en el ámbito de los derechos humanos con actividades de homenaje a los asesinados y detenidos desaparecidos en la región⁹, realizando seminarios y coloquios temáticos relativos al golpe de Estado, a la recuperación de la democracia y las violaciones a los derechos humanos en la región y el país. De una manera más institucional, la Universidad de Atacama otorgó el año 2017 el título póstumo de ingeniero de ejecución en minas a **Guillermo Vargas Gallardo**¹⁰, quien falleció en el campus universitario el 5 de septiembre de 1984, al recibir una bala de fusil en la cabeza cuando escapaba de militares y carabineros, quienes reprimían una protesta estudiantil dentro de la institución¹¹.

⁹ Una sala del área sur lleva el nombre del profesor Leonello Vincenti Cartagena, asesinado por agentes del Estado el 17 de octubre de 1973. Un resumen de su caso acreditado por el Informe Rettig puede consultarse en <https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-v/vincenti-cartagena-nestor-leonello/>

¹⁰ Resolución N°875, de 12 de octubre de 2017. Acta de la H. Junta Directiva de 227 ° sesión, 6 de octubre de 2017.

¹¹ Caso reconocido en el Informe Rettig, cuyo resumen puede consultarse en <https://interactivos.museodelamemoria.cl/victimas/?p=2769>
<https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-v/vargas-gallardo-guillermo-cirilo/>

Al cumplirse cincuenta años del golpe de Estado, la Universidad de Atacama tiene la oportunidad de sumarse institucionalmente a los actos de memoria y reparación a las víctimas de violaciones a los DD. HH. atendiendo a un imperativo histórico y ético para una institución educacional del Estado. Para concluir el proceso de reparación institucional iniciado con el caso del estudiante Guillermo Vargas Gallardo, se propone otorgar títulos póstumos simbólicos a cinco estudiantes de sus aulas que vieron interrumpidos sus proyectos de vida al caer como víctimas de la represión política desarrollada entre los años 1973 y 1990.

La calidad de víctimas de violaciones a los DD. HH. de profesores y estudiantes de la entonces Universidad Técnica del Estado ha quedado registrada en los Informes oficiales de las comisiones mencionadas en el primer punto de este documento. Además, en los casos relativos a la denominada “Caravana de la Muerte”, que constituyó el hecho en que se perdieron más vidas vinculadas a esta comunidad académica, dichas violaciones a los DD. HH. fueron confirmadas por la Excma. Corte Suprema, en su sentencia en contra de seis miembros en retiro del Ejército como responsables de trece delitos de homicidio calificado y tres secuestros calificados, ilícitos perpetrados el 17 de octubre de 1973, en Copiapó, en el marco del denominado caso “Caravana”.

En efecto, en un fallo unánime pronunciado en la Causa Rol N° 62.036 de 2016, la Segunda Sala del máximo tribunal rechazó los recursos de casación elevados en contra de la sentencia dictada por la Corte de Apelaciones de Santiago, que condenó a penas de quince años y un día de presidio a los exmiembros del Ejército Sergio Arredondo González y Pedro Espinoza Bravo, en calidad de autores de los delitos. En la causa, el máximo tribunal condenó, además, al miembro (r) del Ejército Patricio Díaz Araneda a la pena de once años de presidio, en calidad de autor de los delitos reiterados de homicidio calificado de

las trece víctimas. En tanto, los miembros (r) del Ejército Ricardo Yáñez Mora, Waldo Ojeda Torrent y Marcelo Marambio Molina fueron condenados a penas de diez años y un día de presidio por su responsabilidad en los mismos delitos.

En el fallo de primera instancia de la Causa N° 2182-98 “A” de la Corte de Apelaciones de Santiago, denominada “Caravana”, episodio Copiapó, por sentencia de 20 de abril de 2015, pronunciada por la ministro de fuero doña Patricia González Quiroz¹², se establecieron los hechos que tuvieron lugar en el secuestro, homicidio calificado e inhumación ilegal de trece personas, entre las que se encontraban — como se ha señalado— profesores y estudiantes de la Universidad Técnica del Estado. A mayor abundamiento, en la sentencia se condena a las personas arriba señaladas por el homicidio calificado de trece personas, entre las que se encuentran docentes de la entonces Universidad Técnica del Estado, como **Alfonso Ambrosio Gamboa Farías**¹³, **Winston Dwight Cabello Bravo**¹⁴, **Héctor Leonelo Vincenti Cartagena**¹⁵ y **Pedro Emilio Pérez Flores**¹⁶. Además, son víctimas de ese terrible hecho estudiantes de esta casa de estudios, a saber, los

¹² El texto íntegro del fallo puede consultarse en <https://interactivos.museodelamemoria.cl/justicia/archivo/CARAVANA%20COPIAPO%20SUPREMA.pdf>

¹³ Caso reconocido en Informe Rettig, cuyo resumen puede consultarse en <https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-g/gamboa-farias-alfonso-ambrosio/>

¹⁴ Caso reconocido en Informe Rettig, cuyo resumen puede consultarse en <https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-c/cabello-bravo-winston-dwight/>

¹⁵ Su caso fue reconocido por el Informe Rettig. Un resumen relativo a este caso puede consultarse en <https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-v/vincenti-cartagena-nestor-leonello/>

¹⁶ Su caso fue reconocido por el Informe Rettig. Un resumen relativo a este caso puede consultarse en <https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-p/perez-flores-pedro-emilio/>

estudiantes de Ingeniería **Raúl Leopoldo de Jesús Larravide López**¹⁷ y **Atilio Ernesto Ugarte Gutiérrez**¹⁸, junto al estudiante de Pedagogía **Edwin Ricardo Mancilla Hess**¹⁹. Otras víctimas del caso “Caravana” son Fernando del Carmen Carvajal González, Agapito del Carmen Carvajal González, Manuel Roberto Cortázar Hernández, Raúl del Carmen Guardia Olivares, Adolfo Mario Palleras Sanhueza y Jaime Iván Sierra Castillo.

Se deben mencionar además dos casos de personas que no se encontraban en la universidad al momento de acaecer los dramáticos hechos de los cuales fueron víctimas, pero que anteriormente fueron profesor y estudiante de estas aulas. En primer término se encuentra el caso de **Carlos Quiroga Rojas**, quien realizó labores académicas en la carrera de Ingeniería de la Universidad Técnica del Estado, sede Copiapó, quien lamentablemente se cuenta como una de las víctimas de las violaciones a los DD.HH. de responsabilidad de agentes del Estado, ya que el 12 de septiembre de 1973 fue detenido por Carabineros en la salitrera Pedro de Valdivia, donde se desempeñaba como ingeniero jefe, y enviado a la Cárcel de Antofagasta para ser posteriormente fusilado el 20 de septiembre de 1973²⁰. En segundo

¹⁷ Su caso fue reconocido por el Informe Rettig. Un resumen del Informe Rettig relativo a este caso puede consultarse en <https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-l/larravide-lopez-raul-leopoldo-de-jesus/>

¹⁸ Su caso fue validado por el Informe Rettig. Un resumen del archivo puede consultarse en <https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-u/ugarte-gutierrez-atilio-ernesto/>

¹⁹ Su caso fue reconocido por el Informe Rettig. Un resumen del Informe Rettig relativo a este caso puede consultarse en <https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-m/mancilla-hess-edwin-ricardo/>

²⁰ Su caso fue reconocido por el Informe Rettig. Un resumen del Informe Rettig relativo a este caso puede consultarse en <https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-q/quiroga-rojas-carlos-desiderio/>

lugar, se debe mencionar el caso de **Luis Segovia Villalobos**, quien era ingeniero de ejecución en minas de la Universidad Técnica del Estado sede Copiapó, y fue detenido por Carabineros el 12 de septiembre de 1973, en su lugar de trabajo en la Termoeléctrica de Tocopilla. Posteriormente fue trasladado a la Cárcel de Tocopilla, a comienzos de octubre del mismo año y, luego, junto a otros detenidos, fue llevado a la mina La Veleidosa, donde se les ejecutó²¹. Sus restos fueron rescatados e identificados en un largo y difícil proceso desarrollado entre 1990 y 2022, cuando finalmente el Servicio Médico Legal de Atacama los entregó correctamente a su familia.

En esta relación de hechos, se presenta el caso de **Pedro Gabriel Acevedo Gallardo**, estudiante de Ingeniería en Minas de diecinueve años, que ha sido reconocido por los informes señalados en el primer punto de este documento, acreditándose que el 27 de marzo de 1975, en la localidad de Tierra Amarilla, efectivos de Carabineros y del Ejército lo detuvieron y trasladaron al Regimiento de Copiapó. En las investigaciones desarrolladas se dejó constancia de que el entonces comandante del Regimiento N° 23 de Copiapó reconoció que el estudiante de Ingeniería Pedro Acevedo Gallardo fue detenido y permaneció recluido en el recinto de esa unidad. Sin embargo, dicho funcionario militar señaló que el día primero de mayo el detenido se fugó desde el regimiento por medio de un forado que habría hecho en la pieza donde se encontraba. La Comisión Rettig certificó al respecto que “los antecedentes con que contaba le llevaron a concluir que la versión anterior no es efectiva y por lo tanto llegó a la convicción de

²¹ Su caso fue reconocido por el Informe Rettig. Un resumen del Informe Rettig relativo a este caso puede consultarse en <https://memoriaviva.com/nuevaweb/detenidos-desaparecidos/desaparecidos-s/segovia-villalobos-luis-orcimbo/>

que Pedro Gabriel Acevedo desapareció por acción de efectivos del Ejército, en violación de sus derechos humanos”²².

Finalmente, siguiendo un orden cronológico, se contempla el caso de **Dagoberto Cortés Guajardo**, estudiante de Ingeniería en Minas, que, dadas las circunstancias de persecución política desarrolladas tras el golpe de Estado, fue víctima de detención y posteriormente exiliado por el régimen militar, aunque retornó a Chile y pasó a la clandestinidad en 1979. Finalmente, resultó muerto en un enfrentamiento con efectivos policiales el año 1982 en la ciudad de Santiago, acreditando de manera oficial la Comisión Rettig que es una víctima de violencia política²³.

Propuesta para el otorgamiento de títulos póstumos simbólicos a víctimas de violaciones a los DD. HH.

Teniendo los antecedentes históricos arriba señalados en consideración y en la medida que la Universidad de Atacama ha asumido un compromiso institucional con los valores democráticos y cívicos que amerita una institución de educación superior, en el contexto de la conmemoración de los cincuenta años del quiebre democrático del país, esta casa de estudios superiores tiene la oportunidad de estar a la altura del desafío ético que la memoria y reparación exigen hoy a todas las instituciones de la república.

En efecto, en su actual etapa de desarrollo la Universidad de Atacama se define como una institución “estatal, laica y regional, dedicada a

²² Su caso fue reconocido por el Informe Rettig. Un extracto del Informe Rettig relativo a este caso puede consultarse en <https://interactivos.museodelamemoria.cl/victimas/?p=2890>

²³ Su caso fue reconocido por el Informe Rettig. Un extracto del Informe Rettig relativo a este caso puede consultarse en <https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-c/cortes-guajardo-dagoberto/>

cultivar, generar, desarrollar y transmitir el conocimiento, en ciencia, tecnología, humanidades y educación, a través de la investigación, la innovación y la formación de capital humano, altamente competentes y responsables en **satisfacer las necesidades e intereses generales de la sociedad, con espíritu crítico, reflexivo y tolerante, que contribuya a forjar una cultura ciudadana inspirada en valores éticos, democráticos, cívicos y de responsabilidad social**, comprometida con los procesos de inclusión y respetuosa del medio ambiente, aportando de esta manera al desarrollo sostenible de Atacama y el país”²⁴.

En el mismo sentido, la Universidad de Atacama debe velar en el cumplimiento de los principios enunciados en la Ley 21.094, sobre universidades estatales, esto es, la participación, la no discriminación, el respeto, la tolerancia y la valoración, que como universidad estatal debemos promover para el cumplimiento de nuestra misión institucional²⁵. A mayor abundamiento, y tal como menciona el artículo 5 de la señalada ley, dichos principios deben ser fomentados, respetados y garantizados por las universidades del Estado en el ejercicio de sus funciones y son vinculantes para todos los órganos e integrantes de sus comunidades sin excepción.

Finalmente, con el otorgamiento de estos títulos simbólicos y póstumos, la Universidad de Atacama estará respondiendo no solo a su misión institucional y a la comunidad en general, sino que también estará ganando estatura frente a su comunidad estudiantil, ya que los fundamentos socioculturales de su modelo educativo la

²⁴ Plan de Desarrollo Estratégico Universidad de Atacama 2021-2025. En https://drive.google.com/file/d/1u_h5QDnQZ9wtdEiabyiCfODWgxy6R3Dh/view

²⁵ Además, el artículo primero de nuestros nuevos estatutos, hoy en la etapa final para su puesta en vigencia, establece que por definición la universidad tiene la finalidad de contribuir al fortalecimiento de la democracia, la plena vigencia y el desarrollo de los derechos humanos.

comprometen explícitamente con el respeto a los derechos humanos²⁶.

En mérito a todos los antecedentes y argumentos expuestos y de acuerdo a lo previsto en el artículo 4° letra d del DFL N° 151 de 1981, Estatuto de la Universidad de Atacama, corresponde al máximo órgano colegiado de la institución decidir la aprobación de los títulos de grados *honoris causa* y otras distinciones. En atención a ello, respetuosamente se somete a consideración de la H. Junta Directiva la decisión de otorgar con carácter póstumo y simbólico los siguientes títulos profesionales a quienes fueron estudiantes en las aulas de la entonces Universidad Técnica del Estado²⁷, de la cual es sucesora legal nuestra corporación:

Atilio Ernesto Ugarte Gutiérrez.

Ingeniero de ejecución en minas.

Raúl Leopoldo de Jesús Larravide López.

Ingeniero de ejecución en minas.

Dagoberto Cortés Guajardo.

Ingeniero de ejecución en minas.

²⁶ Modelo educativo de la Universidad de Atacama, p.8. En <https://cmd.uda.cl/modelo-educativo/>

²⁷ En 1981, mediante el Decreto Ley N° 3.541, la Universidad Técnica del Estado fue convertida en la Universidad de Santiago, pasando sus sedes regionales a formar nuevas universidades e institutos profesionales. En este proceso, y desde la entrada en vigencia del DFL N° 37 de 1981 que creó la Universidad de Atacama, esta última corporación es sucesora legal de la Universidad Técnica del Estado, para todos los efectos a que haya lugar.

Pedro Gabriel Acevedo Gallardo.

Ingeniero de ejecución en minas.

Edwin Ricardo Mancilla Hess.

Profesor de educación general básica.

Esperando una positiva acogida a esta solicitud, firman en representación del Programa Interfacultad de Investigación y Educación en DD. HH.

Dr. Rodrigo Cardozo Pozo

Mg. Elizabeth Zepeda Varas

Decano Fac. Ciencias Jurídicas y Sociales

Decana Fac. Humanidades y Educación

Mg. Paulina Moscoso Jorquera

Dra. Sara Arenas Marín

Coordinadoras Programa Interfacultad de Investigación y Educación en DD. HH.

La fundamentación y propuesta transcrita fue sometida a decisión de la H. Junta Directiva de la Universidad de Atacama el día 21 de agosto de 2023. Luego de un intercambio de opiniones, todas muy favorables hacia la iniciativa, dicho cuerpo colegiado aprobó por unanimidad de los asistentes el otorgamiento de títulos póstumos simbólicos individualizados en el oficio preparado por el Programa, lo cual debe ser valorado como una clara muestra institucional de apoyo a esta iniciativa de reparación.

Con el mérito de esta decisión, y de acuerdo a lo certificado por el secretario general de la Corporación, la unidad de títulos y grados procedió a confeccionar los respectivos certificados y diplomas que fueron entregados a la familias el día 16 de octubre de 2023, en una

ceremonia pública realizada en el Centro Cultural Atacama de la Municipalidad de Copiapó, a la que asistieron cerca de 800 asistentes, la mayoría estudiantes de nuestra universidad y de la Escuela Técnico Profesional, además de autoridades regionales, parlamentarias y desde luego los familiares de nuestros estudiantes asesinados por la dictadura.

Con ello, la tarea de reparación es realizada no solo por la Universidad de Atacama, sino también por la sociedad ahí reunida, que pudo testimoniar la calidad humana y académica de los cinco estudiantes homenajeados. El objetivo del marco público y notorio en que se realizó la ceremonia era dar a los familiares de estas cinco víctimas una experiencia muy cercana a una titulación y con ello crear un momento de reparación, ya que se rindió un público reconocimiento a sus hermanos o padres, procurando restablecer su honra y dignidad ante la comunidad allí reunida.



Fotografía Programa Interfacultad de Investigación y Educación en Derechos Humanos. Ceremonia de entrega de los títulos póstumos a familiares.



Fotografía Programa Interfacultad de Investigación y Educación en Derechos Humanos. Ceremonia realizada el 16 de octubre del año 2023.



Fotografía Programa Interfacultad de Investigación y Educación en Derechos Humanos. Varias generaciones asistieron a este homenaje reparatorio.

Es necesario tener en cuenta que, de acuerdo con la jurisprudencia de la Corte Interamericana de DD. HH., se ha ampliado el reconocimiento de la condición de víctimas de violaciones a los DD. HH., ya que no solo abarca a la persona que individualmente ha sufrido el daño, sino también a sus familiares y herederos, cónyuges, compañeros y otras personas con las que mantuvieron alguna relación (Feria Tinta, 2006, 161) Por ello, con esta ceremonia el Programa pretendió completar en todos sus extremos el acto reparatorio, ya que no solo se pretendió dar un diploma a las familias con algún acto institucional interno y reservado (como en casos anteriores), sino que desde un comienzo se tuvo como objetivo materializar un acto de desagravio, procurando la pública satisfacción del daño causado a las víctimas en su sentido más amplio, lo que incluye a las familias, a la comunidad local y por cierto a la comunidad universitaria, golpeada por la injusta pérdida de personas valiosas. Por ello, en esta instancia, además de los discursos

oficiales pronunciados por la máxima autoridad universitaria²⁸ y académicos²⁹, se otorgó a los familiares el uso de la palabra para expresar su sentimiento acerca de este acto, para lo cual construyeron colectivamente una carta³⁰ que les permitió expresar el dolor de la pérdida, la lucha permanente por verdad y justicia, así como también las cualidades personales de todos ellos, que eran jóvenes inteligentes, líderes de su generación, buenos estudiantes y personas íntegras e importantes para sus familias y seres queridos, que no merecían el dolor y la muerte que temprana e injustamente les encontró en su juventud.

En nuestra memoria, para ser testigos de la verdad...

Elizabeth Zepeda Varas
Decana Facultad de Humanidades y Educación

El tiempo, aunque se le señale de implacable e irreversible en su riguroso avance, no ha sido un impedimento para que la memoria permanezca y que a su paso encuentre oponentes férreos que se esfuerzan para contribuir a perderla definitivamente, porque la preservación de la memoria perpetúa lo cotidiano, así como la fuerza de acciones que han permitido cambios extraordinarios en la historia entre tantos y tantos sucesos. Sin embargo, la memoria también se hace cargo de las grandes tragedias, de las guerras, del dolor infinito ante la injusticia y la inequidad, por lo que resulta relevante, entonces, resguardarla.

²⁸ Discurso del rector de la Universidad de Atacama, Mg. Forlín Aguilera Olivares. Ceremonia 2023.

²⁹ Discurso de la coordinadora del Programa Interfacultad de DDHH, Dra. Sara Arenas Marín. Ceremonia 2023.

³⁰ Carta de familiares, pronunciada por Nora Torres Ramos. Ceremonia 2023.

Nuestra Universidad de Atacama, única universidad estatal de la región, ha sido y seguirá siendo parte importante de la historia de Atacama, por su vínculo permanente con el quehacer regional.

Constantemente pasan por sus áreas miles de personas que se han formado en nuestra institución, que han asistido a seminarios o congresos. Es así que, por este y otros tantos motivos, una universidad se torna imprescindible para las comunidades donde se insertan, y Atacama, afortunadamente, no es la excepción.

Hace treinta años, un lunes 30 de enero de 1984, la comunidad atacameña se informa de la muerte y cruel abandono de una ciudadana desconocida en la ribera del río Copiapó. En ese período de abundantes aguas, colorido paisaje y lugar de entretenimiento, paseos familiares y lugar de juegos y distracción, dos menores hacen este terrible hallazgo. Tres días demoró la policía de entonces en identificar a Gloria Stockle Poblete, de veintiún años de edad, exestudiante de la carrera de Pedagogía Básica de la Universidad de Atacama en ese período.

Los actos que provocaron su muerte, según el médico legista Jorge Alcayaga, dan cuenta de una cruel violencia, indescriptible y horrorosa por parte de quienes, en la indefensión de Gloria Stockle, le arrebataron su vida. Los nombres de los culpables constan en el expediente abierto para este caso, miles de fojas con testimonios que no permiten la inadvertencia o el extravío de lo ocurrido el año 1984 en Copiapó y de mantener en la memoria uno de los episodios más cruentos de Atacama.

Gloria Stockle, así consta en la revista Trasfondo, edición especial N° 3/julio 2024, y según se refleja en las cartolas de su postulación a las universidades, tenía interés por Pedagogía, Periodismo, Sociología, Psicología y Biología Marina, entre otras carreras, exestudiante del Liceo Católico, lugar en que recibe varios diplomas, según evidencias

compartidas por su madre, entre ellas diploma por Espíritu de Superación, diploma por pertenecer a la Banda de Guerra del LCA.

Es así como en el año 1982 Gloria opta por estudiar Pedagogía en nuestra Universidad de Atacama y luego solicita su reincorporación a la carrera el año 1984, postulación que fue aceptada. Sus intereses también estaban en Biología Marina y en el año 1983 hace el intento por ingresar a esa carrera.

Esta joven ciudadana, estudiante universitaria, es parte de una familia respetuosa y conocida en el territorio de Atacama, por lo que resulta aún menos comprensible el daño irreparable durante y con posterioridad a este flagelo, que sufrió también su familia que la precede.

Nuestra casa de estudios en su misión sostiene en uno de sus planteamientos “satisfacer las necesidades e intereses generales de la sociedad, con espíritu crítico, reflexivo y tolerante, que contribuya a forjar una cultura ciudadana inspirada en valores éticos, democráticos, cívicos y de responsabilidad social”.

Para quienes somos parte de esta casa de estudios y portamos nuestra misión institucional con férreo compromiso, resulta imprescindible preservar la democracia y mantener nuestra tradición de vinculación permanente con las necesidades y requerimientos del territorio, actuando con ética en las acciones emprendidas y con tenaz responsabilidad social.

Es en este contexto que desde el Programa Interfacultad de Educación e Investigación en Derechos Humanos comienza a gestarse la entrega de un título póstumo para hacer entrega a la familia de Gloria, su hermano y hermanas.

Posteriormente se establece seguir con los procedimientos internos y que implican la búsqueda de antecedentes académicos existentes en la Secretaría de la Facultad de Humanidades y Educación y la Secretaría de Estudios de nuestra institución.

Siguiendo los procesos institucionales se presentan los antecedentes ante el Consejo de la Facultad de Humanidades y Educación para la solicitud de entrega de título póstumo, aprobado por la mayoría de los convocados. La moción fue presentada en el mes de septiembre del 2024.

El siguiente paso que implicó este proceso fue seguir presentando los antecedentes ante los cuerpos colegiados, la siguiente instancia, ante la Honorable Junta Directiva de nuestra Institución. Este cuerpo colegiado, una vez escuchado los argumentos de esta decana y realizadas las consultas al respecto, aprueba de forma unánime la moción presentada. Es muy relevante conocer y dejar registro, por la memoria que pretendemos preservar, respecto de la unanimidad de la votación en esta sesión de la Honorable Junta Directiva de la Universidad de Atacama, lo que sin duda fortalece la importancia y el valor que cumplen en las universidades las honorables juntas directivas, que por su pluralidad, diversidad y conocimientos pueden actuar en plenitud democrática. Las universidades deben resguardar y proteger su condición académica y de autonomía.

Esta noticia fue entregada de inmediato a su familia por miembros del Programa Interfacultad en DD. HH., quienes con emoción y agradecimiento estaban esperando en sus casas el pronunciamiento de la Honorable Junta Directiva.

Desde ese mismo instante se inicia la organización de la entrega de este título póstumo, una ceremonia que no podía extenderse más en el tiempo y debía contar con todos los elementos de una ceremonia académica de titulación. Es así que el día 16 de octubre del año 2024, día en que se celebra el Día de la Profesora y del Profesor en Chile, en el edificio El Palacete Viña de Cristo, hoy monumento nacional donde otrora funcionó la Escuela Normal en Copiapó y actualmente lo hacen las oficinas de la Facultad de Humanidades y Educación, se establece

como lugar simbólico de la educación en la región para la entrega del título póstumo.

Se congregan en este salón gran cantidad de personas, autoridades, profesionales, representantes de la Iglesia, académicas, académicos y la familia de Gloria Stockle, sus hermanas y hermano. En esta solemne ceremonia académica, se concreta la justa y necesaria reparación a la familia y a la comunidad. Se evidencia de igual manera la necesaria convocatoria de ciudadanas y ciudadanos, quienes, congregados en uno de los salones de nuestra universidad, pudieron tener un espacio para preservar la memoria.

Luego de recibir como familia el título póstumo, se dirige a quienes estábamos presentes Jorge Stockle, hermano de Gloria y exfuncionario de nuestra casa de estudios, para, en palabras plenas de honestidad y emoción, agradecer el momento de reparación que están viviendo junto a tanta gente que desea expresarles sus afectos. Señala en sus palabras la dualidad inmensa de las emociones que sienten en este acto de titulación, el dolor que permanece y la emoción de la reparación para su amada hermana.

Las universidades, en su autonomía, por su condición de laicas, pluralistas, respetuosas de la diversidad y de los DD. HH., se constituyen como la gran casa que acoge a sus comunidades, las facultades. En este caso, la Facultad de Humanidades y Educación permanece atenta y disponible para la discusión, el diálogo y el entendimiento. Pone al servicio sus conocimientos e investigaciones, se preocupa y ocupa de los problemas territoriales, no elude las dificultades, cuida la democracia y la práctica. Está en permanente sinergia con el territorio, sus instituciones y organizaciones.

Concluyo este texto con palabras de uno de los hombres más justos y de gran sabiduría. Atacama tuvo la fortuna de contar con su presencia y su paso por estas tierras fue fundamental: monseñor Fernando Ariztía Ruiz. Sus dichos son parte de una entrevista exclusiva, cuyos

extractos se encuentran en la página 18 de la revista *Trasfondo*, edición N° 3, 2024. Estos textos formaron parte de la presentación ante la Honorable Junta Directiva, para solicitar la entrega de título póstumo a Gloria Stockle: “Fue un crimen muy brutal que conmocionó a Copiapó y se vio la necesidad de acelerar el proceso por el bien moral de la ciudad. La sanidad moral de Copiapó exige una clarificación de ese crimen”. Agregó, además: “He conocido de cerca el sufrimiento de la madre de la víctima. Pasa el tiempo y he podido apreciar el horrible peso que sigue arrastrando, como igualmente toda su familia a quienes no anima el deseo de venganza sino el deseo de la verdad para que este tipo de crímenes no vuelva a ocurrir.”

En palabras de monseñor Ariztía, “seamos testigos de la verdad”, la que debe prevalecer, la que no se disfraza, que la memoria preserva, así se cuida una sociedad y las democracias.

Gloria Stockle permanece en la memoria, en la verdad y en la justicia por el estoicismo de su familia. Su recuerdo permanecerá por siempre en cada uno que reconozca su historia de estudiante de un prestigioso Liceo de Atacama, de una prestigiosa universidad y de una prestigiosa familia. ¡Sin olvido, con memoria viva!



Fotografía Programa Interfacultad de Investigación y Educación en Derechos Humanos. Ceremonia de entrega de título póstumo realizada el 16 de octubre del 2024.



Fotografía Programa Interfacultad de Investigación y Educación en Derechos Humanos. Decanos de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales y de Humanidades y Educación junto a los hermanos de Gloria Stockle, Jorge, Myriam y Susana.

Discurso del rector de la Universidad de Atacama, Mg. Forlín Aguilera Olivares, en la ceremonia de títulos póstumos del 16 octubre de 2023

Quiero comenzar saludando especialmente a los familiares de Pedro Acevedo Gallardo, Dagoberto Cortés Guajardo, Leopoldo Larravide López, Edwin Mancilla Hess y Atilio Ugarte Gutiérrez

Además, quiero destacar y agradecer la presencia de los y las familiares de Luis Segovia, Néstor Vincenti, Winston Cabello, Guillermo Vargas, Jaime Sierra y Gloria Stockle, quienes también fueron estudiantes y académicos de nuestra universidad, y fueron víctimas de la violencia de Estado entre 1973 y 1990.

Y por supuesto me es muy grato saludar a las autoridades que hoy nos acompañan. Honorable senadora de la república Yasna Provoste Campillay; gobernador regional de Atacama, Miguel Vargas Correa; delegado presidencial de la Región de Atacama, Christian Fuentes Vargas. Secretarios y secretarías regionales ministeriales presentes y directores y directoras de servicios; integrantes de la Honorable Junta Directiva de nuestra institución; directivos y directivas superiores, decanos y decanas, autoridades académicas y dirigentes estudiantiles; representantes de agrupaciones y asociaciones que visibilizan, en base a la lucha permanente por la memoria histórica, la justicia, reparación y la garantía al respeto irrestricto de los derechos humanos en nuestra región y el país.

Saludo especialmente a integrantes UDEMA y la Agrupación de Familiares y Amigos de Ejecutados Políticos y Detenidos Desaparecidos de Atacama, a nuestra comunidad universitaria y público presente.

Esta no es una ceremonia de entrega de títulos como las que con gran cariño he sido parte, y que revelan el gran sentido de movilidad social que tenemos como rol fundamental como universidad del Estado.

Hoy, intentamos contribuir en dar justicia y empujar a una necesaria reparación a las familias de víctimas de la dictadura. Estudiantes que transitaban por nuestros pasillos universitarios y fueron asesinados solo por el hecho de pensar distinto. Sin duda esto nos debe hacer reflexionar, más aún en estos momentos que algunos pocos intentan configurar lo que hará el futuro de nuestra nación.

Este hito consagra una significativa agenda institucional en el marco, no solo de la conmemoración de los cincuenta años del golpe cívico-militar, sino que encierra un profundo y genuino sentido de cómo esta, la universidad del Estado y responsable de formar a los y las profesionales del mañana, aporta a la reconstrucción de la memoria histórica desde una perspectiva de los derechos humanos en nuestra universidad y en la región.

Debo ser sincero, y más allá de nuestro pluralismo que consagramos en nuestros estatutos, perturba que, a cincuenta años, sigan apareciendo voces que respaldan o justifican las atrocidades realizadas por la dictadura. Esto sin duda da cuenta de que esta necesaria formación cívica a la fecha es precaria e incompleta.

¡Qué gran responsabilidad tenemos no solo como universidad, sino como sociedad! Los derechos humanos son un aspecto ineludible que debemos tener como base en cada nuevo o nueva profesional que sale al mundo laboral, y que su conciencia social sea algo que se rescate de nuestra formación como universidad del Estado.

Más allá de las presiones que hemos recibido como universidades de Estado, este gobierno universitario seguirá relevando cada parte de nuestra historia, desde las legítimas diferencias, sí, pero con evidencia como es propio de una comunidad universitaria, con la gran finalidad que en el presente y el futuro el nunca más sea una realidad.

Bien es sabido que la dictadura militar marca uno de los capítulos más oscuros y cruentos de nuestro país, y también sabemos que este régimen y la violencia de Estado fue especialmente dura en las

universidades, persiguiendo, torturando, exonerando, exiliando y asesinando a miembros de sus comunidades, pues las universidades siempre hemos sido el lugar de generación del conocimiento y del pensamiento crítico por excelencia. Y la dictadura intentó callar, atacando, persiguiendo y matando a estudiantes, académicos y académicas de todas las universidades públicas de Chile.

Son innumerables los casos de violaciones a los derechos humanos en las universidades públicas. Solo desde el año 1981 se cuentan un total de 172 personas pertenecientes a las universidades del Estado en regiones que fueron detenidas, desaparecidas y muertas por la dictadura militar. En nuestra universidad, según los datos que hemos recopilado, contabilizamos catorce estudiantes y académicos víctimas de esta detestable dictadura.

La dictadura, a partir de 1981, no hizo otra cosa que desmembrar la educación superior pública, y la incorporó a un sistema mercantilista y con un lucro subyacente, la intentó hacer desaparecer y sacar del sistema sin dar el mínimo sustento que el Estado debe proveer a sus universidades. Hoy seguimos siendo presa de ese aplastante sistema después de más de cuarenta años y con pena debo decir que como universidades del Estado, no superamos el 15% de la matrícula en educación superior.

Sin embargo, nuestras comunidades resilientes siguen haciendo patria y seguimos persistiendo en nuestra gran labor de hacer educación superior con el espíritu social y público. Esta es una de las grandes derrotas de la dictadura, porque aquí seguimos y seguiremos luchando por mantener una educación superior pública y de calidad, siguiendo el legado que muchos y muchas nos dejaron a pesar de ser perseguidos.

En este contexto, este año, nuestra Facultad de Ciencias Jurídicas y Ciencias Sociales, junto a la Facultad de Humanidades y Educación,

inauguraron el Programa Interfacultades de Investigación y Educación en Derechos Humanos con total respaldo institucional.

Actividades como seminarios en derechos humanos, la Ruta de la Memoria, homenajes y la visibilización de los hechos que evidenció nuestra universidad, convirtiéndola en un sitio de memoria histórica, son algunos de los significativos hitos que marcaron esta agenda. Pero sin duda que este, la entrega de los títulos póstumos, es uno de los más relevantes.

En sesión de la HJD del 21 de agosto del presente año, se presentaron los valores y consideraciones que sustentan esta iniciativa, consignando la política de Estado para la Memoria y Reparación como garantías de no repetición en Chile.

Quiero citar de manera expresa lo indicado en el oficio que presenta esta incitativa:

“Desde el inicio de la restauración democrática con avances y retrocesos, el Estado de Chile ha desarrollado una política nacional, en el ámbito de los DD. HH., especialmente enfocada en la memoria y reparación de las víctimas de la dictadura militar y violencia política. Muchas de las víctimas consignadas en los informes arriba señalados eran jóvenes estudiantes universitarios que vieron interrumpidas sus vidas violenta e injustamente, provocando un dolor imposible de superar para sus familias, además de un trauma en sus comunidades académicas.

Como una manera de reparar el daño causado por agentes del Estado a esas personas, familias y comunidades académicas, diversas instituciones educacionales se han sumado a iniciativas de reparación del Estado de Chile”

Esta propuesta fue aprobada por unanimidad por la Honorable Junta Directiva. Y el otorgamiento de estos títulos póstumos se alinea en el tenor de la conmemoración nacional de los cincuenta años del golpe

cívico-militar, que busca relevar la memoria y contribuir a la reparación para las familias de las víctimas.

Además se enmarca en la perspectiva de derechos humanos que reviste nuestro modelo educativo y se alinea en lo que valóricamente sustenta a este gobierno universitario, que impulsa la co-construcción de acuerdos, a no tener miedo al disenso, a respetar las diferencias e integrarlas para mirar un futuro, que desde la posición que sea, quede establecido que nunca más ninguna persona pueda perder sus garantías fundamentales de derechos humanos por pensar distinto, y mucho menos a manos del Estado.

Porque solo es posible construir presente y futuro sobre la base de la verdad. Y esta ceremonia busca justicia en esta memoria histórica.

Como universidad del Estado y motor de desarrollo en nuestra región, a través de la docencia, investigación y vinculación con el medio en las diversas áreas del conocimiento, creamos un espíritu analítico, crítico y prospectivo en nuestro estudiantado, que también se constituye de una dimensión valórica, donde la perspectiva y garantía de los derechos humanos, configura un sello que les conduce a nuestros y nuestras profesionales a ser los agentes sociales de cambio que necesita el futuro.

Porque estamos construyendo hoy el futuro de nuestra sociedad.

Nos comprometemos a seguir luchando por la verdad y por terminar de completar este puzle, que logre quizás la total convergencia de posiciones, pero que nunca niegue o invisibilice la verdad de lo que aquí ocurrió.

Por nuestra parte seguiremos formando, transfiriendo conocimiento, investigando, generando arte, cultura, democracia, consenso, comunidad y sostenibilidad, con un sello que adhiere a un compromiso irrestricto con los DD. HH.

Verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición. Este es el compromiso que he asumido y asumimos como Universidad de Atacama.

**Discurso de la coordinadora del Programa Interfacultad de DD. HH.,
Dra. Sara Arenas Marín, en la ceremonia de títulos póstumos del 16
octubre de 2023**

Agradezco la oportunidad que se me da para dirigir estas palabras en nombre del Programa Interfacultad de Investigación y Educación en Derechos Humanos, porque hoy acompañamos a cinco familias en un significativo momento, para celebrar la memoria, la verdad y un poco de justicia, y se agradece a cada uno/a su presencia.

Es importante indicar que a lo largo de estos años la memoria, la verdad y la justicia han sido una labor que ha estado en manos exclusivamente de las víctimas y sus agrupaciones. El Programa de Investigación y Educación en Derechos Humanos viene a saldar una deuda que como comunidad educativa tenemos con ellos y las futuras generaciones.

Este programa busca ser un espacio académico, organizado y formal para la investigación y educación en derechos humanos, contribuyendo en los distintos ámbitos en que se desarrolla la misión institucional, mediante actividades y espacios de análisis y reflexión sobre la importancia de los derechos humanos y la memoria histórica dentro de nuestra casa de estudios como en la sociedad en general.

A cincuenta años del golpe de Estado cívico-militar, somos interpelados como sociedad, y miramos cómo las diversas narrativas se encuentran, desencuentran, tensionan y nos posicionan, porque **la memoria es eso, es viva y presente.**

- Están las memorias de quienes necesitan ser escuchados porque aún buscan la verdad y exigen justicia.

- Están las memorias de quienes buscan recordar para aprender del pasado, tensionar el presente y educar para el futuro.
- Están las memorias de quienes ya no quieren escuchar o de quienes ya no quieren hablar.
- También están las memorias de quienes afirman que no pueden opinar porque no lo vivieron o no lo saben.
- Por supuesto, están las memorias de los que buscan validar el discurso de una masacre inevitable.
- Y están quienes pretenden negar, argumentando que todo es una falacia, fomentando el negacionismo que tan impudicamente se pasea por nuestras calles, y una y otra vez golpea a los más golpeados, y hablo de los condenables actos de odio que se han perpetrado en estas últimas semanas en la Casa de la Memoria de Atacama, lugar que ha sido construido por el esfuerzo y el cariño de quienes aún buscan justicia de sus seres amados.

Todas estas versiones, y otras, a los cincuenta años hacen de la **memoria algo vivo y en disputa.**

La memoria es presente, pero los hechos son pasados. Los hechos nos confirman que hubo más de 40.000 víctimas de violencia del estatal, más de 3.000 personas asesinadas, de ellas 1.469 detenidas desaparecidas y hasta ahora solo 307 personas han sido encontradas. Los hechos también nos muestran que ha **primado la impunidad**, dejando en evidencia la escasa justicia para estos casos, y en otros similares en la corta historia de Chile.

Producto del quiebre de la democracia con el golpe de Estado y la instalación del régimen dictatorial se desencadenó una extensa acción represiva, con arrestos masivos, allanamientos, habilitación de campamentos de prisioneros, tortura, etc.

La represión se produjo en Atacama en cada una de sus comunas, tal como lo evidenciamos en las investigaciones de los Archivos de la Memoria de Atacama y la Cartografía de la Memoria.

Como una de las principales expresiones de represión en nuestro territorio, **hoy recordamos a las víctimas de la Caravana de la Muerte**, fatídica fecha que precisamente mañana cumplen cincuenta años.

La caravana de la muerte fue una comitiva al mando de Sergio Arellano Stark que recorrió Chile de sur a norte, con el fin de asesinar y desaparecer a disidentes políticos.

Un día como hoy hace cincuenta años, la comitiva llegó a Copiapó en el helicóptero Puma que irrumpió en nuestro espacio aéreo, y no faltó el niño o la niña que salió a saludarlo sin pensar siquiera que venía a arrebatarnos la vida de seres queridos.

La comitiva trabajó junto a militares del Regimiento Atacama en la selección de los detenidos que serían ejecutados. Las víctimas fueron dieciséis personas, todos hombres entre 20 y 43 años, trabajadores mineros, profesores, estudiantes, comerciantes y un locutor radial. De todos ellos, tres personas aún se encuentran desaparecidas.

La solidaridad desde antaño se ha cultivado entre las agrupaciones de víctimas de la dictadura, hoy están aquí familiares víctimas de la violencia del Estado acompañando a las familias que recibirán los títulos póstumos.

Recordar del latín ***recordis*** significa pasar por el corazón nuevamente, y en ese pasar por nuestro corazón recordamos a profesores y estudiantes de nuestra casa de estudios arrebatados de sus familias por creer un proyecto social transformador. La Caravana de la Muerte se llevó consigo a profesores y estudiantes.

- Recordamos al profesor normalista de 35 años, don Alfonso Gamboa Farías.

- Recordamos al profesor de Física de 33 años, don Néstor Leonello Vincenti Cartagena.
- Recordamos al profesor de Ingeniería de 29 años, don Pedro Emilio Pérez Flores.
- Recordamos al profesor de Economía de 28 años, don Winston Cabello Bravo,
- Recordamos al estudiante de Ingeniería en Minas de 25 años, Atilio Ernesto Ugarte Gutiérrez,
- Recordamos al estudiante de Ingeniería en Minas y presidente de la Federación de Estudiantes de 21 años, Raúl Leopoldo Larravide López,
- Recordamos al estudiante de Pedagogía y presidente de su Centro de Estudiantes de 21 años, Edwin Mancilla Hess.

La dictadura con su violencia se expresó en todos los rincones de nuestra patria, mujeres, jóvenes, trabajadores fueron arrebatados de sus familias. Recordamos a Carlos Quiroga, profesor de minas, y recordamos al estudiante egresado de Ingeniería en Ejecución de nuestra casa de estudios, Luis Segovia Villalobos, ambos asesinados en Antofagasta.

La violencia del Estado se expresó con furia los primeros meses del golpe, pero esta nunca dejó de mostrarse. Una madrugada de abril del año 1975 fue arrebatado de su casa Pedro Acevedo Gallardo, dirigido al regimiento de Copiapó desde donde se le perdió su rastro. Han pasado cincuenta años de búsqueda incansable. Pedro estudiaba en nuestra universidad y solo tenía diecinueve años.

Recordamos a Guillermo Vargas, quien perdió la vida dentro de nuestra casa de estudio producto de una bala militar en el marco de una manifestación estudiantil. También recordamos a Gloria Stockle Poblete, estudiante de Pedagogía de veintiún años, quien perdiera la vida en un recinto militar en enero de 1984.

No podemos olvidar a Dagoberto Cortes Guajardo, estudiante de Ingeniería en Minas quien murió en un enfrentamiento en la ciudad de Santiago, y a Julio Muñoz Otárola, egresado de Construcciones Metálicas, aún desaparecido.

Porque el olvido es una elección hasta que la edad nos diga lo contrario, no podemos olvidar estos hechos, porque la memoria es una marca de resistencia al olvido ideológico, a la naturalización de la violencia por parte del Estado, a la invisibilización del dolor, a la imposibilidad de poder posicionarnos por la vida por sobre todas las cosas. Quien acuña la memoria opta por no olvidar la importancia del respeto a la diferencia, la libertad y la vida.

En nuestra región, después del golpe, rápidamente **vino la respuesta, la resistencia y la solidaridad** evidenciada por organizaciones y personas que en defensa de los derechos humanos alzaron la voz para denunciar la represión y apoyar a los perseguidos. Desde esas acciones vimos cómo a los relegados les llegaban cartas anónimas con mensajes de esperanza en lugares como Inca de Oro o Chañaral, las mujeres recorrían los recintos de detención con mensajes en las bastas de sus vestidos.

Pero fue principalmente la Iglesia católica, con la figura de don **Fernando Ariztía**, que remece la memoria de casi todos los ciudadanos de la región. Gracias a él y otros religiosos y religiosas se salvaron vidas y cuerpos para evitar la desaparición o el montaje. La catedral era el centro de la solidaridad, a ella se asociaron los pocos abogados que existían y con todos empezaron con los recursos de protección y amparo.

Las narrativas dan cuenta de que las primeras **acciones de resistencia al régimen fueron hechas por artistas locales, poetas, actores, cantantes, escritores, etc.** Posteriormente las mujeres, quienes en cada una de nuestras comunas incitaban a no bajar los brazos a pesar de la represión.

Pero es correcto decir que las primeras resistencias fueron hechas por **las esposas, hermanas, familiares, hijas de las víctimas de la Caravana de la Muerte**, fueron ellas quienes **usaron la calle para hacerse ver**.

Las mujeres recorrían el espacio de la ciudad de Copiapó desde el obispado hasta el cementerio, pasando por el referente urbano: la plaza de Armas, todo en silencio, en solitario, solo con una flor en la mano como acto de rebeldía y esperanza, eso fue por varios años ante la mirada impávidas de otros que **no se atrevían acercarse por miedo o rechazo**.

Después de cincuenta años, estas familias nuevamente están presentes, a lo mejor ya no los padres, o las madres o abuelos, porque ya partieron en este peregrinar, están aquí hermanos, hermanas, sobrinos, amigos, nietos agradecemos a las familias que están hoy aquí presentes.

Para nosotros, como programa, la gestión de la entrega de los títulos póstumos es una forma mínima, pero real de justicia, no olvidemos que para que algo sea justo debe ser oportuno, han pasado los años y a pesar de la demora nos hacemos cargo.

Para finalizar, quiero decirle que aún tenemos varios desafíos, esta ceremonia es uno de los más relevantes. Mañana tendremos un seminario sobre el paso de la Caravana de la Muerte por nuestra tierra, donde están gentilmente invitados/as.

Este año estamos trabajando sobre los archivos de la memoria de la Universidad de Atacama, y necesitamos su ayuda. Cualquier relato, material que nos permita construir esa historia se lo agradeceremos. Nuevamente, muchas gracias por permitirme dar estas palabras y poder pasar por sus corazones.

Muchas gracias.

Carta de familiares, pronunciada por Nora Torres Ramos y acompañada en su construcción por la académica de la carrera de Psicología Nayen Pavez Pedraza, leída en la ceremonia de títulos póstumos el 16 de octubre de 2023

Señor rector, decanos, decana, comunidad universitaria, familiares, amigos presentes. Atilio, Edwin, Dagoberto, Leopoldo, Pedro, queridos hijos, padres, hermanos, compañeros y amigos.

Estamos hoy con todos quienes les recuerdan y aman, incluyendo a algunos que, partiendo prematuramente, ahora nos observan desde otros lugares, para celebrar esta significativa y simbólica ceremonia de entrega de sus títulos profesionales, el que tanto aspiraban obtener.

Es un momento de mucha emoción, que nos permite recordarles y mantener viva en nuestra memoria aquel día de su partida.

Por esta razón, queremos rememorar y recordar todos los momentos que vivimos, aquellas experiencias que compartimos junto a nuestros padres, madres, hermanos, hermanas, compañeros y compañeras en una época donde fuimos muy felices, donde participamos activamente de todo lo que estaba sucediendo en la sociedad. Una felicidad interrumpida, pero que aún no nos han quitado.

Desde muy pequeños fueron tan inteligentes, primeros estudiantes de la universidad, siempre con intenciones de colaborar y apoyar a otros. Fueron los mejores compañeros que orientaron el quehacer para muchos de nuestra generación.

Siempre fueron jóvenes valientes, con ideas y convicciones claras y transparentes, hombres amorosos, jóvenes que cuidaban de todos y todas. Eran personas comprometidas con una visión política y social, que luchaban unidos con otros por una sociedad mejor, para construir una sociedad nueva y, sobre todo, alcanzar un mundo más justo y solidario.

Como estudiantes, se encontraron en un entorno donde el pensamiento crítico y el diálogo eran fundamentales, pero fueron perseguidos, precisamente por ser personas pensantes, seres creativos y con un anhelo profundo de transformar el mundo. Porque las diferencias, las certezas y la validez del pensar se enfrentan en el diálogo, en el quehacer permanente y el respeto por los otros, con ideas, humanidad y sin persecución, ni represión.

Las personas como ustedes nos enseñan, nos abren los ojos, nos muestran el camino, dejan huellas en nuestros corazones; pero también dejan en evidencia la necesidad que tenemos como familia de volver a escuchar sus risas, sus palabras y de estar nuevamente en compañía de ustedes. Han demostrado que con valores arraigados y una inquebrantable perseverancia, es posible alcanzar nuestras convicciones, profundas y sólidas, que todavía viven en nosotros.

La dictadura civil-militar, con sus agentes y sus caravanas de la muerte a lo largo y ancho del país, los desaparecieron y los arrancaron de nuestro lado, por ser inteligentes, con una gran sensibilidad social que tenían sueños e ideales. Eran líderes honestos, íntegros, generosos y consecuentes en la lucha.

Nuestras familias muchas veces se desplomaron bajo el peso constante del dolor de la muerte, sabiendo que ya no estaban con nosotros, conscientes que ya no compartían nuestras vidas; un inmenso sufrimiento que vivieron nuestros padres, madres, hermanos y hermanas; el mismo que a veces nos provocaba dolor, miedo e incertidumbre, a consecuencia de los acontecimientos que sucedían en nuestro país. Hasta el día de hoy, llevamos en nuestro corazón el dolor y la herida de una familia que se derrumbó a raíz de sus ausencias.

Las madres, incansables en su búsqueda, jugaron un papel fundamental pero nunca lograron obtener la respuesta merecida por

estos crímenes, la justicia de encontrarlos, de conocer su destino. No pudieron ver que se hiciera justicia.

Los buscamos, lloramos, tratamos de visualizar su rostro entre la gente e imaginábamos una y mil veces la forma de reencontrarnos con ustedes. ¿Han visto a mi hermano? ¿Han visto a mi hijo? ¿Han visto a mi amigo? ¿Conocen a Edwin, Atilio, Leopoldo, Dagoberto, Pedro? nos preguntamos mientras deambulamos como sonámbulos, como sonámbulas tratando de encontrar una respuesta.

Algunos de ustedes perdieron sus vidas muy temprano en los días de iniciado el golpe, los asesinaron y los hicieron desaparecer. Otros fueron detenidos, torturados, y prisioneros políticos que sobrevivieron a la implacable persecución de los aparatos represivos del Estado y las atrocidades que la dictadura cometía en el ámbito de los derechos humanos.

A pesar de enfrentar tal adversidad, se levantaron de nuevo con firmeza dispuestos a seguir resistiendo. Se comprometieron con su pueblo y continuaron luchando de diversas maneras hasta entregar sus vidas, siendo detenidos, desaparecidos y ejecutados políticos. Esos días fueron y serán los momentos más oscuros y sombríos en la historia de la ciudad de Copiapó y de nuestro país.

Hoy les damos gracias y los honramos por su ejemplo de vida y enseñanzas en este largo camino, señalándonos el rumbo, alejando los temores y llenándonos de voluntad y amor para seguir adelante. Cuando no sabemos qué hacer, recurrimos a los recuerdos y encontramos sus consejos. Recordamos sus abrazos, sus sonrisas, que nos dan fuerza y nos motivan para seguir de pie.

Hoy, a cincuenta años del golpe cívico-militar ocurrido en nuestro país, serán reconocidos por la casa de estudios de la que fueron parte. Convencidos que les hubiera gustado llegar a este minuto, recibir este título que siempre anhelaron. Si bien la vida y la injusticia nos arrebató

esta posibilidad, sabemos que les haría feliz que hoy, todos nosotros y nosotras, recibamos sus títulos profesionales.

Compañeros, hijos, amigos; todos perseguidos, detenidos y torturados en nuestro pueblo, en nuestras ciudades y en nuestro país. Este acto de reparación, nos permitirá decir NUNCA MÁS, nunca más a las exoneraciones de estudiantes y trabajadores. Nunca más a la represión, a la persecución y a los crímenes de lesa humanidad.

Mientras no se conozca la verdad, mientras las fuerzas armadas y los golpistas no entreguen la información que tienen en sus manos, y mantengan sus pactos de silencio, nosotros como familia y sus compañeros no descansaremos. Lo importante es que están siempre con nosotros. Perdieron su vida en este duro proceso porque querían una sociedad distinta y el poder nunca se los iba a permitir. Ustedes son hijos ejemplares de nuestro pueblo, son parte de la historia. Y somos nosotros, como familias, quienes hoy contamos esta historia. Edwin, Atilio, Dagoberto, Pedro y Leopoldo, queremos que sepan que hoy como familias seguimos sobreviviendo, seguimos resistiendo, porque la memoria es un punto de encuentro con las heridas de nuestra gente, con las grietas de nuestra historia.

Mientras la memoria viva, estarán siempre presentes con nosotras y nosotros. Ustedes no morirán jamás, porque permanecen en el recuerdo y en el corazón de la gente que los ama, nos quedan sus recuerdos, y la memoria que nos da fuerza...y han renacido en los y las descendientes de estas familias y en todo aquél que luche por una sociedad y mundo más justo.

Leopoldo, Pedro, Atilio, Edwin, Dagoberto, ustedes son parte de la historia, memoria, y ejemplo inspirador de nuevas generaciones que hoy luchan por una sociedad más justa. Por todos y todas las personas que recibieron su apoyo. Ustedes están con nosotros y nosotras en las luchas permanentes de nuestro pueblo, hasta alcanzar la verdad, justicia y reparación merecida.

Como dice el escritor uruguayo Mario Benedetti, “de tanto pueblo y pueblo hecho pedazos / seguro va a nacer un pueblo entero / pero nosotros somos los pedazos (...) que no pregunten más que será de nosotros / se acabó la derrota / en un surco cualquiera de la patria confiable / allí donde esparcimos nostalgias germinales / algo empieza a ocurrir, está ocurriendo / inevitable pero lentamente”.

**Amorosamente, sus familias que los aman y buscan por siempre.
Con la memoria y hasta que la dignidad se haga costumbre.**

Capítulo 3:

Mujeres en la dictadura

**Investigadoras: Mg. Nayen Pavez, Dra. Cory Duarte y Jessica Acuña.
Con investigadoras/res: Javiera Fernández,
Lian Abarca, Lisett Vega,
Martín Rojas, Catalina Moll y Edinson Rojas.**

Marianela Pinto Fernández, primera presidenta electa

El año 1983, en el marco de las protestas nacionales, los movimientos feministas mostraron su capacidad de aportar, con el MEMCH '83³¹, Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena. En la región, Udema, la Unión de Mujeres de Atacama nacida al alero de la Iglesia católica, alzaba la voz y activó diversas acciones de resistencia.

En 1984 la joven estudiante Gloria Stockle fue víctima del femicidio perpetrado por militares y civiles en el Casino de Oficiales del Ejército, y Guillermo Vargas fue ejecutado extrajudicialmente en la Universidad de Atacama, mientras cientos de estudiantes fueron golpeados, detenidos y sometidos a tratos vejatorios tras el ingreso de los militares a la Universidad de Atacama.

Los estudiantes, además, habían trabajado por tener centros de estudiantes electos democráticamente y constituir la FEUDA, que los agrupaba a todos, en una actividad que en la época era de total resistencia.

Estos movimientos feministas no alcanzaban a traspasar las murallas de la casa de estudios pública, ya que desde el golpe de Estado hasta alrededor de 1987 los líderes, los que asumieron la tarea de dirigentes estudiantiles, eran todos hombres. Romper esta barrera era una tarea también democratizadora, que por primera vez se propuso superar un grupo de estudiantes desde la Facultad de Humanidades con la lista encabezada por Marianela Pinto Fernández.

Ella ingresó a la universidad en 1985, proveniente de una comuna populosa de Santiago, sabía muy bien lo que significaba vivir bajo una dictadura militar. En esa época, las juventudes políticas de izquierda eran el espacio donde los estudiantes se agrupaban para resistir a la dictadura y promover la organización y el movimiento estudiantil. Las

³¹ Julieta Kirkwood Bañados 1936-1985 y los saberes feministas - Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile.

juventudes comunistas y socialistas contaban con mayores adherentes y cierta popularidad combatida con la demonización constante que la dictadura promovía a través de todos sus canales, televisión incluida.

Una dirigente estudiantil

Por Mariana Pinto Fernández

Yo ingresé a estudiar el año 85. El 84 fue cuando entraron los militares a la universidad y mataron a Guillermo Vargas. El ambiente estaba absolutamente convulsionado, porque esa situación marcó fuertemente al movimiento estudiantil. Tú podías ver en el economato y el techado los orificios que quedaron de las balas. Había un sentimiento de injusticia profundo. Mis compañeros y compañeras contaban lo difícil que había sido estar en la U ese día, el miedo que les generó, esta era una forma de hacer que los movimientos retrocedieran y dejaran de actuar. Pero si bien el miedo estaba presente, el movimiento no se paralizó, más bien se fortaleció con la necesidad urgente de exigir justicia. Sus relatos me impactaron profundamente.

El movimiento estudiantil en esa época se organizaba en torno a las juventudes políticas. Recuerdo que se acercó primero un joven de la Democracia Cristiana, luego uno de la JS y también un comunista, quienes me invitaban a formar parte de sus organizaciones políticas. Durante el primer semestre de ingreso a la universidad yo viví en una pensión cercana a la universidad, y el segundo semestre, demostrando un buen rendimiento académico, ingresé al internado femenino que dependía de la universidad, ubicado cerca del Parque Schneider. Ya en el internado, me di cuenta de que en general las residentes no participaban activamente del movimiento. En mi caso, venía con una clara postura política en contra de la dictadura, y con

una participación activa desde los catorce años, edad en la que, por primera vez, en una protesta en Santiago me golpearon fuertemente las denominadas fuerzas policiales del orden público. En aquel tiempo no militaba, pero sí participaba en los movimientos de resistencia ciudadana, por lo que, al entrar a la universidad, busqué un lugar desde donde actuar.

Todos los dirigentes eran hombres en esa época.

Según algunas compañeras en la Facultad de Humanidades en años anteriores, la carrera de Pedagogía tenía su propia directiva con dirigentes hombres, y la carrera de Educación Parvularia, por su parte, contaba con un grupo de dirigentas mujeres, carreras a las que ingresaban mayoritariamente mujeres, a diferencia de las ingenierías, en donde el dominio era masculino, claramente se reflejaban los sesgos de género en la elección de las carreras, y por lo mismo la representación femenina en las dirigencias era mínima. Durante el tiempo que estuve en la universidad los presidentes de la FEUDA siempre fueron hombres, como Leo Cataldo, Marco Ortega y Hugo Aguirre.

La FEUDA era el lugar de encuentro y organización del estudiantado, y ahí participábamos un grupo importante de mujeres militantes y no militantes de las juventudes políticas, recuerdo a Leticia, Cecilia, Jaqueline, Ximena, Mimi, Gloria, Patty, Liliana, Maritza, grandes mujeres luchadoras y comprometidas. Desde ese lugar se organizaban las movilizaciones, acciones de resistencia contra la dictadura, intervenciones culturales, acciones sociales con la comunidad, ollas comunes, paros, marchas, huelgas de hambre, y también este era un espacio de permanente reflexión y diálogo del estudiantado respecto del acontecer político, del país en el que queríamos vivir, de la importancia de nuestra participación en los procesos sociales, de la defensa de los derechos humanos, de la calidad y gratuidad de la

educación, del ingreso a las universidades, de las condiciones y permanencia del estudiantado en las instituciones de educación superior, entre otros temas.

No era fácil participar porque permanentemente se estaba reprimiendo cualquier acción del estudiantado. De hecho, en más de una oportunidad, el rector de la época autorizó el ingreso de las fuerzas policiales a la U, quienes nos reprimían duramente. También en ese entonces hacíamos trabajo político en el internado para sumar a más compañeras al movimiento, lo que no era fácil, porque en el reglamento interno había una cláusula que nos prohibía participar en cualquier actividad de carácter político, lo que generaba mucho temor en las estudiantes residentes, pero poco a poco se sumaban e iban enfrentando sus miedos. En el año 87, me ofrecieron ir en una lista junto a militantes de las juventudes socialistas para liderar el Centro de estudiantes de la Facultad, conformada por las carreras de Educación Básica y Educación Parvularia, lista compuesta exclusivamente por mujeres (Cecilia, Mimí, Gloria y yo). Ganamos las elecciones y me transformé en la presidenta del Centro de estudiantes de la Facultad de Humanidades y Educación.

En una oportunidad con mi amigo Marco Ortega, expresidente de la FEUDA, haciendo un ejercicio de memoria, y analizando el petitorio del movimiento estudiantil liderado por Camila Vallejos, nos dimos cuenta de que algunas de las demandas seguían siendo las mismas, y que al centro siempre se encontraba la demanda por una educación gratuita y de calidad. Creo que la diferencia mayor fue con las tomas feministas, que visibilizaron temáticas que en nuestros tiempos no se tocaban, como las violencias de género que vivían las estudiantes y diversidades sexuales, o si se abordaban era en espacios más restringidos.

Otros temas sí los visibilizamos en los 80, como, por ejemplo, la necesidad de que en la universidad se instalara una sala cuna que

acogiera a los hijos e hijas del estudiantado, porque muchas de nuestras compañeras abandonaban la carrera al quedar embarazadas, ya que no tenían quien se hiciera cargo del cuidado mientras ellas estudiaban. Para mis compañeras con hijos o hijas era muy complejo estudiar, porque en general eran ellas quienes se hacían cargo, y en algunos casos con el apoyo de sus madres, y los papás de esas niñas permanecían ausentes sin ningún problema para continuar con sus estudios, además de no existir flexibilidad por parte de la universidad en estos casos. Aun cuando lo pusimos con fuerza, no nos daban respuesta, había otros temas que el movimiento consideraba más relevantes por el momento político en el que estábamos inmersos. Quienes teníamos una posición política centrábamos nuestras resistencias en aportar a derrocar la dictadura, y a defender nuestros derechos como estudiantes en un sistema estudiantil muy dictatorial. En mi camino como dirigente estuve detenida en tres oportunidades, la primera en una marcha, la segunda por participar en una acción de resistencia a la dictadura, y la tercera porque tres estudiantes de la U, dos mujeres y un hombre, nos encadenamos en los pilares de la catedral de Copiapó para exigir la liberación de ocho de nuestros compañeros que se encontraban encarcelados, entre ellos los dirigentes de la FEUDA. Esta última acción significó mi expulsión del internado femenino por no respetar la cláusula del reglamento interno que nos “prohibía participar en cualquier actividad política” no considerando mi buen rendimiento académico. Esta era otra forma de represión e intimidación hacia los estudiantes.

De estas detenciones, lo que más recuerdo es el acoso sexual que se ejercía contra mi persona, y el que me apuntaran con un arma en la cabeza en la calle San Román. Producto de la expulsión, con dos compañeras arrendamos una casa, lugar que se transformó en un punto de encuentro de un grupo de estudiantes del movimiento

estudiantil, que preparaba todo el material para participar de la campaña del NO.

En mi paso por la universidad tuve la oportunidad de conocer a grandes mujeres que hicieron una contribución fundamental para mantener vivo el movimiento estudiantil, entre ellas Leticia, una mujer fuerte y muy capaz con un gran compromiso y convicción por la defensa de los derechos humanos y la justicia, y a través de ella conocí a su mamá, la “Pola”, una luchadora incansable que hasta el día de hoy se mantiene activa en su organización UDEMA, y a quien fuera uno de mis mayores referentes políticos, Julieta Campusano, para mí una combatiente ejemplar y una gran ser humana.

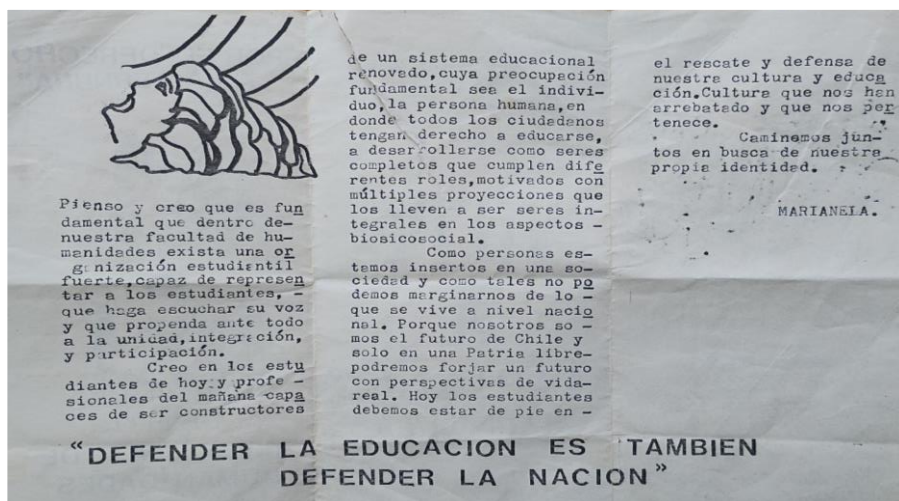
“PORQUE LA DEFENSA DE LA
EDUCACION ES TAMBIEN LA
DEFENSA DE LA NACION”



- CARMEN M. CANALES P.
- MARIANELA M. PINTO F.
- CECILIA M. ARAYA D.
- GLORIA S. AGUILAR S.

¡AL CENTRO DE ALUMNOS DE HUMANIDADES!

Fotografía donada por Marianela Pinto. Lista de mujeres.



Fotografía donada por Marianela Pinto.

Declaración pública de candidata.

Resiliencia y compromiso: una vida dedicada a la educación en Copiapó

Por Celinda Pedraza Pereira

Llegué a Copiapó el 8 de octubre de 1975, desde Santiago, con 36 años y un título reciente de profesora de Estado en educación con especialidad en Currículo, obtenido en la Pontificia Universidad Católica de Santiago. Mi intención inicial era quedarme tres o cuatro años, pero ya han pasado casi cincuenta. Fue un cambio inesperado, pero significó el inicio de una vida llena de retos y aprendizajes.

Recuerdo que Copiapó me pareció un lugar pequeño y diferente. Las calles del centro estaban rodeadas de casas bajas con techos de barro, y hacia los cerros apenas había viviendas. Había espacios rurales, chacras y árboles frutales que hoy han desaparecido, reemplazados por villas y comercios. Llegué a un lugar desconocido, con muchas expectativas y un espíritu abierto a nuevas experiencias.

Mi llegada a la Universidad Técnica del Estado, sede Copiapó, fue en un contexto político complejo. Chile vivía en dictadura, y en las aulas había tensión. Siempre estaba presente la sensación de ser observado, ya que se hablaba de espías entre los estudiantes, y los profesores debíamos ser muy cuidadosos con nuestras palabras, al expresar nuestras ideas. Todo lo que decíamos podía malinterpretarse, y hasta nuestros libros y oficinas eran revisados. Incluso, sabíamos que las salas de clase muchas veces tenían estudiantes infiltrados que reportaban cualquier comentario que pudiera ser considerado una amenaza al régimen. Esta situación generaba un ambiente de desconfianza que complicaba nuestras interacciones.

Al principio, cuando llegué a la universidad, sentí la desconfianza de mis colegas. Era difícil integrarme por ser de Santiago; muchos se preguntaban quién era y qué pensaba. Sin embargo, una familia copiapina me recibió con los brazos abiertos, y viví con ellos durante mi primer año. Gracias a ellos, encontré un entorno acogedor que me ayudó a adaptarme. También comencé a hacer amigos, sobre todo entre quienes, como yo, habían llegado desde fuera de la región. Amigos que conservo hasta el día de hoy.

En la universidad, me asignaron un pequeño cuarto como oficina, donde comencé a dar clases. Mis estudiantes eran una mezcla de personas adultas, muchas ya casadas y con familias, que buscaban obtener el título que les permitiera formalizar su experiencia como docentes. Había gran diversidad y compromiso en el estudiantado; los recuerdo como personas respetuosas y con un gran deseo de aprender. Muchos de ellos ya eran profesores en ejercicio que necesitaban un título para regularizar su situación, y algunos de esos estudiantes luego se convirtieron en directores de colegios y liceos en la región.

La universidad pasaba por cambios profundos. En 1976, la Universidad del Norte fue absorbida, y se creó el Instituto de Educación Superior, que más tarde se transformaría en la Universidad de Atacama. Participé activamente en la creación de nuevos planes y programas de estudio. Fue un periodo desafiante, pero también gratificante. Junto con mis colegas, trabajé en actualizar y mejorar las carreras, así como en ampliar la infraestructura educativa. Recuerdo que teníamos que ajustar los planes constantemente para adaptarnos a las nuevas realidades y al crecimiento de la ciudad, que comenzaba a expandirse significativamente.

Uno de los episodios más impactantes que viví fue en 1984, cuando Carabineros irrumpió en la universidad. La violencia marcó aquel día, que terminó con la muerte de Guillermo Vargas, un estudiante. Nos dejaron a todos en el patio, sin respeto alguno, mientras otros estudiantes huían hacia los cerros. Tras ese evento, junto con otros profesores, organizamos la recolección de alimentos para los estudiantes que no tenían cómo regresar a sus hogares. Fue un momento difícil, pero también demostró nuestra capacidad de unirnos y apoyarnos mutuamente. Durante ese periodo, también vi cómo los estudiantes intentaban resistir de manera silenciosa, a través de tomas y protestas, a pesar del peligro que eso representaba. Ser mujer en una universidad predominantemente masculina y machista no fue fácil. A menudo enfrenté comentarios y actitudes despectivas, pero nunca permití que eso me detuviera. Con esfuerzo, logré ser directora de departamento y ocupar espacios de liderazgo. Como madre soltera, también rompí con los estigmas de la época, demostrando que podía criar a mi hija, trabajar y destacar profesionalmente. Me enfrenté a prejuicios tanto en lo profesional como en lo personal, pero siempre defendí mi lugar y mis derechos. También observé cómo muchas colegas tenían que lidiar con condicionamientos impuestos por sus parejas o el entorno.

Dentro de este contexto, también conocí a mujeres referentes que dejaron una huella importante. Gabriela Fernández, psicóloga educacional, fue una de ellas. Era una luchadora incansable dentro de la universidad, alguien que no temía imponer sus ideas y defender a estudiantes, incluso en un periodo tan adverso como la dictadura. Aunque no todas compartíamos la misma visión o formas de actuar, siempre admiré su valentía y compromiso. También recuerdo a hombres como Luis Cabello y Enrique Lillo, quienes desde sus roles buscaron crear espacios más democráticos y justos dentro de la universidad.

En cuanto a las organizaciones de mujeres, debo decir que no conocí grupos exclusivamente femeninos en Copiapó. Sin embargo, creé un grupo masónico mixto, donde mujeres y hombres trabajamos juntos en diversos proyectos. Fue una iniciativa que lideré con entusiasmo, y que me permitió compartir con otras mujeres comprometidas y con ideas afines. Aunque no llegué a participar en iniciativas exclusivamente lideradas por mujeres, este grupo fue un espacio significativo para mí, donde el trabajo colectivo generó grandes aprendizajes y logros. Para mí, el foco siempre estuvo en mi trabajo y en aportar desde mi espacio profesional.

Con el tiempo, vi cómo Copiapó se transformaba. La ciudad creció, se modernizó, y también cambió el papel de las mujeres en la sociedad. Vi cómo nuevas carreras como Educación Parvularia, Pedagogía en Inglés y Educación Física comenzaron a emerger en la universidad, ampliando las oportunidades educativas. También recuerdo el impacto de la introducción de la computación en la formación profesional, algo que al principio fue complicado, pero que representó un avance crucial.

Cuando miro hacia atrás, me siento orgullosa de haber contribuido al desarrollo educativo de la región. Hoy, a mis 86 años, reflexiono sobre mi vida con gratitud y satisfacción. Mi historia es un testimonio de

resistencia, compromiso y amor por la educación, y espero que inspire a las nuevas generaciones a seguir adelante con valentía y determinación.

Entre la esperanza y el miedo: memorias de una estudiante

Por Marly Allende Tenhamm

Me llamo Marly, y aunque mi historia comenzó en Santiago, una parte fundamental de mi vida transcurrió en Copiapó, un lugar que, en los años setenta, era completamente distinto a la ciudad que es hoy. Cuando llegué, en 1971, para estudiar Ingeniería en Minas, encontré un pueblo árido, con pocas plazas y sin edificios altos. Era un sitio rudimentario, pero acogedor, donde los y las estudiantes éramos bien recibidos por la comunidad. Sin embargo, en el año 1973, mi vida dio un giro irreversible.

Mi paso por la universidad estuvo marcado por la rutina académica y la vida estudiantil. Pasábamos casi todo el día allí: almorzábamos, estudiábamos en grupo y, en las noches, cuando se acercaban las pruebas, nos reuníamos en la casa de algún amigo. La vida giraba en torno a la universidad y la plaza de Copiapó. Recuerdo que, en las tardes, la gente se paseaba dando vueltas alrededor de la plaza, en vista que era el mayor entretenimiento de la época. La plaza era el lugar de encuentro y reunión de toda la comunidad. Allí se hablaba de todo, especialmente de política, un tema que dominaba cualquier conversación. La universidad era un microcosmos donde todo estaba influenciado por los movimientos políticos de la época. La discusión era constante, las diferencias ideológicas se hacían sentir en cada aula, y la tensión crecía a medida que avanzaba el año 73.

Desde el liceo había estado involucrada en la política y al llegar a la universidad, ese interés se intensificó. Todo en la universidad giraba en torno a la política: las amistades, las discusiones y hasta la manera

en que nos relacionábamos. En Copiapó, la militancia de izquierda era fuerte, probablemente por la influencia del mundo minero. Yo misma milité en el MIR, y al hacerlo me encontraba llena de idealismo y con la convicción de que podíamos cambiar el mundo. Pero la realidad fue dura, y el costo que pagamos fue altísimo. Lo que en un principio eran debates apasionados sobre el futuro del país, pronto se convirtió en temor, en persecución y en un ambiente en el que cada palabra debía ser medida. Había agresiones constantes de palabras y físicas de todos los bandos políticos, el ambiente estaba muy tenso y con constantes paros y huelgas.

El ambiente universitario en 1973 se tornó cada vez más conflictivo. Había muchas discusiones y enfrentamientos políticos. En julio de ese año tuve que regresar a Santiago debido a problemas de salud, y cuando ocurrió el golpe de Estado el 11 de septiembre, yo ya no estaba en Copiapó. Pero eso no significó que estuviera a salvo. Mi marido fue ejecutado por la Caravana de la Muerte y mi vida cambió para siempre. Todos mis amigos y compañeros que fueron ejecutados la mayoría están desaparecidos, no quedó nadie de los que eran mis más cercanos, y jamás pude recuperar lo poco que tenía, ya que donde vivía fue allanado. Lo que habíamos construido con tanto esfuerzo y convicción se desmoronó en cuestión de días.

Después del golpe, la universidad canceló mi matrícula y nunca más pude terminar la carrera. No recibí documentación alguna que acreditara mis estudios, por lo que continuar en otra institución era imposible. Perdí mi derecho a la educación sin siquiera recibir una explicación. Durante mucho tiempo, ni siquiera pensé en pedir mis papeles. Simplemente, todo se había esfumado. La universidad había cambiado y la represión se instaló en cada rincón. Los espacios de diálogo y debate que alguna vez fueron el alma de nuestra vida universitaria se convirtieron en lugares de miedo y desconfianza.

La dictadura marcó mi vida en formas que apenas puedo describir. En 1975, tras pasar un año en Argentina buscando estabilidad, volví a Chile y tuve que aprender a vivir en silencio. En esos años, no se podía hablar de política ni mencionar lo que había ocurrido. Nos acostumbramos al toque de queda, a la censura y al miedo constante. Encontrar trabajo fue difícil, pero poco a poco logré estabilizarme y seguir adelante. El país entero se transformó en un lugar donde el silencio era la única manera de sobrevivir. Aprendí a callar, a no compartir mis pensamientos con nadie en quien no tuviera absoluta confianza, y a cargar con una tristeza que nunca terminó de irse.

Mirando atrás, me doy cuenta de lo difícil que fue ser mujer en aquellos años. En la universidad, éramos una minoría. En mi carrera, había cerca de 110 hombres y solo cinco mujeres. Nos enfrentábamos a burlas, acoso y comentarios despectivos, no solo de los compañeros, sino también de los profesores. No querían que estuviéramos ahí. Nos decían que nuestro lugar era otro, que nos dedicáramos a cuidar niños. Lo que hoy llamaríamos *bullying* y machismo extremo, en ese entonces era visto como algo normal. Nos hacían sentir que no pertenecíamos, que nuestro esfuerzo no valía la pena, y que, en el fondo, estudiar Ingeniería era solo una pérdida de tiempo para nosotras. Pero nosotras resistimos, apoyándonos entre las pocas que éramos y demostrando que podíamos con todo.

Pese a las dificultades, las pocas mujeres que estábamos en la universidad nos apoyábamos mutuamente. No teníamos muchas referentes femeninas, ni siquiera profesoras mujeres. El único rostro femenino cercano era el de una señora que trabajaba en la enfermería. El machismo estaba presente en cada aspecto de la vida universitaria. Nos costaba el doble que a los hombres ser tomadas en serio y teníamos que demostrar constantemente que merecíamos estar allí.

Copiapó, en aquellos años, tenía un fuerte sentido de comunidad. Las mujeres, en particular, eran solidarias, trabajadoras y luchadoras. Pero las diferencias con Santiago eran evidentes. La vida en la capital era más dura y politizada. En mi caso, después del golpe, la única opción era sobrevivir, criar a mi hijo y reconstruir mi vida en silencio. A más de cincuenta años de esos tiempos, me impacta ver cómo algunas cosas han cambiado y otras siguen igual. Me sorprendió saber que en la universidad aún se realizan paros por acoso, que las mujeres siguen siendo minoría en carreras como la mía y que el machismo, aunque disfrazado de bromas, sigue presente. Pensar que después de todo este tiempo seguimos peleando las mismas batallas es desalentador.

Hoy, miro atrás con una mezcla de orgullo y tristeza. Perdí mucho, pero también aprendí a resistir. Y aunque mi activismo político terminó con la dictadura, siempre llevaré conmigo la convicción de que la lucha por la justicia y la igualdad no se puede detener. La memoria de quienes fueron silenciados debe mantenerse viva, porque su historia también es la nuestra.

Desde el corazón de Atacama: relato de vida en dictadura

Por Ruth Vega Donoso.

Mi nombre es Ruth Vega Donoso. Nací hace 73 años y he vivido la mayor parte de mi vida en Copiapó, una tierra que me acogió desde los once años y que marcó profundamente mi historia personal y política. En un país donde la democracia fue abruptamente interrumpida por la dictadura militar, mi vida se vio transformada para siempre.

En 1974 fui exonerada, pero gracias a la fe y al compromiso de quienes aún creían en la justicia y en la educación, encontré un lugar en el Liceo Católico de Atacama. Allí me recibieron pese a los múltiples obstáculos que implicaba haber sido perseguida política y militante activa del Partido Socialista. Desde muy joven participé en la dirigencia estudiantil de la Escuela Normal, fui dirigente de profesores y colaboradora comprometida en distintas organizaciones sociales. Durante los años oscuros de la dictadura, tuve la oportunidad de estudiar un postítulo de orientación educacional en la universidad, justo cuando por primera vez se abría la posibilidad para que personas fuera del sistema universitario pudieran acceder a una carrera. Compartí ese proceso con grandes docentes y compañeros que admiré profundamente: Leonello Vincenti, Pedro Pérez, Jaime Sierra y Alfonso Gamboa. A varios de ellos la dictadura les arrebató la vida de forma brutal. Desde entonces, mi compromiso fue preservar sus memorias y asegurar que sus nombres fueran recordados en todos los rincones de este país.

Fui cercana a don Fernando Ariztía, un hombre sabio y generoso, que también me protegió durante momentos críticos. Estuve con él en la Universidad de Atacama cuando fue asesinado el estudiante Guillermo Vargas. Esa escena, como tantas otras de represión e injusticia, permanece grabada en mi memoria.

Durante la dictadura, mi rol como profesora y orientadora educacional no fue solo académico. Fui directora del Liceo Jorge Alessandri en Tierra Amarilla hasta hace muy poco. Pero más allá de mi cargo, asumí la responsabilidad de cuidar, guiar y proteger a quienes eran víctimas de la represión. Participé en la organización de la AGECH, nos reuníamos clandestinamente con otros docentes, buscando mantener vivas las redes de resistencia. Luego, junto a otras siete mujeres valientes, fundamos UDEMA, con el respaldo de la Iglesia. Desde ahí organizamos actos, protestas y acciones silenciosas pero poderosas que mantuvieron viva la esperanza en Copiapó y en toda la Región de Atacama.

Desde mis años de juventud en Copiapó, la dictadura dejó marcas imborrables en mi vida y en la de mi familia. El día del golpe, el 11 de septiembre de 1973, era paradójicamente el Día del Profesor. Íbamos rumbo a una celebración cuando nos enteramos de lo ocurrido. Como militante socialista, sabía que debía actuar. Me dirigí de inmediato a la Fundación de Paipote, donde vivíamos, siguiendo el principio de acudir a las industrias y cordones laborales ante una crisis. Pero la represión llegó antes.

Mi padre fue arrestado al amanecer, encañonado y acusado de fabricar armas. Él era mecánico y dirigente sindical. Ante su detención, junto a mis hermanas, movilizamos a los trabajadores y organizamos un paro, un acto de valentía en plena dictadura. Logramos liberarlo la primera vez, pero luego volvió a ser detenido. Me enfrenté sola a la autoridad militar, pidiendo explicaciones. Gracias a un fiscal civil, que quizás fue un instrumento de Dios, logramos su libertad definitiva tras comprobar la verdad.

A pesar de los riesgos, nunca dejamos de actuar. Ayudamos a encontrar desaparecidos, a apoyar a detenidos, a resguardar a compañeros perseguidos. En Copiapó se vivieron muchas acciones heroicas. La AGECH fue una red de docentes que operó en la

clandestinidad, organizando encuentros, veladas y reuniones en una sede prestada por jubilados. Más adelante, nació UDEMA: siete mujeres resistiendo con el amparo de la Iglesia. Hicimos obras de teatro, marchas silenciosas vestidas de negro, actos simbólicos.

Muchos pensaban que yo estaba protegida por la Iglesia. Era cierto. Enseñaba en el Liceo Católico y el Sagrado Corazón, donde las monjas y sacerdotes me respaldaban. Recuerdo que, en más de una ocasión, los carabineros tenían órdenes de no detenerme, pero sí a quienes me acompañaban. A mis compañeras les pegaban, mientras yo sufría por no poder evitarlo. Y al llegar a sus casas, sus propios esposos (algunos sin saber que participaban en UDEMA) no las apoyaban. La violencia en dictadura se vivía también.

Enfrentamos la represión con organización, con creatividad, con sororidad. No teníamos armas; nuestra fuerza era la unión. Promovimos boicots económicos, protestas simbólicas, panfletos que distribuíamos a escondidas. Las mujeres fueron clave: madres, profesoras, pobladoras, estudiantes. Las recuerdo valientes, muchas con bebés en brazos, asistiendo a reuniones o marchando por la dignidad. La dictadura era brutal, pero nuestra convicción era más fuerte.

Ese fue el espíritu que nos llevó a organizarnos por elecciones libres. Nos preparamos con redes de apoderados, enlaces jóvenes en bicicleta y centros de cómputo clandestinos. Las primeras máquinas fax llegaron a Chile en esa época, traídas por el exilio. Con ellas, se consolidó una red de vigilancia electoral que garantizó la transparencia del plebiscito. Y así, le ganamos al dictador con lápiz y papel.

Las mujeres anónimas de Atacama, las de Pedro León Gallo, Tierra Amarilla, Diego de Almagro, Vallenar, todas jugaron un papel histórico. A veces perseguidas, muchas veces ignoradas, pero siempre valientes. Sin ellas, no estaríamos en democracia.

La vida cotidiana durante la dictadura era dura, llena de miedo, pero también de coraje. A pesar de la represión constante, las mujeres nos encontrábamos en supermercados o plazas para pasar mensajes rápidamente. Todo debía hacerse con precaución. Aquí en Atacama, la represión fue especialmente violenta. El general Arellano vino con su Caravana de la Muerte, dejando cicatrices imborrables en nuestra región.

El intendente de la época, Oscar Haag, quedó devastado tras presenciar lo que hicieron con nuestros compañeros. Dijo que no era un asesino y renunció, siendo trasladado a Santiago. Fue él quien, al ver el paro que organizamos en la fundición, pidió a los trabajadores que volvieran al trabajo, con lágrimas en los ojos. Fue un momento profundamente humano.

En medio de todo, la red de mujeres no dejó de moverse. En la universidad también nos organizamos. Como orientadora educacional, veía cómo los estudiantes eran golpeados por fuerzas represivas. Muchos profesores apoyaban en silencio, otros lo hacían activamente. Hubo una época en que ser profesor o estudiante significaba estar en riesgo constante. Aun así, logramos proteger a varios jóvenes. Las dueñas de pensiones también jugaban un papel crucial, cuidando y resguardando a los universitarios perseguidos.

Recuerdo que cuando mi esposo fue detenido junto a otros dirigentes jóvenes, mi vida se llenó de dolor. Durante días viví con el corazón en un hilo, sin saber si lo volvería a ver. Estuvo preso, acusado injustamente de participar en operaciones subversivas. Muchas veces los militares usaban estas acusaciones para amedrentar. Afortunadamente, y gracias a ciertas gestiones, él fue el único del grupo que no fue exiliado.

Mi experiencia laboral también fue golpeada por la persecución. Me enviaron a trabajar al interior, embarazada, con mínimas condiciones. En una ocasión, cuando intenté reclamar, una autoridad del gobierno

me mostró una carta que decía que yo era "mirista y activa". Me dijo que renunciara, que estaba en peligro, y que él también lo estaba por ayudarme. Gracias a Dios, nuevamente encontré refugio en el Liceo del Sagrado Corazón y en el Católico, donde las monjas y sacerdotes me protegieron.

Desde ahí organizamos múltiples actividades en defensa de la democracia. Armamos la Asamblea de la Civilidad, impulsamos el boicot a negocios prodictadura, organizamos protestas, distribuimos volantes. Siempre por medios pacíficos, pero con una convicción inquebrantable. La mayoría de estas acciones fueron impulsadas por mujeres, muchas jefas de hogar, muchas solas, pero siempre firmes. En Atacama, las mujeres llevaron adelante la resistencia. Nos unimos con compañeras de Vallenar, Diego de Almagro, Chañaral. Había una red silenciosa, pero efectiva. Algunas de nosotras trabajamos codo a codo con mujeres que ahora son figuras reconocidas. Pero la mayoría son anónimas. Mujeres que se arriesgaron por sus hijos, por sus vecinos, por sus estudiantes. Mujeres que luchaban contra la dictadura política, pero también contra la dictadura dentro de sus propios hogares.

Eso fue lo que nos enseñó la dictadura: que la democracia no solo se conquista en las urnas, sino también en la casa, en las calles, en la dignidad del día a día.

Mi vínculo con la Universidad de Atacama fue profundo y transformador. Estudié durante cuatro años la carrera de Orientación Educacional, en un contexto aún marcado por la dictadura. Fuimos alrededor de treinta estudiantes, y la universidad se convirtió en un espacio de aprendizaje y también de resistencia. Aunque había persecución, muchos estudiantes no sabían de nuestras actividades paralelas. Sin embargo, siempre hubo una relación de apoyo mutuo con quienes sí estaban conscientes de la lucha por la democracia.

La universidad fue un foco de vigilancia para la dictadura. Los estudiantes eran vistos como jóvenes revolucionarios, especialmente en una región tan politizada como Atacama. Aun así, algunos profesores jugaron un papel importante. Héctor Montiel, por ejemplo, fue un académico socialista que colaboró con acciones políticas y pedagógicas para enfrentar el régimen. Otros profesores también apoyaron desde la discreción, arriesgando mucho.

A nivel institucional, la universidad tardó en abrirse. En un principio, todo se manejaba internamente, sin incluir profesionales externos. Esta situación comenzó a cambiar con Mario Maturana, designado rector en dictadura, pero que dio un giro aperturista a la universidad. Gracias a él, la universidad se vinculó más con el entorno y se empezaron a crear nuevas carreras, entre ellas la de Orientación.

Tuve la suerte de ser parte de la junta directiva en democracia, cuando la universidad atravesó momentos críticos. La institución estuvo cerca de cerrar, pero con el apoyo del ministro Arellano y otras figuras claves, conseguimos recursos mediante una figura legal especial. También trabajamos con empresarios locales para sostener a la universidad. Junto a Manuel Guerra y Edwin Holvet, logramos mantenerla en pie, consolidando su rol como motor de desarrollo regional.

La universidad no solo nos formaba académicamente, sino también socialmente. Recuerdo con gratitud a la profesora Gabriela Fernández, psicóloga y una mujer clave en nuestra formación como orientadores. Su compromiso con la democracia, su claridad y valentía marcaron nuestras vidas. Ella, junto a otras docentes y trabajadoras de la universidad, ayudaron a muchas mujeres a mantenerse en los estudios, a pesar de las duras condiciones laborales y familiares. Gracias a esta formación, no solo adquirí herramientas para mi trabajo profesional, sino también para apoyar a otros durante la dictadura. Desde mi rol como orientadora y profesora, me convertí en una figura

de confianza, incluso para quienes no sabían mi historia completa. Muchos militares asistían a mis charlas en el Liceo Católico sin saber que yo era parte de la resistencia. Me protegían, sin saberlo, por el respeto que sentían hacia mi labor educativa.

Así, entre aulas, reuniones clandestinas, protestas y ternura, la universidad se convirtió en un espacio de refugio y resistencia. La educación fue nuestra trinchera, y desde allí, junto a tantas mujeres y hombres valientes, contribuimos a recuperar la democracia.

Durante aquellos años de dictadura, las mujeres no solo resistíamos desde las aulas o las calles, sino también desde el corazón mismo de nuestros hogares. La maternidad era una tarea colosal. Con escasos recursos, muchas veces sin pareja, y con el temor constante de la represión, sacar adelante a una familia era un acto de heroísmo cotidiano.

Muchas mujeres eran jefas de hogar. En esta región, donde abundan los trabajos de la minería, las mujeres tenían que asumir la responsabilidad total del hogar cuando sus parejas estaban lejos o ausentes. Las abuelas también jugaron un rol esencial, haciéndose cargo de los niños mientras las madres trabajaban. Algunas incluso bajaban a la mina, permaneciendo fuera de casa de lunes a viernes. Otras vendían, tejían, hacían lo que podían para mantener a sus hijos. La solidaridad entre mujeres era una red de apoyo fundamental. Nos cuidábamos entre nosotras, nos organizábamos para protegernos y sacar adelante a nuestras familias. Recuerdo cómo en varias ocasiones, mujeres que no podían asistir a una acción mandaban a sus propios hijos. Chicos de ocho, diez años, cargando tarros de pintura, queriendo participar. Su entusiasmo era conmovedor, pero también nos hizo reflexionar sobre los riesgos. A partir de eso, decidimos no exponerlos más, aunque su entrega nos dejó una enseñanza imborrable.

La violencia también estaba presente, aunque invisible. Muchas vivían en matrimonios donde el abuso era cotidiano, pero el miedo económico y la falta de redes impedía denunciar. La separación no era opción para muchas, y la violencia se callaba. No existían las leyes ni las herramientas de hoy. La violencia de género era parte de una dictadura doméstica tan brutal como la del país.

Con el tiempo, y ya en democracia, las cosas comenzaron a cambiar. Fui testigo del nacimiento de programas como Mujeres Jefas de Hogar, donde por primera vez se coordinaban ministerios para apoyar integralmente a las mujeres. Allí conocí a tantas de las que antes habían luchado en silencio. Mujeres que, por primera vez, accedían a una educación, a una atención dental, a un trabajo digno. Porque durante la dictadura, ellas se postergaban por completo por sus hijos e hijas.

La universidad también jugó un rol importante en esto. Muchas de las estudiantes mujeres, tanto antes como después de la dictadura, eran las primeras en sus familias en llegar a la educación superior. Recuerdo con orgullo a la primera ingeniera de Chile, titulada aquí en la Universidad de Atacama: una mujer brillante y valiente, de quien fui profesora.

Hoy, al mirar atrás, veo cuánto hemos avanzado, pero también cuánto debemos seguir luchando. Aún existen desigualdades, aún hay violencia. Pero gracias a las mujeres de Atacama, las visibles y las invisibles, tenemos una democracia que ellas ayudaron a construir con sus manos, sus cuerpos y sus corazones.

Con el paso del tiempo, fui testigo de cómo muchas de las mujeres que lucharon con nosotras comenzaron a desaparecer de la vida pública. Algunas fallecieron, otras volvieron al espacio privado, pensando que su tarea estaba cumplida. Pero su legado sigue vivo en cada rincón de nuestra región.

Personas como Teresa Ortila, Luzmira Toledo, Amanda Miranda, y tantas otras, dejaron una huella imborrable. Sus nombres quizás no estén en los libros de historia, pero fueron pilares de la democracia en Atacama. Mujeres que organizaron protestas, que protegieron a los estudiantes, que mantuvieron viva la esperanza cuando todo parecía perdido.

En la universidad, muchas mujeres siguieron siendo fundamentales. No fue fácil abrirse paso en un entorno tradicionalmente masculino y minero. Pero lo logramos. Fuimos generosas, valientes, decididas. Apoyamos a nuestras compañeras, motivamos a nuestras estudiantes, y nos mantuvimos firmes, incluso cuando nadie nos miraba.

Hoy, la Universidad de Atacama es lo que es gracias a ese esfuerzo colectivo. Gracias a las mujeres que se atrevieron a estudiar, a enseñar, a organizar, a resistir. Gracias a profesoras como Gabriela Fernández, a las primeras ingenieras, a las trabajadoras administrativas, a las estudiantes comprometidas. La universidad ha sido un espacio de transformación social, y debemos seguir defendiéndola.

A pesar de todo lo vivido, no guardo rencor. Siento orgullo. Orgullo de haber sido parte de una generación que luchó con dignidad. Orgullo de haber creído en la educación como herramienta de cambio. Orgullo de las mujeres de mi región.

Y hoy, cuando miro hacia el futuro, sé que debemos seguir luchando. Porque aún hay violencia, aún hay desigualdad. Pero también hay esperanza. Mientras existan mujeres valientes, decididas y generosas, como las que conocí, como las que hoy siguen resistiendo desde sus propios espacios, habrá siempre una posibilidad de construir un país más justo.

Gracias por permitirme contar mi historia. Esta es también la historia de muchas otras. De las que hablaron y de las que guardaron silencio.

De las que aún están, y de las que ya no. A todas ellas, mi respeto, mi cariño y mi eterno agradecimiento.

Mi vida en Copiapó: memoria, lucha y dignidad

Por Angélica Palleras Norambuena.

Mi nombre es Angélica Palleras Norambuena. Nací en Santiago, pero la vida me llevó a Copiapó en 1965, cuando apenas tenía once años. Mi familia buscaba mejores oportunidades, y Copiapó, con su historia minera y su identidad obrera, nos recibió como propios. Era una ciudad muy distinta a la de hoy: un pueblo de trabajadores pobres pero dignos, un lugar donde la conciencia de clase se respiraba en el aire, donde los estudiantes y mineros marchaban juntos por un Chile mejor.

Desde muy joven, observé la vida de los mineros, su sacrificio diario, su pobreza digna, su valor frente a la adversidad. Mi padre tenía un negocio de comidas en el mercado, y desde allí conocimos a muchos trabajadores que luchaban por mantener a sus familias. Copiapó era una ciudad viva, donde la cultura popular florecía espontáneamente: había teatro en las poblaciones, música, discotecas, cines enormes donde llegaban las últimas películas del mundo. El ambiente cultural era efervescente, producto del esfuerzo comunitario y no de proyectos estatales.

A los dieciséis años ingresé a la Universidad Técnica del Estado (UTE), a la Escuela de Minas. Eran pocas las mujeres en esas carreras duras, pensadas exclusivamente para hombres, pero eso no me detuvo. Junto a otras dos o tres mujeres, nos abrimos paso en un mundo de varones. Sufrimos discriminación, pero también respeto, porque éramos buenas estudiantes. Aunque sabíamos que al egresar sería difícil ejercer en una mina subterránea, nuestro objetivo era mayor: abrir caminos para las futuras generaciones.

El año 1970 fue especial. El mundo hervía en rebeldía: la guerra de Vietnam, el mayo francés, la revolución cubana, los movimientos de liberación en África y América Latina. Nosotros no podíamos ser indiferentes. Chile se jugaba su destino en las elecciones y la posibilidad real de un Gobierno popular con Salvador Allende al mando.

En la UTE, me propusieron ser candidata a "reina mechona". Para una joven consciente de la liberación femenina, aquella tradición era un insulto. Sin embargo, decidimos resignificarlo: me presenté como candidata de la Unidad Popular Estudiantil (UP), y convertimos esa campaña en un acto político. Mi carro alegórico fue antiimperialista, decorado con las imágenes de América Latina resistiendo, escoltada por "guerrilleros" simbólicos. Ganamos. Fue una pequeña victoria, pero también una declaración de principios.

Mi compromiso se profundizó. Me integré al Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER) y luego al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Entendíamos que la vía institucional tenía enemigos poderosos y que debíamos prepararnos para defender los cambios sociales que tanto ansiábamos. Formábamos parte activa de los trabajos voluntarios que nos llevaban a las poblaciones, a campamentos mineros, donde organizábamos desde actividades culturales hasta campañas de alfabetización y salud.

En medio de toda esa entrega, conocí a mi esposo. Ambos estudiantes, ambos militantes, ambos llenos de sueños. Nos casamos en 1972, con apenas dieciocho años, bajo el amparo de una beca matrimonial estudiantil. Yo asistía a clases con mi embarazo visible, orgullosa de luchar no solo por nuestro presente, sino también por el futuro de nuestros hijos.

El golpe militar de septiembre de 1973 fue un mazazo brutal. Mi hermano, Adolfo Palleras, también militante del MIR, fue detenido y ejecutado por la Caravana de la Muerte. La represión fue inmediata y

despiadada. Yo debí entrar en clandestinidad: cambié mi apariencia, oculté mi historia, llevé a mi hijo pequeño en brazos como escudo frente a la mirada militarizada. Perdí mi leche materna debido al estrés y a la separación forzada. En el Registro Civil me prohibieron inscribir a mi hijo con el nombre "Camilo", por estar vetado por la dictadura.

Volví clandestinamente a Copiapó en noviembre de 1973, buscando respuestas, buscando a mis compañeros. Lo que encontré fue un pueblo amordazado por el terror. La ciudad alegre que había conocido era ahora un lugar de miradas esquivas y calles vacías. Supe que muchos de mis amigos estaban muertos. Supe que el miedo había calado hondo, pero también que la resistencia, aunque silenciosa, seguía viva.

Durante los años de dictadura, la vida en clandestinidad fue dura. Había que moverse con cautela, confiar en redes invisibles de solidaridad. Cada encuentro, cada ayuda, cada gesto de humanidad era un acto de coraje. Apoyé a las organizaciones de derechos humanos, colaboré en la búsqueda de antecedentes de los detenidos y desaparecidos, puse una querrela contra los asesinos de mi hermano en 1985, cuando aún era peligroso siquiera nombrar a los criminales. La querrela fue emblemática, apoyada por la Iglesia y realizada con la ayuda de abogados comprometidos.

La universidad también vivió su propia resistencia. Aunque la dictadura intentó neutralizar cambiando su nombre a Universidad de Atacama (UDA) y reprimiendo cualquier brote crítico, los estudiantes siguieron organizándose. Los plenos estudiantiles eran espacios de discusión seria y profunda, donde se definían estrategias de movilización y solidaridad. A pesar de la militarización, dentro y fuera de la universidad el espíritu crítico sobrevivía. Resistíamos también en pequeños actos cotidianos: una reunión clandestina, un afiche pegado de noche, un panfleto escondido.

En los años 60 y principios de los 70, como mujeres, nuestra presencia en la universidad era un acto doblemente revolucionario. No solo luchábamos por nuestros derechos como estudiantes, sino también contra una cultura que nos negaba el acceso al mundo laboral en igualdad de condiciones. Queríamos estudiar, queríamos trabajar, ser parte activa de la construcción de un Chile nuevo. Luchábamos también contra los estereotipos que nos querían recluir en la vida doméstica.

Durante la dictadura, Copiapó, a pesar del miedo, nunca se rindió. Las poblaciones pobres, los mineros, las y los estudiantes, los comerciantes humildes: todos sostenían la resistencia, muchas veces de manera anónima. Cada 17 de octubre, en plena dictadura, marchábamos en silencio hacia el cementerio, recordando a nuestros muertos. Sin banderas, sin pancartas, solo con la dignidad intacta. Era una acción organizada de manera espontánea, que el régimen no logró detener.

Hoy, cuando observo el Chile actual, siento un dolor profundo. Muchas de las heridas siguen abiertas. La criminalización de la protesta, la desigualdad social, la entrega de nuestras riquezas naturales a intereses extranjeros, la violencia y la pobreza, son ecos de problemas que nunca se resolvieron de raíz. La migración masiva y descontrolada ha traído nuevos desafíos, pero también ha sido usada para desarticular las luchas populares y aumentar la explotación. La delincuencia, el despojo económico y la desinformación mediática perpetúan una sensación de inseguridad que recuerda tiempos pasados.

Por eso escribo mis memorias. Para que no se olvide. Para que las nuevas generaciones sepan que hubo un Copiapó que luchó, que hubo hombres y mujeres que no aceptaron vivir de rodillas. Porque recordar no es quedarse en el pasado: es construir futuro. Cada testimonio, cada historia contada, es una semilla de resistencia.

Mi vida ha sido una larga caminata entre el dolor y la esperanza. Y mientras tenga fuerza, seguiré afirmando que la memoria es resistencia, y la dignidad, un deber irrenunciable. Jamás claudicaré en la defensa de nuestra historia. Porque quienes murieron por un Chile mejor merecen ser honrados. Y porque, pese a todo, sigo creyendo que un país más justo, libre y solidario es posible.

El valor de la memoria: una historia de amor y resistencia

Por Ingrid Aguad Manríquez.

Mi nombre es Ingrid Aguad, y hoy, al alzar mi voz, no hablo solo por mí: hablo por tantos y tantas que quedaron en el camino, por quienes nunca pudieron contar su historia, y por quienes aprendimos a sobrevivir amando la vida, aún en medio del dolor.

Mi vida cambió para siempre cuando era apenas una niña de cuatro años. La dictadura irrumpió en mi historia de la forma más cruel: ejecutaron a mi padre. El dolor de su ausencia marcó cada uno de mis pasos posteriores. Mi madre, joven y llena de coraje, tomó a sus hijas pequeñas y huyó hacia Copiapó, buscando un refugio que le permitiera sobrevivir y rehacer la vida. Allí, entre el calor del desierto y la bondad de unos pocos familiares, intentamos recomponer nuestras vidas fracturadas.

Mi infancia estuvo teñida de ausencias, pero también de ejemplos de dignidad inquebrantable. Crecí viendo a mi madre convertirse en una defensora incansable de los derechos humanos. Ella, como tantas mujeres de su tiempo, tuvo que asumir la crianza, el sustento y la lucha, todo a la vez. No había tiempo para lamentar: había que seguir adelante, resistir para honrar la memoria de quienes nos habían sido arrebatados.

Durante mi adolescencia en Santiago, el miedo era parte de la vida cotidiana. Vivíamos allanamientos violentos, veíamos vecinos

desaparecer sin dejar rastro, conocíamos la mirada triste de las madres en busca de sus hijos. Era un tiempo donde cada día se vivía como una batalla silenciosa entre la dignidad y el horror.

Cuando decidí volver a Copiapó para estudiar en la Universidad de Atacama, llevaba conmigo todas esas cicatrices invisibles, pero también una profunda convicción: debía construir una vida digna y ser parte de un futuro mejor. Así, en 1988, llegué con dieciocho años recién cumplidos, llena de sueños y de miedos que aún me acompañaban como una sombra.

La universidad era pequeña, austera, pero llena de vida. Sus salas de madera, su techo que cobijaba nuestras reuniones, sus laboratorios donde aprendíamos y soñábamos... eran más que un espacio físico: eran un refugio para nuestra esperanza. Allí, elegí un camino difícil: estudiar Ingeniería en Metalurgia, un campo donde las mujeres éramos contadas con los dedos de una mano. Pero no me amedrentaba; la vida ya me había enseñado que la única forma de honrar a los que amamos es caminando con dignidad, aunque el sendero sea cuesta arriba.

La dictadura aún imponía su brutalidad. Recuerdo como si fuera ayer aquella protesta donde la represión cayó sobre nosotros con toda su violencia. La imagen de los carabineros entrando a la universidad como si fuéramos enemigos de guerra, el humo de las bombas lacrimógenas cegando nuestras miradas, el terror en los rostros jóvenes. A mí me arrastraron del cabello, me empujaron a un bus de detención, me ordenaron no ver, no oír, no hablar. Era la única mujer allí dentro. Mis compañeros, muchos de ellos pisoteados en el suelo del bus, me enseñaron en ese dolor compartido que la solidaridad era nuestra única defensa ante el abuso.

Ese día no terminó con mi liberación: terminó con una herida más profunda en mi alma, una herida que me acompañaría como una bandera invisible durante toda mi vida.

Pero la represión no logró su objetivo. No nos quebraron. Nos hicieron más fuertes. Desde aquellos años oscuros, he llevado conmigo un compromiso inquebrantable: mantener viva la memoria, luchar por la dignidad, no permitir que el olvido borre el sacrificio de tantos.

Con el correr de los años, fuimos testigos del renacer de la democracia. Fue como un amanecer tímido tras una larga noche. No fue fácil: había miedo, desconfianza, heridas abiertas. Pero también había una convicción férrea: nunca más permitiremos que el miedo gobernara nuestras vidas.

Las mujeres que vivieron la dictadura no fueron simplemente víctimas: fueron constructoras de futuro. Asumieron el dolor, se criaron solas, buscaron incansablemente a sus seres queridos desaparecidos, sostuvieron la vida cuando todo alrededor parecía llamarnos a la desesperanza. Ellas —mi madre, mis tías, mis compañeras— me enseñaron el verdadero significado del valor.

No puedo comparar esa época con la actualidad. Hoy, pese a las dificultades, vivimos en democracia. Hoy los jóvenes pueden protestar, pueden disentir, pueden soñar. Nosotros soñábamos también, pero lo hacíamos a escondidas, sabiendo que un susurro podía costarnos la vida.

Vivir bajo dictadura era vivir entre la vida y la muerte todos los días. La mujer de aquellos tiempos no podía permitirse el lujo de la fragilidad: debía ser fortaleza pura, debía ser escudo para sus hijos, debía ser refugio en medio de la tempestad.

Cuando miro a las generaciones actuales, siento orgullo. Siento esperanza. Pero también la responsabilidad de recordarles que la libertad no es gratis. Que el derecho a expresarse, a estudiar, a vivir en paz, se pagó con la sangre y el dolor de miles de familias como la mía.

Hoy, mi vida es un canto de memoria y de amor por la verdad. Sigo trabajando, junto a otros hijos e hijas de ejecutados y detenidos

desaparecidos, en mantener viva la llama de la memoria. No como un ejercicio de dolor, sino como un acto de amor. Porque recordar es honrar. Recordar es construir un futuro donde nunca más el miedo, el odio o la indiferencia tengan cabida.

La vida me enseñó que la dignidad no se negocia. Que la verdad, aunque duela, es el único camino hacia la libertad. Que la esperanza, aun en el abismo, es una semilla invencible.

Por eso, cuando hoy levanto mi voz, no lo hago con amargura. Lo hago con la alegría serena de quien sabe que resistir valió la pena. Que, a pesar de todo, elegimos vivir. Y que cada paso que damos hacia adelante es una victoria de la memoria sobre el olvido, de la dignidad sobre el miedo, de la vida sobre la muerte.

Mi nombre es Ingrid Aguad. Y mientras quede aliento en mí, seguiré diciendo: nunca más. Nunca más el odio, nunca más la injusticia, nunca más el olvido.

Porque recordar es vivir.

Y vivir es resistir.

Capítulo 4:

Ruta de la memoria: los hechos de 1984

Investigadora Sara Arenas.

**Coinvestigadoras/es: Loreto Oyarzún, Paulina Campos,
Sofía Bown, Pablo Millones y Vicente Cruz.**

El paro nacional en rechazo a la Ley General de Universidades

Durante la dictadura, en el año 1982, la primera universidad que logró democratizarse fue la Universidad de Atacama, y en paralelo, la Universidad Católica del Norte y la Universidad de Antofagasta. Es por eso por lo que el rol de esta casa de estudios fue gravitante en el movimiento estudiantil de la época. El año 1984, durante un encuentro de la CONFECH (Confederación de Federaciones de Estudiantes de Chile) realizado en la Universidad de la Frontera de Temuco, se decidió realizar un paro nacional los días 4 y 5 de septiembre en rechazo a la Ley General de Universidades y a la Ley de Financiamiento. Las peticiones eran tres: terminar con la designación de los rectores delegados, eliminar la Ley de Financiamiento Universitario y terminar con la Ley General de Universidades³². A nivel nacional, diversas organizaciones sociales, gremiales y políticas se sumaron a la jornada de protesta contra la dictadura.

Para concretar el llamado de la CONFECH a nivel regional, la Federación de Estudiantes de la época convocó a una asamblea para consultar a las bases su apoyo, y con más de un 90% el estudiantado decidió sumarse a esta movilización. La adhesión a las movilizaciones se comenzó a preparar con semanas de anticipación. “Por mi parte, me asignaron la tarea de organizar alguna actividad deportiva, con el objetivo de que los universitarios que se sumarán al paro permanecieran dentro del campus y no se dispersaran a sus casas, pues lo fundamental era mantener la unión”³³.

Los preparativos incluyeron actividades previas como hacer sonar las cucharas mientras se almorzaba en el casino, marchar dentro de la universidad, recorriendo desde el área sur al área norte, lecturas de discursos en los patios, etc. Todo con el ánimo de sumar más personas

³² Luis Acuña, Copiapó, año 2024.

³³ Alfonso Gamboa, Copiapó, año 2024.

a la gran jornada de protesta. Según diversos entrevistados, todas las acciones de preparación al paro nacional iban cobrando fuerza, y el punto culminante ocurrió el viernes 31 de agosto, cuando se realizó una marcha masiva dentro de la casa de estudios. “Recuerdo que esa marcha interna se realizó de día, algo que marcó un cambio, ya que antes las manifestaciones solían ser nocturnas. Terminó en la casa central, en el acceso principal. Colocamos los lienzos que habíamos preparado y decía “Fin de la dictadura”. Mientras estábamos ahí, apareció el gobernador, un militar retirado, y se bajó de su vehículo. Se acercó y, con tono amenazante, nos dijo que sacáramos eso y que lo íbamos a lamentar. Ese momento quedó muy marcado en mi memoria como parte del contexto de las protestas de esos días”³⁴.

³⁴ Luis Acuña, Copiapó, año 2024.

Copiap6,3 de Septiembre,1984.

Estudiantes Académicos y Funcionarios de la Universidad de Atacama

La Federación de Estudiantes de la Universidad de Atacama se hace un deber en comunicar a Uds. lo siguiente:

En el Consultivo Nacional de Federaciones y Centro de Alumnos realizado a fines de Julio en Valdivia con participación de todas las Federaciones elegidas democráticamente se acordó llamar a un Paro Nacional Universitario para los días 4,5,6 y 7 de Septiembre.

Propuesto este Paro al Consejo de Delegados de nuestra Federación se acuerda asumirlo y rápidamente se empieza a obtener una excelente respuesta de las bases en apoyo al paro.

Las razones para ir a este Paro y resumiendo un amplio petitorio son básicamente:

Derogación de la ley General de Universidades y derogación de la ley de Financiamiento Universitario.

Nuestra Federación en su proposición a las bases a puesto especial acento en la demanda de derogar la Ley de Financiamiento Universitario porque pensamos que la crisis económica por lo que atraviesa nuestra Casa de Estudios, nos impide crecer y cumplir satisfactoriamente con algunas funciones que le son básicas.

Estamos convencidos que un movimiento estudiantil unido, resuelto y combativo es fundamental para terminar con los males que hoy tienen en penumbra a nuestra Casas de Estudios Superiores, pero necesitamos que los demás estamentos que lo componen asuman también esta obligación moral que como hombres de Universidad les compete.

Sabemos las dificultades que tienen para poder expresar y más aún manifestar su protesta, pero confiamos que así como en días recién pasados solidarizaron con los estudiantes con problemas de beca de alimentación, hoy en un desafío mayor se sumarán a esta paralización de actividades cooperando desde vuestra perspectiva con esta jornada y facilitando el desarrollo de la misma.

El carácter que hemos dado a esta paralización no encierra una protesta contra las autoridades locales Universitarias sino que por el contrario estamos concientes que la Dirección de nuestra Universidad ha mantenido una posición crítica a estas leyes pero lamentablemente sin resultados efectivos hasta la fecha.

Todos tenemos una responsabilidad con la Universidad y no podemos cludirla con posiciones ambiguas o temerosas.

Nuestra lucha está sustentada en la razón lo que nos dá la fuerza para exigir la derogación de estas leyes y poder llegar a esa Universidad que anhelamos: Democrática, participativa, eficiente realmente al servicio de la sociedad y comprometida con nuestro pueblo.

FEDERACION DE ESTUDIANTES, UNIVERSIDAD DE ATACAMA.



Fotografía donada por Gabriel Indey. Informativo a estudiantes, académicos y funcionarios de la Universidad de Atacama, 3 de septiembre de 1984.

Antes del paro, la Federación de Estudiantes se reunió con el rector para presentar petitorios e informar lo sucedido con el gobernador regional. Recuerda el dirigente³⁵, secretario general de la Federación, que durante la conversación, Vicente Rodríguez Bull les advirtió lo peligroso que eran los militares y les relató los sucesos ocurridos en la universidad durante el golpe militar, con la muerte de docentes y estudiantes. Este encuentro caló significativamente en Acuña y le hizo reflexionar sobre los procesos de democratización que, aunque llenos de falencias y problemas, comenzaba a surgir un quiebre entre los rectores civiles, quienes mostraban una visión más democrática en contraste con los rectores delegados. Aunque ambos formaban parte de la dictadura, se percibía una diferencia entre quienes buscaban abrir espacios para la democratización y quienes mantenían una postura más rígida, reflejando las tensiones internas del poder.

Para el día 4 de septiembre, los estudiantes decidieron salir de las murallas de la universidad y reunirse en la plaza de Copiapó, un lugar frecuentado por jóvenes como centro de encuentro y de incipiente protesta. La represión policial fue inmediata y violenta, dejando a varios estudiantes heridos. “Nos reunimos al sonido de un pito, y nos congregamos en el kiosco de la plaza. Entre gritos y consignas, de repente, aparecieron los llamados ‘gurkas’, civiles armados. A mí me golpearon con una manopla, dejándome con una hinchazón severa. Sin embargo, el caso más grave fue el de un estudiante de la Escuela Tecnológica conocido como el Huaso Torres o Huaso Chico, a quien le dieron un golpe en la cabeza con un tablón lleno de clavos. Tuvimos que llevarlo de urgencia al hospital”³⁶.

En esta misma línea, los estudiantes recuerdan que la noche anterior, hubo un caos tremendo en la plaza, una encerrona. “Muchos amigos terminaron muy mal. Según lo que se contaba es que los militares

³⁵ Luis Acuña, Copiapó, año 2024.

³⁶ Luis Acuña, Copiapó, año 2024.

sacaron a varios jóvenes, pelados como nosotros, como mechones, les pusieron ropa de color y los colocaron en medio de la plaza a gritar “¡y va a caer!”. Cuando los universitarios creyeron que eran compañeros, se acercaron a unirse al grito y entonces aparecieron militares de todos lados y comenzaron a golpear a todos sin piedad. Conocí a varios de los que sufrieron esas golpizas; les pegaron con palos por todos lados. No hubo detenidos, ni siquiera se molestaron en eso. Su único objetivo parecía ser golpear a todos”³⁷.

Para quienes estaban haciendo el servicio militar la orden era concentrarse en la plaza a las 18:00 horas, “había mucho pelado engrupido, por así decirlo, y andaba con palos, con cosas contundentes (...) Justo una profesora grita ‘mueran los sapos’ y se hace una batahola, una golpeada, yo atiné a separar a los milicos porque la orden era detenerlos y entregarlos a Carabineros. Llegamos al regimiento, estaba Alejandro González Samohod y todos nos felicitaron por la golpiza”³⁸.

Mientras tanto en la UDA, esa misma noche los y las estudiantes estuvieron preparándose para las marchas del día siguiente. En el área sur se organizaban pintando lienzos y preparando pancartas. Jorge Alcaayaga, dirigente estudiantil de Pedagogía, recuerda que “la noche anterior me acuerdo de haber estado en la oficina de la Federación con varios de los compañeros que formaban parte también, que eran de la carrera de Ingeniería, Ingeniería en Minas, tuvimos noticias de que detrás del cerro había tropas militares, que estaban acampadas atrás del cerro”³⁹.

“Aquel día llegué alrededor de las ocho de la mañana, un poco tarde, pero estábamos conscientes de que habría manifestaciones. Fui directo al área sur (...). En ese lugar, varios compañeros estaban

³⁷ Willy Bown, Copiapó, año 2024.

³⁸ Patricio Neira, Copiapó, año 2019. Archivo del Museo de la Memoria.

³⁹ Jorge Alcaayaga, Copiapó, año 2024.

dibujando lienzos. Yo era una de las personas que solían dibujar letras con precisión, ya que trabajaba en el cine haciendo letras de carteleras. En medio de eso, alguien mencionó que había militares apostados en los cerros. Caminé al área norte y había harto movimiento igual que en el área sur, haciendo pancartas, juntándose, reuniones de gente por todos lados⁴⁰.

A las 10:30 se realizó una asamblea en la Federación de Estudiantes. “Se hizo un acto, todo tranquilo, se partió en la mañana con un izamiento de la bandera media alta, dado que en la noche del 4, en la Población de la Victoria de Santiago, había matado al padre André Jarlán”⁴¹. Los y las estudiantes decidieron continuar las manifestaciones dentro del campus y fuera de ella, para marchar por la avenida Copayapu hacia la casa central portando lienzos y pancartas. En esta asamblea se permitió a quienes no querían estar, retirarse. Aunque entrar a la universidad era una dificultad y posiblemente salir también, “el acceso se había vuelto complicado, y ya circulaban rumores de que los estudiantes estaban siendo golpeados y detenidos. Aunque no teníamos certeza de lo que ocurría, la información llegaba a través de personas que se acercaban y compartían lo que sabían”⁴².

Después de la asamblea “dejaron salir a algunos estudiantes de la ETP, que comenzaron a salir por la casa principal y a cruzar la carretera. Una línea de Carabineros estaba apostada en medio de la calle, impidiendo el paso de cualquier persona que no fueran estos estudiantes. En un momento, uno de los estudiantes alzó la mano izquierda mientras saltaba gritando consignas en contra de la dictadura, lo que llevó a un carabinero a tironear para que se apresurara. No está claro si este incidente fue lo que desencadenó el

⁴⁰ Willy Bown, Copiapó, año 2024.

⁴¹ Alfonso Gamboa, Copiapó, 2024.

⁴² Luis Acuña, Copiapó, año 2024.

caos, pero de inmediato comenzaron a lanzar piedras. Como no había suficientes piedras disponibles, muchos se acercaron a los árboles para recoger terrones de tierra, que al ser lanzados se deshacían en el aire. En cuestión de quince a veinte minutos, el lugar quedó cubierto por una nube de polvo, similar a una neblina, pero compuesta únicamente de tierra”⁴³.

Mientras esto ocurría, Carabineros irrumpió lanzando gases lacrimógenos al interior de la universidad. “Ante esta agresión, las personas se refugiaron dentro del campus y respondieron levantando barricadas y lanzando piedras en un intento por defenderse”⁴⁴. Se iniciaron barricadas, las que fueron enfrentadas con bombas lacrimógenas en gran cantidad obligando a los estudiantes a guarecerse dentro de la universidad. En vista de la gravedad de la situación, las personas ya no podían salir por la puerta principal, y muchos buscaron refugio dirigiéndose hacia el área sur.

En la zona donde ahora se encuentra la entrada a los estacionamientos de la biblioteca, como respuesta a lo anterior, ingresó un piquete de Carabineros lanzando gases lacrimógenos “después de unos minutos, los estudiantes decidieron avanzar corriendo hacia esa área, pero justo en ese momento, el piquete ingresó nuevamente con más fuerza. Los estudiantes se agruparon detrás de los portones y comenzaron a cerrarlo, dejando a algunos carabineros atrapados dentro. En medio del caos, algunos carabineros dejaron de disparar para sostener los portones y permitir que sus compañeros salieran, aunque no todos lo lograron. Los estudiantes, entonces, comenzaron a lanzar piedras contra los carabineros que habían quedado atrapados. Al cabo de un tiempo, el piquete regresó

⁴³ Willy Bown, Copiapó, año 2024.

⁴⁴ Alfonso Gamboa, Copiapó, 2024.

para rescatar a sus colegas, intensificando aún más la confrontación”⁴⁵

La situación escaló cuando un estudiante del ETP fue herido por una bala. “En ese instante, mientras corría, me encontré con un estudiante del grado técnico que tenía una herida de bala en el muslo. Lo llevé rápidamente a la enfermería. Allí aún no había llegado el doctor de turno, así que fue atendido por el dentista y la señora Norma, la enfermera de ese tiempo. Le administraron un calmante y algo de medicina para estabilizar”⁴⁶. Según los relatos, mientras sacaban al niño herido, tuvieron que enfrentarse a las fuerzas represivas. Algunos lanzaban piedras mientras otros permanecían en el suelo. Cuando las piedras se agotaban, los que estaban en el suelo se levantaban y retomaban el ataque. Fue un esfuerzo coordinado en medio del caos, que finalmente llevó a las fuerzas represivas a replegarse.

A las 11:00 de la mañana, los estudiantes intentaron marchar por la avenida Copayapu, pero la fuerte represión policial los obligó a replegarse dentro del campus universitario. Cerca de cuatrocientos estudiantes se refugiaron en la universidad y enfrentaron los ataques policiales arrojando piedras. En medio de las escaramuzas, se levantaron barricadas con neumáticos en la avenida Kennedy (actual Copayapu). A pesar de los esfuerzos por organizar columnas para la marcha, los intentos fueron frustrados, y Carabineros respondió con una ofensiva de gases lacrimógenos.

Al mediodía, la situación parecía más calmada y los estudiantes se dispersaron para almorzar. Sin embargo, a las 12:30, las fuerzas militares irrumpieron violentamente en el campus. Los estudiantes se atrincheraron en el casino, pero fueron rápidamente sobrepasados. “Mientras estaba en el casino comiendo algo, de repente entraron las tropas disparando. Nos sacaron a todos y nos llevaron a los jardines

⁴⁵ Willy Bown, Copiapó, año 2024.

⁴⁶ Luis Acuña, Copiapó, año 2024.

detrás del edificio antiguo de la rectoría. Allí nos encontrábamos, junto con los estudiantes del ETP que aún estaban en la UDA⁴⁷”.

“Yo tenía catorce años y estaba en primero medio en el ETP. Recuerdo perfectamente aquella mañana en mi clase de Historia con el profesor Torres, justo cuando la universidad se llenaba de protestas. Los estudiantes se reunían y marchaban, aplaudiendo de forma lenta y espontánea, acompañados de algunos gritos. Sin embargo, la atmósfera cambió abruptamente cuando fue interrumpida por la llegada de las fuerzas policiales. A diferencia del protocolo actual, que insiste en dialogar y respetar las manifestaciones, en ese entonces llegaban disparando lacrimógenas y utilizando balines. Esa experiencia, tan llena de tensión y violencia, marcó profundamente mi memoria”⁴⁸.

“Yo me dirigía caminando hacia el economato, para almorzar algo (...) Justo cuando cruzaba, entró un camión militar en reversa, uno de esos grandes. Abrieron el portón donde entraban los académicos y los militares se lanzaron cuerpo a tierra, disparando de manera descontrolada. Fue un caos; todos corrían en diferentes direcciones. Corrí hacia atrás del gimnasio porque estaba justo en esa línea. Allí encontré a algunos adultos, posiblemente trabajadores de las fundiciones cercanas. Ellos nos decían que no nos mojáramos la cara, que en su lugar usáramos sal o limón. Recuerdo esas recomendaciones, aunque no tenía ni sal ni limón conmigo. Fue un momento muy tenso y desesperado”⁴⁹.

Para quienes forman parte del estudiantado y el cuerpo académico, el momento de ingreso de los militares cambió radicalmente su experiencia de vida. “Recuerdo ese día como si fuera ayer. Estábamos en la sala del segundo piso, en la L, la última allá arriba, y los disparos

⁴⁷ Jorge Alacayaga, Copiapó, año 2024.

⁴⁸ Alejandro Castillo, Copiapó, 2024.

⁴⁹ Willy Bown, Copiapó, año 2024.

se escuchaban por todas partes. Los profesores intentaban calmarnos, diciendo que pronto nos avisarían qué hacer. Mientras tanto, los gritos de los estudiantes, las consignas y los enfrentamientos con los carabineros llenaban el aire (...) El inspector general del ETP, el profesor Forján, irrumpió en la clase. Tenía los ojos rojos, inflamados por el aire contaminado, y llevaba un pañuelo húmedo. Gritaba desesperado: “¡Evacúen, evacúen, evacúen!”. Salimos de la sala y el patio interior estaba cubierto de una neblina blanca. El impacto fue brutal, mucho más fuerte que en otras ocasiones. Apenas podíamos oír, y la violencia era palpable. Los carabineros golpeaban a profesores, incluso al director del ETP y otros funcionarios.

La bajada de la escalera fue un momento angustiante. Estábamos atrapados, chocándonos unos con otros, algunos no podían avanzar y otros se caían, todo mientras los gases lacrimógenos nos envolvían. Los gritos de desesperación y miedo de los estudiantes, muchos de ellos apenas adolescentes de catorce años, eran desgarradores. Bajamos hacia la sala de profesores, donde había una puerta que daba a un edificio prefabricado de madera, que funcionaba como la dirección del ETP. Salimos corriendo por el patio, asustados, mientras los disparos continuaban⁵⁰.

A la universidad entraron treinta oficiales militares que se dividieron en dos grupos (informe pericial de fojas 436). Accedieron al campus junto a Carabineros acompañados de fusiles, perpetrando disparos al aire, a los inmuebles y a los estudiantes. “La situación era tan angustiante que llegó un momento en el que no podía respirar ni caminar con normalidad. Al intentar avanzar, pasé por detrás de una máquina y no tuve más opción que cruzar un puente hacia la mina modelo o el río. La nube de gas era tan intensa que me desorienté y terminé golpeándome contra una de las grandes salas del lugar. En medio de la confusión, lo único que podía hacer era seguir tocando las

⁵⁰ Alejandro Castillo, Copiapó, 2024.

paredes, avanzando a tientas (...). Mientras seguía golpeando las paredes, alguien abrió una puerta y me encontré en una sala que parecía ser un taller”⁵¹.

Aunque las dependencias universitarias nunca fueron tomadas, los estudiantes llevaron a cabo una paralización pacífica, optando inicialmente por no asistir a clases como forma de protesta y marchar dentro de la casa de estudios. Como era habitual, los enfrentamientos comenzaron con la llegada de los carabineros, encargados de contener el movimiento dentro de la universidad. Sin embargo, según Rivera, esto cambió abruptamente. “Me llamó mucho la atención la violencia con que actuaron las fuerzas represivas en esa oportunidad. Era un paro de solidaridad contra la represión en algunas universidades, y se rechazaba fuertemente la figura del rector delegado, que había generado conflictos serios en la Universidad de Concepción y en la Universidad de Santiago⁵²”.

Gamboa, quien previamente había llevado a un estudiante herido a la enfermería, se había retirado al ver ingresar a los militares, pero decidió regresar al lugar. “Decidí regresar a la enfermería, donde seguíamos escuchando las ráfagas de disparos y los gritos. En un punto, una ráfaga rompió todos los vidrios de la enfermería, aumentando la tensión. Nos parapetamos detrás de un muro de aproximadamente un metro que protegía la enfermería. Sin embargo, los militares y Carabineros irrumpieron en el lugar. Agarraron al estudiante herido, lo golpearon y no creyeron que su herida fuera real. Intenté salir, pero me pusieron obstáculos, me golpearon con culatazos y con la bota⁵³”.

Ese mismo día Guillermo Vargas, estudiante de Ingeniería de segundo año, a pesar de las advertencias de su madre, decidió asistir a la

⁵¹ Willy Bown, Copiapó, año 2024.

⁵² Fernando Rivera, Copiapó, año 2024.

⁵³ Alfonso Gamboa, Copiapó, año 2024.

universidad, específicamente a sus clases de laboratorio, ya que eran obligatorias. Se levantó a las once de la mañana y fue a clases. Al llegar, se encontró con el caos dentro de la universidad e intentó esconderse y escapar de esa situación huyendo hacia la cima del cerro junto a su amigo y compañero de estudios Jean Guido Lobos Peralta. En esa fatídica huida, en un momento giró su cabeza para verificar si su amigo Jean lo seguía. Guillermo recibió un disparo en la frente que le provocó la muerte de forma instantánea. Jean Guido Lobos Peralta, en tanto, recibió dos impactos de bala, uno en su espalda y el otro en el glúteo derecho. Las lesiones de ambos afectados fueron causadas por proyectiles de alta velocidad⁵⁴. Las secuelas de esa experiencia traumática para su amigo y testigo de los hechos fueron devastadoras, ya que nunca pudo retomar su vida ni sus estudios. “Ambos eran jóvenes, apenas de veintiún años, corriendo asustados en medio del caos”⁵⁵. Uno de los testigos mencionó que no pudo identificar quién realizó el disparo, ya que al mirar hacia abajo observó a aproximadamente ocho militares y tres carabineros, todos portando sus armas de servicio⁵⁶.

Según el informe del médico que realizó la autopsia y atendió a los heridos, Guillermo fue asesinado con un arma tipo fusil o ametralladora, el mismo tipo de armamento que causó heridas a otros estudiantes. Baltazar Marín García y Humberto Ahumada Robles, quienes corrían cerro arriba a corta distancia de Guillermo y Jean, también resultaron heridos. Debido a la gravedad de sus lesiones, ambos fueron trasladados de emergencia en ambulancias al Hospital de Copiapó. El informe médico del Servicio de Salud, fechado el 13 de septiembre de 1984, detalló que los jóvenes presentaban múltiples incrustaciones de esquirlas en las extremidades inferiores, el tórax y

⁵⁴ Informe pericial de fojas 436.

⁵⁵ Fresia Vargas, Copiapó, año 2024.

⁵⁶ Nota de prensa de Diario Atacama, año 1984.

las fascias, clasificadas como lesiones de mediana gravedad⁵⁷. Paralelamente, el funcionario de la CNI muerto era estudiante de Ingeniería. Estaba matriculado. Por ello, al verlo armado, vestido de estudiante, otro militar lo mató.

En la base del cerro Peinecillo, a una distancia aproximada de 235 metros al norte, también fue herido el teniente de Ejército y jefe de la Central Nacional de Informaciones (CNI) Regional, Julio Briones Rayo, quien vestía de civil y no portaba brazaletes identificatorios (como se le había ordenado por instructivo del intendente), tras recibir un impacto de bala falleció a las 15:00 horas en el Hospital de Copiapó y su cuerpo fue enviado a la capital regional para su entierro⁵⁸.

La hermana de Guillermo, Fresia Vargas, quien era secretaria en el área sur de la universidad, recuerda que las movilizaciones estaban tranquilas durante la mañana y que al mediodía se fue a almorzar y después intentó volver al trabajo, pero no pudo entrar porque se lo impidieron las fuerzas de orden, así que regresó a su casa. Al llegar a su casa en Las Canteras no encontró a nadie, pero empezaron a llegar estudiantes preguntando por su hermano. “Me decían que no lo encontraban en la universidad y que tal vez estaba detenido, ya que había muchas personas heridas y arrestadas. Recordé a una tía que era dama de rojo, la llamé y le pedí que me acompañara al hospital para intentar averiguar si mi hermano estaba allí. Fuimos juntas, pero no logramos entrar. Afuera había estudiantes heridos y otros preguntando por sus compañeros (...) Regresé a casa al llegar, encontré gente afuera, pero nadie me decía nada y finalmente, alguien me dio la noticia: habían matado a Guillermo”⁵⁹.

⁵⁷ Ministro Vicente Hormazábal condena a 15 años y un día de presidio.<https://www.diarioconstitucional.cl/2024/05/14/ministro-vicente-hormazabal-condena-a-15-anos-y-un-dia-de-presidio-y-a-pagar-una-indemnizacion-de-650-000-a-oficiales-de-ejercito-r-por-homicidio-de-estudiantes/>

⁵⁸ Autopsia fojas 93 del sumario individualizado en la letra c.

⁵⁹ Fresia Vargas, Copiapó, año 2024.

La versión oficial rápidamente transmitida por los distintos medios de comunicación afirmaba que los militares actuaron porque desde el recinto universitario se les disparaba con armas de fuego, pero esta información resultó ser completamente falsa. El comunicado oficial de la Intendencia Regional informó que el rector solicitó a la prefectura de Carabineros el ingreso de las fuerzas.

Según recuerda el periodista de la casa de estudios en ese momento, mientras se encontraba con una radio en la universidad, ubicada en el palacete, fue testigo directo de los horrores que se desataron aquel día. Los impactos de bala resonaban por todas partes, el caos se apoderaba de la situación y los locutores, atrapados en medio de la violencia, intentaban transmitir en vivo lo que estaba ocurriendo. Durante ese día, tuvo la oportunidad de hablar con Vicente Rodríguez Bull, el rector designado por la dictadura en la universidad. Aunque era un académico reconocido y alguien a quien la comunidad consideraba una buena persona, su decisión de aceptar aquel cargo lo había dejado bajo sospecha. “Me enfrenté directamente al rector Vicente Rodríguez, le dije: ‘La gente comenta que usted llamó a los militares’. Me respondió categóricamente: ‘Yo no fui’. Entonces, insistí: ‘Dívalo en la radio, aclárelo’. Su respuesta reflejó el nivel de presión bajo el que estaba: ‘No puedo decirlo’, me respondió. Así era la dictadura, una situación extremadamente complicada y opresiva”⁶⁰. Para el dirigente estudiantil de pedagogía no hay excusa: “Tal vez habrían entrado igual, pero qué distinto habría sido, cierto, tener un rector que se hubiese opuesto a ello, a un rector que permitió que ello ocurriera. Esa es toda la diferencia. Los discursos después, posteriores, con el tiempo, con los años, ya no sirven, el hecho es ese”⁶¹. En la misma línea, un académico de la casa de estudios de esa época indica: “Él no debió haberlo permitido (...), pero lo permitió por

⁶⁰ Osman Cortés, Copiapó, año 2024.

⁶¹ Jorge Alacayaga, Copiapó, año 2024.

temor, qué sé yo, por miedo, por presión, es que es algo común, pero permitió la entrada. Es una vergüenza”⁶². Al día siguiente de la muerte de Guillermo, se publicó un comunicado firmado por la mayoría de los docentes, académicos y funcionarios de la universidad. En dicho documento, expresaban su apoyo a la decisión del rector de la época, destacando la importancia de mantener la estabilidad institucional en un contexto de tensión y conflicto.

Cerca de las 14:00 horas del 5 de septiembre, un estudiante llamó al Obispado e informó sobre la situación en la Universidad de Atacama. En una posterior entrevista a don Fernando Ariztía, relató que el día de la muerte de Guillermo Vargas el obispado recibió una llamada desesperada de un estudiante pidiendo ayuda debido a los disparos en la universidad. Rápidamente el prelado se dirigió a la UDA, “encontraron a los militares custodiando la universidad en un ambiente de gran silencio, con todos los estudiantes tendidos en el suelo. Aunque inicialmente se le prohibió la entrada, logró acceder al recinto y encontró el cuerpo de Guillermo junto a cartuchos de dinamita, que claramente eran un montaje para justificar el homicidio⁶³”. El mismo día, “el obispo Ariztía junto al padre Juan Pedro Cegarra hicieron una misa por el alma de Guillermo en el mismo cerro y se opusieron abiertamente al montaje⁶⁴”.

Ya eran las 15:00 horas y los y las estudiantes estaban siendo detenidos y agrupados con las manos en la cabeza en el suelo: “Recuerdo vívidamente cómo nos acostaron boca abajo, ya fuera en el pasto, en el cemento o en cualquier superficie. Nos obligaban a reunirnos y luego hacían entrar a los militares, quienes pasaban

⁶² Fernando Rivera, Copiapó, año 2024.

⁶³ Reportaje del Diario Atacama, 19 de enero de 2001, pág. 7.

⁶⁴ Fresia Vargas, Copiapó, año 2024.

corriendo por encima de nosotros, algo que llamaban ‘alfombrita’ o ‘alfombra⁶⁵’.

Lo que ocurrió fue traumático: “Nos sacaron de la sala formados con las manos en la nuca y mirando al suelo nos llevaron al economato (...) avanzamos hacia la derecha, pasando entre la locomotora y el economato, que estaba lleno de personas tiradas en el piso. Nos empujaban constantemente y tuvimos que caminar por encima de nuestros propios compañeros que estaban tendidos⁶⁶”.

También los trabajadores presentes fueron violentados: “Sacaban también a la gente de la cocina. Recuerdo especialmente a Joelito, uno de los cocineros del economato en aquellos tiempos, cuando la alimentación de los estudiantes funcionaba con una tarjeta de gratuidad. Lo sacaron, y mientras estábamos todos presentes, pretendían que él pasara por encima de nosotros; a pesar de que intentó esquivar la situación, lo empujaron con violencia, causándole un gran dolor. Para nosotros, él era casi como un padre, una persona muy bondadosa que siempre ofrecía un poco más: organizaba colas para aquellos que no podían acceder a su tarjeta de beca y se aseguraba de que todo lo que quedaba se distribuía a quienes lo necesitaban⁶⁷”.

Acuña recuerda que mientras estaba en el suelo y lo pisaban, los militares exigían la presencia del presidente de la Federación, “y de repente, en medio del caos, apareció Cañas, quien era presidente de la Junta Ejecutiva de la universidad. Fue él quien sacó al presidente de la Federación para protegerlo, asegurándose de que no corriera peligro. Personalmente lo buscó, con quien tenía contacto debido a

⁶⁵ Jorge Alacayaga, Copiapó, año 2024.

⁶⁶ Willy Bown, Copiapó, año 2024.

⁶⁷ Jorge Alacayaga, Copiapó, año 2024.

reuniones anteriores con la Junta Ejecutiva y el rector, asegurándose de intervenir para evitar que lo mataran”⁶⁸.

Tras permanecer más de una hora y media en el lugar, fueron llevados a la comisaría de Copiapó, varios de ellos heridos. No todas las personas detenidas fueron trasladadas allí, algunas lograron salir de la UDA porque los familiares se apostaron frente a la universidad exigiendo saber de sus hijos e hijas.

“Nos dijeron que iban a llamar una micro para llevarnos a la comisaría. Sin embargo, del otro lado (por radio) respondieron que era imposible sacarnos porque estaban llenando la puerta principal de gente. Nos apiñaron, nos juntaron todos, y entre amenazas de golpes y culatazos, nos empujaron hacia el portón que estaba abierto. En algún momento, alguien gritó: ‘¡Corran!’, y eso hicimos. Al salir del portón, me encontré con una multitud frente a la universidad, desde el área norte hasta el área sur, llena de gente. Al vernos salir, creo que pensaron que estaban liberando a los universitarios, y la gente comenzó a acercarse. En ese caos, los carabineros intentaban agarrarnos por un lado, mientras la gente nos tiraba hacia ellos por el otro. Fue una tironeada constante entre ambos lados. Desde ahí, caminé hacia Las Heras, chocándome con personas que me preguntaban por otros compañeros: ‘¿Viste a tal niño?’, ‘¿Conoces a tal niño?’, ‘¿Tú saliste? Dime, ¿qué pasa con los niños?’. La verdad es que, entre el caos, apenas podía recordar nombres”⁶⁹.

Alcayaga recuerda que, tras ser detenidos, los llevaron al gimnasio techado de la universidad, para luego sacarlos en microbuses sin informarles su destino. “El miedo era constante, ya que temían ser enviados al regimiento, conocido como ‘tierra de nadie’ debido a los hechos ocurridos allí con la Caravana de la Muerte, donde murió mi

⁶⁸ Luis Acuña, Copiapó, año 2024.

⁶⁹ Willy Bown, Copiapó, año 2024.

padre, quien era docente de la Escuela Normal”⁷⁰. En contraste, deseaban ser trasladados a la comisaría de Carabineros, ubicada en el centro de la ciudad, donde creían estar más seguros. Finalmente, fueron llevados a la comisaría, donde permanecieron hasta cerca de la medianoche, cuando fueron liberados.

Durante la detención, todos fueron golpeados y obligados a permanecer largas horas boca abajo. Además, el acceso al baño era limitado y arbitrario; en ocasiones se otorgaba permiso, pero luego se les negaba, generando más incomodidad y sufrimiento. Al terminar el día, cerca de trescientos estudiantes fueron llevados a la comisaría. “En la comisaría, comenzó a congregarse gente afuera. Nos hacían preguntas sobre personas que habían dejado la universidad hacía tiempo, y poco a poco algunos fueron liberados, mientras la multitud gritaba afuera. Sin embargo, una treintena de nosotros fue trasladada a la cárcel de Copiapó, donde permanecemos alrededor de dos semanas siendo interrogados. Durante ese tiempo, no supimos de la muerte de Guillermo Vargas ni del miembro de la CNI, ni tampoco del funeral de Guillermo Vargas”⁷¹.

⁷⁰ Alfonso Gamboa, Copiapó, año 2024.

⁷¹ Luis Acuña, Copiapó, año 2024.

Entretamiento comenzó a las 11.00 horas :

Dos muertos, 14 heridos y 300 detenidos en 'protesta pacífica'

De muertos, heridos y alrededor de 300 estudiantes detenidos fue el saldo que dejó la "protesta pacífica" en esta ciudad, a raíz de los hechos de violencia que se produjeron en el interior y sectores aledaños de la Universidad de Atacama.

Las víctimas fatales fueron identificadas como Guillermo Cirilo Vargas Gallardo, 21 años y alumno de la carrera de Ingeniería en Matemática, Nivel 302 de la mencionada organización, y el jefe regional de la CNI, teniente (E) Julio Briones Rayo, quienes fallecieron en circunstancias que aún se investigan por parte de la policía local y las autoridades regionales.

Todos estos hechos comenzaron cerca de las 11.00 horas de ayer, luego que grupos aledaños de jóvenes estuvieron recorriendo los campos sur y norte de la Universidad, desde tempranas horas, lanzando consignas y cánticos alusivos al paro estudiantil decretado el pasado martes.

Según se supo a través de declaraciones de los propios estudiantes, a las 10.30 horas los dirigentes estudiantiles llamaron a una reunión a todos los jóvenes, decretando luego una marcha hacia la casa central de la Universidad, saliendo a la avenida Kennedy portando carteles y lienzos con leyendas y consignas contrarias al gobierno e incluso a las autoridades regionales.



Este es el frente de la Universidad, lugar hasta donde se reunieron los alumnos que lanzaron todo tipo de objetos contundentes y consignas a carabineros durante los desórdenes de ayer.

Fotografía donada por Fresia Vargas.

Diario Atacama 6 de septiembre de 1984.

Mientras los estudiantes permanecían detenidos boca abajo en la comisaría, se escucharon fuertes gritos provenientes del exterior. Al principio, pensaron que se trataba de la algarabía de un partido en el antiguo estadio techado que estaba justo al frente. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que los gritos no provenían de un evento deportivo, sino de la multitud que se congregaba fuera de la comisaría, exigiendo con fuerza la liberación de los estudiantes.

De los estudiantes detenidos en el cuartel de Carabineros de O'Higgins, algunos fueron liberados tras un control de identidad. El ministro en visita, don Hernán Álvarez García, llegó al lugar después de las 20:00 horas, seguido por la Comisión de Derechos Humanos de

Atacama, representada por la abogada Mónica Calcuta, quien presentó 41 recursos de amparo en favor de los estudiantes aún detenidos y que pasaron la noche en el cuartel policial. Entre los estudiantes mencionados en el recurso se encontraban Ernesto Baltierra Gómez, Janis Montango, Marcos Ortega, Mauricio Ahumada, José Moyano, Juan Astudillo, Fernando Arias, Guillermo Aria, Julio Brito, Abel Piñones, Hugo Muria, María Salinas, Lucía Vargas, Juan Carlos Bolívar, Manuel Cartagena, Jorge Barahona, Carmen Pizarro, William Arancibia, Jacqueline Araya, Jorge Espinoza, Omar Araya, Luis Acuña, Héctor Contreras, Reynaldo Cantillana, Ricardo Castillo, Vladimir Castro, Jasna Cuellar, Julio Quevedo, Caterin Flores, Samir Abuseart, Hortensia Espinoza, Alex Catalán, Héctor Castaneda, Cintia Paredes, Claudia Araya, Luis Flores, Alfonso Gamboa, Marco Román, Jorge Gutiérrez y Emilio Molina. Según el escrito, se señala que los estudiantes participaban en un paro universitario acordado por el 95% de los estudiantes en forma libre y secreta⁷².

Familiares de los detenidos permanecieron frente a la comisaría hasta la medianoche esperando la liberación de sus seres queridos, quienes en muchos casos estaban incomunicados. Circuló información de que Carabineros sospechaba que alguno de los detenidos poseía el arma utilizada para causar la muerte de un miembro de la CNI. Sin embargo, este hecho fue posteriormente desmentido al confirmarse que el funcionario fue confundido con un estudiante por el Ejército.

Entre los heridos, se destacaron los casos graves de Guido Lobos, quien fue operado de urgencia por una lesión torácica, y Ernesto Aguilera Costa, con heridas en una pierna que requirieron intervención quirúrgica. Otros heridos incluyeron a José Moyano, Luis Tapia, Baltasar María, Óscar Lillo, Humberto Abada, Juan Bustamante, Nicolás Cepeda, Alejandro Latorre, Freddy Delgado, Carlos General,

⁷² Reportaje Diario Atacama, 6 de septiembre de 1984, pág. 6.

Jéssica Córdoba y el teniente carabinero Luis Quintana Troncoso (Diario Atacama, 6 septiembre 1984, pág. 8).

Producto de todo lo ocurrido la Junta Directiva de la Universidad de Atacama adelantó las vacaciones desde el miércoles 5 al sábado 22 de septiembre. Más de un centenar de jóvenes que vivían en los hogares universitarios fueron enviados a distintos puntos del país.

Para muchos estudiantes lo suscitado en la universidad les permitió darse cuenta de la verdadera cara de la dictadura entre violencia, muerte y mentiras. “Esa noche, mientras veía el noticiero 60 Minutos, dijeron que los militares entraron a la Universidad de Atacama porque había armas (...) Lo único que sentí en ese momento fue desesperación, ellos cercaron la universidad por todos lados, sin posibilidad de salir y nadie tenía armas, éramos solo estudiantes. Cuando escuché esa noticia, me invadió una profunda tristeza y lloré mucho. Fue entonces cuando empecé a darme cuenta de cómo se manejaba la desinformación. Fue terrible. Más tarde, esa misma noche, me enteré de la muerte de Guillermo Vargas, a quien conocía a través de una amiga. Esa noticia me dejó devastado. Esa noche fue un despertar para mí; entendí cómo la desinformación podía manipular la percepción de las personas, incluso de aquellas en quienes confiabas”⁷³.

Este mismo extrañamiento impactó a docentes que no estaban en la región por diferentes motivos cuando ocurrieron los hechos. René Maurelia recuerda que, tras recibir una beca para realizar un doctorado en Valparaíso, se trasladó a esa casa de estudios. Mientras estaba allá, escuchó por la radio que fuerzas de Carabineros y militares habían ingresado a la universidad, generando un enfrentamiento en el que murieron dos personas. La noticia lo impactó profundamente, ya que contrastaba con lo que había vivido en su universidad, donde

⁷³ Willy Bown, Copiapó, año 2024.

las manifestaciones estudiantiles eran pacíficas y organizadas, sin violencia ni vandalismo⁷⁴.

Los dirigentes estudiantiles fueron sometidos a sumarios y algunos perdieron beneficios obtenidos anteriormente. Recuerda el dirigente estudiantil que producto de lo mismo, perdió una beca que había conseguido por mérito propio. A pesar de las dificultades, los y las estudiantes contaron con el apoyo de los abogados del Obispado de Copiapó. Pero a pesar de todo lo difícil del momento, algunos valoran el apoyo decidido de sus docentes: “Recuerdo claramente cómo, en momentos de crisis, hubo autoridades que jugaron un papel determinante. No se puede desconocer su rol, y destaco el apoyo invaluable de varios profesores, especialmente de la Facultad de Humanidades. Allí, algunos docentes fueron increíblemente solidarios con los estudiantes, brindándoles respaldo cuando más lo necesitaban (...). La Facultad de Humanidades jugó un papel fundamental, ya que muchos de sus profesores apoyaron activamente a los estudiantes involucrados en esta causa”⁷⁵.

El estudiante Guillermo Rivera, quien era el presidente de la Federación, logró salir de la universidad gracias a la ayuda de profesores y el miembro de la Junta Directiva, quienes lo sacaron y lo llevaron al Obispado. El obispo Artiztía lo refugió durante aproximadamente un mes, dada la grave situación de riesgo que corría su vida. Durante ese tiempo, la PDI acudía cada tres días a la casa de sus padres para preguntar por él. “Durante unas semanas no sabíamos dónde estaba, nos aseguraron que habían protegido a mi hermano en el Obispado, pero no estábamos seguros de esa información; después de diez días se confirmó de forma informal que él seguía bien, aunque nunca recibimos actualizaciones detalladas”⁷⁶.

⁷⁴ René Maurelia, Copiapó, año 2024.

⁷⁵ Jorge Alcayaga, Copiapó, año 2024.

⁷⁶ Fernando Rivera, Copiapó, año 2024.

Copiapó se tiñó de una enorme solidaridad popular, el pueblo se manifestó de manera contundente con los estudiantes. Esa experiencia, llena de miedo, incertidumbre y el apoyo de toda una comunidad, dejó una marca imborrable en cientos de personas. Para Acuña lo sucedido en la Universidad de Atacama el 5 de septiembre no fue un caso aislado, ya que se replicó en todas las universidades del norte. “En 1984 se libró una verdadera cruzada contra el movimiento estudiantil, y en nuestro campus se les pasó la mano de forma desmedida”⁷⁷. Los militares que participaron en el asalto de la universidad se fueron al recinto como a la una de la tarde y llegaron al regimiento cerca de las 19:00 horas. “Llegaron muy nerviosos, con muchos robos, robaron calculadoras, relojes, libros, cuadernos. Me contaban que habían dado orden de pegarles, de disparar, de pisar a los estudiantes en el suelo. Incluso uno de los pelados creía que había matado al CNI”⁷⁸.

Los funerales y la búsqueda de la verdad

El obispo de Copiapó, monseñor Fernando Aristía, encabezó el cortejo fúnebre de Guillermo Vargas Gallardo. La comunidad copiapina, consternada, se volcó a las calles para despedirlo, con más de cinco mil personas y quinientos vehículos. Además, el comercio local cerró sus puertas en señal de respeto y duelo⁷⁹. Al salir de la iglesia, los colectiveros hicieron sonar sus bocinas en solidaridad con aquel padre que también pertenecía al gremio. El obispo y los sacerdotes caminaron con la carroza, rodeada de flores y coronas, mientras que los estudiantes y los miembros de la comunidad acompañaron en

⁷⁷ Luis Acuña, Copiapó, año 2024.

⁷⁸ Patricio Neira, Copiapó, año 2019. Archivo del Museo de la Memoria.

⁷⁹ Reportaje Diario Atacama, 8 de septiembre de 1984.

silencio hasta el cementerio⁸⁰. Un joven que hacía el servicio militar obligatorio recuerda: “El 8 de septiembre nos mandaron al cerro Capi, el de las antenas, para resguardar esa zona, y ahí escuchábamos por la radio Juan Godoy el funeral y los bocinazos despidiendo al estudiante⁸¹”.



Fotografía Diario Atacama, 8 de septiembre de 1984.

⁸⁰ Fresia Vargas, Copiapó, año 2024.

⁸¹ Patricio Neira, Copiapó, año 2019. Archivo del Museo de la Memoria.

- TODO TRANSCURRIO EN UN CLIMA DE PAZ, ARMONIA Y TRANQUILIDAD.
- COMUNIDAD COPIAPINA SE SUMO AL POSTERIOR ADIOS AL ESTUDIANTE DE LA UNIVERSIDAD DE ATACAMA.
- BOCINAS DE TAXIS COLECTIVOS IRRUMPIERON EL SILENCIO CUANDO SALIA EL FERETRO DE LA CATEDRAL, DEMOSTRANDO ASI EL APOYO MORAL AL PADRE DE LA VICTIMA, QUE ES TAXISTA.

Cualquier sitio fue apto para observar y dar el último adiós al estudiante de la Universidad de Atacama, que falleció trágicamente el pasado martes. Sobre los mausoleos se instalaron numerosos jóvenes para rendir el postre homenaje al fallecido.



Su padre y familiares sacaron el féretro de Guillermo Vargas desde el interior de la Catedral, para luego instalarlo en una curia y llevarlo hacia el camposanto.



Fotografía donada por Fresia Vergas. Funerales de Guillermo Vargas.
Diario Atacama, 8 de septiembre de 1984.

Para esclarecer los hechos, la Vicaría de la Solidaridad solicitó la designación de un ministro en visita de la Corte de Apelaciones para determinar las circunstancias de las muertes ocurridas durante las protestas. El abogado penalista y periodista Patricio Hurtado Pereira, integrante de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, asistió al funeral de Guillermo Vargas y expresó que, debido a la gravedad de los hechos, la organización decidió enviar un representante para investigar directamente los antecedentes. Los sucesos conmocionaron a la opinión pública nacional, siendo considerados los más graves después de lo ocurrido en la capital del país. Esta comisión presumía que los agentes hicieron un uso excesivo e innecesario de armas de fuego, considerando que su objetivo era detener a los estudiantes.

Llegó ayer desde Santiago:

Integrante de Comisión Nacional de Derechos Humanos con Fiscal Militar

Una entrevista con el Fiscal Militar, Carlos Eva Tapia, sostuvo ayer el abogado penalista y periodista Patricio Hurtado Perera, quien es integrante de la Comisión Chilena de Derechos Humanos a nivel nacional.

Así lo expresó el propio personero, quien conversó con este medio en el sector de los Tribunales, de Justicia, donde se encontraba conociendo antecedentes acerca de los detenidos por los hechos luctuosos ocurridos el pasado martes en la Universidad de Atacama.

"Soy amigo personal de monseñor Arzúa —dijo Hurtado— y anoche (jueves) conversé telefónicamente con él avisándole que venía para estar presente en los funerales del joven Guillermo Vargas Gallardo y a la vez manifestar el apoyo de la Comisión Nacional de Derechos Humanos al comité formado recientemente en Copiapó".

Añadió que por la gravedad de lo ocurrido, es que dicha organización decidió enviar un miembro de nivel nacional, con el objeto de conocer directamente todos los antecedentes de lo sucedido en la Universidad de Ata-

"Yo además soy periodista, estudié en la Universidad Católica y me desempeño profesionalmente en la revista "Análisis". Allí se informará acerca de estos hechos que realmente conmovieron a la opinión pública de Santiago, ya que fueron los más graves después de lo acontecido en la capital del país. Es necesario esclarecer los hechos y terminar con la desinformación".

Respecto a su conversación con el Fiscal Militar, expresó que éste le había indicado que se estaba llevando a cabo una amplia investigación de los hechos y que existía plena garantía de respeto a los derechos humanos de los actualmente detenidos.

GRAVEDAD

Añadió que existía preocupación en círculos capitalinos y en especial en la Comisión Chilena de Derechos Humanos, respecto a la detención masiva de estudiantes, luego de los hechos violentos acaecidos en la Universidad.

"Es necesario investigar la naturaleza de la investigación masiva de casi 400 estudiantes en la Universidad de Atacama, el se-

Fotografía Diario Atacama, 8 de septiembre de 1984.

Fresia recuerda que como familia enfrentaron un gran sufrimiento. Primero, sintieron la pérdida de su joven hermano y luego, vieron cómo varios de sus familiares perdieron los empleos y vivían bajo constante vigilancia: "Los militares merodeaban nuestra casa. Quizás para asegurarse de que no habláramos, aunque ya conocían la verdad, o tal vez sospechaban que podíamos hacer algo⁸²".

La familia vivía con dolor y miedo, bajo la vigilancia de militares durante varios meses. Por lo mismo, decidieron trasladarse a Calama,

⁸² Fresia Vargas, Copiapó, año 2024.

donde fueron acogidos por una hermana, y permanecieron allí hasta enero de 1985. Aunque nunca allanaron su casa ni recibieron llamadas amenazantes, la tensión era abrumadora.

Respecto a la investigación del caso, la familia de Guillermo Vargas no supo durante años quién disparó la bala que lo mató. El caso fue sobreseído en dos ocasiones por falta de antecedentes, y la única manera de reabrir el proceso sería añadiendo nuevas pruebas. En 2001, don Fernando emitió una declaración contundente contra el general Pinochet, impulsada por el abogado de Derechos Humanos Jesús Gutiérrez y Jimena Vargas, hermana de Guillermo Vargas.



Fotografía donada por Fresia Vergas. Padres exigen justicia.

Diario Atacama, 8 de septiembre de 1988.

Durante años, la familia de Guillermo Vargas luchó por la verdad de los hechos y la justicia. Su madre recuerda con dolor los momentos felices compartidos. Mientras su hermana Jimena por décadas buscó esclarecer los hechos y responsabilizar a los culpables, los estudiantes de la Universidad de Atacama mantuvieron viva su memoria.

JUEVES 6 DE SEPTIEMBRE DE 1990

Crónica

5

Abrirán proceso :

Romería en memoria de estudiante caído en 1984

Una romería en memoria del estudiante de la Universidad de Atacama, Guillermo Vargas Gallardo programó en el día de ayer la Federación de Estudiantes de esa Casa de Estudios Superiores.

El joven fue muerto en confusos incidentes en el interior de la Universidad, el día 5 de septiembre de 1984, mientras se realizaba una ocupación ilegal de esa Casa de Estudios.

Al concurrir la fuerza pública y algunos miembros de seguridad, se produjeron extraños hechos aún no aclarados, resultando muertos en aquella oportunidad el mencionado estudiante y uno de los miembros de las fuerzas civiles que concurre-

ron al recinto.

Los hechos aún no han sido clarificados mediante una exhaustiva investigación, desconociéndose los detalles de los mencionados incidentes y los responsables directos de las muertes.

En días pasados, los estudiantes universitarios, a través de su Federación solicitó al actual rector de la casa de estudios Superiores realizar las gestiones pertinentes para que estos hechos se aclaren por medio de un proceso judicial, el cual conduzca finalmente a identificar a los responsables directos de la muerte de su compañero de estudios.

Al mediodía de ayer, la Federación de Estu-

diantes de la Universidad de Atacama realizó una romería con el objeto de recordar al compañero caído en extrañas circunstancias y exigir, al mismo tiempo en forma pública, las gestiones debidas para reiniciar la investigación de los hechos que conduzcan a la verdad y finalmente a la justicia.

La columna humana se encaminó desde las afueras de la Catedral hasta el camposanto, sin que se produjeran problemas ni desórdenes.

Los estudiantes entonaron diversos cantos y consignas exigiendo el esclarecimiento de la extraña muerte del joven estudiante.



La marcha que se encaminó hasta el Cementerio local, con el objeto de recordar a Guillermo Vargas al cumplirse una año más desde que fuera asesinado en extrañas circunstancias al interior de la Universidad.

Fotografía Diario Atacama, 6 de septiembre de 1990.

PAGINA 2
CRONICA
DIARIO "ATACAMA" JUEVES 27 DE AGOSTO DE 1992

Los dirigentes de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Atacama, informaron ayer que realizarán todas las gestiones pertinentes con el objeto de que se clarifiquen los hechos que costaron la vida a un estudiante y a un efectivo de las Fuerzas Armadas, en el año 1984.

Walter Araya, presidente y Carlos Correa, miembro de la directiva, señalaron que esta federación ve con muy buenos ojos el que en el caso de la estudiante de esta Casa de Estudios Superiores, Gloria Stockle ya exista una encargaría de reo de presuntos culpables por la muerte de la joven.

En tal sentido, recalcaron que públicamente esta federación solicita al abogado que lleva la causa y en general a toda la comunidad, además de todos los que de una u otra forma tienen directa o indirecta responsabilidad en los hechos del día 5 de septiembre de 1984 "cuando fue intervenida militarmente la Universidad de Atacama", para que se entreguen antecedentes que permitan hacer justicia respecto a estos "asesinatos".

Al interior de la Uda, resultaron muertos en, hasta ahora, confusos incidentes Guillermo Vargas, estudiante y un efectivo de civil,

Para conocer la verdad:

FEUDA pide clarificar muertes al interior de Universidad en 1984



Los dirigentes de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Atacama, Walter Araya y Carlos Correa, dieron a conocer la posición de esta agrupación estudiantil, en torno a solicitar y exigir el que se realicen las gestiones necesarias para clarificar los crímenes cometidos en la UDA en el año 1984, ante los incidentes que costaron la vida a un estudiante y a un integrante de las Fuerzas Armadas.

miembro de las Fuerzas Armadas.

GONZALEZ SAMOHOD

La Federación de Estudiantes de la Universidad de Atacama, formuló un espe-

cial llamado al ex Intendente de Atacama y ex comandante del regimiento Nº 23 "Copiapó", Alejandro González Samohod, para que entregue más datos respecto a este caso, ya que según los dirigentes, el caso hoy está en manos de la Justicia Militar

y la causa está sobrecada hasta que surjan nuevos antecedentes.

"Queremos que, quienes entonces detentaba todo el poder y era el responsable de las fuerzas militares, señale quiénes participaron en los hechos y en las acciones al

interior de la Universidad, las cuales podemos calificar de bélicas".

Los estudiantes señalaron también que es preciso que el ex rector de la UDA, Vicente Rodríguez, entregue algunas de las razones del porqué se solicitó la inter-

vención de las fuerzas militares al interior de la Universidad. Los dirigentes recalcan que el propio Rodríguez habría reconocido a la prensa de aquellos años, que personalmente solicitó la intervención por el hecho de que, según argumentó, había desórdenes al interior de la Casa de Estudios Superiores.

FUERZAS ESPECIALES

Finalmente los dirigentes dieron a conocer que el día 5 de septiembre de 1984, cerca de las 11 horas: hubo una manifestación en los patios de la Universidad. Añaden de que al momento en que dicha manifestación se realizaba, la Universidad ya estaba resguardada por militares, Carabineros y fuerzas especiales y agentes de la CNF, los cuales estaban apostados por los cuatro costados del recinto universitario, incluyendo los patios.

Los hechos que allí ocurrieron jamás se han podido esclarecer, sólo se sabe que como resultado de esa acción de violencia resultó muerto un estudiante y un miembro de las fuerzas especiales sin conocerse hasta ahora, quién los mató, precisaron los dirigentes Araya y Correa.

Fotografía Diario Atacama, 2 de septiembre de 1992.



Fotografía donada por Fresia Vargas. Romería por Guillermo Vargas, 2 de septiembre de 1993.



Fotografía Diario Atacama, 2 de septiembre de 1998.



Fotografía Diario Atacama, 3 de septiembre de 1999.

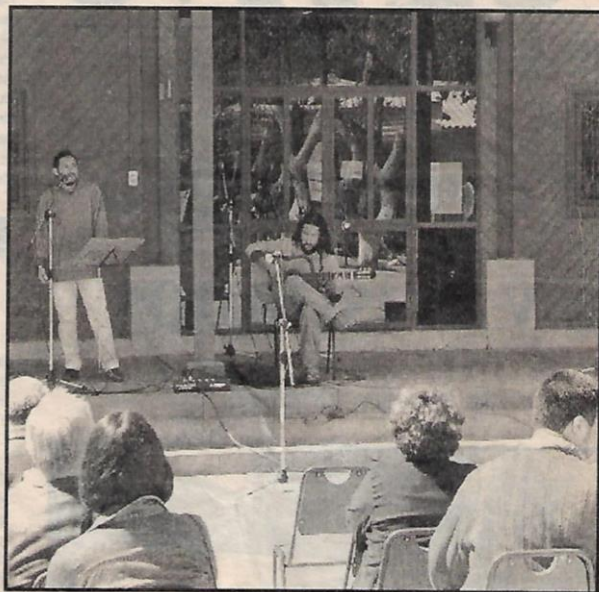
Guillermo Vargas Salas:

“No hemos podido saber quién mató a mi hijo”

Al enterarse que el Juez Juan Guzmán Tapia estaba investigando los hechos de muerte ocurridos en la Universidad de Atacama el 5 de septiembre de 1984, donde resultaron muertos el estudiante Guillermo Vargas Gallardo y el jefe de la CNI Julio Briones Rayo, Guillermo Vargas Salas señaló que era bueno que después de 18 años de ocurridos los sucesos pudiera conocerse el nombre del asesino de su hijo y pagara con la pena respectiva impuesta por la justicia.

“Esperamos que podamos sacar algo en limpio porque hasta la fecha nunca hemos podido saber quién fue el que mató a mi hijo. Los dirigentes de la Federación de Estudiantes dicen que saben el nombre”, señaló.

La familia de Guillermo Vargas, concurrió a un homenaje que se rindió al asesinado en el patio central de la casa de estudios ayer, donde hicieron uso de la palabra Sandra Pastén en nombre de la Federación; Carla Cubillos, representante de las Juventudes Comunistas y un dirigente de la Juventud Rebelde Miguel Enriquez. Los tres jóvenes coincidieron en que el ejemplo de Guillermo Vargas debía servir



Aspecto de la ceremonia realizada en la UDA en homenaje a Guillermo Vargas Gallardo.

para continuar reivindicando la causa universitaria.

INGRESO DE TROPAS

Alrededor del mediodía del 5 de septiembre de 1984 ingresaron tropas armadas del Ejército y Carabineros al área norte de la Universidad de Atacama para sofocar el masivo movimiento estudiantil de protesta contra la dictadura militar de la época.

Los estudiantes universitarios y de la Escuela Técnico Profesio-

nal, que tenía sus instalaciones al interior de la universidad, huyeron hacia diferentes lugares, entre ellos a los cerros que franquean el recinto. Guillermo Vargas fue alcanzado por una bala de un soldado que disparaba hacia los jóvenes que subían la montaña. Al ver que un “estudiante” portaba un arma, otro soldado abatió al teniente Julio Briones, jefe de la Central Nacional de Información, quien estaba matriculado como estu-

diente de ingeniería de la universidad.

Después de 18 años la causa ha quedado en silencio por lo que la información proporcionada por la dirigente Sandra Pastén, en el sentido de que la investigación proseguía teniendo como prueba la presencia hace unos días de personal policial que trabaja con el juez Juan Guzmán, ha hecho renacer en la comunidad y familia, la esperanza que el caso se pueda cerrar con la justicia necesaria.

Recién el año 2019, el ministro Vicente Hormazábal, en la causa rol 1-2017⁸³, procesó a los oficiales retirados del Ejército Claudio Patricio Raggio Daneri y Guillermo Miguel Riveros Rojas como autores del homicidio calificado de Guillermo Vargas y de intentos de homicidio calificado de otros tres estudiantes: Jean Guido Lobos Peralta, Baltazar Marín García y Humberto Javier Ahumada Robles. Además, el auto de procesamiento ordenó la prisión preventiva de ambos oficiales y habilitó lugares de detención específicos, el Regimiento de Policía Militar N° 1 en Santiago y el Regimiento de Infantería N° 23 de Copiapó.

En el aspecto civil, el ministro condenó a Raggio Daneri y Riveros Rojas a pagar una indemnización por concepto de daño moral a la madre y a la hermana de Guillermo Vargas y a las víctimas Jean Guido Lobos Peralta, Humberto Javier Ahumada y Baltasar Alberto Marín García. Frente a una apelación presentada por los militares condenados el 11 de febrero del 2025, se dio a conocer la segunda instancia dictada por el caso de Guillermo.

Confirmando así todas las partes de la sentencia en primera instancia. Cabe recordar que los autores del crimen deberían cumplir una pena efectiva de quince años y un día.

⁸³ González, J (2024). Ministro Vicente Hormazábal condena a 15 años y un día de presidio a oficiales de Ejército (R) por homicidio de estudiantes de la UDA. <https://www.chanarcillo.cl/ministro-vicente-hormazabal-condena-a-15-anos-y-un-dia-de-presidio-a-oficiales-de-ejercito-r-por-homicidio-de-estudiantes-de-la-uda/>

Capítulo 5:

Las diversas formas de violencia del Estado, la solidaridad y las resistencias en la educación superior

Investigador/a: Sara Arenas y Douglas Véliz

**Coinvestigadores/as: Matías Cortés, Rayen Guerra,
Antonia Lara, Loreto Oyarzún, Pablo Millones y Vicente Cruz.**

La represión política puede ser entendida como el uso de la violencia, coerción y restricciones legales o informales para limitar o destruir la oposición política y social, funcionando como una herramienta o estrategia para mantener el orden y evitar contiendas contra la autoridad. Es decir, esta se constituye como un conjunto de actos que se ejercen desde el poder en contra de los ciudadanos de manera intencionada, ejercida de forma directa, apoyada por el Estado, que contiene una sistematicidad y que tiene como objetivo crear un impacto en la población tanto a nivel psicológico como social (Correa, 2009)⁸⁴. Vale destacar, que los mecanismos de represión también se sirven de estrategias de vigilancia y disciplinamiento, como bien lo describiera Michel Foucault⁸⁵ en su extensa obra, haciendo mención a la configuración de procesos de subjetivación y regulación de la vida; o el mismo Antonio Gramsci⁸⁶ en la conceptualización de hegemonía. La represión política ocupa una variedad de formas en su ejecución, algunas tales como: violencia física o directa en contra de los opositores, estigmatización de determinados grupos sociales, uso de mecanismos legales para criminalizar a la disidencia, entre otras. En el caso chileno, la dictadura de Augusto Pinochet ejerció una represión política que se caracterizó por asesinatos, desapariciones de personas y torturas sistemáticas a sectores de la población definidos como enemigos de la sociedad (Lira y Castillo, 1993)⁸⁷, configurando una estructura que conjugó una serie de elementos tanto legales como

⁸⁴ Correa, C. (2009). Represión política y miedo como control social: el “sexenio del cambio”. En J. González, *Balance de los derechos humanos en el “sexenio del cambio”*. Biblioteca Jurídica UNAM.

⁸⁵ Foucault, M. (2008). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI.

⁸⁶ Gramsci, A. (2017). *Odio a los indiferentes*. Ariel 75.

⁸⁷ Lira, E. y Castillo, M (1993). Trauma político y memoria social. *Psicología Política*. (6), 95-116.

ilegales para el robustecimiento de la dictadura cívico-militar que se extendió entre 1973 y 1990 (Seguel, 2020)⁸⁸.

En ocasiones, la represión política provoca reacciones de resistencia debido a que los grupos afectados buscan desafiar la injusticia y recuperar sus derechos arrebatados, al tiempo que les permite reforzar su identidad individual y colectiva. La resistencia puede tomar diversas formas, desde las estrategias de resistencia no violenta hasta otras que promueven la confrontación directa y armada. Una distinción interesante es la que propone Scott⁸⁹⁹⁰, quien distingue entre *resistencia infrapolítica* (formas encubiertas de oposición) y resistencia abierta (*formas explícitas de oposición*), resaltando la dinámica y conexión necesaria que se establece entre ellas en los espacios de conflicto social. Para Scott, la resistencia *infrapolítica* es fundamental para la configuración de la lucha general, particularmente cuando se enfrenta a enemigos fuertemente preparados que podrían ganar cualquier confrontación directa. En este sentido, los grupos oprimidos se pueden valer de diversas estrategias para combatir al poder opresor o a la cultura hegemónica, desde el sabotaje o la evasión de las pautas o normas emanadas por los dominadores, negligencias deliberadas, resistencias pasivas, hasta el desarrollo de espacios ocultos de disenso. En esta lógica, el poder dominante y la represión se van combatiendo mediante acciones discretas, cotidianas, y hasta invisibles, las cuales, se espera, vayan minando el orden establecido. Estas formas no se articulan, necesariamente, mediante estructuras robustas ni de fina

⁸⁸ Seguel-Gutiérrez, P. (2020). La organización de la represión y la inteligencia en la dictadura militar chilena. Del copamiento militar del territorio al surgimiento de la Dirección de Inteligencia Nacional: Región Metropolitana, 1973-1977. *Izquierdas*, 49, 41. <https://dx.doi.org/10.4067/s0718-50492020000100241>

⁸⁹ Scott, J. (2003). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Tlalaparta.

⁹⁰ Scott, J. (1987). *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. Yale University Press.

organización, sino que son acciones silentes que permiten la existencia o supervivencia de aquellos sectores víctimas de la opresión.

A partir de lo dicho, es que la solidaridad entre los grupos expuestos a la represión política, en la medida que funciona como vínculo afectivo que permite hacer causa común frente a los organismos represores, puede transformarse en la mejor de las resistencias, dada su capacidad de favorecer el desarrollo de grupos y de fortalecer sus nexos.

Las prácticas de solidaridad pueden expresarse de diversas formas, desde compartir recursos, proteger a personas perseguidas, difundir información de manera informal, prestar atención y apoyo psicosocial a quien lo requiera, hasta las acciones que enfocadas en mantener vivos relatos y símbolos que son compartidos por los grupos oprimidos. Las prácticas de solidaridad refuerzan los lazos del grupo, fortalecen la identidad colectiva y el tejido social, mientras que consolidan la lucha contra las estructuras disciplinarias a partir de la configuración de una cultura de resistencia.

Es posible afirmar que la solidaridad, además de ser un acto moral, se instaura como un acto político que promueve y fortalece la subjetividad de los subordinados y, por tanto, impulsa su capacidad de agencia en aquellos contextos adversos, hostiles o de dominación. La solidaridad, como práctica de resistencia, permite la sobrevivencia y persistencia activa de los grupos en el conflicto social.

Es necesario asumir que resistir no es únicamente una rebelión externa y explícita de lucha abierta, sino que nace al interior de toda relación de poder, como parte inherente de este. Es la práctica que implica la posición del sujeto a no ceder pasivamente a las determinaciones, es la acción ética y política que se congrega en el ejercicio mismo de la libertad humana, abriendo posibilidades y rutas para crear nuevas maneras de habitar la sociedad y el mundo.

Las heridas dejadas por la dictadura se hicieron sentir en cada rincón de las universidades chilenas, de lo cual no estuvo exenta la Universidad de Atacama, que, a pesar del paso de los años, permanecen como recuerdos imborrables grabados en sus paredes silentes. Nuestro cuerpo académico, junto con los funcionarios y administrativos, vivió durante décadas bajo la sombra de la censura, la vigilancia externa y el temor. Esta represión no solo reprimió la libertad de pensamiento, sino que también truncó carreras profesionales y dejó cicatrices en quienes fueron testigos del exilio, la persecución e incluso la muerte.

Mientras algunas personas vivieron la intervención militar de la casa de estudio con estupor, otros y otras tomaron riesgos personales, ofreciendo apoyo a colegas y estudiantes perseguidos. A pesar de esto, la solidaridad y las resistencias se abrieron paso desde los rincones más inesperados.

En ese contexto, nuestros funcionarios, funcionarias, académicos y académicas vivieron el quiebre institucional en distintas etapas de sus vidas: algunos eran estudiantes, otros niños y niñas, mientras que algunos recién comenzaban su vida laboral. Desde esta diversidad de experiencias, se han configurado memorias que giran en torno a la represión, la resistencia y las solidaridades, elementos fundamentales en la construcción de nuestra historia colectiva.

La represión: la violencia en los cuerpos, las mentes y los corazones

Durante la dictadura militar en Chile (1973-1990), miles de personas fueron detenidas por razones políticas. Según registros oficiales y documentos históricos, se estima que más de cuarenta mil personas fueron víctimas de prisión política y tortura⁹¹⁹², alrededor de tres mil perdieron su vida y aproximadamente mil personas aún se encuentran desaparecidas⁹³.

A medio día de 1973, en la UTE Copiapó se dio el aviso de un golpe de Estado. En ese momento, los estudiantes universitarios y de la Escuela Técnica Profesional estaban en clases y les recomendaron que se dirigieran a sus internados y mantuvieran la calma. Sin embargo, la incertidumbre era generalizada, ya que muchos pensaban que podría tratarse de un conato similar a episodios previos. En lugar de dispersarse, la Federación convocó a los estudiantes mediante un parlante para evaluar la situación. Finalmente, la Federación y los centros de estudiantes decidieron tomar la universidad, mientras los funcionarios se retiraron. Pasado el mediodía, la institución quedó bajo control de los estudiantes, pero poco después llegaron camiones y jeeps del ejército, rodeando el campus y marcando el inicio de una nueva etapa de crisis.

Durante esa noche, algunos profesores permanecieron junto a los estudiantes, quienes estaban conmocionados por las noticias sobre la muerte del presidente Salvador Allende y los acontecimientos en Santiago. A pesar del temor y la inexperiencia de los jóvenes, varios estudiantes decidieron tomar acción en defensa de la democracia.

⁹¹ Listado de recintos de tortura.

<https://interactivos.museodelamemoria.cl/recintos/>

⁹² Listado de presos políticos.

<https://sinarchile.archivonacional.gob.cl/index.php/listado-de-presos-politicos-12>

⁹³ Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación.

<https://bibliotecadigital.indh.cl/items/edb83a4d-9121-48ee-8e66-09fe31e926fe>

Pero solo fueron escaramuzas que no lograron mayor impacto⁹⁴. La universidad estuvo tomada entre dos y tres días. En uno de esos días, el vicerrector, Vicente Rodríguez Bull, ingresó al recinto y convocó a los estudiantes en los comedores. Dijo: “Miren, he conversado con la autoridad militar y me ha permitido ingresar para conversar con ustedes y persuadirlos para que abandonen. Desalojen, no les va a pasar nada, yo estaré presente para ser testigo de que ustedes van a poder salir y que se vayan a sus casas y abandonen la universidad”⁹⁵. Juan Soto, estudiante de cuarto año medio de la Escuela Técnico Profesional que estaba en la UTE y trabajador de la primera radio universitaria, logró viajar a Santiago, donde presencié escenas aterradoras en la carretera. En La Serena, los buses eran detenidos en Juan Soldado y todos los pasajeros debían bajar para que les registraran sus documentos. En eso los militares destruyen libros de los estudiantes solo por ser de la edición Mir, pese a que eran textos de matemática valiosos. Al llegar a Santiago, en Lampa, vio cuerpos a la orilla del camino custodiados por fuerzas del ejército. Con dificultad, logró llegar a Rancagua para reunirse con su familia. Pero lo peor estaba por venir. Al volver a Copiapó a fines de septiembre, recuerda, “subimos a la empresa Andes Mar Bus, rodeados de carabineros armados con ametralladoras. Al cruzar el puente frente a la estación Mapocho, presencié una escena que jamás olvidaré: cuerpos flotando en el río Mapocho, mientras otras personas, quizás familiares, miembros de alguna organización o personal del Estado, los sacaban con ganchos y los arrastraban hacia la orilla. La imagen quedó grabada en mi mente como una fotografía. Eran muchos los cuerpos, algunos con heridas visibles. Fue una experiencia profundamente impactante y desgarradora”⁹⁶.

⁹⁴ Fernando Rivera, Copiapó, año 2024.

⁹⁵ Juan Soto, Copiapó, año 2024.

⁹⁶ Juan Soto, Copiapó, año 2024.

El año 1973, siendo estudiante universitario⁹⁷, recuerda que el 11 de septiembre de ese año, viajaba en tren de Lota a Concepción debido a un paro del transporte terrestre. Al llegar a Coronel, el tren se detuvo por un largo tiempo y en el exterior se comenzó a producir una agitación inusual. Fue entonces que un funcionario de la Empresa Ferroviaria se acercó a un pasajero y le comentó que el presidente había sido derrocado, revelando el golpe de Estado. Finalmente, el tren no continuó y tuvo que regresar.

Días después, se enteró de que los militares habían ingresado a la Universidad de Concepción, manteniendo a varios estudiantes, cerrando la casa de estudio y los hogares universitarios. Al reabrir la universidad, se implementó un sistema de listas publicadas en los diarios, permitiendo el ingreso solo a ciertos estudiantes. Esta medida restringe el acceso y marca un período de represión académica. A muchos compañeros no los volvieron a ver.

Mientras que el 11 de septiembre de 1973, Manuel Barahona, siendo académico de la Universidad Técnica de Santiago⁹⁸, fue detenido y llevado al Estadio Nacional. Durante varios días estuvo detenido en el recinto deportivo junto a otras personas, siendo llevados a los camarines del recinto deportivo, donde comenzó un llamado nominal de los profesores. Un conscripto pronunciaba su nombre en voz alta y aquellos que eran nombrados salían de camarín para no regresar. La mayoría pensaba que eran liberados. Entre los detenidos, un hombre mayor, con experiencia previa en represión de la época de Gabriel González Videla, advirtió a sus compañeros que no respondieron ni se identificaran al ser llamados. Además, les instó a destruir cualquier documento que evidenciara su identidad o militancia. Su consejo salvó a muchos, ya que dejaron de responder a los llamados. Con el transcurso de los días, las condiciones se deterioraron gravemente,

⁹⁷ René Maurelia, Copiapó, año 2024.

⁹⁸ Manuel Barahona, Copiapó, año 2024.

con hambre y escasa alimentación, los detenidos fueron alineados en un pasillo, para ser identificados por infiltrados, ocultos tras pasamontañas. Este relato refleja la brutalidad de la represión militar y el impacto en el tejido comunitario.

El 11 de septiembre de 1973, a las 16:00 horas, Héctor Montiel, siendo profesor de enseñanza media, fue detenido por Carabineros en la ciudad de Castro, donde trabajaba como profesor en un liceo. Aunque fue liberado esa misma noche por el jefe de la comisaría, solo 48 horas después volvió a ser aprehendido en su hogar, mientras estaba con su familia. Fue trasladado a la comisaría de Castro y al día siguiente fue llevado en avión desde Chiloé hasta Puerto Montt: “Nos suben al avión amarrados como corderos, decimos nosotros, de tobillos y manos. Y ahí nos dicen que la orden es tirarnos al mar”⁹⁹. Finalmente fueron llevados a Puerto Montt bajo custodia militar. Con solo veinticuatro años, enfrentó duras condiciones y constantes interrogatorios por parte de detectives y militares. Al no encontrar ninguna prueba en su contra, fue liberado y pudo regresar a su trabajo.

Retomó sus labores en el liceo, donde permaneció entre cinco y diez días antes de ser nuevamente denunciado por una colega, lo que llevó a su tercera detención. Tras varios días en la comisaría de Castro, fue trasladado en camioneta a Puerto Montt bajo la acusación de extremismo. Allí enfrentó nuevos interrogatorios antes de ser recluido en la cárcel de Chin Chin (que hoy es sitio de memoria¹⁰⁰). En el segundo piso de la prisión, junto a unos doscientos detenidos de las provincias de Llanquihue y Chiloé, asumió el rol de representante de los presos. Los dos o tres meses que estuvo encarcelado, soportó

⁹⁹ Héctor Montiel, Copiapó, año 2024.

¹⁰⁰ Sitio de Memoria Puerto Montt.

<https://www.sitiosmemoriapuertomontt.cl/carcel-chin-chin/>

condiciones de aislamiento y repetidos interrogatorios, una rutina marcada por la incertidumbre y la presión psicológica.

En los años ochenta Claudio Ramírez¹⁰¹ recuerda uno de los episodios más traumáticos que ha vivido. Era dirigente estudiantil de la Federación de Estudiantes de la Universidad de la Serena (FEULS). Durante esa etapa fue víctima de seguimientos en innumerables ocasiones y allanamientos en el lugar donde vivía, lo que lo obligó a refugiarse y vivir en la casa de Lucía Chirino, por entonces presidenta de la Comisión de Derechos Humanos. En el transcurso de su dirigencia estudiantil, un compañero dirigente del Centro de Estudiantes de Historia y Geografía, Juan Luis Marre, fue detenido y encarcelado. Para visibilizar la situación represiva y generar presión pública, Claudio y otros estudiantes organizaron manifestaciones que terminaron siendo violentamente reprimidas por fuerzas del Estado, siendo detenido en uno de los centros de tortura de dicha ciudad, Casa de Piedra, donde actualmente se desarrollan esfuerzos para localizar restos de detenidos desaparecidos, en el contexto del Plan de Búsqueda¹⁰². Allí, fue sometido a torturas físicas y psicológicas durante cinco días. Las agresiones incluían golpes con instrumentos, simulaciones de disparos, amenazas constantes y condiciones inhumanas, como privación de alimentos y abrigo. A pesar de los intentos por quebrantar su voluntad, pudo resguardar a sus compañeros y compañeras estudiantes. Mientras tanto, la Comisión de Derechos Humanos trabajaba activamente para lograr su liberación, lo que finalmente fue logrado por la intervención del cardenal Raúl Silva Henríquez y la Vicaría de la Solidaridad. Claudio fue liberado a las cuatro de la madrugada en una calle lejana a su lugar de detención.

¹⁰¹ Claudio Ramírez, Copiapó, año 2024.

¹⁰² Con tecnología de punta buscan determinar intervención humana en terreno aledaño a Casa de Piedra. <https://www.diariolaregion.cl/con-tecnologia-de-punta-buscan-determinar-intervencion-humana-en-terreno-aledano-a-casa-piedra/>

Además de las detenciones y torturas sufridas, no podemos olvidar la triste lista de personas detenidas desaparecidas. Se estima que 1.210 personas fueron víctimas de desaparición forzada, afectando principalmente a obreros, campesinos y estudiantes¹⁰³. Producto de esta política de exterminio es que el año 2023, por primera vez, se promulgó una política de reparación en ese sentido mediante el Plan Nacional de Búsqueda¹⁰⁴, destinado a esclarecer las circunstancias de desaparición, reconstruir la trayectoria de las víctimas y garantizar el acceso a la información para sus familias. Nuestra casa de estudios, en sus registros, cuenta con detenidos desaparecidos como los estudiantes Pedro Acevedo¹⁰⁵ y Julio Muñoz¹⁰⁶. Pero entre los funcionarios y funcionarias hay familias que aún esperan encontrar a sus seres queridos.

Aladín Rojas Ramírez fue detenido el 9 de abril de 1975 por el Centro de Inteligencia Regional y trasladado al Regimiento de Infantería Motorizado N° 23 de Copiapó, donde fue interrogado y liberado al día siguiente. Sin embargo, fue citado nuevamente en la tarde de ese mismo día. Rojas acudió a la citación y fue visto en el regimiento por un soldado de guardia, pero desde entonces desapareció sin dejar rastro, junto con la motocicleta en la que se movilizaba¹⁰⁷.

¹⁰³ Nómina de víctimas de Desaparición Forzada.

<https://pdh.minjusticia.gob.cl/wp-content/uploads/2022/03/Actualizacio%CC%81n-Cifra-de-Detenidos-Desaparecidos.pdf>

¹⁰⁴ Publicación en el Diario Oficial de Plan de Búsqueda.

<https://www.derechoshumanos.gob.cl/wp-content/uploads/2023/12/Publicacion-PNB-diario-oficial.pdf>

¹⁰⁵ Expediente de la represión. <https://expedientesdelarepresion.cl/wp-content/uploads/2018/03/sentencia-caso-pedro-acevedo-gallardo.pdf>

¹⁰⁶ Expediente de la represión. <https://expedientesdelarepresion.cl/causa/caso-cinco-detenidos-desaparecidos-en-1987/>

¹⁰⁷ Expediente de Aladín Rojas Ramírez. <https://expedientesdelarepresion.cl/wp-content/uploads/2023/09/3-mf-mario-carroza-rol-2182-1998-aladin-rojas-sentencia-18-10-2017.pdf>

Según el testimonio de un familiar: “Él estaba un día en la plaza, lo detuvieron, lo llevaron al regimiento, lo torturaron y lo mandaron a la casa y le dijeron que al otro día tenía que presentarse antes de las 20:00 horas. Entonces mi cuñada no quería que él fuera, que no se presentara, y si no se presentaba le iban a detener a la familia, a su esposa, lo amenazaron, entonces fue, y al otro día fue al regimiento y nunca más volvió, él tenía una moto, y hasta su moto desapareció”¹⁰⁸.

Temor, vigilancia y allanamientos

La dictadura cambió las formas de vivir de la juventud, limitando la libertad de expresión y generando un ambiente de constante represión. La censura en los medios y el control sobre la vida impidieron el desarrollo pleno, afectando su confianza y seguridad. Muchas personas crecieron con un sentimiento de temor, evitando hablar abiertamente sobre temas sensibles y desarrollando una personalidad más cohibida y de extrema vigilancia. Este contexto dejó huellas en quienes vivieron la época, influyendo en su manera de relacionarse con el mundo y en sus percepciones sobre la autoridad y la seguridad. El testimonio de Marlén Guerra resume esta manera de vivir esa época: “Claro que afectó mucho, yo siempre digo que nosotros fuimos de la generación que todo nos reprimía, incluso no podíamos ni hablar, si no se podía hablar mucho, porque estaba todo vetado, la prensa, todo, uno no podía comentar mucho todas estas cosas, y claro que afectó, se perdió juventud con la restricción”¹⁰⁹.

Pero no era solo la vigilancia. La Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) y la Central Nacional de Inteligencia (CNI) llevaron a cabo operaciones sistemáticas que incluían detenciones arbitrarias,

¹⁰⁸ Marlen Guerra, Copiapó, año 2024.

¹⁰⁹ Marlen Guerra, Copiapó, año 2024.

desapariciones forzadas y allanamientos frecuentes en hogares de opositores políticos¹¹⁰, incluidos niños y niñas.

Carmen Burgos era una niña¹¹¹. Recuerda que, en su regreso a Chile, después del exilio, entre los años 1981 y 1983, como familia vivieron momentos de intenso hostigamiento. Rememora un incidente especialmente traumático cuando ella, siendo menor de edad y con su hermano menor, nacido en Rumania por el mismo hecho del exilio, fueron raptados por agentes de la CNI mientras estaban en una feria artesanal caminando con su padre. Fueron retenidos durante un día, enfrentando interrogatorios centrados en las actividades de su progenitor.

La represión era una presencia constante en su vida cotidiana. Fuera de su hogar, siempre había un automóvil del GOPE, cuya función parecía ser intimidar y seguir sus movimientos. Incluso en sus trayectos al colegio y de regreso, aquel auto se mantenía cerca, simbolizando una presión constante y una vigilancia opresiva. Aunque no sufrió daño físico directo, su familia enfrentaba allanamientos frecuentes en su hogar, intensificando la sensación de inseguridad y control. Estos eventos dejaron una huella profunda en Carmen, quien recuerda la protección que sus padres intentaban brindarles, pese a las circunstancias adversas.

¹¹⁰ CNI 12 años de terror.

<http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0049004.pdf>

¹¹¹Carmen Burgos, Copiapó, año 2024.

Estar, pero no estar: la voz de un relegado

La relegación fue una práctica implementada para castigar y sacar de sus redes de apoyo a opositores políticos sin necesidad de juicio formal inicialmente. La relegación consistía en el traslado forzoso de personas a zonas aisladas del país, impidiéndoles comunicarse con sus familias y restringiendo su movilidad.

En octubre de 1973, Osman Cortés, funcionario de la Universidad de Antofagasta y periodista¹¹², fue encarcelado en dicha ciudad mientras ejercía como docente en la carrera de Periodismo. A pesar del peligro que representaba su situación, encontró un apoyo inesperado de personas que apoyaban el régimen, entre ellas el director de un periódico con quien había colaborado previamente. Este antiguo jefe, acompañado por un abogado, se presentó en la prisión con el objetivo de salvarlo.

En un momento especialmente angustiante, Osman recuerda haber sido llamado al anochecer, una hora temida por los prisioneros debido a las ejecuciones que a menudo se llevaban a cabo en ese horario. Se despidió de sus compañeros de celda, preparado para enfrentar lo peor. Sin embargo, en lugar de una ejecución, fue conducido a una oficina donde lo esperaban Alfonso, su exjefe; el abogado y el alcaide. Alfonso le explicó que estaban trabajando para sacarlo de allí debido al peligro que corría. Poco después, apareció un militar que identificó como su interrogador y este le informó que su caso sería presentado ante un Consejo de Guerra rápido. Como resultado, fue condenado al relegamiento en lugar de enfrentar la ejecución que tanto temía.

En noviembre de 1973, Osman fue relegado a Chañaral, donde permaneció hasta 1980. Fue el primer relegado en llegar al lugar, y ni la gente ni él entendían completamente lo que implicaba ser relegado. Con aproximadamente veintisiete años en ese momento,

¹¹² Osman Cortés, Copiapó, año 2024.

experimentó un desarraigo profundo. El proceso de relegación incluía dos días para presentarse ante las autoridades locales, como carabineros o detectives. En Chañaral, el control estaba en manos de los carabineros, mientras que el gobernador tenía un poder absoluto sobre la vida y la muerte de los habitantes. La situación era dramática y la llegada al lugar implicaba enfrentarse al vacío, tanto físico como emocional.

El profesor Montiel¹¹³ recuerda que fue sentenciado a relegación por un año y asignado a Caldera, convirtiéndose en el primer relegado en llegar a esa ciudad, junto a otros compañeros enviados a diferentes localidades como Vallenar, Huasco y Freirina. En medio del traslado, los detenidos debatieron sobre si debían costear su propio viaje o esperar a ser transportados por las autoridades, sosteniendo que, por ser inocentes, no correspondía asumir tal gasto. Su familia y la de otros compañeros les plantearon la posibilidad de reunir dinero para costear sus pasajes, evitando el riesgo de ser transportados por las autoridades. El viaje desde Puerto Montt implicaba atravesar múltiples regimientos militares, lo que dejaba en una incertidumbre total sobre si llegaría a su destino o si, incluso, alcanzarían Santiago. Finalmente, Héctor emprendió el viaje a Caldera y el dirigente de la CUT que se vendría con las autoridades nunca llegó, dejando una incógnita sobre su paradero que nunca se resolvió, sin que existan registros que arrojen luz sobre su paradero.

¹¹³ Héctor Montiel, Copiapó, año 2024.

Familias errantes: el exilio

El exilio fue una de las herramientas de la represión empleada para reprimir y subyugar a gran sector de la población. De acuerdo con cifras obtenidas por organizaciones institucionales, ONG y la Iglesia católica, se puede estimar que el número de exiliados políticos podría haber alcanzado a más de doscientas mil personas¹¹⁴. El impacto del exilio fue diverso. En primer lugar, ocasionó un trauma para la sociedad por su carácter violento de desarraigo y destrucción de los grupos familiares. En segundo término, generó una merma significativa de capital humano, o sea, una pérdida de profesionales, estudiantes y obreros que sustentaban el país. Durante los años más oscuros, la Universidad de Atacama acogió a docentes que, junto a sus familias, enfrentaron el exilio en la región.

Inicialmente el académico Manuel Barahona¹¹⁵ se refugió en Perú, donde en ese momento no había golpe militar. Sin embargo, la situación pronto se tornó complicada: tras el golpe en Perú, se inició una persecución contra exiliados chilenos y personas de otras nacionalidades, especialmente en un clima político que se había endurecido. Manuel, junto a su esposa y sus tres hijos pequeños, enfrentó enormes dificultades. La comunidad religiosa, particularmente un grupo de monjas, les brindó refugio en un convento durante un periodo crítico. Más adelante, relata que buscaron asilo en Rumania, donde continuaron su vida como exiliados. Allí, además de estudiar, trabajaban en iniciativas solidarias

¹¹⁴ González Alarcón, J. A. (2018). La relegación como exilio interno durante la dictadura cívico-militar: El caso de la región del Bío-Bío (1973-1986) [Tesis de Magíster en Historia, Universidad de Concepción]. Repositorio Universidad de Concepción. <https://repositorio.udec.cl/bitstreams/e5ef773b-4072-4534-a02b-44f12901548f/download>

¹¹⁵ Manuel Barahona, Copiapó, año 2024.

por Chile, difundiendo la realidad de lo que acontecía en nuestro país y apoyando los esfuerzos de resistencia desde el exterior.

La académica Burgos¹¹⁶ recuerda que, durante el golpe de Estado, su madre estaba embarazada de ella, y en ese estado enfrentó el dolor de la detención de su esposo, quien fue arrestado y llevado detenido. Mientras tanto, ella soportaba maltratos en su desesperada búsqueda. Carmen, nacida en Santiago en 1974, relata que, debido al contexto de exilio, vivió su infancia protegida en el extranjero, lejos de las adversidades que sus padres enfrentaron en su país natal.

La familia vivió el exilio en Rumania, donde el Gobierno les ofreció apoyo y oportunidades laborales. A pesar de las dificultades inherentes del exilio, el padre se integró activamente en actividades junto a otros chilenos exiliados. La niña, por su parte, participó junto con otros hijos e hijas de exiliados en celebraciones tradicionales chilenas, lo que ayudó a mitigar la sensación de distancia de su país natal. Mientras los adultos enfrentaban el impacto emocional y político del exilio, la madre de Carmen se esforzó por proteger a sus hijos, dejando en su infancia escasos recuerdos directos de los desafíos vividos. Además de estudiar y trabajar, la familia se involucró en actividades de solidaridad y apoyo a Chile desde el exterior, preservando su identidad y contribuyendo a la lucha por los derechos humanos.

¹¹⁶ Carmen Burgos, Copiapó, año 2024.

Plank Barahona vivió el exilio siendo un niño, debido a la pena que cayó sobre su padre, académico universitario. Estas vivencias las plasmó en el libro *Memorias de un exiliado*, un esfuerzo en el que está su mirada, pero también la situación familiar en la que estaba en Rumania, entre 1974 y 1980, donde siempre trataron de sacar lo mejor de aquella dolorosa experiencia. Para un niño el exilio fue tan difícil como para los adultos, como queda reflejado en la siguiente cita:

En mi primer día, el profesor se acercó a mis compañeros y comenzó a explicarle la razón por la cual yo estaba aquí: “Chicos, hoy tenemos un nuevo compañero en el salón”, dijo el profesor con calma. “Su nombre es Plank y viene desde muy lejos, desde Chile”. Al escuchar mi país de origen, algunos rostros se iluminaron de curiosidad y otros se parecían confundidos. “Él ha llegado acá buscando un lugar seguro y tranquilo para vivir”, continuó el profesor, tratando de explicar la situación lo mejor que podía. “En su país hubo momentos difíciles y su familia decidió venir a Rumania en busca de un futuro mejor”. Mientras el profesor hablaba, yo sentía una mezcla de emociones¹¹⁷ (pág. 52).

¹¹⁷ Barahona, P. (2024). *Memorias de un exiliado*. Bajo la Lluvia Ediciones.

La solidaridad y sus formas: los comedores populares

La pobreza en Chile durante la década de los 80 fue un tema crítico, marcado por profundas desigualdades sociales y económicas. En ese período, aproximadamente el 40% de la población vivía en condiciones de pobreza¹¹⁸. Este contexto se debió, en parte, a las políticas económicas neoliberales implementadas desde mediados de los setenta, que incluyeron la liberalización del mercado y la reducción del rol del Estado en la economía.

Como respuesta a esta difícil situación, “la gente empezó a rebelarse, y se rebeló a través de organizaciones sociales, políticas, culturales. Y la universidad no puede estar ajena a eso, porque también eran hijos de trabajadores, hijos de la gente que estaba sufriendo, y que les costaba mucho estudiar. Iban a sacar una carrera, pero lamentablemente por las condiciones, muchos de ellos tuvieron que desistir, porque se creó este sistema de financiamiento que no les permitía poder continuar con el estudio, porque había que pagar una mensualidad bastante alta”¹¹⁹.

La solidaridad desempeñó un papel fundamental en aquellos años, con organizaciones e individuos comprometidos en ayudar a los estudiantes más necesitados. Esto fue especialmente significativo en la Universidad de Atacama, una de las instituciones con los ingresos más bajos de Chile. Durante esa época, muchos jóvenes enfrentaban serias dificultades para garantizar siquiera una comida diaria.

El economato, conocido también como el casino, ofrecía almuerzos para los estudiantes beneficiados con becas. No obstante, había otros

¹¹⁸ Leal, C. (2018). Revista estadounidense explica por qué es un mito que Pinochet arregló la economía de Chile. <https://www.biobiochile.cl/noticias/economia/actualidad-economica/2018/09/12/revista-estadounidense-explica-porque-es-un-mito-que-pinochet-arreglo-la-economia-de-chile.shtml>

¹¹⁹ Adolfo Gamboa, Copiapó, año 2024.

estudiantes sin becas que esperaban pacientemente al cierre del casino para recibir las sobras de comida, gracias al gesto solidario de don Joel López López (Joelito para los estudiantes), un maestro de cocina. Consciente de la situación, él se preocupaba por aquellos jóvenes que no podían pagar un plato de comida, distribuyendo las sobras al final del día. Estos estudiantes formaban una fila con la esperanza de obtener una porción que les ayudaría a subsistir. Esa fila se llamaba “la cola del hambre”. “Hoy día pienso el impacto que tenía. Algunas veces, algunos se peleaban el puesto porque era la única comida que tenían en el día”¹²⁰.

Además del economato, existían otros comedores en Copiapó que también ofrecían apoyo, como el comedor universitario, gestionado parcialmente por los estudiantes mediante la recolección de alimentos en la feria durante los fines de semana. Otros espacios solidarios incluían el comedor del Buen Pastor y el comedor de Cáritas Chile.

Las ollas comunes

La práctica de la "olla común" ha sido históricamente un símbolo de solidaridad en tiempos de crisis. En comunidades, especialmente durante períodos de dificultades económicas, se organizaban estas ollas en las que varios vecinos aportan alimentos y recursos para cocinar colectivamente y así garantizar que todos tuvieran algo para comer.

“En este contexto, la universidad no era ajena al sufrimiento de las familias trabajadoras, cuyos hijos enfrentan grandes dificultades para

¹²⁰ Marco Ortega, Copiapó, año 2024.

estudiar debido a un sistema de financiamiento que los obligaba a abandonar sus carreras por el alto costo de las mensualidades”¹²¹.



Fotografía donada por Marco Ortega. Los universitarios llevan un mes en olla común, 1988.

Las visitas a los detenidos y otras muestras de apoyo

Tras el golpe de Estado de 1973, las familias de las víctimas vivieron casi en soledad la pérdida de sus seres queridos. Sin embargo, desde inicios de los años ochenta, las organizaciones de base comenzaron a articularse. Las visitas a los detenidos y otras muestras de apoyo fueron fundamentales en este proceso que cada vez tomó más fuerza en la región. Organizaciones como el Servicio Jurídico Social del Obispado, la Unión de Mujeres de Atacama (UDEMA), la Asociación

¹²¹ Adolfo Gamboa, Copiapó, año 2024.

Gremial de Educadores de Chile (AGECH) la Asociación de Profesionales Democráticos (APD), entre otras, desempeñaron un papel crucial en la defensa de los derechos humanos. A través de asistencia jurídica, apoyo emocional y ayuda económica, estas agrupaciones sostuvieron a los estudiantes y sus familias en los momentos más difíciles.

Uno de los momentos de mayor apoyo ocurrió en septiembre de 1984, cuando cerca de cuatrocientos estudiantes fueron detenidos en la comisaría de la calle O'Higgins. Ante esta situación, numerosas personas se congregaron en el lugar para exigir su liberación y, posteriormente, acompañar a los estudiantes que permanecieron reclusos durante semanas en la cárcel de Copiapó.

Un episodio similar tuvo lugar el 16 de mayo de 1988, cuando un grupo de estudiantes se manifestó frente a su casa de estudios en rechazo a la visita del dictador a la ciudad. En esta ocasión, ochenta jóvenes fueron detenidos y liberados más tarde, mientras que ocho de ellos fueron trasladados a la cárcel de Copiapó. De estos últimos, cinco permanecieron encarcelados por más de un mes, entre ellos dos dirigentes estudiantiles, dos estudiantes de primer año y otro de tercer año, acusados de terrorismo.

Finalmente, los estudiantes fueron liberados sin cargos, gracias a la defensa de los abogados del Obispado de Copiapó y el permanente apoyo de sus compañeros de estudios. La solidaridad se manifestó de diversas maneras: algunos realizaron huelgas de hambre, otros se encadenaron al atrio del obispado¹²². Las mujeres de UDEMA encendían velas afuera de la PDI¹²³.

Marco Ortega recuerda: “Durante el tiempo en que estuvimos detenidos, hubo dos gestos profundamente humanos por parte de los estudiantes de la universidad hacia nosotros. Uno de ellos, liderado

¹²² Marianela Pinto, Copiapó, año 2025.

¹²³ Ana María Torres, Copiapó, año 2019. Archivo de la Memoria.

por Marianela y otros compañeros, fue especialmente valiente: se encadenaron en la catedral como una forma de protesta, exigiendo nuestra libertad con una determinación admirable (...) El otro acto de solidaridad vino de las estudiantes del internado ubicado frente al Estadio Luis Valenzuela Hermosilla. Cada mañana, mientras se dirigían a la universidad, marchaban desde su hogar hasta el campus, y al pasar cerca de la cárcel, nos cantaban "Las mañanitas"¹²⁴, ambos actos como un gesto de solidaridad. Aquellas acciones se convirtieron en una fuente de ánimo, recordándoles que no estaban solos en su lucha.

¹²⁴ Marco Ortega, Copiapó, año 2024.



Minutos antes que los estudiantes encadenados fueran detenidos, nuestro Diario conversó con ellos.

Tres estudiantes se encadenaron en iglesia

Tres estudiantes de la Universidad de Atacama se encadenaron al pilar central de la Iglesia Catedral de Copiapó, alrededor de las 13.30 horas de ayer, para protestar por la detención de cinco alumnos de la casa de estudios que permanecen en libre plática en el Centro de Rehabilitación Social.

Los estudiantes conversaron minutos antes que fueran detenidos, con nuestro Diario, indicando que "esto es como signo de protesta por la prisión de nuestros compañeros por los que estamos pidiendo libertad".

Fotografía donada por Marianela Pinto.

Tres estudiantes se encadenaron en el atrio de la iglesia

Las resistencias: las peñas, los actos culturales, los boletines y los rayados

Estas actividades culturales funcionaron como puntos de resistencia y expresión artística, fomentando una vibrante y solidaria dinámica cultural. Inicialmente, la Iglesia católica desempeñó un rol fundamental, abriendo sus capillas como espacios para presentaciones y eventos solidarios, entre ellos La Candelaria, San José Obrero, los salones del Instituto de Educación Popular. De a poco la universidad se suma abiertamente ofreciendo un valioso apoyo a los artistas y al movimiento cultural de la época¹²⁵.



Fotografía donada por Marco Ortega. Los preparativos de sol y lluvia en la presentación de la semana mechona, 1988.

¹²⁵Gabriel Indey, Copiapó, año 2019. Archivo de la Memoria.

En la universidad se organizan peñas, encuentros culturales y obras de teatro, donde las redes de apoyo se unen para llevar a cabo estas actividades. La solidaridad se expresa de muchas maneras, incluso en los pequeños gestos que a menudo pasan desapercibidos. Un ejemplo claro de ello es la pastelería, que respaldó numerosas campañas solidarias, contribuyendo con sus productos para apoyar estas iniciativas. Incluso actos pequeños, como compartir una empanadita en el marco de estas acciones folclóricas, simbolizaban el compromiso comunitario. Este tipo de unión demostraba que, en los momentos decisivos, la cooperación y el esfuerzo colectivo podían marcar la diferencia¹²⁶.

Los murales y los rayados en los muros también se convirtieron en un símbolo de resistencia y una herramienta de expresión política. Durante los años 80, los mensajes escritos en las calles y edificios emergieron como un lenguaje visual alternativo. Este permitía denunciar la represión y mantener viva la conciencia política entre la población.¹²⁷

¹²⁶ Fernando Rivera, Copiapó, año 2024.

¹²⁷ Davalos, A. (2017). “‘Tú ni siquiera mereces ni un graffiti’: el rayado en la dictadura chilena”. <https://labrujula.nexos.com.mx/tu-ni-siquiera-mereces-ni-un-graffiti-el-rayado-en-la-dictadura-chilena/>



Fotografía donada por Marco Ortega.
Un mural en memoria de Guillermo Vargas.



Fotografía donada por Marco Ortega.
Uno de los rayados más grandes de la ciudad.

Durante la dictadura en Chile, el uso de la radio universitaria, la radio de la federación de Estudiantes y los boletines estudiantiles jugaron un papel crucial en la resistencia y difusión de información alternativa. Los boletines eran elaborados por el estudiantado y distribuían noticias, análisis políticos y llamados a la movilización, desafiando la censura impuesta. Para la confección de estos se apoyaban en los entregados de manera voluntaria por periodistas de la región como Jorge Oporto¹²⁸. Muchos de estos boletines circulaban de manera clandestina y era el espacio de expresión donde los jóvenes podían compartir sus ideas y denunciar situaciones de injusticia.

¹²⁸ Jorge Oporto, Copiapó, año 2019. Archivos de la Memoria.

PEULLA

INFORMATIVO DE LA CARRERA DE PEDAGOGIA GENERAL BASICA

UNIVERSIDAD DE ATACAMA AÑO 2 - Nº 4 - 1986.-



EDUCAR ES COMBATIR LA POBREZA

CONFECH: Unidad Estudiantil
ENTREVISTA a José Lattus
Poesía Canto Humor y ...

Fotografía de Jorge Oporto Marín.

Portada del boletín Peulla de la carrera de Pedagogía General Básica.



Fotografía donada por Marco Ortega. Radio interna de la Feuda. En la imagen se observa a Reginaldo, quien tenía la operación de la radio.

Las huelgas de hambre y los paros

La huelga de hambre y los paros realizados por los estudiantes de la comunidad universitaria fueron acciones significativas de resistencia frente a la dictadura militar. Estas medidas se implementaron en distintos momentos como tácticas para negociar sus demandas.

En la historia de la Universidad de Atacama, el paro y la huelga de hambre rotativa de 1988 surgieron como respuesta a la detención de ocho estudiantes del movimiento estudiantil, arrestados por su participación en actividades políticas y de protesta. Aunque tres de los detenidos fueron liberados, Gabriel Rivera, Marco Ortega, Hugo Aguirre, Daniel Poblete y Samuel Morales permanecieron

encarcelados. La huelga de hambre se convirtió en un acto de solidaridad y denuncia, buscando visibilizar las injusticias y presionar por la liberación de los detenidos.

Marco recuerda que, durante su presidencia, fue encarcelado junto a otros dirigentes estudiantiles, acusado de un acto terrorista. Pasó treinta días en prisión sin pruebas concretas, solo por participar activamente en el movimiento. En esos años, el temor a la represión de la CNI, la policía secreta del régimen de Pinochet, era constante. Esta institución, responsable de numerosos crímenes, utilizaba métodos violentos contra sus opositores, afectando a muchos compañeros. “Conocíamos sus métodos, y muchos compañeros fueron víctimas de su violencia. En medio de todo, mi compromiso como estudiante seguía firme: esforzarme académicamente y participar activamente en el movimiento estudiantil, buscando mejores condiciones para los estudiantes y defender el derecho a la educación y el diálogo universitario”¹²⁹.

Pero el paro y la huelga de hambre no se hicieron esperar. Tal como lo evidencia estas notas de persona de la época.

¹²⁹ Marco Ortega, Copiapó, año 2024.

Estudiantes continúan en paro en U. de Atacama

Total es la paralización de actividades estudiantiles-académicas en la Universidad de Atacama, según una declaración pública dada a conocer por los dirigentes de la Federación de Estudiantes y presidentes de carreras.

Refiriéndose a los hechos ocurridos en la Universidad de Atacama, el lunes 16 de mayo, indica que han sido liberados tres de los ocho estudiantes detenidos.

Después de entregar especificaciones sobre las razones de las detenciones señalan: "Frente a esta situación el Movimiento Estudiantil ha acordado proseguir con la paralización de las actividades académicas".

Más adelante expresa: "En defensa y solidaridad de los compañeros detenidos y de la universidad, se ha constituido el Movimiento Solidaridad, conformado por organizaciones sociales de Copiapó y la región".

Hacen un llamado a la comunidad a esta campaña de solidaridad "para conseguir

la libertad de nuestros compañeros".

Firman la declaración, Javier Morales, secretario de finanzas de la FEUDA; José Hidalgo, presidente del Centro de Alumnos de la carrera de Ingeniería Civil; Walter Delgado, secretario del Centro de Alumnos de Ingeniería de Ejecución y Abel Piñones, presidente del Centro de Alumnos de Tecnologías.

Hoy se dará comienzo a un Festival del Cantar Estudiantil con artistas universitarios y de la comunidad, que finalizará el viernes.

Para las 13 horas está contemplado la realización de una manifestación pacífica, tipo "sitting" en el centro de la ciudad y a las 19 horas una vigilia en el atrio de la Iglesia Catedral de Copiapó.

Aclaran los dirigentes que solamente están ingresando a sus actividades académicas aquellos estudiantes que están en prácticas, el resto, 95 por ciento del estudiantado, estaría en paro.

Fotografía donada por Marco Ortega.
Los y las estudiantes continúan en paro, 1988.

Detenidos son visitados por Fiscalía Militar

Una visita a los estudiantes que están en huelga de hambre desde el lunes pasado en el Centro de Rehabilitación Social de Copiapó, efectuó el Fiscal Militar Miguel Troncoso Guzmán con el fin de enterarse del estado de salud de los ayunantes.

Los estudiantes, Gabriel Rivera, Marco Ortega, Hugo Aguirre y Samuel Morales, están cumpliendo con su cuarto día de huelga de hambre como signo de protesta por la marcha de los acontecimientos.

El estudiante Daniel Poblete no está participando en la huelga de hambre.

bre.

El Fiscal Militar estuvo durante el día de ayer en el recinto de reclusión comprobando el estado de salud de los dirigentes de la Universidad de Atacama.

Los dirigentes son constantemente visitados por amigos y compañeros de estudio los días de visitas, estipulados para los lunes, miércoles y viernes.

No se ha informado oficialmente del estado de los ayunantes ni por parte de la Universidad de Atacama, ni de la Federación de Estudiantes.

Continúan ayunos en la Universidad

Hoy y el fin de semana permanecerán los estudiantes de la Universidad de Atacama en ayuno rotatorio en apoyo a los dirigentes que continúan detenidos en libre plática en el Centro de Rehabilitación Social de Copiapó.

La información fue proporcionada a nuestro Diario por un dirigente de la Federación de Estudiantes, quien manifestó su preocupación por la tardanza en que el caso se trate en la Corte Marcial de Santiago, a donde debió remitirse el proceso que sigue la Fiscalía Militar de Copiapó por presuntas conductas terroristas de los estudiantes, Gabriel Rivera, Daniel Poblete, Marco Ortega, Hugo Aguirre y Samuel Morales.

Indicó el dirigente que presumiblemente el caso sería tratado mañana

viernes en la Corte Marcial.

Los estudiantes se reúnan por ayer para planificar actividades culturales en el interior de la Universidad, con el fin de mantener el movimiento con estas manifestaciones ya que todos los estudiantes ingresaron a clases el lunes pasado, con la excepción de la Carrera de Ingeniería Civil que mantiene el paro de actividades hasta que no se resuelva convenientemente la situación de los detenidos.

Piden los estudiantes que se libere a los acusados y que su situación académica no se vea afectada, para lo cual habrían recibido algunas confidencias de parte de autoridades universitarias.

Fotografía donada por Marco Ortega.

Estudiantes detenidos y apoyados por el estudiantado, 1988.

Vamos a decir que no...

El plebiscito nacional de Chile de 1988, realizado el 5 de octubre, marcó un momento histórico en el país. La opción "No", que buscaba poner fin a la dictadura de Augusto Pinochet y restaurar la democracia, obtuvo el 55.99% de los votos, mientras que el "Sí", que apoyaba la continuidad de la dictadura, alcanzó el 44.01%. Este resultado llevó a la convocatoria de elecciones democráticas en 1989, iniciando el proceso de transición hacia la democracia¹³⁰.

Este hito fue un momento clave en la historia de Chile. En la Universidad de Atacama, los estudiantes jugaron un papel fundamental en la movilización social y la difusión de la opción "No". Crearon diversos espacios de debate y resistencia, donde se organizaron campañas informativas, actos culturales y protestas en favor del retorno a la democracia.

¹³⁰ Tagle, M. D. (ED.). (1995). El plebiscito del 5 de octubre de 1988. Editorial. Corporación Justicia y Democracia.



Fotografía donada por Marco Ortega.
Campaña por el NO por los estudiantes de la UDA.



Fotografía donada por Marco Ortega.

Las estudiantes que participaban en el movimiento estudiantil.

Al igual que en Atacama, los estudiantes de educación secundaria desempeñaron un papel esencial en las movilizaciones estudiantiles. En este marco, destaca el legado de la académica de la Facultad de Derecho de la Universidad de Atacama Gabriela Prado, quien hizo historia al ser la primera dirigente estudiantil elegida

democráticamente en un liceo. Su liderazgo no solo marcó un precedente en la participación juvenil, sino que también contribuyó significativamente a consolidar espacios de organización y representación estudiantil.¹³¹

En Temuco, la académica¹³² Carmen Burgos recuerda con orgullo su juventud como dirigente estudiantil en el Liceo Camilo Henríquez. Durante aquellos años, se dedicó a promover los derechos humanos y a informar sobre las consecuencias del régimen dictatorial, con el firme propósito de evitar que los atropellos se repitieran. Su compromiso con la justicia y la libertad la llevó a participar activamente en la campaña para el plebiscito de 1988, un momento histórico que despertó esperanza y entusiasmo en una población cansada de los abusos de poder y las violaciones a los derechos humanos.

Junto a un colectivo comprometido, organizó peñas y encuentros culturales donde la música y la comunidad se unían en un acto de resistencia y solidaridad. Además, colaboró en la creación de grafitis y murales, trabajando codo a codo con jóvenes, incluidos hijos e hijas de personas exiliadas, para transmitir mensajes de resistencia y conciencia. Su labor como dirigente estudiantil no solo marcó su vida, sino que también dejó una huella imborrable en la lucha por los derechos y la democracia.

¹³¹ Gabriela Prado, Copiapó, año 2019. Entrevista Museo de la Memoria.

¹³² Carmen Burgos, Copiapó, año 2024.

Las adherencias y fracturas al régimen

A pesar de la huella imborrable que dejó en la memoria colectiva el actuar del exrector Vicente Rodríguez Bull, marcada por la trágica muerte de Guillermo Vargas y del teniente de la CNI Julio Briones Rayo, así como por la detención y reclusión de cinco dirigentes por más de un mes en 1988, su compromiso con la educación se evidenció en su esfuerzo por integrar académicos sin distinción de su pasado político. Como rector, comprendió la importancia de fortalecer la universidad y promovió la incorporación de profesionales con sólida formación académica, desafiando las directrices del régimen. Gracias a esta apertura, se logró la llegada de docentes nacionales y extranjeros, incluso en plena dictadura, lo que permitió el desarrollo institucional en un contexto de restricciones y cambios políticos. “Hay que reconocer que él albergó a personas que tenían un pasado político de izquierda y él se daba cuenta de que necesitaba fortalecer la universidad, y si veía gente que tenía buena formación académica, la contrataba”¹³³. Era una obligación informar a la CNI los antecedentes de cualquier contratación en la casa de estudios, pero para evitar eso, la contratación se formalizaba en Contraloría, sin informar a la autoridad castrense¹³⁴.

Uno de los sucesos poco documentados es que, en 1981, Augusto Pinochet recibió el título de doctor *honoris causa* de la Universidad de Atacama. Este reconocimiento fue otorgado como muestra de agradecimiento por evitar que la universidad dejara de existir en la región. Sin embargo, con el retorno a la democracia, dicha distinción fue retirada debido a la presión ejercida por estudiantes y académicos¹³⁵.

¹³³ René Maurelia, Copiapó, año 2024.

¹³⁴ Mario Maturana, Copiapó, año 2025.

¹³⁵ <https://vozindomita.cl/fotorreportaje-uda/>



Granito orbicular: este granito es muy escaso en el mundo, y en Caldera hay un yacimiento del que probablemente viene este mineral. Acá estuvo una placa con el nombramiento del dictador Augusto Pinochet como doctor honoris causa de esta universidad, la que fue retirada al llegar la democracia.

Fotografía del sitio web Voz Indómita.

Capítulo 6:

Los centros de estudiantes como agentes de cambio: la Universidad de Atacama y su contribución a la resiliencia democrática en Copiapó post-1973.

Investigadora Carmen Burgos

Coinvestigadores: Paulina Campos, Vicente Cruz y Pablo Millones.

El rol de los centros de estudiantes en la formación ciudadana fue fundamental durante la dictadura militar, lo que llevó a su desaparición o intervención. En ese período, se prioriza una orientación centrada en la autoridad del profesor sobre la organización estudiantil. Sin embargo, algunas de estas organizaciones lograron reorganizarse y participaron activamente en los movimientos para la recuperación de la democracia en los años 80. Posteriormente al retorno de la democracia, cuando Ricardo Lagos asumió el cargo de ministro de Educación, en 1990, se promulgó el reglamento general de organización y funcionamiento de los centros de estudiantes de los establecimientos educacionales de educación media, estableciendo normas esenciales para estas entidades. Esta normativa representó un gesto político de reconocimiento a los estudiantes de secundaria. Junto con esta iniciativa, comenzó una proliferación de políticas públicas dirigidas a la juventud, lo que fragmentó la realidad juvenil en diversas problemáticas, como la violencia, el desempleo, la drogadicción y la apatía política. Esta estrategia se reflejó en la institucionalidad educativa mediante la implementación de múltiples programas y proyectos en las escuelas. La política social comenzó a ver al joven como un sujeto-problema, una visión que, si bien aplicable a un pequeño grupo de jóvenes en el sistema educativo, se convirtió en la perspectiva predominante en el entorno escolar. Como resultado, la mayoría de los docentes y estudiantes consideraban que los jóvenes de los años 90 eran un grupo en riesgo social, vulnerable y desprotegido, con oportunidades limitadas para estudiar o trabajar (Oyarzún et al., 2000:203).

El papel de los centros de estudiantes en Chile durante el golpe de Estado de 1973 y los años posteriores ha sido reconocido como un componente clave en la resistencia política y social del país. Particularmente en la Universidad de Atacama en Copiapó, estas organizaciones desempeñan un papel crucial en la organización y

movilización de los estudiantes, convirtiéndose en un mecanismo vital para la comunicación y solidaridad entre los grupos opositores al régimen autoritario. Los estudios han demostrado que los centros de estudiantes fueron fundamentales en la articulación de estrategias de resistencia y apoyo mutuo, lo cual es esencial para comprender el desarrollo de procesos de identificación política y social en contextos de represión.

A pesar de la amplia literatura existente sobre la resistencia estudiantil en Chile, sigue habiendo un vacío significativo en el conocimiento sobre el impacto específico de los centros de estudiantes en la Universidad de Atacama en Copiapó. Este capítulo busca contribuir a disminuir ese vacío, proporcionando claves para comprender cómo estas figuras sociopolíticas influyeron en la dinámica de resistencia y solidaridad antes y después del golpe de Estado de 1973.

La metodología utilizada para este estudio incluye un levantamiento de información sobre el estado de la cuestión, seguido de entrevistas en profundidad con antiguos miembros de los centros de estudiantes y otros actores clave. Posteriormente, se realizó un análisis del discurso político para identificar los temas recurrentes y las estrategias de cohesión y comunicación empleadas por estos grupos estudiantiles. Este enfoque permite una exploración detallada de las dinámicas internas de los centros de estudiantes y su papel en el contexto político y social de la época.

Los resultados del análisis destacan la solidaridad y la comunicación como elementos centrales en la participación de los centros de estudiantes, particularmente en términos de apoyo mutuo y resistencia ante la represión. Además, los centros estudiantiles, en su desplazamiento, se constituyen como un significativo vacío en términos de la función que cumplen, ya que poseen la capacidad de

impactar el desarrollo de procesos de identificación política entre los estudiantes y la comunidad en general.

Más que un resultado definitivo, esta propuesta subraya la posibilidad de que los centros de estudiantes no solo actúen como espacios de resistencia, sino también como catalizadores de cambio social y político. Como reflexión y apertura de horizonte intelectual, este capítulo intenta proporcionar una visión comprensiva del papel de los centros de estudiantes en la Universidad de Atacama en Copiapó, destacando su rol en los procesos de identificación política y social, su importancia en la construcción de redes de solidaridad y su contribución a la promoción de la resistencia política. Las implicaciones de estos hallazgos son significativas para el estudio de los movimientos estudiantiles y su impacto en el cambio social y político en América Latina.

Acercándonos a las organizaciones estudiantiles

Los centros de estudiantes desempeñan un papel crucial en la configuración de los entornos políticos y sociales, especialmente en contextos de inestabilidad política y social como ha sucedido en América Latina. En Chile, durante el periodo que rodea al golpe de Estado de 1973, bajo la presidencia de Salvador Allende, estas organizaciones estudiantiles emergieron como actores significativos en la resistencia y el cambio social. La Universidad de Atacama, ubicada en Copiapó, se convirtió en un epicentro de actividad estudiantil que reflejó y, en muchos casos, desafió las dinámicas políticas nacionales. Este capítulo busca aportar claves para la comprensión del fenómeno, abordando el papel de los centros de estudiantes en Copiapó desde una perspectiva amplia basada en el discurso político educativo.

Los centros de estudiantes son una parte fundamental del tejido social de las *universidades*, actuando como plataformas para la expresión estudiantil y la movilización política. Se ha demostrado que estas organizaciones no solo facilitan la representación estudiantil, sino que también fomentan un sentido de comunidad y solidaridad, permitiendo la identificación y concentración de demandas en sectores claves de cada región. En el contexto chileno, donde el golpe de Estado de 1973 marcó el inicio de una dictadura militar que reprimió severamente las libertades civiles, los centros de estudiantes adquirieron un rol aún más relevante. A través de diversas estrategias, estas organizaciones promovieron acciones reconocidas como catalizadoras de propuestas que, en algunos casos, se transformaron posteriormente en políticas educativas.

Para comprender el rol de los centros de estudiantes en contextos represivos, resulta indispensable dialogar con la teoría de los movimientos sociales y el concepto de resistencia cotidiana, en coherencia con el enfoque de la investigadora Renate Marsiske, entre otras autoras latinoamericanas. Desde esta perspectiva, las acciones estudiantiles en Copiapó después de 1973 no se limitaron a la confrontación abierta, sino que incluyeron prácticas discretas de subsistencia cultural, como la organización de círculos de lectura clandestinos y el uso codificado de consignas en murales universitarios. Estas estrategias, aunque aparentemente menores, constituyeron espacios de resistencia simbólica que erosionaron el autoritarismo y permitieron mantener viva la disidencia cuando la protesta directa era imposible. La tensión entre estas tácticas silenciosas y los momentos de movilización abierta revela la adaptabilidad estratégica de los movimientos sociales en contextos restrictivos (Tarrow, 1997).

Diversos estudios sobre Chile y los movimientos estudiantiles destacan que, más allá de la política formal, en el siglo XXI las

juventudes han desarrollado nuevas y variadas formas de participación en el ámbito político. Estas formas están basadas en experiencias dentro de agrupaciones políticas, culturales, de voluntariado y en expresiones colectivas como las denominadas tribus urbanas (Zarzuri, 2016; Sandoval y Carvallo, 2017). Los centros de estudiantes no solo ofrecen espacios para la resistencia política, sino que también funcionan como nodos de comunicación y coordinación para las actividades de oposición a la dictadura militar. Según Moya y Fuad (2019), las formas de representación de estos grupos estudiantiles se han diversificado. Por otro lado, Aguilera (2014), entre otras investigaciones, vincula el activismo estudiantil con cambios significativos en las estructuras políticas y sociales, destacando el papel de las juventudes como agentes de transformación.

En coherencia con lo anterior, Sandoval y Hatibovic (2019) señalan que "para las juventudes, la apropiación del espacio público a través de las acciones de protesta emerge como la estrategia definitoria de la acción colectiva del movimiento estudiantil, razón por la cual perciben como legítimas las acciones orientadas a perturbar el orden cotidiano a través de marchas y tomas" (p. 2010). Este enfoque reafirma la importancia de los centros de estudiantes en la articulación de resistencias y en la construcción de redes de solidaridad que contribuyen al cambio social y político en América Latina.

Investigaciones anteriores han documentado cómo, en situaciones de represión política, los sectores estudiantiles han utilizado sus plataformas para desafiar el *statu quo* y promover la democratización. Ejemplos de ello son las movilizaciones de 2005, 2006, 2010 y 2011, con la llamada Revolución Pingüina como la más emblemática. En el caso de la Universidad de Atacama, los centros de estudiantes no fueron la excepción, convirtiéndose en espacios donde se cultivó el

pensamiento crítico y se gestaron movimientos de resistencia que desafiaron las políticas autoritarias de la dictadura militar.

Pruebas recientes sugieren que la participación estudiantil en los centros de estudiantes no solo tuvo un impacto inmediato en la resistencia al golpe de Estado, sino que también contribuyó al desarrollo de procesos de identificación colectiva y conciencia política que perduraron más allá del periodo de dictadura. Sandra Carli (2012) proporciona una visión compleja de la universidad y el movimiento estudiantil, resaltando la diversidad y las tensiones internas relacionadas con las diferentes militancias. También subraya la importancia de la inclusión social en el acceso durante la crisis, así como el papel político y simbólico que tienen las tomas y asambleas universitarias en la defensa de la autonomía estudiantil y en la práctica de la democracia.

Anteriormente se ha observado que, en contextos de represión, las organizaciones estudiantiles pueden servir como incubadoras de liderazgo y agencia política, proporcionando herramientas para la participación activa en la vida cívica y política. Sin embargo, a pesar de la abundante literatura sobre el activismo estudiantil en Chile, existe un vacío en el conocimiento específico sobre el papel de los centros de estudiantes en la Universidad de Atacama durante y después del golpe de Estado de 1973. La mayoría de los estudios se han centrado en universidades de mayor tamaño en Santiago, dejando una brecha significativa en la comprensión del impacto de estas organizaciones en regiones más periféricas como Copiapó. Este vacío en la literatura subraya la necesidad de una investigación que explore cómo los centros de estudiantes en la Universidad de Atacama contribuyeron a las dinámicas de resistencia y cambio social en el contexto local.

El objetivo fue analizar el papel de los centros de estudiantes en la Universidad de Atacama, en Copiapó, desde el golpe de Estado de 1973 en adelante y arrojar luz sobre las dinámicas internas de estas

organizaciones y su impacto en el desarrollo de procesos de identificación y resistencia política. Al centrarse en una universidad regional como la de Atacama, este estudio no solo amplía el alcance geográfico de la literatura existente, sino que también proporciona una perspectiva más diversa sobre el activismo estudiantil en Chile.

El abordaje metodológico fue de carácter cualitativo y estructurado en tres fases principales: levantamiento de información sobre el estado de la cuestión, realización de entrevistas en profundidad y análisis del discurso político. Este diseño metodológico se implementó para garantizar una comprensión exhaustiva y contextualizada del papel de los centros de estudiantes en la Universidad de Atacama, Copiapó, durante y después del golpe de Estado de 1973.

En la primera fase, se realizó la revisión de la literatura existente sobre el activismo estudiantil en Chile, con un enfoque particular en los centros de estudiantes en universidades regionales. Se utilizaron bases de datos académicas como Scopus y Google Scholar para identificar artículos, tesis y documentos históricos relevantes (ver anexo 1). Los criterios de inclusión se centraron en trabajos publicados entre 1973 y 2023 que abordaran aspectos del activismo estudiantil, la resistencia política y las dinámicas sociales de las juventudes en contextos de represión. Se recopilaron un total de sesenta documentos, que fueron sistemáticamente analizados para identificar temas recurrentes y vacíos en el conocimiento. Finalmente, después de la reducción de los temas de los artículos seleccionados, quedaron clasificados en torno a la resistencia, comunicación y procesos de identificación política como constructos articuladores.

La segunda fase del estudio involucró la realización de entrevistas en profundidad. Se seleccionó una muestra intencional de seis participantes, compuesta por antiguos miembros de los centros de estudiantes, docentes y otros actores clave que participaron activamente en la Universidad de Atacama durante el período de

estudio. El criterio de selección se basó en su participación directa en actividades estudiantiles y su disposición para compartir experiencias. Las entrevistas se llevaron a cabo en un formato semiestructurado (ver anexo 2), permitiendo flexibilidad para explorar temas emergentes. Cada entrevista tuvo una duración aproximada de sesenta a noventa minutos y se registraron en audio con el consentimiento informado de quienes participaron. Posteriormente, las grabaciones fueron transcritas para su análisis.

La tercera fase consistió en el análisis del discurso político para examinar los discursos y narrativas emergentes de las entrevistas y los documentos históricos recopilados. Este análisis se centró en identificar las estrategias discursivas utilizadas por los centros de estudiantes para evidenciar su resistencia, comunicación y movilización política. Se empleó el software NVivo para codificar los datos cualitativos, facilitando la identificación de patrones y temas centrales en el discurso estudiantil.

El análisis se estructuró en torno a categorías temáticas predefinidas, tales como resistencia, solidaridad, comunicación y procesos de identificación política, que fueron identificadas en el levantamiento inicial de información. En cada fase del estudio, se implementaron reuniones y capacitaciones para quienes realizaron las entrevistas con el fin de garantizar la confiabilidad de los discursos y la reserva de los testimonios.

En la fase de análisis del discurso, se aplicaron técnicas de triangulación para corroborar los hallazgos con otras fuentes de datos. Este enfoque metodológico cualitativo permitió una exploración detallada y matizada del papel de los centros de estudiantes como un movimiento social en la Universidad de Atacama, ofreciendo una perspectiva integral sobre su impacto en la resistencia política y el desarrollo de procesos de identificación en un contexto de represión.

La combinación de métodos cualitativos, como el análisis de información de archivo, fotografías y el uso de herramientas tecnológicas avanzadas para el procesamiento de datos, garantiza la profundidad del estudio, contribuyendo a una comprensión más completa del fenómeno investigado.

Una organización quebrada y reestructurada

Partiremos considerando que la actual Universidad de Atacama se veía en 1973 tal como se muestra en la fotografía:



Fotografía Archivo Biblioteca Nacional. La Universidad de Atacama, ex UTE Universidad Técnica del Estado 1973.

A principios de la década de 1970, la participación organizada de los estudiantes desempeñaba un rol crucial, como lo recuerda Angélica Pallas (2014), en un contexto donde diversas familias se asentaban en los márgenes del río Copiapó, cerca del Puente La Paz que conecta con el cementerio. La precariedad era extrema, con condiciones de pobreza, humedad y frío intenso, lo que derivó en enfermedades graves como neumonía y tuberculosis, generando preocupación pública. Ante esta crisis, en 1971, estudiantes de la UTE, entre ellos Dagoberto Cotés, se reunieron con Adolfo Pallas y otros miembros

del clero obrero de la Catedral para encontrar soluciones. En conjunto con los pobladores locales y otros sectores de la ciudad, llevaron a cabo la ocupación de un terreno baldío en el Callejón Luis Flores, próximo al regimiento, dando origen al campamento "Arnoldo Ríos"¹³⁶. Durante su desarrollo, los estudiantes tuvieron un papel central, contribuyendo activamente a la organización y distintos ámbitos de trabajo.

Después del golpe de Estado de 1973 en Chile, los centros de estudiantes universitarios enfrentaron una dura represión. La dictadura militar de Augusto Pinochet intervino las universidades, disolvió organizaciones estudiantiles y persiguió a líderes estudiantiles. Muchos fueron detenidos, muertos, exiliados o desaparecidos. La autonomía universitaria fue eliminada, y las instituciones educativas fueron sometidas a un estricto control estatal.

La Universidad de Atacama fue testigo de estos hechos. La muerte de Raúl Leopoldo de Jesús Larravide López, quien fuera presidente del Centro de Estudiantes con apenas veintiún años, junto con la pérdida de Edwin Ricardo Mancilla Hess, estudiante de Pedagogía en la UTE y líder de su Centro de Estudiantes en 1973, dejaron una huella imborrable en la comunidad universitaria. A estos hechos se sumó la posterior desaparición de Pedro Gabriel Acevedo Gallardo, de diecinueve años, estudiante de Ingeniería en Minas de la UTE y presidente de su Centro de Estudiantes. Estos acontecimientos no solo representaron un dolor profundo para sus familiares y compañeros, sino que también se convirtieron en un precedente para la lucha y organización estudiantil, reforzando el compromiso con la memoria y la justicia en el ámbito académico.

¹³⁶ Angélica Palleras, Copiapó, año 2024.

A lo largo de la década de los setenta, la organización estudiantil, al igual que otras agrupaciones territoriales, enfrentó un periodo de desmoralización y estancamiento. Sin embargo, en 1982, la Universidad de Atacama se convirtió en la primera en lograr su democratización, acompañada en paralelo por la Universidad Católica del Norte y la Universidad de Antofagasta. Con el paso del tiempo, los movimientos estudiantiles consiguieron reorganizarse y desempeñar un papel fundamental en la resistencia contra el régimen. Posteriormente, sus demandas comenzaron a manifestarse en las calles, reflejando la tradición y la lógica de actuación política propia de los sectores de la insurgencia estudiantil.

Las experiencias de los y las dirigentes estudiantiles reflejan una variedad de testimonios sobre represión, resistencia y solidaridad en Chile, especialmente en contextos universitarios y comunitarios. Durante el inicio de la dictadura, los estudiantes fueron víctimas de represión y censura. Rápidamente tuvieron que deshacerse de todo aquello que identificara sus ideales políticos o su visión del mundo. Al igual que en el resto del país, en los hogares de los copiapinos y copiapinas se vieron obligados a esconder discos, libros y revistas, así como a quemar identificaciones, lo que evidencia la persecución cultural y la censura impuestas por el régimen. Entre las publicaciones prohibidas se encontraban revistas como *Ramona*, *Parra* y *Puro Chile*, reflejando el estricto control sobre la producción artística e intelectual.

El primer vínculo que se fortaleció fue el de la solidaridad estudiantil, especialmente con aquellos estudiantes que enfrentaban dificultades económicas y persecución política. La resistencia comenzó a gestarse en las asambleas masivas dentro de los espacios universitarios, demostrando la capacidad organizativa de la comunidad estudiantil para defender sus derechos e integridad territorial. Enfrentar la

dictadura implicó momentos de represión directa, caracterizados por disparos, agresiones físicas, detenciones y heridas graves.

Prácticas y discursos

En esos días del año del golpe y posteriores, se puede observar cómo las demandas en términos conceptuales y estéticos aparecían en las calles, siguiendo la tradición y la lógica de acción política de los sectores de la insurgencia estudiantil. La pretensión de identificar cómo se fue llenando el significado vacío de los centros de estudiantes y qué peso discursivo tiene, nos acerca a observar distintos soportes fotográficos en donde apoyar y triangular la información.



Fotografía donada por Marco Ortega. Rayado en los muros de la Universidad de Atacama, 1988.

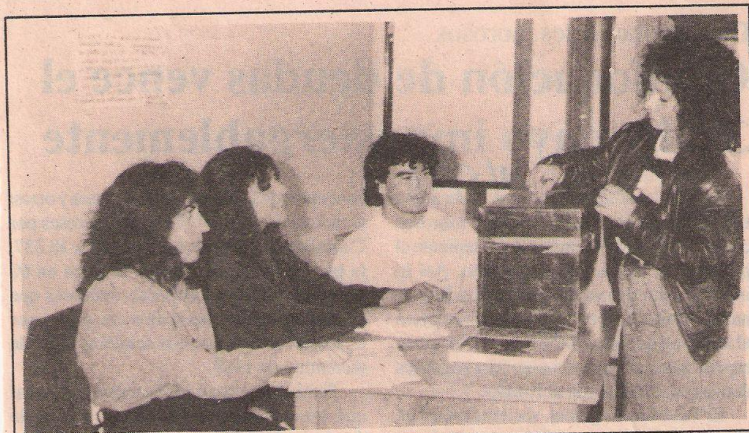
La categoría de “**solidaridad**” emergió como un componente central en las actividades de los centros de estudiantes en la Universidad de Atacama. Este fenómeno, además de ser fundamental en la postura y principios políticos del momento, se hizo presente en el quehacer

universitario. Muestra de ello es la manifestación que tiene a través de la creación de redes de apoyo entre el estudiantado, con la realización de actividades como peñas, encuentros, ollas comunes, huelgas por mejores condiciones, entre otras, facilitando la cohesión interna y el fortalecimiento de la comunidad estudiantil.

La solidaridad no solo se expresó en términos de apoyo emocional, sino también en la organización de estrategias para enfrentar las adversidades impuestas por el contexto político. Los ataques de las fuerzas de orden y de agentes del Estado y la represión sostenida desde distintos ámbitos obligaron al grupo de estudiantes a pensar en maneras de enfrentamiento a través de su centro de estudiantes. Se interpreta que los centros de estudiantes desarrollaron canales de comunicación que permitieron la difusión de información relevante a partir de sus reuniones y encuentros, y esa lógica trascendió a los años posteriores. Un ejemplo de ello es el levantamiento del 2006, la Revolución Pingüina, donde la comunicación fue un elemento clave. Estos canales no solo facilitaron la planificación de actividades de resistencia, sino que también promovieron un sentido compartido de propósito y dirección entre los miembros del cuerpo estudiantil.

En sentido estricto, se puede observar cómo un grupo de estudiantes, unidos y con una actitud inquieta, trabaja por el bien común. Sin embargo, desde el punto de vista de la acción social, se puede observar un fenómeno: la representación del movimiento estudiantil universitario en Chile. De este modo, las aseveraciones sugieren que el siglo XXI se ha consolidado como el principal medio de expresión de las disputas sociopolíticas de las generaciones jóvenes. Es claro que distintos grupos, organizaciones y federaciones de estudiantes han liderado y participado en movilizaciones masivas y eventos históricos, formando identidades generacionales a través de diversos "ciclos sociopolíticos", mediante su propia organización dentro de la universidad como centro de estudiantes. Según Garretón y Martínez

(1985), los estudiantes son un campo central donde se desarrollan los conflictos culturales de la sociedad, lo que implica que ningún tema les es ajeno. A partir de ello, los discursos y los archivos describen una realidad sociopolítica importante que es preciso considerar al momento de interpretar lo que estaba sucediendo en 1973 con los centros de estudiantes en Chile y particularmente con el Centro de Estudiantes de la Universidad de Atacama.



En la imagen, se aprecia a estudiantes durante el plebiscito realizado el martes 7 de mayo, donde se acordó la paralización de actividades que se mantiene aún.

Estudiantes

En asamblea deciden destino de la huelga

A las 10 horas de hoy se efectuará una asamblea general convocada por la Federación de Estudiantes, con el objeto de determinar el destino de la paralización de actividades, en cuanto a su prolongación o terminación, según señaló en la tarde de ayer el presidente, Mario Peña Pérez.

Al entrar al quinto día hábil del movimiento por reivindicaciones de tipo económico centradas en lo que califican escaso monto asignado del denominado Crédito Universitario a los estudiantes, el dirigente señaló que se habían entrevistado en la capital con el Ministro de Educación, Ricardo Lagos.

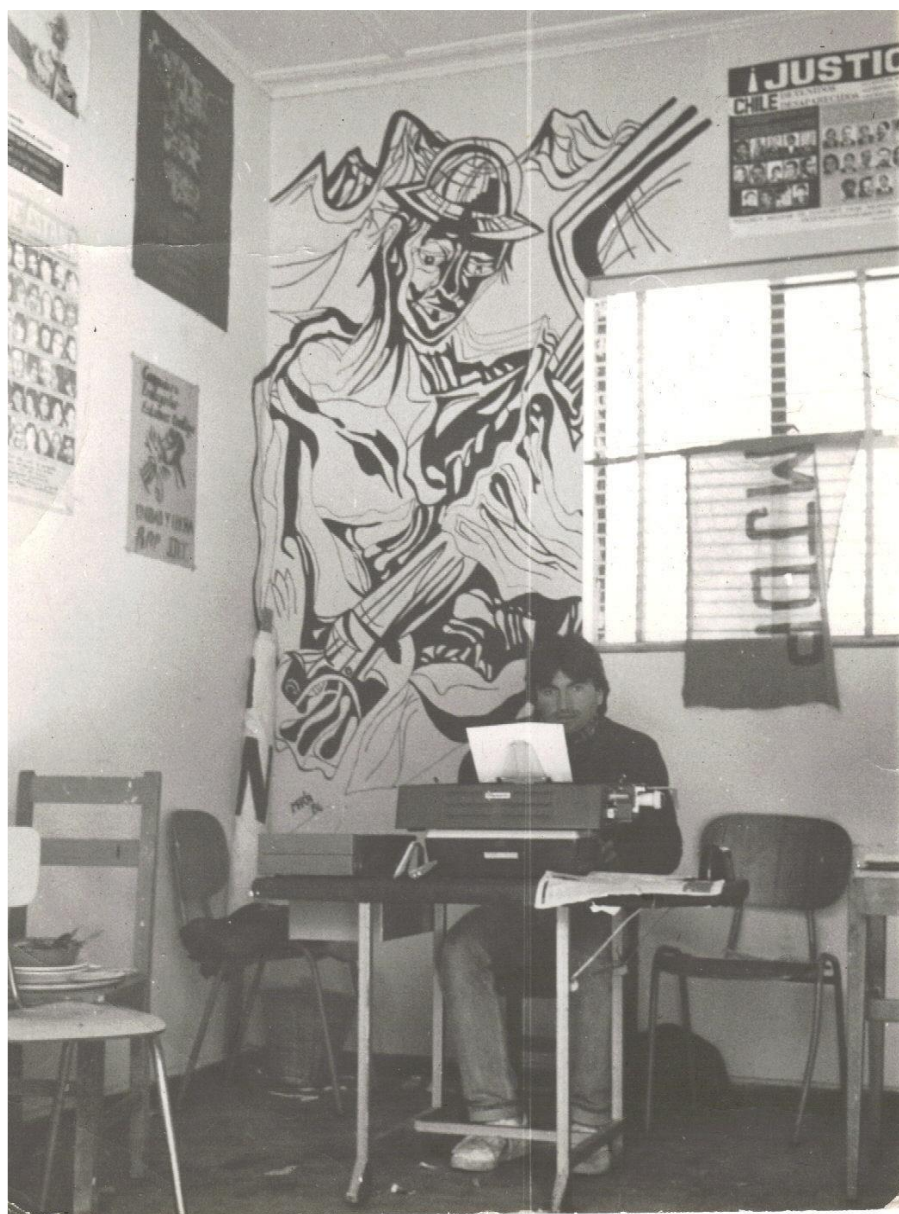
Después de algunas consideraciones, el Secretario de Estado manifestó a los dirigentes que estudiaría durante el año la situación que dependería de los retornos que deben hacer los estudiantes de los créditos asignados.

Mario Peña calificó dentro de la media el resultado de la conversación, debiendo dar una cuenta hoy a sus compañeros.

También se entrevistó ayer con el Rector Mario Maturana, esperando analizar una respuesta por escrito, que publicamos en esta página, de la autoridad para adoptar una determinación en las próximas horas en cuanto a la prolongación o término del paro.

Fotografía donada por Marco Ortega. Asamblea espacio deliberativo.

En coherencia con lo expresado anteriormente, se cuentan con otros soportes que nos muestran pliegues históricos posibles de leer e interpretar, como el análisis de panfletos y actas de asambleas, la difusión y exposición en diarios y medios de comunicación, como la radio universitaria. Esta misma revela cómo los estudiantes de Atacama pudieron tejer alianzas con sectores no tradicionalmente politizados. Esta manera de comunicar explica, en parte, por qué las movilizaciones en Copiapó mantuvieron continuidad incluso durante los años más crudos de la represión, a diferencia de lo ocurrido en otras universidades, donde la resistencia adoptó formatos más confrontacionales y efímeros.



Fotografía donada por Marco Ortega. Dirigente estudiantil Alfonso Gamboa en el Centro de Estudiantes, escribiendo una declaración pública.

La participación activa de los estudiantes en los centros de estudiantes fue identificada como un factor significativo en la articulación en los años posteriores al 73. Algunos datos indicaron que la participación no solo incrementó el compromiso individual con las causas defendidas por los centros, sino que también potenció la capacidad de los estudiantes para influir en el entorno político y social, formando parte de un ciclo sociopolítico importante en la historia de los movimientos estudiantiles en Chile. Los centros de estudiantes son un espacio de deliberación democrática en sí mismos y requieren un análisis discursivo para ser entendidos en el entramado genealógico. Uso esta categoría porque para el análisis que se describe se precisa una visión amplia y no solo de los hechos históricos tal como sucedieron, sino más bien es una interpretación de la importancia de dichos contornos sociales.



Fotografía donada por Marco Ortega.
Campaña del centro de estudiantes, 1987.

Uno de los factores que se rescata es el apoyo, tanto interno como externo; este se reveló como un pilar fundamental en la operatividad de los centros de estudiantes. Internamente, el apoyo se manifestó en la forma de colaboración y asistencia mutua entre los estudiantes, lo que fortaleció la resiliencia del grupo frente a las presiones externas,

reuniones en horarios determinados por el grupo, organización en términos alimenticios, entre otros. Finalmente, los centros estudiantiles fueron identificados como un significante vacío en términos de su influencia en el desarrollo de procesos de identificación política y social. El significante vacío, desde el análisis del discurso de Ernesto Laclau (2005), considera que un significante se torna vacío cuando su significado se llena de significados disímiles, que no alcanzan a completar su significado en términos de totalidad, debido a que es una constante inacabada. Una totalidad indescifrable. Este concepto de significante vacío sirve para la lectura de la realidad, hablando en sentido lacaniano, se refiere a la capacidad de los centros para actuar como espacios simbólicos que catalizan la formación de identidades colectivas entre los estudiantes.

La noción laclosiana del significante vacío (Laclau, 2005) ofrece una clave para comprender cómo los centros de estudiantes lograron articular demandas diversas bajo un mismo símbolo aglutinador. Al encarnar la lucha por “dignidad estudiantil”, un concepto lo suficientemente abierto para incluir desde calificaciones académicas hasta denuncias de violaciones a los derechos humanos, funcionó como esos puntos nodales que trascendieron particularismos. Este significante vacío actuó como imán discursivo, permitiendo que mineros despedidos, familias de detenidos desaparecidos y pequeños comerciantes afectados vieran reflejadas sus luchas en la bandera estudiantil del Centro de Estudiantes de la Universidad de Atacama. La eficacia política de este mecanismo identificador residió precisamente en su vaciedad constitutiva: al no fijarse un contenido específico, podía ser reapropiado continuamente según las urgencias del contexto represivo. Es decir, los centros de estudiantes, donde quiera que se constituyan, actúan como catalizadores de emergencia, de contingencia, de desplazamientos y de posturas ante la demanda social.



Fotografía donada por Marco Ortega. Triunfo del No plaza de Armas de Copiapó.

Las entrevistas sugieren que la acción de un centro de estudiantes como grupo específico no solo facilita la identificación con causas políticas específicas, sino que también promueve la construcción de identidades que trascienden el ámbito universitario, impactando en todos los ámbitos de la sociedad, en lo cultural y en lo político. Algo relevante es que lo hacen de manera más amplia; esto es, no solo atraviesan lo mencionado a nivel macro, sino que acceden al aparato simbólico y a la representación social de lo que se puede observar. Luis Alberto Argueta (2010) expresa: "Los movimientos estudiantiles no solo representan demandas académicas, sino que también se convierten en plataformas para la construcción de identidades colectivas que impactan en la sociedad en su conjunto".



Fotografía donada por Marco Ortega. Asamblea de estudiantes.



Fotografía donada por Marco Ortega. Encuentro de estudiantes universitarios en el parque El Pretil.

En el mismo orden de ideas, Silva (2009) redacta una frase que quisiera acercar a lo dicho por las y los entrevistados: "Los movimientos sociales, incluidos los estudiantes, han sido cruciales para redefinir el espacio público y las identidades políticas en el país, trascendiendo el ámbito de la universidad". O Garretón (2003), cuando expresa que "los estudiantes son actores principales en la reconfiguración de la cultura política, y su acción colectiva influye en múltiples esferas de la sociedad". Solo por mostrar algunas citas representativas, porque existe una bibliografía extensa sobre el tema, lo que se quiere destacar es la importancia de comprender que desde hace más de una década se ha enaltecido la participación de estos grupos. Se habla de las insurgencias en los procesos democráticos latinoamericanos, y en este caso, su mecánica y forma de actuación se realizará bajo una misma pretensión, bajo los mismos deseos de libertad y de expresión democrática, derecho a la organización, a la visualización de problemáticas contingentes y a proponer posibles soluciones, entre otras.

En el análisis de los discursos, se interpreta que la memoria y el aprendizaje de los errores pasados son esenciales para la construcción de un futuro más sólido. Marco Ortega¹³⁷ reflexiona sobre este aspecto al afirmar: "La memoria es construir el futuro a partir de los errores del pasado". Esta perspectiva resalta la importancia de aprender de las experiencias previas para evitar repetir los mismos errores. Ortega también comenta sobre la tendencia humana de tropezar repetidamente con los mismos obstáculos: "El ser humano es la única especie animal, que tropieza dos veces con la misma piedra. Lo peor es que no veas nunca la piedra". Estos comentarios subrayan la necesidad de una reflexión crítica sobre el pasado para fomentar un cambio social y una evolución positiva, lo cual se considera esencial para el progreso de la sociedad. Esta posibilidad de

¹³⁷ Marco Ortega, Copiapó, año 2024.

proyección solo es posible a través de la conciencia social, tarea de la educación y de la sociedad.

Por otro lado, la organización estudiantil se transforma en la evidencia concreta del poder juvenil. Vale destacar la trascendencia de los centros de estudiantes al afirmar: "Un centro de estudiantes es una entidad fundamental para la organización interna de las universidades, ya que permite la participación activa de las y los estudiantes en la toma de decisiones y en la defensa de sus derechos e intereses". Luis Acuña¹³⁸ complementa esta idea, señalando que "la organización es fundamental, ¿no es cierto...?, a cualquier proceso de transformación, de cambio de decisión, en cualquier espacio". Estos testimonios evidencian que la participación activa y la organización son claves para fomentar una democratización efectiva y una evolución social que permita a las y los estudiantes ser agentes de cambio en sus comunidades, ser y hacer en función de las demandas sociales que los interpelan, ser un grupo que actúa para un proyecto social amplio.

Respecto a la categoría de **solidaridad y colectividad**, Marcos Ortega¹³⁹ señala: "En esencia, lo que buscábamos como movimiento estudiantil era una universidad abierta, más solidaria y más humana. Especialmente, queríamos terminar con la dictadura y construir un país democrático, con un pensamiento abierto a la intelectualidad y que no tuviera limitado su acceso a los recursos económicos". En la categoría de cambio social y evolución, el entrevistado coincide en que "el tejido social está muy destruido. No sé cómo... Yo no tengo la... Como estoy tan alejado de esto y construido desde mi aspecto en algunas cosas, la reconstitución de las relaciones sociales, las culturas de signos... Perdimos los valores". Lo que queda como mensaje tiene relación con la utopía, vista desde Bloch (1986): "Que nunca dejen de

¹³⁸ Luis Acuña, Copiapó, año 2024.

¹³⁹ Marco Ortega, Copiapó, año 2024.

soñar, que tengan ideales por los que luchar, que no se encierren en el pequeño cuadrado del individuo. Que, si bien hoy día hay hartas opciones para estudiar, siempre hay alguien al que le cuesta más que a otros. Y no dejar de extender la mano".

Para Ernst Bloch, la utopía no es un mero idealismo abstracto, sino una "esperanza concreta" arraigada en la capacidad humana de anticipar un futuro mejor a partir de las posibilidades latentes en el presente (El principio esperanza, 1959). Bloch distingue entre lo aún-no-consciente (las potencialidades no realizadas) y lo aún-no-llegado-a-ser (el horizonte utópico que orienta la acción). La utopía, así, es un motor para el cambio social, pues revela las fisuras en lo establecido y moviliza la lucha por "lo que aún no ha sido".

El mensaje del entrevistado "no dejar de soñar", "tener ideales", "extender la mano" resuena con la concepción blochiana de la utopía como práctica colectiva. La crítica a la destrucción del tejido social ("perdimos los valores") refleja lo que Bloch llamaría alienación: la ruptura de los vínculos comunitarios bajo estructuras opresivas (individualismo, desigualdad). Sin embargo, en ese diagnóstico pesimista surge también la chispa utópica: la demanda de reconstituir relaciones basadas en solidaridad, no en el "pequeño cuadrado del individuo".

Si se piensa en la articulación con los centros de estudiantes, se tiene la educación como praxis utópica: para Bloch, la educación debe fomentar el pensar esperanzado, es decir, la capacidad de criticar lo existente y proyectar alternativas. Los centros de estudiantes actúan como laboratorios de utopía concreta, promoviendo diálogos sobre justicia educativa (cita el discurso "siempre hay alguien al que le cuesta más") y articulando redes de apoyo (tutorías, becas). La lucha por lo "aún-no": la invitación a "tener ideales" se vincula con la idea blochiana de que la utopía exige praxis, no pasividad. Los centros de estudiantes, al organizar demandas (acceso universal a la educación,

equidad), encarnan ese impulso de transformar el presente desde lo posible.

Desde el sentido de la reconstrucción de lo social: la utopía blochiana no es escapismo, sino un llamado a rehabilitar el mundo desde valores compartidos. Frente a la fragmentación social, los centros son espacios de encuentro que reconstituyen culturas de solidaridad, por ejemplo, mediante asambleas participativas o proyectos comunitarios, materializando así el "extender la mano".

En síntesis, el mensaje seleccionado desde los discursos refleja la tensión blochiana entre el ahora deteriorado y el horizonte utópico. Los centros de estudiantes, al fusionar el sueño con la acción colectiva, pueden ser agentes de ese "principio esperanza" que Bloch veía como esencia de lo humano: la certeza de que el mundo no está terminado y de que otro futuro es posible si se lucha por él.

Luis Acuña¹⁴⁰, en el discurso entregado, describe la universidad como un espacio con una "identidad más comunitaria", donde la solidaridad se manifiesta en acciones concretas, como la recolección de firmas y la lucha por mantener el carácter universitario de la institución durante la dictadura cívico-militar. Ambos, el entrevistado y el autor, coinciden en que la solidaridad es fundamental para reconstruir el tejido social, especialmente en un contexto donde el individualismo y la falta de valores colectivos han erosionado las relaciones humanas. La solidaridad, según estos testimonios, no solo es un valor moral, sino una herramienta de transformación social. Como se ha destacado en el escrito del capítulo, es esencial comprenderlo desde ahí y leer los centros estudiantiles también en ese horizonte.

En cuanto a la **categoría de participación y organización**, Carlos Rodríguez¹⁴¹ señala: "Participamos en la constitución de la elección del Centro de Estudiantes de Humanidades, que en ese tiempo era

¹⁴⁰ Luis Acuña, Copiapó, año 2024.

¹⁴¹ Carlos Rodríguez, Copiapó, año 2024.

uno solo para todas las carreras de Humanidades". Esto deja entrever que las humanidades, como disciplinas afines a la educación, estaban aún más presentes, eran más relevantes y tenían más espacio. Lo que se está viviendo hoy es un despertar de aquello, un estado de resurgencia de los sentidos.

Otra de las cuestiones que se pudo recabar de los discursos del Colegio de Profesores de Copiapó, en voz de don Carlos Rodríguez, es que existe una identidad y orgullo: "Siempre planteé que era obrero, era un obrero en la universidad". También se puede identificar la idea de "impacto en la educación": "El Centro de Estudiantes nos permitió resolver algunas cosas y contribuir al desarrollo de la vida estudiantil". Y nuevamente, la participación como eje articulador entre los discursos y como un significante que interpela los acontecimientos ocurridos. Involucramiento en la comunidad: "No olvidándome jamás de mi origen, siempre me vi como un obrero en un espacio académico".

Estas citas reflejan su experiencia y la importancia que le daba a la organización estudiantil y su identidad como trabajador dentro de la universidad, entendida como una en diversidad. Estas citas que se han mostrado de los discursos acuñan la fuerza con que estos contornos sociales, centros de estudiantes y movimientos estudiantiles articulan lo social y lo educativo, desenvainan la mirada del pasado para mostrar un horizonte comprensible y disponible a la identidad chilena y del norte de Chile, en la Universidad de Atacama.

Discusión

Esta exploración reflexiva muestra que los centros de estudiantes estudiantiles en la Universidad de Atacama desempeñaron un papel fundamental en la configuración de dinámicas de resistencia, solidaridad, comunicación y participación durante el periodo posterior al golpe de Estado de 1973 en Chile. Otra de las cuestiones relevantes es que este espacio, este libro, constituye la primera vez que se documenta cómo esta organización estudiantil actúa en los espacios políticos y territoriales, cómo la categoría de centro de estudiantes actúa como significante vacío, impactando profundamente en el desarrollo de procesos de identificación de un grupo de estudiantes, de un grupo de personas en el territorio que representa la visión política y social en un contexto de represión.

Este trabajo, en concreto el texto completo, se transforma en un aporte al describir la manera en que el centro de estudiantes no solo facilitó el apoyo mutuo entre los estudiantes, sino que también promovió una cultura de resistencia y cohesión comunitaria que fue crucial para la movilización de los proyectos que continuaron. Una posible explicación de estos resultados puede ser la estructura organizativa de los centros de estudiantes, que permitió una comunicación eficiente y la creación de redes de apoyo que trascendieron las barreras impuestas por la dictadura cívico-militar fuera de la universidad. Este resultado puede explicarse por la capacidad de los centros para actuar como nodos de intercambio de información y recursos, lo que a su vez fomenta un sentido de pertenencia y solidaridad entre los estudiantes, que se siente en el discurso; todos expresan que es un espacio importante de expresión y de opinión.

Otra posible interpretación es que la participación activa en estos centros brindó a los estudiantes una plataforma para el desarrollo de

habilidades de liderazgo y organización, lo que les permitió articular sus demandas y resistir, dando sentido a la movilización. Esta interpretación concuerda con estudios sobre el activismo estudiantil en América Latina que han mostrado cómo estas organizaciones han sido cruciales para la articulación de movimientos de resistencia y la promoción de la democracia. Los discursos apuntan a lo que se ha constatado en investigaciones anteriores que sugieren que los estudiantes, a través de sus asociaciones, pueden desafiar eficazmente las estructuras de poder autoritarias y contribuir al cambio social, corroborando la idea de que los centros de estudiantes pueden servir como espacios de incubación para el desarrollo de identidades políticas y sociales que son esenciales para la resistencia a largo plazo.

A pesar de lo mencionado, es preciso hacer alusión a la limitación que se advierte de los hechos y su implicancia en términos geográficos del estudio, porque este capítulo intenta concentrarse exclusivamente en la Universidad de Atacama en Copiapó. El capítulo proporciona una comprensión del contexto local, por ello puede no ser representativo de las dinámicas estudiantiles en otras regiones de Chile o en otros países con contextos sociopolíticos diferentes. Sin embargo, esta limitación no disminuye la importancia de lo interpretado, sino que más bien subraya la necesidad de investigaciones futuras que exploren estos fenómenos en un contexto más amplio.

Al actuar como signifiicante vacío, el centro de estudiantes como categoría discursiva ofrece un espacio donde las y los estudiantes pueden construir y negociar sus identidades colectivas en respuesta a las condiciones externas, en respuesta a su propio devenir, que se encuentra articulado y proyectado en conjunto, desde el grupo. Este proceso de identificación no solo fortalece la cohesión interna de los grupos estudiantiles, sino que también les permite articular sus demandas de manera más efectiva y resistir colectivamente, someter

discursos a juicios. Establecer discursos y argumentos para la defensa de los derechos humanos y de la educación democrática.

La capacidad de comunicación que se atendió con antelación es coherente con las teorías sociológicas que destacan la importancia del capital social en la organización colectiva y el cambio social. Al proporcionar un espacio para la interacción social y la creación de redes, los centros de estudiantes no solo facilitaron la resistencia política, sino que también contribuyeron al desarrollo de un sentido compartido de comunidad y propósito. Este estudio destaca la importancia de la resistencia, la solidaridad, la comunicación y la participación en la comunidad de la Universidad de Atacama, representada en su centro de estudiantes.

Estos hallazgos no solo tienen implicaciones para el estudio del activismo estudiantil en Chile, sino que también proporcionan un marco para entender el papel de las organizaciones estudiantiles en otros contextos, en contextos de vulnerabilidad, de precariedad laboral, de cambio climático, de tecnologías de la información y de la inteligencia artificial.

El concepto de "repertorio", desarrollado por Charles Tilly (2006) en sus estudios sobre movimientos sociales y acción colectiva, recuerda que un centro de estudiantes actúa como tal y se refiere al conjunto de acciones, tácticas y formas de protesta que los grupos utilizan históricamente para hacer demandas colectivas frente a autoridades, oponentes o instituciones. Según Tilly, los repertorios son patrones de acción que evolucionan con el tiempo y están condicionados por el contexto político, social y cultural. Por ejemplo, en ciertos regímenes, las manifestaciones públicas o las huelgas pueden ser parte de un repertorio común, mientras que en otros contextos predominan acciones como peticiones formales, boicots o resistencia pasiva.

La idea central es que estos repertorios no son aleatorios, lo que es relevante porque nos muestra cómo reflejan las oportunidades y

restricciones que enfrentan los actores colectivos, así como su aprendizaje histórico sobre qué tácticas son efectivas o legítimas en una sociedad determinada. En resumen, el concepto de repertorio ayuda a entender cómo los grupos organizan su resistencia o demandas dentro de marcos específicos, combinando tradición e innovación en la lucha política.

Este estudio identificó que los centros de estudiantes desempeñan un papel fundamental en la promoción de la solidaridad, la comunicación y la participación activa, destacando especialmente el apoyo como un eje central en el contexto de la Universidad de Atacama en Copiapó durante el periodo posterior al golpe de Estado de 1973. Se revela que el espacio del centro de estudiantes de la Universidad de Atacama fue un espacio de resistencia política, sino que también actuó como un significativo vacío en términos de su capacidad para impactar el desarrollo de procesos de identificación entre los estudiantes. En resumen, la interpretación demuestra que el centro de estudiantes contribuyó significativamente a la cohesión social y al fortalecimiento de las identidades colectivas. La importancia de lo dicho radica en su capacidad para iluminar los mecanismos a través de los cuales las y los estudiantes pueden influir en el entorno político y social, proporcionando información valiosa para el estudio de movimientos estudiantiles en América Latina y otros contextos similares. Las y los estudiantes, en su configuración de contorno social articulador, consideran un nodo central de movilidad de las posibilidades sociales en cuanto a un proyecto social amplio.

Se requiere más trabajo para profundizar en la comprensión de las dinámicas internas de los centros de estudiantes y su impacto en la formación de identidades políticas, porque una cuestión es que de la organización emerjan líderes y otra es que de la organización estudiantil se creen leyes y cambios estructurales. Futuras investigaciones deberían enfocarse en explorar cómo estas

organizaciones pueden adaptarse y evolucionar en respuesta a cambios en el entorno político y social, ambiental, examinando su papel en la promoción de la democracia y los derechos humanos.

Además, sería beneficioso realizar estudios comparativos entre diferentes universidades y regiones para determinar las variaciones en las estrategias de resistencia y movilización estudiantil de los centros de estudiantes, ver la paridad de género y otras cuestiones relevantes. Se considera necesario emprender más investigaciones para investigar el impacto a largo plazo de los centros de estudiantes en el desarrollo de liderazgos políticos y sociales, así como su influencia en la configuración de políticas educativas y sociales en contextos de transición democrática.

La experiencia de Copiapó confirma la hipótesis de Melucci (1996) sobre los movimientos sociales como laboratorios de identidad. Los centros de estudiantes funcionaron como espacios donde no solo se organizaba la resistencia, sino donde se redefine continuamente lo que significaba ser estudiante bajo dictadura cívico-militar: de meros receptores de conocimiento a sujetos políticos capaces de incidir en el espacio público. Esta transformación identitaria, sustentada en redes de solidaridad cotidiana, explica la perdurabilidad del activismo estudiantil atacameño más allá de coyunturas específicas.

Bibliografía:

Aguilera, Oscar (2014). Generaciones: movimientos juveniles, políticas de la identidad y disputas por la visibilidad en el Chile neoliberal. Buenos Aires: Clacso.

Aguilera, Oscar. (2012) "Repertorios y ciclos de movilización juvenil en Chile (2000-2012)". Utopía y praxis latinoamericana: revista internacional de filosofía iberoamericana y teoría social 57 (2012): 101-108.

Bloch, E. (1986). El principio de la esperanza (Volumen 1). Ediciones Ariel.

Sandra Carli, (2012) El Estudiante Universitario: hacia una historia del presente de la educación pública (Buenos Aires: Siglo XXI, 2012). <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/115409>.

Juan Sandoval Moya y Fuad Hatibovic Díaz (2019). Legitimidad y acción colectiva: El caso del movimiento estudiantil chileno. XXXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Lima.

Fleet, Nicolas. 2011. Movimiento estudiantil y transformaciones sociales en Chile: una perspectiva sociológica. Polis (Santiago), 10(30), 99-116. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682011000300005>

Renate Marsiske 2017, Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina V, México, IISUE-UNAM, 2017, 438 pp.

Garretón, Manuel Antonio; Martínez, Javier El movimiento estudiantil: conceptos e historia Santiago de Chile: Ediciones SUR, Tomo 4, 1985 Obtenido desde: <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=37>. [Consultado en: 06-04-2025]

Scott, James C. (1985). *Armas de los débiles: Formas cotidianas de resistencia campesina*. Yale University Press.

Sandoval, M. (2012). La desconfianza de los jóvenes: sustrato del malestar social. *Última Década*, 20(36), 43-70.

Arditi, B. (2012). "Las insurgencias no tienen un plan, ellas son el plan: performativos políticos y mediadores evanescentes en 2011". *Debate Feminista* 23(42): 146-169.

Zarzuri, R. (2016). Las transformaciones en la participación política de los jóvenes en el Chile actual. En M. A. Garretón (Coord.), *La gran ruptura. Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI*. (pp. 133-159). Ediciones LOM: Santiago.

Anexo 1: Artículos y textos seleccionados.

Fuente	Título	Autor(es)	Año	Resumen y Hallazgos
JSTOR	"Movimientos estudiantiles y cambio político en Chile: 1973-1990".	María Valenzuela Elena	1990	Analiza el papel de los estudiantes en la resistencia contra la dictadura chilena, destacando su papel en la movilización política y social.
JSTOR	"El rol de las organizaciones estudiantiles en el proceso de democratización en Chile".	Juan Pablo Luna	2004	Examina cómo las organizaciones estudiantiles (centros de estudiantes) contribuyen a la democratización postdictadura, con énfasis en estrategias de resistencia y comunicación.
Scopus	"Activismo estudiantil y cambio social en América Latina: un análisis comparativo".	Carlos Huneeus y Patricia Silva	2010	Compara el activismo estudiantil en países latinoamericanos, incluyendo Chile. Abarca estrategias de movilización y su impacto en procesos sociopolíticos.
Scopus	"Resistencia y solidaridad: el papel de los centros estudiantiles en las universidades chilenas".	Andrea P. Lugo	2015	Analiza las dinámicas internas y estrategias de comunicación de los centros de estudiantes en universidades chilenas, destacando su influencia en la resistencia política durante contextos autoritarios.
Google Académico	"Memorias de la Resistencia Estudiantil en Copiapó".	Centro de Documentación de la Universidad de Atacama	2008	Recopila testimonios y registros históricos sobre la resistencia estudiantil en Copiapó (1973 en adelante). Incluye menciones específicas a la Universidad de Atacama y su rol organizativo.

Google Académico	"Los Centros de Estudiantes y la Resiliencia Democrática en Chile: Un Estudio de Caso de la Universidad de Atacama".	Diego Martínez	2019	Investiga el papel de los centros de estudiantes de la Universidad de Atacama en la promoción de resiliencia democrática, analizando estrategias de resistencia e identificación política.
------------------	--	----------------	------	--

Anexo 2: Análisis del discurso político.

Repertorio (Tilly, 2006)	Características según Tilly	Copiapó (UDA)	Santiago (Ues Grandes)	Citas representativas (Documentos)	Contraste Clave
Acciones simbólicas	Uso de símbolos para transmitir mensajes	<ul style="list-style-type: none">- Murales con iconografía minera y códigos locales- Canciones folclóricas con doble sentido político	<ul style="list-style-type: none">- Grafitis directos ("Fuera Pinochet")- Uso masivo de pañuelos blancos	<p>"Recuerdo ver a mi padre esconder discos y esconder libros, hacer un hoyo en el patio de mi casa [...] porque se prohibió todo lo que tuviese que ver con la DICAP" (Jorge Alarcón).</p> <p>"Los niños [...] dejemos un poquito para los cabros que llegaban al final [del comedor]" (Marco Ortega).</p>	Copiapó: camuflaje cultural Santiago: confrontación explícita
Asambleas Públicas	Espacios de deliberación colectiva	<ul style="list-style-type: none">- Círculos de lectura clandestinos- Reuniones en comedores estudiantiles	<ul style="list-style-type: none">- Asambleas masivas en patios centrales- Intervenciones interrumpidas por allanamientos	<p>"Se hizo una asamblea más grande de estudiantes [...] donde hay como una cafetería [...] y atrás hay como un parquecito [...] y ahí se convocaron [...] repleto, repleto" (Luis Acuña).</p> <p>"Se llamó a defensor la integridad territorial de la universidad [...] porque ya los precedentes estaban indicados que estos iban a entrar" (Luis Acuña).</p>	Copiapó: estrategias de subsistencia Santiago: visibilidad riesgosa

Manifestaciones	Concentraciones visibles de protesta	<ul style="list-style-type: none"> - Procesiones religiosas con consignas políticas - Ferias artesanales como cobertura 	<ul style="list-style-type: none"> - Marchas multitudinarias - Cadenas humanas frente a edificios gubernamentales 	<p>"Marchamos hacia la casa central [...] se produce el primer conato [...] Carabineros [...] empiezan a llenar de lacrimógena" (Luis Acuña).</p> <p>"Nos subíamos arriba del camión y íbamos a barrer las calles [...] barríamos todas las calles [...] era el PEM, Plan de Empleo Mínimo" (Marco Ortega).</p>	<p>Norte: mimetización de fuerza cultural</p> <p>Centro: despliegue de fuerza numérica</p>
Publicaciones clandestinas	Difusión escrita de ideas	<ul style="list-style-type: none"> - Folletos técnicos sobre reforma educativa - Poemas impresos en papel kraft reciclado 	<ul style="list-style-type: none"> - Panfletos con listados de detenidos - Periódicos mimeografiados (ej: "El Rebelde") 	<p>"Había que esconder revistas como <i>Ramona</i>, <i>Parra</i>, <i>Puro Chile</i> [...] prohibidas por la dictadura" (Jorge Alarcón).</p> <p>"Distribuíamos panfletos con listados de detenidos [...] los escondíamos en los talleres de metalurgia" (Luis Acuña).</p>	<p>UDA: demandas enmarcadas como técnicas</p> <p>Santiago: denuncia política directa</p>

Organización territorial		Concentraciones visibles de protesta [...] - Marchas multitudinarias - Cadenas humanas frente a edificios gubernamentales "Marchamos hacia la casa central [...] disparando con revólveres, de civil" (Luis Acuña)	despliegue de fuerza numérica	"Se llamó a defensor la integridad territorial de la universidad [...] como centro del saber, intervenida por fuerzas militares" (Luis Acuña).	
--------------------------	--	---	-------------------------------	--	--

Represión encubierta					<p>[...] se produce el primer conato [...] Carabineros [...] empiezan a llenar de lacrimógena [...] logramos meter a los estudiantes dentro del recinto, cerrar las puertas [...] venían disparando con revólveres, de civil" (Luis Acuña) Los de civil, con manoplas y palos [...] nos sacaron la mugre [...] Guaso Torres quedó hospitalizado con un tablazo en la cabeza" (Luis Acuña).</p>	<p>Estas citas ilustran el enfrentamiento directo durante las manifestaciones estudiantiles en Santiago, donde la represión incluyó uso de gases lacrimógenos y disparos de agentes encubiertos.</p> <p>Refleja el despliegue de fuerza numérica y la confrontación específica característica de las protestas en la capital, en contraste con las estrategias de mimetización cultural del norte.</p>
Solidaridad estudiantil					<p>"Eran cuarenta cabros sin beca [...] Don Joel dejaba sobras de comida en el comedor universitario" (Marco Ortega) – Ejemplo de subsistencia en Copiapó.</p>	